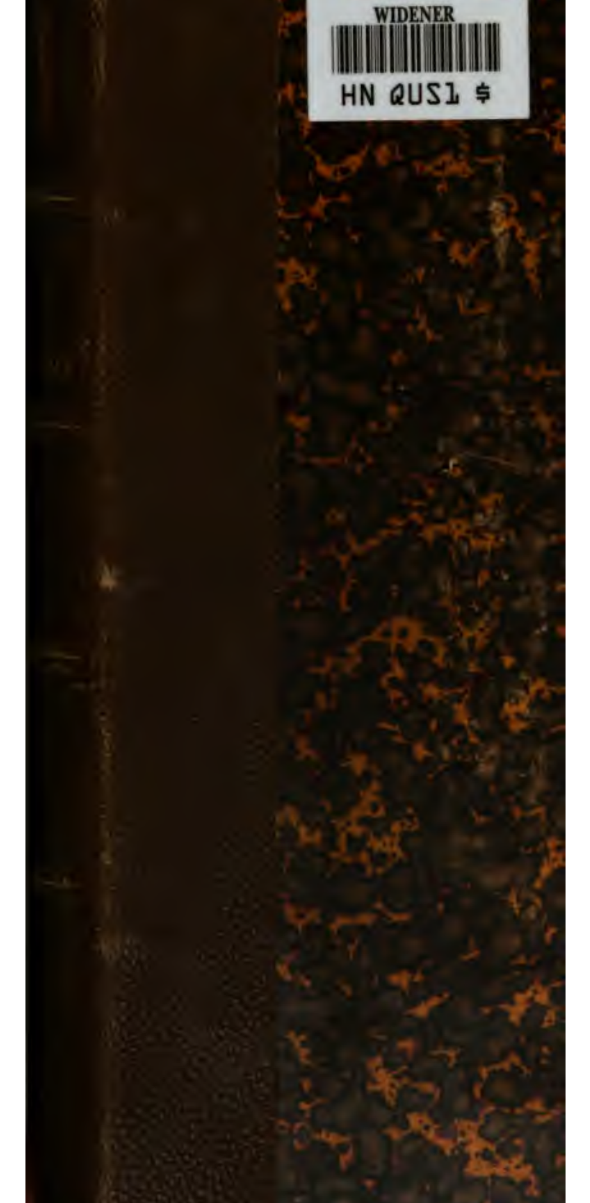

WIDENER
HN QU21 $

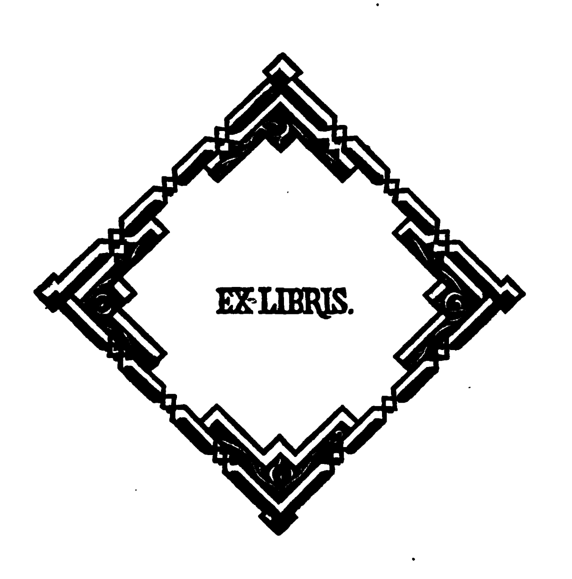


COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX-LIBRIS.

OBRAS

DE

DON JUAN VALERA

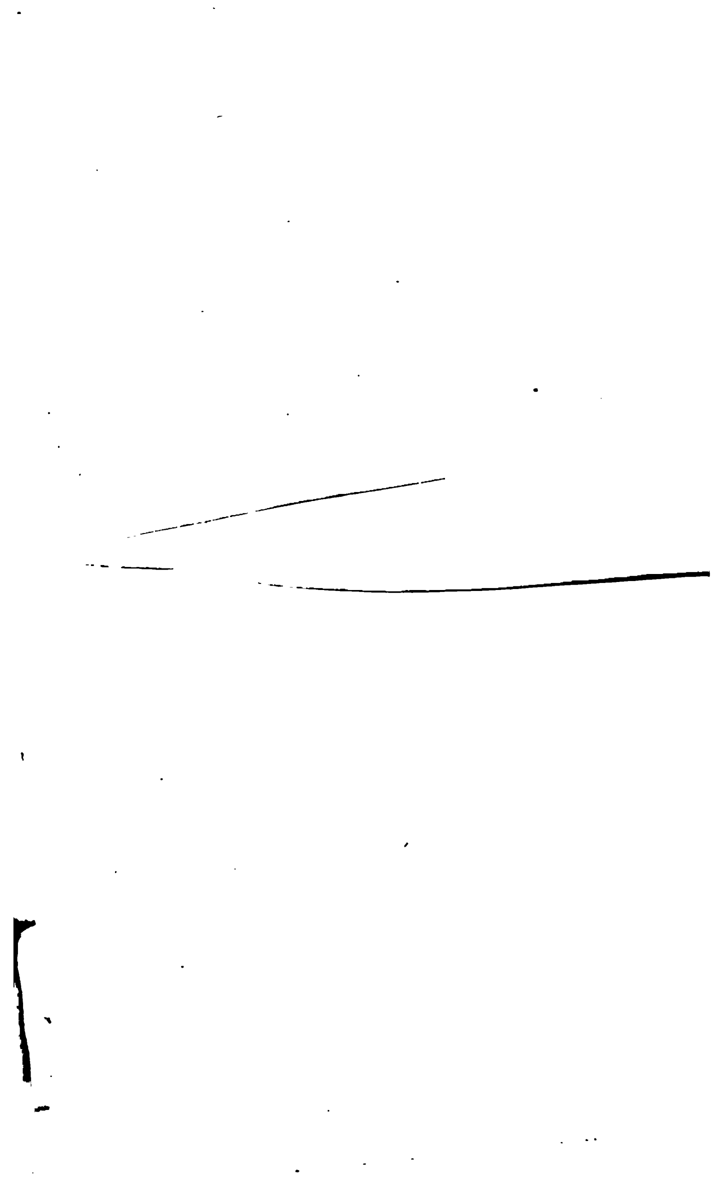
CANCIONES, ROMANCES Y POEMAS

TIRADAS ESPECIALES

100 ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 100.
25	»	en papel China, del	I al XXV.
25	»	en papel Japón, del	XXVI al L.



Juan Valera





CANCIONES

ROMANCES Y POEMAS

POR

DON JUAN VALERA

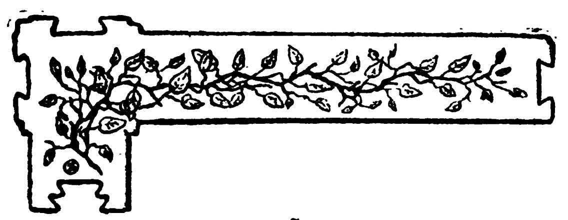
MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M

Isabel la Católica, 23

1885



AL SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Mi querido amigo: No sólo mi extraordinaria pereza, sino también otras causas, han retardado largo tiempo el que yo escriba á V. la extensa carta que le tengo prometida. Ciertas vacilaciones de mi espíritu han tenido la mayor culpa de todo.

Y sin embargo, yo no vacilo en reimprimir hoy, con creces, las cosas que he escrito en verso, llamémoslas poesías, buenas ó malas, que se publicaron muchos años há, coleccionadas, y cuya primera edición se agotó al cabo.

Esta resolución estriba en razones, á mi ver, poderosas.

La modestia y el orgullo coinciden en persuadirme de que soy poeta.

Las razones que aduce la modestia son fáciles de exponer aquí. Las difíciles son las que da el orgullo.

Desidioso yo, descuidado y vagabundo, jamás tuve humor, paciencia y reposo para estudiar seria y detenidamente doctrina alguna. A la naturaleza jamás le interrogué con pertinacia y ahinco para que me revelase sus misteriosas operaciones. El aguijón de la curiosidad siempre me punzaba, pero la desidia pudo más conmigo. Yo quise y quiero saber cuanto hay que saber en el mundo, desde los soles ingentes que pueblan el éter infinito, hasta el átomo imperceptible; pero como no he estudiado nada, es evidente que nada sé. Ni aun he logrado enterarme de si estudiando hubiera yo llegado á saber algo, lo cual no ha dejado de contribuir á retraerme del estudio.

El origen y las leyes del movimiento en los seres que no viven, la vida y la muerte en los que viven, todo ha excitado mi curiosidad y nada he averiguado. No soy, pues, ni astrónomo, ni mecánico, ni físico, ni químico, ni biólogo. Saber lo fenomenal ó aparente ya es saber algo, por más que á mí no me satisfaga; pero no se entra en el santuario sin la palabra exacta que abre su puerta, sin la antorcha que en sus obscuros centros sirve de guía, sin la severa disciplina que ha de preceder á la iniciación, sin la ciencia del más y del menos, en cuyo estudio nunca fuí yo muy adelante. Ignorando, pues, la cantidad, ¿cómo saber

de la calidad, que es asunto más sutil y complicado, y sobre todo de la esencia, que es lo más hondo, lo más inescrutable, donde el espíritu se pierde y abisma?

Por cierta manera de discurrir y de sentir, que no dilucido ahora si será mía propia ó común á todos los hombres, y si será disparatada ó juiciosa, este linaje nuestro, en su conjunto y en cada individuo, me parece, porque nunca tuve achaques de misantropía, lo más notable que en el universo se puede concebir, y aun apenas concibo yo que algo pueda valer más que nosotros en todo lo existente, salvo Dios mismo. Así es que, estimulado por tal consideración, he querido con mayor empeño saber del hombre, en su colectividad y en su individualidad; de las facultades de su alma; de la tremenda autoridad é irrecusable jurisdicción de su conciencia; de lo que llaman derecho y deber; de si la especie progresa ó no; de este compuesto maravilloso de la sociedad, con su historia, su política y su economía; y de si los tejedores, que van tramando tan rica y variada tela, entienden algo y preven la traza, dibujos y colores que ponen en ella, ó si son meros instrumentos de superior artífice. Un poquito más he estudiado sobre todo esto, pero no lo bastante, ni con mucho; por donde confieso que lo que sé no es digno

de transmitirse ni de palabra ni por escrito.

Viendo yo además que el hombre, ya para su conveniencia, ya para su recreo, ya para hacer menos desagradable ó más hermosa la vida, no contento con aspirar á comprender la creación, se afana en continuarla y en mejorarla, construyendo casas, jardines y barcos, componiendo comedias y óperas, abriendo caminos y canales, é inventando, en fin, las artes y los oficios, he anhelado también saber de todo esto, pero he aprendido muy poco. La música, por ejemplo, escapa á mi comprensión, aunque gusto de ella. Para la maquinaria soy tan torpe que nada me explico. Y de varios artefactos sólo siento, creo que sin equivocarme, por buen gusto instintivo, si están bien ó mal; pero no doy las pruebas ni llego á percibirlas. Advierto, v. g., que el guiso es sabroso, que el vino es delicado, que el frac me va bien, que la bailarina tiene airosos movimientos, y que tal canto ó sonata me deleita; pero no se me alcanza el por qué. Ni siquiera, pues, me reconozco con las dotes del crítico.

Por último, sobre todo este saber empírico y de observación, así de lo visible como del alma humana, que se estudia y examina en sus potencias y actos, está el fundamento del saber, sin el cual todo el saber sin enlace ni sis-

tema sería ruín é informe colección de recetas y noticias. Y acerca de este fundamento, y movido yo del deseo de hallarle, también he consultado á los filósofos, y leído lo que dicen, y meditado y pensado por mí; pero nada he sacado muy en claro. Por manera que, á la edad de sesenta años, me encuentro sin ciencias experimentales, sin conocimientos de artes y sin metafísica.

Nada tuve ni tengo que enseñar á los hombres. Y, no obstante, hace ya años que, si bien no tomándolo por oficio, sino sólo de vez en cuando, escribo para el público. ¿Para qué, pues, y de qué escribo? Mi escritura no tendría perdón de Dios, ni yo mismo me perdonaría, aunque soy indulgente para con todos y para conmigo, si yo no fuese ó si al menos yo no me creyese poeta.

Declaro humildemente que no he tenido jamás ninguna revelación externa. Ni santo, ni ninfa, ni alma en pena ó en gloria, ni genio, ni demonio se me apareció jamas. Mis revelaciones internas, si las he tenido, no pasan de naturales. Por más que me esfuerzo, á veces, en creer que pude yo tener revelación sobrenatural, no logro persuadirme. Así es que, careciendo, como carezco, de revelación sobrenatural, que da ciencia infusa, y de la ciencia que adquiere con largas vigilias quien se que-

ma las cejas en la lectura de mil librotes y cavila mucho, repito que nada tengo que enseñar, y que por lo tanto nada debiera escribir, si no hubiese poesía, y si yo no me disculpase afirmando que escribo poesía.

Esta, á lo que presumo, es de dos modos principales: uno, el más peregrino, en el cual no me atrevo á jactarme de ser poeta, es cuando con cierta intuición que hay en el fondo de la mente, sin tocar en lo sobrenatural, aunque rayando ya en su esfera y pugnando por penetrarla, se columbran fugitivos resplandores de luz y hermosura divinas, lo cual no se ordena en sistema, ni se expone con método, ni se prueba con argumentos, pero se dice con primor, y el que lo dice se llama poeta.

El segundo modo de poesía está en la profundidad y brío con que se siente y piensa lo que piensan y sienten los demás hombres, y en la virtud de expresarlo así sentido y pensado, con tan nítida y poderosa forma, que conmueve y arrebata las almas, al menos las que son capaces, pues no todas lo son, ni con mucho, y las levanta á comprender la beldad y la armonía de los seres, de las pasiones, de las creencias, y de cuanto hay de material y de inmaterial, mejor en la representación depurada, en el traslado limpio del poeta, que en el borrador original de donde el poeta lo toma.

Claro está que, de este modo al menos, me considero poeta. De lo contrario, no escribiría; pues yo no quiero engañar á nadie, ni pasar por sabio, y mucho menos por apóstol ó vidente.

Y aquí, antes de seguir mi razonamiento, me importa hacer una aclaración.

No vaya á entenderse, por lo que digo, que yo le quito la palabra á todo ó á casi todo el linaje humano, y sólo se la concedo á los sabios, á los profetas ó á los poetas. Yo no pretendo que nadie se quede mudo. Hablen todos y escriban cuanto se les antoje. Polémicas periodísticas, negocios, pedimentos, preámbulos de leyes y decretos, memorias de ferrocarriles, despachos diplomáticos, infinidad de cosas se escriben, sin ser profeta, ni sabio, ni poeta el escritor; y, si bien, siempre que el escritor lo fuese, estarían mejor dichos escritos, no hemos de negar que, aun cuando no lo sea, puede y aun debe escribir, según frase de un amigo mío, para *pintar el expediente*. El escribir en este sentido ramplón y diario, es como el hablar. Sería horrible que nadie se atreviese á desplegar los labios, mientras no acudiesen á ellos sentencias, revelaciones, teoremas, odas ó salmos. Aquí sólo se trata del escribir con cierta pretensión de vida extensa para el escrito, de que se divulgue por todas las regio-

nes de la tierra y de que viva en las edades que están por venir.

Para esto ha de ser poeta el que escribe. Ya se entiende que en mayor ó en menor grado. ¿Quién ha de calcularlos? Además que para la popularidad, pronta aunque efímera, tal vez conviene que el grado no sea muy alto. Así el vulgo comprenderá y saboreará mejor lo escrito, sin que los críticos, á fuerza de predicar que lo escrito es bueno, patenticen aquella bondad que el vulgo no percibía antes.

Como quiera, pues, que sea la elevación del grado, es indudable que salvo casos de revelación sobrenatural ó de mucha ciencia nueva, sólo el poeta debe escribir.

Y, aun si se apura bien este negocio, me inclino á afirmar que el mismo sabio, si á más de ser sabio no es poeta, escribe sólo como al vulgo se le consiente que escriba; para transmitir á los demás hombres su descubrimiento: pero sin la menor esperanza de que su escrito se lea y viva. En las historias de la ciencia que dicho sabio ha cultivado y en los tratados de esa ciencia misma, se insertará lo que descubrió; pero nadie irá á leerlo en el libro ó en la disertación en que él lo expone.

En suma, la razón principal del escribir es la poesía. Los escritos se hacen famosos é inmortales por la belleza y no por la verdad que

enseñan. Casi siempre es vana pretensión la del que cree que enseña escribiendo. Los grandes maestros de la humanidad no escribieron nunca; ni Cristo, ni Sakiamuni, ni Pitágoras, ni Sócrates.

De lo expuesto resulta, que yo porque soy poeta escribo, y que debo escribir por lo mismo que no sé ni enseño nada.

Sentado esto, sobreviene cierta dificultad que me ha de costar trabajo resolver, y cierta distinción, en que la dificultad se apoya, de la que debo hacerme cargo, ya discurra acerca de ella en general, ya me contraiga al caso particular mío.

«La poesía de que hablas, se me dirá, es en sentido latísimo, y así no te negamos que, con más ó menos merecimiento, eres algo poeta. De lo contrario no hubieras escrito tal cual novela ó cuentecillo que se lee, y varios articulejos humorísticos que divierten. Pero bien se puede ser poeta en prosa, desde el bajo punto en que tú lo eres, hasta el punto sublime en que lo fué, por ejemplo, Miguel de Cervantes, y no ser buen versificador, que es lo que de ordinario, sin destilar los conceptos en esos alambiques en que tú los destilas, llama la gente poeta.»

Mucho hay que contestar á esto; pero no quiero pecar de prolijo, y menos aun hacer mi

propia apología. Diré sólo lo que más atañe á la reimpresión de mis versos.

El público ha tenido la bondad de gustar un poco de mi prosa, en la cual nada le he enseñado. Luego yo tengo algún motivo razonable para considerarme poeta en prosa, prosista ó escritor. Ahora bien; un escritor se debe al público todo él y no descabalado, por donde, aunque mis versos sean detestables, yo quiero también dar al público mis versos.

Cuando se publicaron por vez primera, mi tío D. Antonio Alcalá Galiano, que propendía á dudar de todo, y que, á pesar del cariño que me profesó, dudaba también de mi mérito como poeta, dijo en el prólogo que me puso, que lo probable sería que alguna furiosa avenida del río del olvido se llevase para siempre mis coplas, como otras mil insulsas composiciones de esta nuestra edad, sobrado parlera, y en que tanta tontería se da á la estampa. Yo, lejos de rebelarme contra tan ominosa sentencia, más bien la estimé suave y nacida del ciego cariño del discreto pero alucinado pariente: porque, sin avenida furiosa, sino con toda la pausa de su mansa corriente, el olvido hubiera llevado, arrastrado y aun tragado mis versos, si yo no hubiese escrito prosa después, y prosa que algunos han dado en calificar de buena. Esto los salva: esto los saca del fondo

del río, donde, de otra suerte, yacerían sepultados.

Mis versos, pues, á flote, no pueden ni deben ya ocultarse ni retirarse de la circulación. Lo que me está bien es que, ya que siguen con vida, sean lo menos desdeñados que se pueda. Para ello es condición indispensable que sean entendidos. Acaso no pocas personas los desdeñan porque no los entienden. Y no se me arguya que los versos deben escribirse por tal arte que los entiendan todos los lectores. Por poco que sepa el poeta, y yo he confesado ya que no sé casi nada, siempre puede saber algo que ignore quien le lea; y, por lo mismo que no tiene la pretensión de enseñar, dice cosas, que da por sabidas, y alude á doctrinas y á sucesos que supone que todos conocen: pero, como no los conocen todos, la mayoría se queda á obscuras y no sabe por completo lo que el poeta quiso decir. Esto ocurre, no sólo con poetas culteranos y pedantescos, como Licofrón y Góngora, sino con poetas que nadie me negará que lo son, como Dante y otros, los cuales necesitan comentario y le llevan en muchas ediciones.

Y no vale la objeción de que se comenta lo famoso y aplaudido y no lo menospreciado y obscuro. Alguien murmurará ó dirá: «Dante merece comentario, porque merece que todos

desentrañen el sentido profundo de lo que canta: pero ¿quién ha de querer desentrañar el sentido de lo que cantas tú?»

En efecto, si yo fuese un compositor de versos, como hay muchos, que dan á luz su colección donde todo es un tejido de frases hechas ó de frases sin significado, la objeción sería justa. Yo no me defendería contra los que tanto me rebajasen. Yo parto del supuesto de que en mis versos hay significado, y pruebas de que el autor sabe lo que dice, y afectos y pensamientos propios del autor.

En este caso, cualquiera colección de versos merece comentario. En ella hay mucho digno de interés y de estudio. Parece contradicción y no lo es: cualquiera colección de versos de buena fe, no siendo enteramente nulo el autor, enseña sin que el autor aspire á enseñar. Y enseña lo bueno, y tiene virtud moral y en cierto modo purificante, y posee fuerzas que elevan las almas á esferas superiores, porque el autor muestra lo que en su espíritu hay de más limpio y hermoso, apartando las escorias y mezquindades que tal vez lo encubren en la vida real, y nos da uno á manera de retrato de lo profundo y radical de su sér, donde asiste Dios, donde Dios pone su sello y su imagen, y donde amor resplandece en su pureza y despliega su beatífica actividad, no per-

vertida ni coartada por ruines intereses y apetitos.

Y á fin de que esto se dé en algún grado, no es menester que los versos sean sobre objeto sublime. La composición más ligera, si está bien, es manifestación de la luz interior del alma, que ilumina el mundo del arte, como el sol el mundo real. De suerte que, el caso vulgar que el poeta refiere, la mujer que celebra ó la escena que describe, todo está iluminado por esa luz, la cual le presta su hechizo y pone allí su fuerza y su gracia. Este es el estilo; esta es la forma. No consiste en consonantes difíciles, ni en rebuscadas figuras retóricas, ni en transposiciones, ni en sonoridad y pompa de metro. Consiste en algo más alto y más sutil que esas calidades, si bien por lo mismo que es más alto no todos los lectores lo alcanzan, y por lo mismo que es más sutil se sustrae á la percepción de las personas rudas y artísticamente mal educadas.

Haciendo yo conmigo razonamientos tales, me atreví á conceder á mis versos que merecían comentario, y pensé en que V. los comentara ó los ilustrara con notas eruditas, sin nada de encomio, á fin de que la gente maliciosa no supusiese y propalase que estábamos concertados para el encomio mutuo. V. prometió hacer este trabajo, y acudo á V. ahora

para que me cumpla la promesa. De esta suerte los versos se entenderán mejor, y, si no se entienden ni se leen, siempre lograremos que las notas, que de seguro van á ser amenas é instructivas, se lean y gusten, por donde habrá en el libro algo de bueno que convide á comprarle.

Las notas tendrán además el atractivo picante y chistoso de su inaudita novedad, pues hasta el día, que yo sepa, sólo se anotaron los clásicos ilustres, y no algo que no sabemos aún de fijo si será poesía ó no será poesía, y que se salvó como por milagro del río del olvido.

Hay otra razón más para las notas. Yo, como todo poeta, bueno ó malo, pero de buena fe, rara vez he escrito versos sin sentirme entusiasmado, enamorado ó movido de otro afecto grande. Y aun así no me ha sido fácil escribirlos, porque se requiere además que el tumulto y hervor de la pasión hayan pasado ó que los domine serenidad poderosa, hasta el extremo de habilitar al poeta para que tome por objeto de su canto, por ejemplo, su más intenso dolor, y saque de él una obra de arte.

De aquí, de mi pereza, de mi esterilidad tal vez, y de estar yo descorazonado por el mal éxito, ha resultado que he escrito pocos versos originales, y que he traducido, ó más bien adap-

tado á nuestro idioma, mucho de literaturas extrañas, ya parafraseando, ya compendiando ó extractando. Claro está, pues, que todo esto, escrito para otras gentes, para otra civilización y otras costumbres, requiere explicación y notas.

Justificado ya, á mi ver, el comentario, y demostrado que no se pone por vanidad mía, bueno será que diga yo algo de los versos mismos.

Mi retraimiento y mi casi abandono de las Musas, merced al desdén público, han producido varios efectos. El primero ha sido que he escrito poco. Con favor y aplauso, hubiera yo sido, á pesar de mi pereza, de fecundidad tal vez deplorable. Pero resulta también que los versos propios, y no parafraseados, son, en gran parte, de los albores de mi vida; y como, en aquel tiempo, se estudiaba menos que ahora, y yo he ido aprendiendo con desorden lo poco que sé, v. g., primero la estética y luego la ortografía, primero la metafísica y luego la gramática, hay en varios de mis versos incorrecciones y otras faltas para las que pido indulgencia. Asimismo hay en otros cierta palabrería, aunque nunca en el grado que se usa, y lo que, con expresión harto familiar, puede llamarse *inocentadas de chiquillo*, que también ruego se me perdonen. En algunos son tan su-

bidas las inocentadas, que los suprimo en esta nueva edición.

Y hechas ya las salvedades, afirmo que mis versos, aun con todas sus faltas, valen lo que vale mi prosa, ya que en ellos está en germen, en cifra, en lírico y conciso resumen, todo lo que he sentido, pensado y escrito en prosa, más tarde, con mayor amplitud. Y echando la modestia á un lado, ¿por qué no declarar también que en algunos de estos versos, principalmente en *El fuego divino*, en el idilio del viejo rabadán y *Á Gláfira*, la nitidez, la elegancia sencilla y la atinada limpieza de la forma son notables, lo cual de sobra se conoce que no se consigue sobando y limando, sino por dichosa inspiración?

Añadiré todavía á mis versos ciertas buenas prendas de que la prosa carece: el candor, la lozanía y la frescura de la juventud, y propósitos más puros, porque los versos están hechos sin la vana y egoista esperanza de ganar con ellos dinero, influjo ó al menos fama inmediata, sino sólo por amor entrañable de la misma poesía y con anhelo cariñoso de vivir en lo futuro en algunas almas, afines á la mía, donde despierte ó suscite mi voz simpática resonancia, cuando ya no pueda mover con impulso material las ondas del aire.

Y aquí terminaría yo, dejando encomenda-

da á V. la tarea de explicar mis composiciones, si no hubiera una, la más importante, que, por no estar concluída y porque no se concluirá nunca, há menester explicación de mi parte: algo á modo de interpretación auténtica. Me refiero á la leyenda titulada: *Las aventuras de Cide Jahye.*

En mi edad madura he declamado yo bastante, como crítico, contra la pretensión de escribir epopeyas en nuestros días, en el más alto sentido, esto es, algo narrativo que contenga cuanto hay de divino y de humano, y que abarque y refleje, por medio de mitos simbólicos, toda nuestra complicada civilización. A pesar de Goethe, Espronceda y otros, tal empeño es, en mi sentir, irrealizable; y como he dicho las razones en que me fundo, me remito á las obrillas mías en que las he dicho y dejo de repetirlas aquí. Pero yo no había formulado tal opinión en mi mocedad, y también aspiré entonces, aunque sólo hasta cierto grado y con modestia, á escribir algo que propendiera á ser epopeya transcendente. Lo singular y lo más original fué que tomé asunto, ó mejor dicho, base de asunto en un cuento bastante cómico, ligero y aun verde, de Bccaccio, poniendo de mi cosecha lo transcendente, lo patético, lo elevado y lo maravilloso, que en epopeya había de convertirle. Así se mostraba

desde el principio mi inclinación á mezclar lo serio y lo jocoso, mi *humor:* aquella idiosincrasia de mi pobre ingenio, en virtud de la cual creo que, sin el menor viso de fundamento, unos tiran á celebrarme y otros á denigrarme con la calificación de Voltaire, pequeñuelo y canijo como venido al mundo fuera de sazón.

La historia, en su substancia, es la de un rey moro, cuya linda novia es seducida, robada y gozada por unos cuantos; pero ella lo oculta, lo calla, y todavía se casa con el rey y lo hace dichoso.

Véase ahora cómo elevaba yo esto á semiepopeya transcendente. Al rey moro, cuyo trono y reino, inspirado yo por la rústica, amena y pintoresca fertilidad de Lanjarón, colocó en las Alpujarras, se le ocurre enamorarse de la propia belleza ideal que en su alma ha concebido. Aspira á revestirla de forma sensible, y, como esta es empresa sobrehumana, se desespera; pero las hadas, cuyo favorito es y á quienes refiere su cuita, suben al mundo de las ideas, traen de allí la que tiene enamorado al rey, le dan cuerpo valiéndose de los elementos y de las esencias mejores de las cosas, y se la entregan por mujer. Como idea sólo, nadie se la hubiera quitado, nadie la hubiera contaminado; pero, ya con cuerpo, le suceden mil percances lastimosos. Mi rey, entre

tanto, no es como el del alegre novelista: mi rey lo sabe todo, lucha contra su adversa suerte, y sigue siempre enamorado en pos de su ideal belleza, aunque manchada en lo material. De aquí guerras, hazañas y casos estupendos por mar y tierra, en que había tela cortada para vencer al Ariosto. Al fin, mi rey, convertido en pirata, entra al abordaje en el navío de un gran príncipe, el último de los amantes de su mujer, y se la arrebata; pero cuando ya la tiene acuden más guerreros de otros barcos de la escuadra del príncipe, y el rey, cercado, ve que no puede vencer aquella multitud de enemigos, y da de puñaladas á la hermosa, se hiere él también, y, abrazado con ella, se arroja en el fondo del mar.

De aquí nacen la lección moral y la final apoteosis. La belleza pura, libre ya de la manchada terrenal vestimenta, toda refulgente y limpia de culpa, toma á mi rey y se le lleva consigo al mundo de las ideas, de donde ella ha venido: á un ultra-cielo, de donde todo lo bello y todo lo verdadero, artes, metafísicas, religiones y amores proceden, antes de impurificarse con la realidad y de combinarse con elementos caducos y corruptibles, por excelentes que sean.

En el plan de este poema, así como en todo lo que yo he escrito, se ve mi afán de ser op-

timista, sin dejar de notar y de sentir los males que nos afligen, justificando á la providencia á pesar de ellos, y procurando remediarlos ó mitigarlos, con poesía y risa cuando son pequeños, con poesía y lágrimas cuando son grandes.

Ahora, lejos de mi patria, afligido por imprevisto y cruel infortunio, escribo á V. lo que no he escrito cuando estaba tranquilo, y hasta cierto punto me consideraba feliz. Ahora busco lo que antes no buscaba: consuelo y distracción en mi soledad y en mi pena.

Por otra parte, aunque bien puede ser que mi cansada vejez se prolongue en demasía, y yo no quiero imitar á los mentidos siervos de Dios que anuncian su tránsito á mejor vida y no llega cuando le anuncian, diré que, desde hace meses, y sobre todo desde pocos días há, desde que supe la muerte de mi hijo mayor, robusto, hermoso de cuerpo y alma y en la flor de su edad, está fijo en mí, como nunca, el casto y severo pensamiento de la muerte, que nos induce á meditar y á emplearnos en las cosas más graves. Y, como no dejaré bienes de fortuna que hereden mis otros hijos, vivos aún, es de gravedad para mí arreglar y ordenar el único caudalillo que he allegado, fruto de mi estéril ingenio, y hasta apresurarme á trabajar para acrecentarle con algo de más valer, á

fin de que, si el amor propio no me engaña, vierta algo de brillo simpático sobre mis hijos este mérito mío, y predisponga el corazón de las gentes con respeto y cariño para ellos; y á fin también, de que lo menos malo de mi sér, lo más delicado y puro de mi espíritu, permanezca en esta tierra, cuando yo pase, y ellos me conozcan, me amen y me estimen. Porque yo, tal vez habré pecado por error, pero no tengo remordimiento de haber puesto jamás intención viciosa ni en mis obras más ligeras y desenfadadas; sino que, siempre, cuando no la bondad moral, me ha inspirado el amor puro de lo bello.

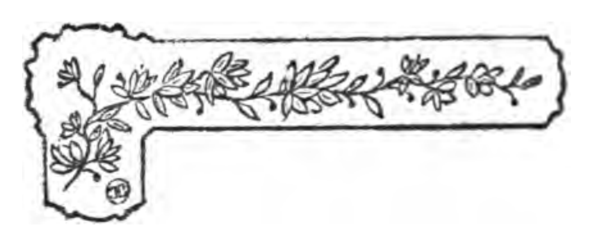
Usted, que, si bien es bondadoso y me quiere, es justo, lo cree así, prescindiendo de los extravíos y flaquezas de nuestra mísera condición humana; V. sabe, además, que el arte lo limpia todo y extrae oro del fango.

Adiós, y no dude de que soy su mejor amigo.

JUAN VALERA.

Washington 7 de Julio de 1885.





PRÓLOGO.

De las poesías contenidas en la siguiente colección, algunas salieron á luz há ya no pocos años, siendo su autor todavía muy joven; otras aparecen ahora impresas por la vez primera. En aquéllas van aquí hechas varias y notables alteraciones, bien dignas de ser llamadas correcciones, habiendo servido de guía y maestro al poeta la no escasa instrucción que ha adquirido en un plazo medianamente largo, y aprovechado en prolijos estudios. Todo cuanto pudiese decir el presente prólogo en alabanza de las obras que á continuación van á ser sometidas al juicio del público, sería inútil, porque á los lectores entendidos compete únicamente juzgar de lo que, con darlo á luz, se presenta á su tribunal, y además, porque el escritor de estos renglones conoce y confiesa que no puede ser juez imparcial del mérito de las produc-

ciones de una persona con la cual le ligan relaciones de parentesco y cariñoso afecto, aunque, por otra parte, lo que más aprecia en él, como lo apreciaría en un extraño, es un ingenio agudo y claro, y una instrucción en que compite lo vasto con lo profundo. Sobre este último punto no cabe equivocación, como puede haberla al tasar el valor de trabajos literarios, en lo cual á lo falible del juicio suele agregarse, aun contra la voluntad del que falla, la pasión ó favorable ó adversa. Excusado parecería, pues, un prólogo después de lo que acaba aquí ahora de asentarse, si no fuese lícito, y por otra parte provechoso y juntamente oportuno, con motivo de las presentes composiciones, decir algo sobre la clase á que pertenecen, y sobre el estado de la Poesía en nuestra España y en el día presente. Para juzgar lo que el poeta ha hecho, no está de más conocer lo á que aspiraba; para bien de otros poetas, y del público en general, será bien examinar si es buena la senda que el autor ha seguido. De este modo viene á enlazarse una cuestión de gloria personal con otra de común provecho, y el que parece como panegirista, presumiendo de crítico, no tanto mira por el interés de una persona amiga, cuanto se arroja á emitir juicios y sentar doctrinas que, si dan origen á disputas, habrán de terminar, sea

de quienes fuere la victoria, en el triunfo de la buena causa.

La Poesía castellana, en nuestros días cultivada como nunca, si sólo atendemos al número de los que en ella se ejercitan, ha pasado por bastantes y muy notables vicisitudes en el siglo XIX. Al empezar éste era clásica, tomando por norma ó pauta del género llamado *clásico*, no la elegante sencillez griega, sino la un tanto artificial copia hecha de los modelos griegos por los autores latinos, ó diciéndolo con más propiedad, las interpretaciones del gusto de la antigüedad hechas en el siglo XVI por los italianos y por alguno de nuestros compatricios, y en el XVII por los franceses, en la época á que ha dado nombre Luis XIV. Bien es verdad que en el siglo XVIII, en Francia aquella pureza clásica había tenido notable alteración y deterioro, y que nuestros críticos y autores, tomándolo todo de los franceses, solían tomar lo que estaba en uso en la nación vecina, acaeciendo así lo mismo con las modas literarias que con las del vestido y peinado. También es cierto que dos escuelas competían por la dominación en la teórica y en la práctica, siendo la que tenía por cabezas á Moratín y á Estala más rígida ó más atinadamente clásica que la que seguía á Quintana y á Cienfuegos. Esto sin contar con la escuela

sevillana, en que el entusiasmo de paisanaje había hecho obligación imprescindible imitar las formas y hasta la dicción de Fernando de Herrera. Pero tal discordia más se mostraba en los juicios sobre las obras, así pasadas como contemporáneas, que en punto á los preceptos, los cuales para todos eran los mismos, reputados ciertos, y venerados aun cuando no siempre fielmente seguidos. Versaban, pues, las disputas, no sobre los dogmas de la fe, sino sobre si habían sido ó no rigorosamente observados en la conducta; por lo cual, si se notaban en algunos escritos rarezas harto distantes de lo dictado por el gusto acendrado y melindroso de los buenos escritores antiguos ó modernos (rarezas de que Cienfuegos más que otro alguno daba señaladas muestras), tales desvíos ó extravíos de la buena senda pasaban por ser, si es lícito comparar con lo sagrado lo profano, no hijos de la herejía, ni siquiera del cisma, sino pecados más ó menos graves. Pero sin negar mérito á composiciones y juicios críticos de aquellos días, no muy lejanos del presente, forzoso es confesar que la doctrina promulgada por los maestros era en gran parte, si no ya del todo, errónea, pecando especialmente de incompleta, y que en las obras, no obstante haber entre ellas algunas merecedoras de aprobación y aplauso, faltaba el exqui-

sito gusto clásico en la inspiración y en el estilo, subsistiendo en la parte externa ó configuración, donde es menos necesario ajustarse á los modelos de la antigüedad griega ó romana.

Duraron así las cosas hasta que ciertas doctrinas de origen alemán penetraron en Francia, y, después de alguna resistencia, lograron triunfar en el pueblo francés. En Inglaterra había desde tiempos antiguos una poesía peculiar de aquel pueblo, separado de los demás, tanto por el mar que le rodea y ampara, cuanto por singularidades de sus leyes, costumbres y sociedad, de que su literatura es hija y retrato. En Alemania habían nacido una poesía y una crítica nuevas, habiendo en aquella nación la segunda, si no engendrado á la primera, acompañádola desde su infancia y servídole de guía. Los ingleses no juzgaban con sujeción á un código literario inflexible y estrecho; los alemanes idearon un código nuevo, contraponiéndole al antiguo, ó poniéndole á su lado para que hubiese dos destinados á naciones diferentes. Pero ni el ejemplo de los ingleses, ni las novedades teóricas y prácticas dominantes en Alemania, ni los atrevimientos de la baronesa de Staël, de Benjamín Constant y de otros pocos, ni entre nosotros, los esfuerzos de Bohl de Faber y sus escasos secuaces, habían producido en los ánimos españoles la me-

nor duda sobre cuáles fuesen las reglas invariables del buen gusto. Otra cosa aconteció cuando los franceses, nuestros modelos, extremándose, como lo hacen en todo, llevaron la mudanza en la fe y en la práctica literarias hasta el increible exceso de poner sobre las tragedias de Corneille y de Racine los dramas de Víctor-Hugo. No tardó mucho en traspasar los Pirineos la nueva doctrina. Contribuyó no poco á traerla y propagarla quien esto escribe, particularmente en el prólogo al *Moro expósito* del Duque de Rivas, y contribuyó aún más á ello el mismo Duque con el citado poema, con su drama titulado *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y con sus *Romances históricos*. Pero es de notar que en el prólogo antepuesto al *Moro expósito* no se admitió la división de géneros de la novel escuela, y sólo se dijo que el clasicismo á la francesa no lo era de buena ley, y que la belleza, aun tal como la concibió y expresó la clásica antigüedad, puede y debe ser buscada y hallada por más de un camino, con formas, si no opuestas, distintas, y con atavíos varios, conformes á épocas y pueblos diferentes.

Fué, con todo, propagada, bien admitida, respetada, y cual podía serlo, observada la nueva fe literaria, en la cual entraban á la par la veneración y el remedo de todo cuanto piensa y dice la nación nuestra vecina y maestra,

afectos de patriotismo, ó motivos de vanidad nacional al ver rehabilitada nuestra poesía dramática por las doctrinas germano-francesas, y el deseo de variar, harto disculpable, principalmente cuando sistemas gastados en fuerza del mucho uso dan de sí únicamente producciones de una monotonía insufrible.

Pero el romanticismo español adolecía de más de un defecto. De estos era uno, y no leve, el que es inherente al mismo romanticismo extranjero, pues nadie puede demarcar con cabal exactitud cuáles son los límites que separan á la crítica y poesía clásica de la romántica. Y en España fué mayor la confusión por haber coincidido ciertas circunstancias con la introducción de la nueva escuela en nuestro suelo. Porque á la par con una mudanza en la región literaria, hubo otra de no inferior consideración en la política y esta última trajo consigo la libertad de imprenta, y con el derecho de imprimir lo que pudiesen escribir, vino á muchos el deseo de esgrimir la pluma, é infundiendo los sucesos ambición de varias clases, llegaron á ser muchos los escritores, y de ellos, pocos los bien preparados para dar verdadero lustre á sí propios ó á la literatura de su patria. Hubo, pues, en los poetas románticos osadía, rara vez acompañada de tino ó de acierto. Era común escribir versos cali-

ficados de románticos, pero no bien ajustados á las reglas particulares de escuela alguna ó á las comunes de toda buena escuela. Creyóse hallar en la forma la esencia de las composiciones, y con mudar varias formas de metro en una sola corta producción, porque así lo hacía el francés Víctor Hugo, juzgaban autores y lectores haber acertado con la nueva senda por donde la buena poesía debe caminar al templo de la gloria. Seguía, en medio de esto, la perífrasis, defecto capital del pseudo-clasicismo, y no común en el clasicismo verdadero, especialmente en el griego, dominando en los escritos; seguía la afectación en el lenguaje, el cual, por ser de lo llamado poético, encubría con frases sonoras ó retumbantes lo vacío ó lo llano del sentido. Agregábase á todo ello la incorrección, vicio, no de esta ó esotra escuela, sino de los malos escritores, y con particularidad de los ignorantes, los cuales era fuerza que abundasen, y de hecho abundaban, en la turba numerosa y confusa que se había arrojado á manejar la pluma en prosa y verso.

De aquí ha nacido, como era natural que sucediese, una reacción hasta cierto punto provechosa, aunque un tanto violenta, y con peligro de ser llevada allende todo término razonable. De los delirios en que ha llegado á incurrir un escritor de tantas y tan altas dotes

poéticas como es Zorrilla, es de temer que vaya á pararse á la imitación de Meléndez ó de los poetas sevillanos de principios del siglo presente, no faltos de mérito éstos ni aquél, pero sí fríos, amanerados, y sobre todo, con exceso artificiosos.

El poeta á cuyos versos sirven de prólogo estas reflexiones, no es de la escuela romántica moderna ni de la clásica ordinaria. Y sin embargo, es, en sentir del que esto escribe, clásico por excelencia. Quien atienda á las formas de que reviste sus conceptos; quien, penetrando en su pensamiento hasta donde es dado al crítico llegar en sus investigaciones, observe la elaboración de las ideas en su mente, habrá de conocer que el estudio de la antigüedad griega y latina y de los verdaderos clásicos modernos, influye en su juicio y aun en su inventiva, descubriéndose en sus composiciones lo que sabe, juntamente con lo que hace y lo que intenta.

Ni es de extrañar que este clasicismo, que, por serlo de buena ley, no se ajusta á lo que pasaba por tal há pocos años, y señaladamente en Francia y en España, se avenga en varios puntos con el romanticismo no exagerado. De ello hay un ejemplo en la literatura francesa. Los románticos han descubierto el mérito, antes no conocido, de las poesías de Andrés Ché-

nier, y le han alabado sobremanera, no obstante ser sus composiciones remedos de la antigüedad griega, pero remedos en que vivía el espíritu de los modelos imitados, y lejanos, por lo mismo, de otros que, aspirando á serlo, mostraban no conocer la calidad de lo que imitar querían.

De una clase parecida, si no igual, son las poesías que este tomito encierra. Si en las infinitas clasificaciones que hay hechas y pueden hacerse de la poesía cabe la que va á hacerse aquí, bien podría decirse que los versos del señor Valera son de la *poesía sabia*. Nutrido el poeta con copioso alimento literario, y ese de la mejor especie, y teniendo fuerzas para digerir y asimilarse el buen sustento en que se ha cebado, en su constitución mental acredita la calidad y bondad del régimen que ha seguido. Nótase en la concepción de sus ideas, y más todavía en la expresión, el estudio de los griegos en los originales; nótase también el de los italianos, de uno de los cuales (Leopardi) consta al escritor de estos renglones que es el señor Valera admirador apasionado, y, si es lícito expresarse así, condiscípulo, aunque no copista.

Tiene la clase de poesía á que acaba aquí de hacerse referencia, sus escollos, como los tiene todo rumbo que se siga en el espacioso piélago literario. No suelen ir juntos, al conce-

birse las ideas, la espontaneidad y el juicio crítico; siendo sabido que, hasta una época novísima, los mejores jueces de escritos no han sido los mejores escritores, ó al menos, no han sido los escritores más valientes y originales. Pero en Alemania, casi en nuestros días, se ha visto nacer la ejecución del juicio, sin menoscabo del brío que debe tener y tiene la composición verdaderamente espontánea.

Si no ciega ó deslumbra á quien esto escribe un afecto ya aquí confesado al poeta, en las obrillas del Sr. Valera no falta la espontaneidad ni el brío. No porque un tanto no adolezca su índole de poeta del vicio que es inherente á la clase á que él corresponde, pues la perfección es incompatible con la humana flaqueza, y en las poesías siguientes no hay perfección absoluta, y en ellas, como en toda obra de los hombres, se nota que, cuando se bambolea quien obra, habla ó escribe, se va hacia el lado

do su natura ó menester le inclina.

Así, los defectos del Sr. Valera son los de su secta y fe.

De seguro habrá quien por otro lado le tache, encontrando en su expresión algunos ejemplos de llaneza, que calificará de descuido. Sobre este punto hay no poco que decir, y reinan no pocas equivocaciones. Al tratar de formar un

lenguaje poético distinto del de la prosa, ó al querer expresarse en uno ya formado, ha sido común descartar en mil ocasiones las voces propias, por lo cual ha sido forzoso sustituirles otras impropias ó poco menos, ó valerse de circunloquios. Verdad es que una palabra baja puede humillar un pensamiento, valiéndonos de una expresión de Herrera, al censurar á Garcilaso en su comentario; pero no es menos cierto que palabras demasiado escogidas sirven como de pase á ideas triviales; que á menudo, cuando disuena una frase ó voz por lo llana ó humilde, es por no ser muy noble ni elevado el pensamiento que declaran, y que no sin frecuencia el vocablo común es el único perfectamente adaptado á la cosa que designa, viniendo á ser, cuando está bien empleado, como lo está casi siempre por los clásicos antiguos, un primor en que la sencillez no va separada de la elegancia. Ya traduciendo la tragedia de Sófocles, *Edipo rey* ó *Edipo tirano*, D. Pedro Estala se había arrojado á expresarse del modo siguiente por boca de un mensajero y del mismo Edipo:

EDIPO.

Quien me ha engendrado, ¿acaso no es mi padre?

MENSAJERO.

Te engendró, como yo.

Y no contento con tal llaneza de estilo, la justifica contraponiéndola á lo que él reputa estilo por demás peinado de los trágicos franceses y sus imitadores. Ya el insigne crítico francés M. de Villemain, notando cuán perdido estaba el buen gusto clásico en el siglo XVIII, llama la atención á que Barthelemy, en su *Viaje de Anacarsis*, con tener y mostrar tal y tan vasto conocimiento de las letras y costumbres griegas, desconocía la índole de los modelos que admiraba, pues cediendo al vicio de su tiempo, al traducir á Jenofonte, no se atrevió á poner la palabra *nourrice* (equivalente á la nuestra *nodriza*, pero en francés harto más llana y de uso vulgar), y así, usó del siguiente rodeo, *une femme qui avait elevé son enfance*, «una mujer que en su infancia le había criado.» Y de notar es que hasta una época novísima iban empeorando las cosas, pues Racine, no obstante su estilo de la corte en que vivía, al cabo, como bien nutrido en la lectura de los griegos, usó hasta tres veces la palabra *chien*, «perro,» en su *Atalía*, y la voz *pavé*, «empedrado ó enlosado,» en el prólogo de la *Ester;* voces ambas humildísimas en la lengua de nuestros vecinos. De la literatura de otros paises no hay para qué hablar, pues en la inglesa, uno de los primeros poetas modernos, Wordsworth, sienta la doctrina y da el ejemplo de expre-

sarse en verso como en la más llana prosa.

Sin ir tan allá como este poeta, en el cual son de tachar no pocas rarezas, así como son de admirar grandes primores, y sin negar que el lenguaje poético, diferente del de la prosa, debe ser usado, si lo es con oportunidad, bueno será justificar aparentes atrevimientos, que, bien mirado, son puramente actos de observancia de la clásica sencillez antigua. Y aun si algo moderno se advirtiese y quisiese tacharse en la mezcla de estilos del Sr. de Valera, téngase presente que en Ariosto, uno de los primeros poetas modernos, tal mezcla existe y agrada, sin contar con que Lord Byrón, otro de los mejores poetas de todos tiempos, nos da, en su *Don Juan*, á la par con un magnífico himno á la Grecia, trozos donde lo familiar no desdice de lo bien entonado de la composición toda.

No intenta quien esto escribe ir calificando por menor las obrillas que siguen, pues si tal hiciese, contradiría lo que deja dicho sobre su incompetencia para sentenciar, ó sobre la inutilidad de los fallos que pronunciase. Pero sí llamará la atención á las calidades diferentes de algunas de las más notables composiciones de esta colección.

Para comprender bien la índole del numen poético del Sr. Valera, ajustándose la senten-

cia á los datos que van aquí antes sentados y á los principios y juicios emitidos en los renglones antecedentes, considérese, por ejemplo, el trozo de poesía titulado *El fuego divino*, uno de los mejores que la siguiente colección encierra. Sin duda el poeta de nuestros días no es un Fr. Luis de León, cuyas poesías sagradas, y señaladamente *La noche serena*, tan admirada en Inglaterra y Alemania, son la más elevada expresión de un alma creyente y devota, en la cual los pensamientos y afectos, por lo vivos y sentidos, tienen el carácter de la mejor y más legítima poesía, sin que salga menoscabada la grandeza de la composición por la suma sencillez del lenguaje. La obra del señor de Valera es, al revés, una en que la moderna filosofía ha impreso huellas profundas y muy visibles. El poeta del siglo XVI es un devoto cándido; el del siglo XIX es un pensador, á quien nuevas doctrinas traen al espiritualismo. Aquél, como se deja ver, siente, sin haber pensado en analizar; en estotro es hijo del análisis todo lo que hay bien y vivamente sentido.

En el *Euforión* del Sr. de Valera no hay que buscar cotejos con poesías de otra época que la présente. El autor no disimula, ni quiere encubrir á los que lo ignoren, que ha seguido, si ya no traducido, al alemán Goëthe en una parte del *Fausto*, donde se alude á Lord Byrón

harto claramente. Bien se advierte, pues, en esta composición algo de una poesía moderna, y si no del todo conocida entre nosotros, tampoco enteramente extraña á nuestra noticia. Por esto, así como por el indisputable mérito del poemita, es fuerza que el *Euforión* agrade á nuestros críticos y á nuestros lectores de todas clases más aún que otras producciones salidas de la misma vena. Sea como fuere, el tono poético del *Euforión* no contradice, en sentir de quien esto escribe, al de otras obrillas del Sr. Valera, si ya no es que pasa por contradicción su diversidad.

Menos aprobadores ha de tener el trozo de la *Peri*, traducción parafrástica de parte de un poema del irlandés Tomás Moore, muy celebrado en la Gran Bretaña, y no poco digno de serlo, pero no de los de clase superior entre los del mundo; no siendo, por otra parte, su mejor composición la que da aquí traducida el Sr. Valera. Y la suposición de que no ha de agradar á los lectores españoles el cuento de la *Peri* como otras composiciones de esta colección, está fundada en que la índole de la poesía inglesa y la de la alemana se aviene mal con el gusto de los puramente avezados á la lectura de los poetas españoles, italianos y franceses, todos ellos latinos en sus formas, aunque la lengua francesa deje de serlo en sus soni-

dos. Ciertamente Shakspeare no ha podido hasta ahora ser apreciado en España, aunque ya lo sea en su verdadero altísimo valor en todas las demás naciones de Europa ó del mundo civilizado. Aun la sin par belleza de *Macbeth* pasa entre nosotros desatendida ó ignorada, y la pésima traducción del *Hamlet* hecha por Moratín, con sus juicios críticos sobre el original, inferiores, si cabe serlo, á la versión misma, es reputada una buena muestra de las monstruosidades dramáticas de los ingleses. Milton, por lo que tiene de clásico, es más comprendido, aunque pocos españoles le conocen. Á Pope salva del desprecio, ó del poco aprecio, lo que tiene de francés en su gusto y manera. Lord Byrón en nuestros días ha sido más celebrado que entendido, ó aun que leído, y de Scott solamente las novelas han llegado á noticia del vulgo de nuestros lectores. Cowper, restaurador de la poesía inglesa hacia fines del siglo último; el escocés Burns, su contemporáneo, tan varonil, tan sentido, tan patético en su dialecto escocés; Coleridge, Southey, Wordsworth, Crabbe, Shelley, Keats, Campbell, Rogers, y el mismo Moore, que, con otros, tanto lustre de diversos géneros han dado á la poesía inglesa al comenzar el presente siglo, son nombres que rara vez han sonado en los oídos aun de los estudiosos en nuestra pa-

tria. Y la forma y la esencia y los giros del pensamiento, y las singularidades de la expresión de la poesía británica en general, siéndonos extraños, nos chocan. Mucho, pues, de lo que conserva del original la traducción de la *Peri* ha de ser cabalmente lo que le perjudique.

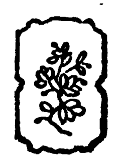
No sucederá lo mismo con la leyenda de *Cide Yahye*, de género más conocido, aunque no de clase muy vulgar en España. En verdad, lo más familiar de la misma leyenda es la forma, porque en la idea que encierra hay un pensamiento filosófico, moderno y aun novísimo para los españoles.

De las demás piezas de la siguiente colección sería inútil hablar en este breve trabajo, donde el escritor, aspirando más al papel de abogado que al de juez, meramente tira á dirigir la atención de los lectores á la clase de los trabajos del poeta en cuya suerte tiene no disimulado empeño, y no á la más ó menos perfecta ejecución de la obra.

Pero, si hay quien diga que también este prólogo se arroja hasta cierto punto á dar juicios, y que los da demasiado favorables al autor, al cual en algún modo apadrina, y que los mismos juicios se resienten de la doble incompetencia del que aspira á ser juez, siendo por un lado su parcialidad mucha, y por otro lado su capacidad poca, todavía á esta objeción pue-

de darse una respuesta. El prólogo, como las poesías del Sr. Valera, comparece también para ser juzgado. Si contiene fallos, éstos quedan sujetos á apelación, siendo el tribunal del público quien sobre ellos ha de resolver, así como sobre las composiciones del Sr. Valera; sentencias todas ellas que habrán de ser confirmadas ó revocadas en revisión por la posteridad, si á ella pudiesen llegar tan cortos trabajos; cuando, al contrario, es de temer que una furiosa avenida del río del olvido se lleve consigo éste y otros prólogos, y éste y otros libros, escritos en prosa y verso, productos de una generación parlera por demás, y cuyo imprescindible destino es, ó no ser original, ó descarriarse en sus atrevimientos.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.



POESÍAS



EN EL ÁLBUM DE MARÍA.

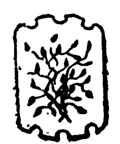
En tu virgínea frente,
De olorosos jazmines coronada,
El pudor dulcemente
La mano delicada
Puso, y dejóla de ilusión colmada.

En tu mirada, pura
Más que la luz de la naciente aurora,
La inocencia fulgura,
Entre sus llamas mora,
Y nítidos ensueños atesora:

El dedo colocado
Sobre la dulce boca, adormeciendo
El velador cuidado
Del mundanal estruendo,
Mientras tu corazón está durmiendo.

Duerme, duerme, ángel mío,
En fresco lecho de encantadas flores;
El ave en el sombrío
Te cante sus amores,
El céfiro te arrulle y vierta olores.

1841.





IMITACIÓN DE LAMARTINE.

SONETO.

CUANDO los años con veloz carrera
Arrebaten la flor de tu hermosura,
Y en lágrimas bañados de amargura
Tus ojos lloren tu beldad primera,

No en el cristal tu imagen lisonjera
Busques entonces con falaz locura,
Ni del arroyo en la corriente pura,
Que blanda fertiliza la pradera;

Sino en mi pecho, donde eternas viven
Mi ternura y mi fe; do tu belleza
Bajo el abrigo de mi amor florece;

Do tus recuerdos sin cesar reviven;
Do tu virtud y virginal pureza
Tienen un templo que jamás fenece.

Málaga, 1841.



LA MAGA DE MIS SUEÑOS.

DULCE tormento de la vida mía,
Hondo misterio de mi edad primera,
Galana luz de mi esperanza guía,
Lozana flor que en el jardín floreces
De mi tierno y ardiente sentimiento,
Que con las alas ¡ay! del pensamiento
Por esa inmensidad te desvaneces:
Como una virgen cándida, amorosa,
Sobre tu blanco pecho me adormeces,
Ó tus labios de rosa
Acarician mi frente con un beso.
El mágico embeleso
De tu suave voz hiere mi oído,
Y el eco repetido
De tu cantar me halaga.
¡Qué quimérica y vaga
Es la nube que encubre tu hermosura!
Que te miro do quier se me figura;

Pero tú huyes, la esperanza mía
Llevándote contigo,
Y arrancando del seno de tu amigo
En un suspiro toda su alegría.

¿Quién eres que en las alas de mi mente
Te remontas al cielo?
¿Por quién el pecho siente
El continuo desvelo
Que me atormenta con dolor impío?
¿Quién eres, dí, fantástica señora,
Infierno, beatitud, noche y aurora
Del corazón enamorado mío?

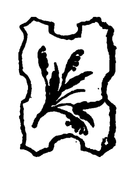
¿Eres quizás la rápida esperanza,
Que, con tus alas de esmeraldas vivas,
Vas más ligera que el alado viento;
Que retratas mi dicha en lontananza,
En medio de las ondas fugitivas
Del mar del pensamiento?
Sí, yo te ví flotar sobre la ola
De la mar agitada,
Aérea y vagarosa,
Y en esa inmensidad perdida y sola,
Derramaba tu frente enamorada
Una luz misteriosa.

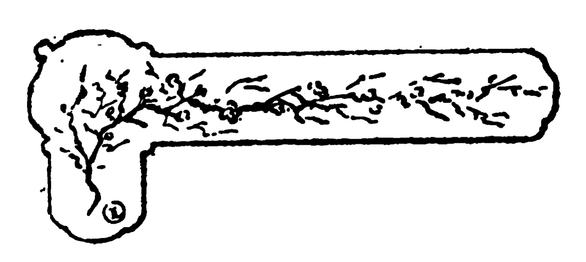
En la rica y amena patria mía,
De sus frondosas selvas en lo esquivo

Á veces de repente te veía,
Y tu mirar altivo
Ó tu dulce mirar el alma hería;
Y tu revuelta falda,
Blanca, leve, flotante,
Se solía rozar con mi vestido,
Y al desaparecer, de tu guirnalda
Una flor me dejabas odorante,
Que de ella se te había desprendido.

¡Oh veleidosa maga,
Cuya beldad el corazón halaga!
¿Eres del corazón primer latido,
Ó postrer sentimiento?
¿Eres mi amor sin esperanza acaso,
Ó mi deseo rudo y vïolento?
¿Eres un sol que se hunde en el ocaso
Para nunca volver, ó del aurora
El luminoso aliento,
Que el cielo alumbra y el vergel colora?

Madrid, 1842.





EN LA ÉGLOGA CUARTA

DE

VIRGILIO.

Ya se cumplía el verso misterioso
De la Sibila, y del Profeta el canto;
La edad llegaba: un orden majestuoso
Del volver de los siglos era fruto.
El erizado espanto
No ya sembraba luto
Al carro encadenado de la guerra;
No turbaban la tierra
Ya la bélica pompa
Ni el son robusto de la heróica trompa;
Ya la mar bajo el peso no gemía
De la guerrera nave;
El mundo en calma suave
En el regazo de la paz dormía.

¿Por qué, pues, conmovía
La mano del destino

El corazón del hombre? ¿Qué deseo,
Qué mágica esperanza
Su inteligencia en raudo devaneo
Y en una agitación continua lanza?
¿Qué ardiente grito arroja
De su seno angustiado
La humanidad entera?
¿Por qué el potente Júpiter se enoja,
Y cuando va á vibrar el rayo airado,
De la mano certera
Se le desprende, y débil se estremece
Sobre el enhiesto pedestal de oro?
¿Por qué el délfico oráculo enmudece?
¿De Encélado, quizás, y de Peloro
La armígera falange gigantea
Vuelve á escalar la celestial morada?
¿Prometeo, tal vez, con mano osada
Ha vuelto á arrebatar la luz febea?

No; los hombres han sido
Los que, en alas del raudo pensamiento,
Hasta el Olimpo mismo se han subido,
Á Júpiter lanzando de su asiento.
Y esa paz deseada
Es quizás de la muerte precursora;
Por eso á las regiones de la aurora,
Como única esperanza, la espantada
Humanidad los ojos va volviendo,
Y piensa que está viendo

En oriente brillar un nuevo día,
Y en medio de su luz resplandeciente
Un Dios, de cuya frente
Brota un raudal de amor. De la Poesía
El sacerdote santo
Tomó entonces la lira,
É inspirado de un vago sentimiento,
De los profetas repitiendo el canto,
Su voz entregó al viento,
Y á todo el universo, que le admira.

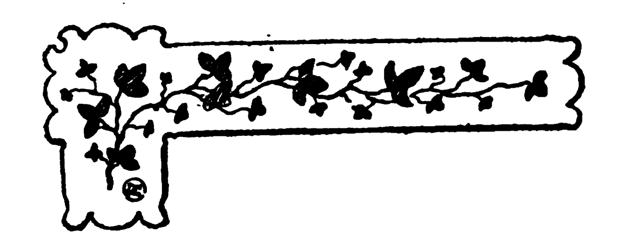
«Ya vuelve el siglo de Saturno, y viene
La doncella de espigas coronada;
El cielo nos envía
Al hijo predilecto, iluminada
La frente, el labio lleno de ambrosía.
Y vendrá al mundo el hijo del Olimpo;
Reposará sobre su frente hermosa
Espíritu de amor, y de la santa
Boca con la palabra armoniosa,
Al flamígero rayo semejante,
Conmoverá las piedras; al impío
El soplo matará de su garganta,
Y el mundo inundará de su hermosura.

»Brotarán los racimos, sin cultura,
De la tierra, y la encina dodonea
Manará miel hiblea.
Naturaleza ostentará sus galas,

Y tenderá sus alas
La santa paz, que bajará del cielo
Con amoroso vuelo,
El león y las ovejas hermanados
Irán hacia el aprisco,
Y los senos durísimos del risco
Por el amor veránse fecundados.

»Pronto vendrá esta edad que nos trae el hijo
De Jove fulminante.
Al compás de la cítara sonante
De las Musas module el sabio coro,
Sobre las cuerdas de oro
Vuele la inspiración, y el canto suene;
Que ya á la tierra viene
El padre de la paz, y ya postrada
La turba de naciones,
Altares le levanta; en sus pendones
Su pura imagen se verá grabada.»

Así dijo el Poeta; retemblaron
Los ídolos, los montes resonaron;
Sintió el hombre en el pecho dulce encanto,
Al oir la voz que lo futuro alcanza,
De los sucesos comprendiendo el giro,
Agitó sus entrañas la esperanza,
Y el universo entero dió un suspiro.



LA DIVINIDAD DE CRISTO.

Sobre el aéreo y mágico palacio
Del dilatado espacio
Te levantaste, humana inteligencia,
Y de Dios en presencia,
Le interrogaste acerca del arcano
Que en sí guardan las obras de su mano.
La ardiente fantasía
Señora de los mundos se juzgaba,
Y leyes les dictaba,
Concordando su rápida armonía,
Y al cometa marcándole camino.

Con su triunfo orgullosa, tu divino
Sér niega, oh Cristo, cual la luz febea
Radiante de verdad, y en tus altares
No ya el incienso en holocausto humea
Del que atrevido se lanzó á los mares

Del insondable y negro pensamiento,
Cual nave contrastada por el viento.

Y esperan los impíos
Derrocar tu alto trono,
Más allá de los astros colocado,
De resplandor vivísimo creado,
Y en su bárbaro encono
Negar de tu ley pura
La eternidad, el bien y la hermosura.

Pero tú te adelantas
Al través de los siglos, que mantienen
Tu nombre, y en tu seno
La omnipotencia y el milagro vienen.
Con tu voz los espantas,
Poderosa sonando como el trueno;
De tus sagrados labios se derrama
La persuasión, y el hombre
A tu divino nombre
Con alto grito su Señor te aclama.

Tú, de gloria esplendente
Inundada la frente,
La cruz, donde en el Gólgota espiraste,
Con la sagrada mano colocaste
Sobre el excelso solio
Del alto y dominante Capitolio,
De los despojos del vencido mundo

Con majestad soberbia decorado.
Tú bajaste al profundo;
Tú del marmóreo templo relumbrante,
De fúlgidas antorchas adornado,
Arrojabas á Júpiter Tonante.
En el altar sentado,
El orbe dominaste, y el orgullo
De los míseros reyes de la tierra
Quebrantaste, Señor, con dura mano.

No con la cruda guerra
Te hiciste soberano
De la mansión del hombre, ni el acero
En la diestra blandiendo,
Le dijiste al Profeta:
«Haz que suene la bélica trompeta;
Marcha, yo soy tu Dios; álcenme altares
Los pueblos, ó á millares
Sucumbirán las huestes enemigas
Al bote de la lanza del creyente
Y al brillo de sus ojos,
Como bajo la hoz, en el ardiente
Verano, el segador tronca en manojos
Las doradas espigas.»

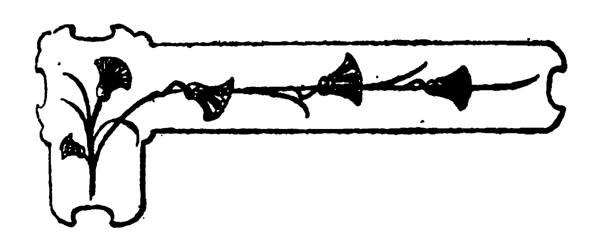
Tú solo dominaste el ancho mundo
Con la santa palabra de tu labio
Y con cetro de paz y de ternura.
Tu trono fué la cruz, y cuando en ella

Diste el postrer suspiro,
Se estremeció la tierra; de la tumba
Asombrados los muertos se escaparon,
Y el sol y las estrellas se nublaron.

La humanidad entonces, lastimada,
Dió de dolor un grito,
Y exclamó entusiasmada:
«¡Hijo de mis entrañas, sé bendito!»

Tu ley ¡oh Cristo! tu bondad revela:
Ni en el Pórtico extenso, ni en la escuela
De Sócrates profundo
Oyeron los humanos
Que eran todos hermanos,
Hasta que tú, Señor, viniste al mundo.





Á DELIA.

IMITACIÓN DE LAMARTINE.

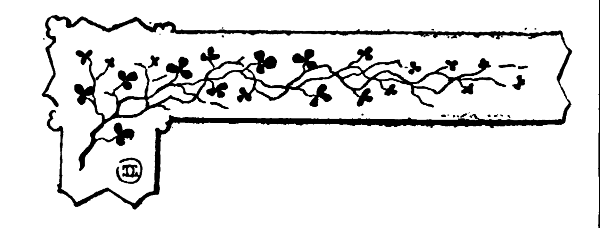
EL tiempo alegre que pasé á tu lado,
Delia divina, si recuerdas dime,
Donde la rica en amorosos cantos
Tórtola gime;
Do la fragancia de las lindas rosas
El aura esparce con sus alas bellas,
Y brilla el cielo como terso manto
Lleno de estrellas.
Allí las ninfas en revueltos coros
Danzan aereas por el fresco viento,
Y con la esencia de olorosas flores
Mezclan su aliento.
Allí una noche, que recuerdo ahora
(Lágrimas vierte al recordarla el alma),
Te ví á mi lado, y relució en tus ojos
Plácida calma.
Sobre la cumbre del altivo monte,

Al ver del cielo el eternal zafiro,
Y la nocturna silenciosa pompa,
Diste un suspiro.
Y sus misterios, de entusiasmo llena,
Tú me mostraste con la blanca mano,
La tierra, el cielo, el de sonantes ondas
Fiero Oceáno.
Tendí la vista al universo entero,
Buscando objeto que admirar pudiera,
Y á tí tan solo te admiré y bendije,
Delia hechicera.
El aura mansa en sus ligeras alas
De tus dos labios el olor traía,
Que son cual vaso de coral que guarda
Dulce ambrosía.
Y tus palabras escuché, más blandas
Que de las aguas el murmullo leve,
Cuando el cristal del apacible lago
Céfiro mueve.
La niebla entonces de la noche umbría,
Que en leves gasas á los cielos sube,
Formaba en torno de tu esbelto talle
Mágica nube.
Y de la luna el adormido rayo
Hiriendo, Delia, tu tranquila frente,
La pura flor de tu beldad mostraba
Fresca y naciente.
Me pareciste... Pero no; ¿qué imagen,
Delia divina, mísera no fuera?

Nada terreno á mis amantes ojos
Forma te diera.
Porque eres, Delia, el pensamiento hermoso
Que un alma santa concibió en su sueño,
Y que á los cielos en sus alas puras
Sube risueño.
Yo te ví, Delia, y consagrarte quise
Este recuerdo de tan corto instante;
En él tu nombre grabaré, que el pecho
Guarda constante.
Y si estos versos, que tan solo aspiran
Á una mirada de tus ojos bellos,
Consiguen ¡ay! que compasivo llanto
Viertas en ellos;
Ansío que digas: La canción amante
Que me conmueve, mi beldad la inspira;
Yo soy el numen que tan dulces tonos
Doy á su lira.

Granada, 1846.





GRANADA Y NÁPOLES.

HURÍ de las flores,
Hermosa Granada:
Tu Alhambra dorada,
El Darro, el Genil;
Tu densa floresta,
Tus mil ruiseñores,
Magnífica orquesta,
Sonoro pensil;

La cima del monte,
Alcázar de nieve,
El vago horizonte
Del llano feraz;
El plácido y leve
Murmullo del río,
Del *Carmen* sombrío
El grato solaz;

Los verdes peñones
Del alta Alpujarra,
Las tiernas canciones
Del pueblo andaluz,
La forma bizarra
Que ostentan sus bellas,
Pues Dios vierte en ellas
Su gracia y su luz,

Jamás mi memoria
Dar puede al olvido;
Granada es mi gloria,
Mi dicha está allí.
Si aquí siempre brilla
El suelo florido;
Mayor maravilla,
Granada, hay en tí.

Regalo de Flora,
Sultana divina
Que el alma enamora,
Paraiso de amor;
Mansión peregrina,
Do exhalan más suaves
Sus trinos las aves,
Las rosas su olor.

No logra la cumbre
Del Vómero verde,

No debe la lumbre
Del rojo volcán
Tener tal encanto,
Sublime ser tanto
Á quien te recuerde,
Granada, en su afán.

Posílipo altivo
Al monte no iguala,
Do luce su gala
La Alhambra gentil,
Ni al valle encantado
Que cruza cautivo
El Darro, ni al prado
Que riega el Genil.

Las costas amenas
El golfo duplica,
En él las sirenas
Suspiran de amor;
Le ciñe cual rica
Pomposa guirnalda,
Cual limpia esmeralda,
La playa en redor.

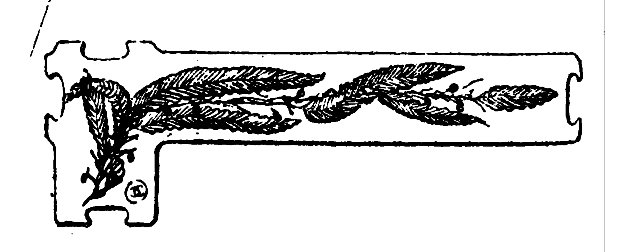
Con grandes memorias
El alma se inspira;
Aquí las historias
Que Homero cantó,

Aun vivas recuerdas;
Aquí de su lira
Las mágicas cuerdas
Virgilio pulsó.

Mas yo, mi Granada,
Prefiero tus flores,
Tu Alhambra dorada,
El Darro, el Genil,
Tu densa floresta,
Tus mil ruiseñores;
¡Magnífica orquesta!
¡Sonoro pensil!

Nápoles, 1847.





NOCHE DE ABRIL.

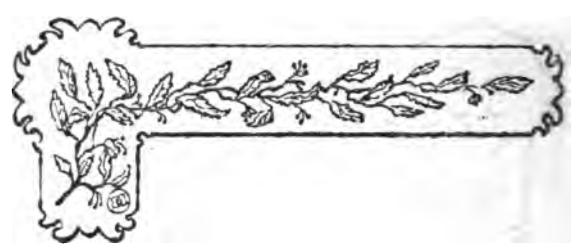
Es ya tarde: bate el sueño
Sobre la ciudad sus alas,
En el silencio sus galas
Muestra la noche gentil;
Abren su seno las flores
Al rocío transparente,
Y se respira el ambiente
Perfumado del abril.

En Nápoles, en las noches
De primaveras serenas,
Vierte por todas sus venas
Naturaleza su amor;
Y es el silencio armonía,
Bálsamo el aire, las flores
Ninfas, las sombras colores,
Y los claros resplandor.

Y todo vago, indeciso,
Dulcemente se confunde,
Y melancolía infunde
Tan suave al corazón,
Que en la atmósfera mecido
De sus sueños se recrea,
Gira y corre distraído
De ilusión en ilusión.

No va el silfo más ligero
En un rayo de la luna;
Ya acaricia lisonjero
Con sus besos una flor;
Ya en la límpida laguna
Forma un riel de topacio,
Ya perdido en el espacio
Se disipa cual vapor.





Á LUCÍA.

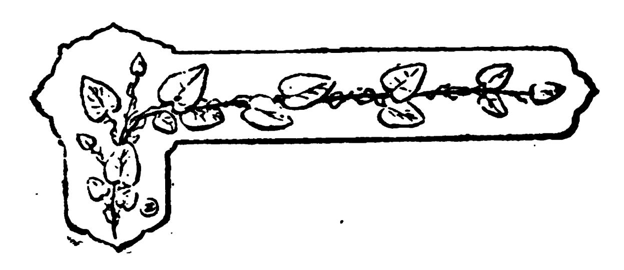
SONETO.

Del tierno pecho aquel amor nacido,
Que en él viviendo mis delicias era,
Creció, quiso del pecho salir fuera,
Pudo volar y abandonó su nido:

Y no logrando yo darle al olvido,
Le busqué inútilmente por do quiera,
Y ya pensaba que en la cuarta esfera
Se hubiese al centro de la luz unido,

Cuando tus ojos ví, señora mía,
Y en ellos á mi amor con mi esperanza,
Y llamándole á mí, tendí los brazos;

Mas él me desconoce, guerra impía
Mueve en mi daño, y flechas que me lanza
Hacen mi pobre corazón pedazos.



SOBRE LA PRIMERA PÁGINA

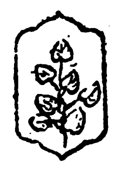
DE UN EJEMPLAR DEL «ORLANDO.»

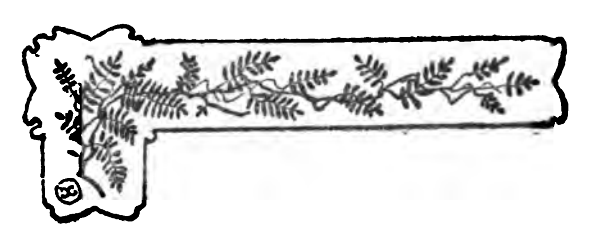
VERÉIS en estos cantos, dulce hechizo,
De cuantos males el amor es fuente,
Con un igual amor si no se paga;
Veréis á Orlando, por amor demente,
Cuántas locuras hizo,
Ciego amador de la chinesca maga:
Acaso aprenderéis á ser piadosa,
Ya que sois tan hermosa,
Que la envidia de vos la mataría,
Si Angélica viviera todavía.

Desde que ví vuestros divinos ojos,
Como Orlando, también perdí el juicio,
Y no tengo otro oficio
Que sentir celos y calmar enojos.
¡Ay! La mente de aquel halló en la luna
Astolfo; si la mía, por fortuna

Enemiga, el amor llevó tan alta,
Vano por recobrarla es mi desvelo;
¿Del juicio en busca, que por vos me falta,
Chi salirà per me, Madonna, in cielo?

Mas yo sé que mi mente enamorada
Ni á la luna se fué ni al paraíso;
Que vive aprisionada
Ne' bei vostri occhi e nel sereno viso;
Vagando va por la cintura leve
Y la crencha olorosa,
Ó fatigada, acaso se reposa,
En el seno de nieve,
Do un instante dormida,
Á cogerla de nuevo me convida,
Ed io con queste labbia
La corrò, se vi par ch'io la riabbia.





Á LUCÍA.

I.

CUANDO por vez primera
Amor sintió mi alma, ricas galas
Le dió la juventud, y de ligera
Luz á mi corazón brotaron alas
Para que en pos de su ilusión corriera.

Como vierte la aurora su rocío
Dentro del cáliz de las nuevas flores,
Prestándoles aromas y frescura,
Así en el pecho mío
Ternura y fe pusieron los amores.

Y la fe y la ternura,
Que hicieron de mi pecho su morada,
Al alma enamorada
Infundieron un vago dulce anhelo,
Fuego á mis venas, sueños á mi mente,

Con el fulgor riente
Embellecidos de ignorado cielo.

Y busqué en el concento majestuoso,
Que nace de la cósmica armonía,
Aquel cielo de amor, puro y hermoso,
Objeto del amor que yo sentía.

¡Ay! Yo no comprendía
Del universo el admirable arcano,
Símbolo y forma del pensar divino,
Trasunto de su incógnita belleza;
Mas, cual en terso espejo cristalino,
Me mostraba do quier naturaleza
Mi propio corazón, tierno y ufano;
Y presté sentimiento y dí ternura
Á las flores, al aura, á las estrellas;
Y de mi propio amor y su hermosura
Enamoréme, enamorado de ellas.

Ora la imagen del amor no veo,
Que era objeto ideal de mis amores;
El cristal empañé, segué las flores,
Y á la ilusión sobrevivió el deseo.
Y pensando que fuera
El sér que me enamora
De la imaginación dulce quimera,
Que la Poesía manifiesta y dora,

Dí vida, amor y cuerpo á la Poesía;
Pero no hallé la luz del alma mía.

¿Dónde estaba su luz? Amante, ciego,
La busqué y no la hallé. Corrió perdida
El alma en busca de ella
Por el áspera senda de la vida.
Al fin la llama rutilante y bella,
De tus divinos ojos desprendida,
Hirió del alma la tiniebla obscura,
Y bendije, al mirarla, mi destino,
Y pensé que la luz de tu hermosura
Me mostraba el camino
Del cielo que soñé. Nunca mi mente,
En el delirio ardiente
De amor que la cautiva,
Vistió de mayor gloria
La maga de sus sueños ilusoria,
De sus amores la deidad altiva.

Tus sienes circundó la inteligencia
De resplandor; pusieron los amores
En tus labios esencia
Y fresca miel de delicadas flores;
La rara discreción puso en tu boca
Alto discurso, y el amor su acento:
Éste sueños dulcísimos evoca,
Aquél eleva al cielo el pensamiento.

Te contempla mi espíritu arrobado,
Y para siempre olvida
Las vanas sombras que adoró engañado,
La ilusión grata que lloró perdida.
En tí adoro, bien mío,
La realidad del sueño,
Tormento y gloria de mi edad primera.
¡Qué pálido mi sueño y qué sombrío,
Con el lampo risueño
Al compararse de tus ojos, fuera!

Tus ojos son mi luz: mi alma recibe
La inspiración en ellos,
Y aprisionada vive
En la crencha gentil de tus cabellos.

No ya mi corazón de sus despojos
Viste los seres que adoró algún día;
Eres tú, con la lumbre de tus ojos,
Quien da precio y bondad al alma mía,
Do se retratan tu donaire y gala.
Y tan rica con esto me parece,
Que á su deseo su valor iguala,
Y hasta imagino que tu amor merece.
Ámame: á suplicártelo me atrevo;
Si no es digno de tanto quien te adora,
De tu misma hermosura te enamora,
Que aquí, en el alma, retratada llevo.

II.

Que no comprendes pienso
Este cariño intenso,
Esta pasión que el alma me devora.
¿Por qué, me dices, que te olvide, y quieres
Que busque en el amor de otras mujeres
El encanto ideal que me enamora?

Antes de conocerte, al alma mía
Fué necesario amar, y yo sentía
Todo el tormento del amor. Sed era
De un deleite del cielo,
Que el alma acaso percibió en su vuelo,
Antes que forma terrenal vistiera.

¡Ay! En el mundo quiso
Hallar mi corazón de sus amores
El ameno perdido paraíso;
Y el alma joven, de ilusiones llena,
Dió luz al mundo, aromas y colores,
Y coronó de imaginada gloria
Y vistió de hermosura
Á los seres que amó; con honda pena
Desengañóse, al fin, su galanura
Al mirar ilusoria.

Y aun adoró la voluntad, y nada
Hallar podía que adorar pudiera.
Pero te ví, y el alma enamorada
Se sintió enternecida,
Cual si un recuerdo de tu luz tuviera;
Un recuerdo lejano
De otra esfera quizás ó de otra vida.

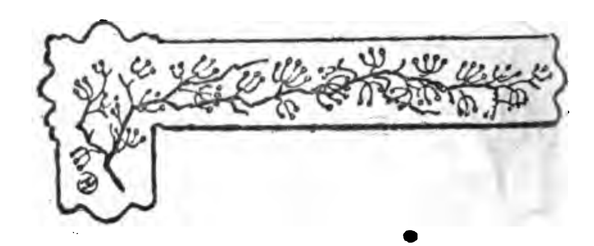
No ya por el encanto soberano
Te recordé del rostro; por aquella
Sublime conmoción del alma siento
Que te reconocí, cuando tu acento
Dulcísimo escuché, señora bella.

De tus ojos al ver la luz hermosa,
Entre su llama eterna mariposa
El alma tuya ardía,
Y recordarla pudo el alma mía.
En un mundo mejor ambas se amaron,
Y también recordaron
De sus santos amores la ventura,
Y conocí que eras
Realizada ilusión de mi ternura.
¿Cómo tu labio pide,
Cuando son nuestras almas compañeras,
Que la mía te olvide?

Por el camino de la vida, errante
Tú también como yo, gustaste el fruto

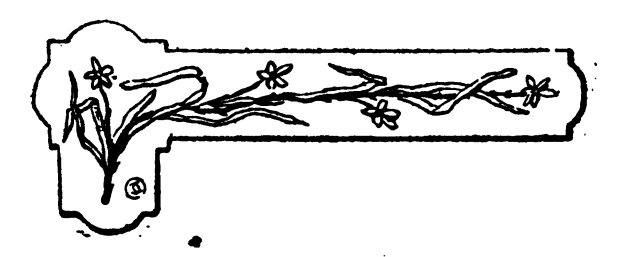
Del desengaño amargo;
Grave dolor tu espíritu anhelante
Postró por fin, y le vistió de luto,
Y al débil corazón hundió en letargo.
Débil el corazón de las mujeres
Es al dolor: anhela su reposo
Guardar el tuyo, y creo
Que más infeliz eres
Con tu sosiego fúnebre y odioso
Que yo en la agitación de mi deseo.





DESPEDIDA.

Voy á partir: mi corazón te dejo;
Es tuyo, bien lo sabes, dueño mío.
Hoy, que de tí me alejo,
Del corazón en cambio, sólo ansío
Una tierna mirada
Que vivifique el alma enamorada,
Cual las líquidas perlas del rocío
El cáliz de las flores.
Y si no son, Señora,
Dignos de premio tanto mis amores,
El corazón me vuelve que te adora.
Mas no; lejos de tí ¿cómo pudiera
Vivir el corazón? Si hasta tu altivo
Mirar le inspira plácido contento,
Antes que lejos de su amor se muera,
Quiero que aliente en el Edén cautivo
De la hermosura tuya y mi tormento.



LA RESURRECCIÓN DE CRISTO.

Et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.

POBRE linaje humano!
Aborreces la luz, y amas la obscura
Tiniebla del Averno.
¡Los númenes por tí luchan en vano!
Inexorable Némesis la dura
Sentencia cumple del destino eterno:
Á ceguedad y llanto te condena;
El combate te ofrece ó la cadena.
Con rabia vengadora
Las entrañas del hijo de Climene
En la cima del Cáucaso devora;
Y sepultadas tiene
En abismo profundo
Las almas, que valientes combatieron
Por la salud y libertad del mundo.

¿Quién la libertará? ¿Dónde la fuerza
Que con la atroz fatalidad batalle,
Y el firme empeño del destino tuerza
Cuando en cólera estalle?
Un canto rico de falaz misterio
Entonó la Sibila. Es el imperio
De la fatalidad eterno; vano
Combatir contra él. Tántalo un día
De los cielos mostrarnos el arcano
Quiere, y sediento su delito expía.
Sedienta está la humanidad entera,
Y de las limpias aguas de la vida
No sabe hallar la fuente verdadera,
En el Edén nacida.
¿Dónde la luz está radiante y pura
Que muestre al hombre tan sublime altura?
¿Dónde está el Salvador, que los profetas
Anuncian de Israel en las canciones,
Cuya venida cantan los poetas
De apartadas naciones?
Vedle: nace en Betlem, pobre, ignorado;
Es justo, mas le vende
La humanidad, que su valor no entiende,
Y muere en esa cruz como un malvado.
Y ¿es este el Grande, á quebrantar nacido
Las fatídicas leyes?...
Yo escuché la palabra de sus labios,
Más dulce que la miel, y ví al Ungido,
Hijo del pueblo, vástago de reyes,

Humillado con bárbaros agravios.
Contra el destino su poder no alcanza;
¡Murió el Justo, murió nuestra esperanza!
Mirad cómo se alegra
El infierno en su muerte;
Con una mancha negra
Cubre la faz del sol, y hasta la inerte
Tranquila paz y plácido letargo
Roba á los muertos con deleite amargo.
Sólo en el seno de la tumba frío
De Cristo el cuerpo exánime reposa,
Y desciende su espíritu al sombrío
Recinto del Erebo; allí la ruda
Venganza de los hados y espantosa
Erimne debe ejecutar sin duda.
Mas ¿qué rumor escucho, que del centro
Ardiente de la tierra hasta mí sube?
¡Ay! ¿quién combate dentro
Del hondo abismo?... Rápido cual rayo
Que se desprende de la densa nube,
Amable cual las flores
Y las auras de mayo,
Y ceñido de santos resplandores,
Cruza el aire encendido un joven bello;
Es su blanco ropaje intacta nieve,
Lumbre sus ojos, oro su cabello,
Y aunque ligero vuela,
Apenas las hermosas alas mueve,
Dejando en pos de sí cándida estela.

¿Será que el Dios, de quien la luz dimana,
Venza al demonio, y libertad recobre
Y paz la raza humana?
¿Que de la Omnipotencia soberana
Jesús ministro, los portentos obre?
. . . .
Sí; ya se acerca, y viene
Tan gallardo el alado
Nuncio, que eclipsa al numen que en Celene
Pulsó primero la sonante lira.
Llega, y alza la losa del sagrado
Sepulcro. El vivo resplandor me admira
Que en el marmóreo seno
Nace, y se esparce de la tumba en torno
Por el azul sereno.
Siento en el pecho sin igual trastorno,
Y caigo de estupor y espanto lleno.
Mas con el libre espíritu percibo
El gran misterio: de infinita esencia
Sér que de Cristo anima la existencia,
De cuya luz en el raudal yo vivo,
Porque su gracia por el mundo vierte.
¡El Cristo es Dios, y triunfa de la muerte!
¡Cristo resucitó! Ya las cadenas
Rotas están: las almas venturosas
De los Santos el vuelo
Tienden á las amenas
Moradas luminosas,
Ricas de amor, fecundas en consuelo.

Y ya la humanidad largo camino
Abierto tiene de salud y vida,
De la vil servidumbre del destino
Con la sangre de Cristo redimida.

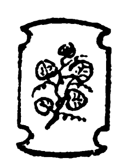


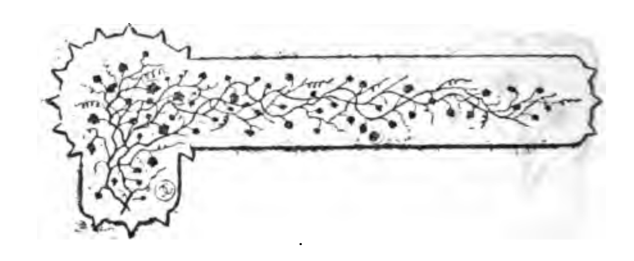


EN UN ÁLBUM.

Si lindos versos en el *Album* quieres,
No ya de mi agostada fantasía,
Elisa, los esperes.
Lograr de la Poesía
Puedes los ricos dones
Y la virtud secreta:
Invisible á tu lado está el poeta
Que sabe conmover los corazones;
Que tras de sí los lleva en raudo giro
Por magnético encanto,
Y los hace llorar con dulce llanto
Y suspirar con lánguido suspiro;
Que si el vuelo levanta á las estrellas,
En todo sitio eternamente vive;
Y en libros no, pero en las almas bellas
Canciones sabrosísimas escribe.

Prepárate á gozarlas: la tersura
Del limpio corazón muéstrale luego;
Él pondrá allí su gracia y su hermosura
Con estilo de fuego.



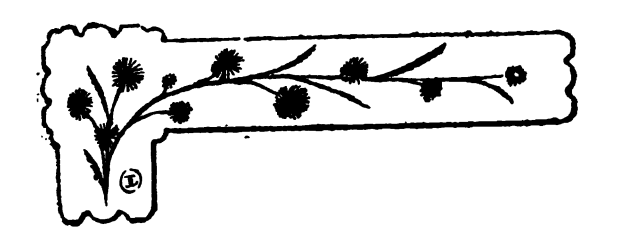


Á LA MUERTE DE UNA NIÑA.

LÁGRIMAS son las perlas que la aurora
Sobre su tumba vierte.
Céfiro gime, y por su muerte llora,
Por su temprana muerte.

De Dios querida, á Dios tendió su vuelo.
No se nubló la pura
Luz de su alma; no tocó en el suelo
Su blanca vestidura.

En el suelo la mística paloma
Anidarse no quiso,
Ni abrir el caliz, ni exhalar su aroma
La flor del paraíso.



DEL AMOR.

El Amor, hijo del cielo,
Vida latente del mundo,
Germen de luz y fecundo
Manantial de consuelo,
Tiende muy alto su vuelo,
Y sobre los astros mora,
En región encantadora,
De la tierra tan lejana,
Que á veces la mente humana
Donde vive Amor ignora.

Mas hay otro amor terreno,
Que de amor usurpa el nombre,
Y ofrece, traidor, al hombre,
En vez de nectar, veneno;
Amor de malicia lleno,
En cuyo engañoso altar

Va el corazón á inmolar
Por un sueño su ventura;
Rico sueño mientras dura,
Horroroso al despertar.

Para vencer de este amor
Enemigo la influencia,
No se conoce otra ciencia
Que ir en busca del mejor;
Y como en tan superior
Esfera culto recibe,
Sólo al alma que concibe
La perfección de su sér,
Alas le pueden nacer
Para volar donde vive.

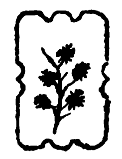
Un alcázar peregrino
Tiene en el mundo ideal,
Fundado sobre el raudal
Del pensamiento divino;
En fulgente torbellino,
De los seres tipos bellos
Le circundan, y destellos
Lanzan tan vivos, que ansiosa,
Cual amante mariposa,
El alma se abrasa en ellos.

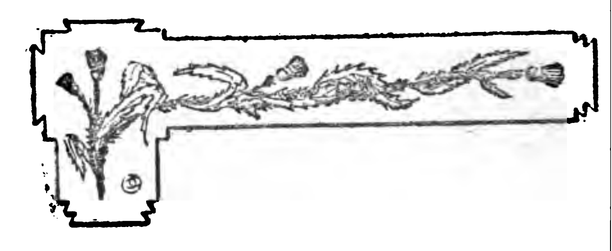
Los Santos y los cantores,
De la tierra ejemplo y pasmo,

Bebieron el entusiasmo
En sus puros esplendores.
¡Este amor de mis amores
Origen era también!
¡Ay! Yo soñaba un Edén
De mi voluntad sustento;
Hoy niega el entendimiento
Este soberano bien.

Del bien supremo el olvido
Mató la esperanza mía,
Y aún en mi pecho existía
Un afán desconocido.
Quien este afán no ha sentido,
Lo que es padecer ignora,
Y cuanto el alma atesora
De dolor y angustia muda,
Si la inteligencia duda
Y la voluntad adora.

Nápoles, 1849.





EL AMOR Y EL POETA.

EL POETA.

SER del alma, dulce amor,
En mi pecho sustentado,
De mi corazón criado
Con la sangre y el calor;
¡Ay! ¡qué espantoso dolor
Es no poder sustentarte!
No hay en mi mente que darte
Ninguna divina idea;
Antes que morir te vea,
Vuela lejos, raudo parte.

En otro tiempo te dí
El bien que perdido lloro;
Saqué del alma un tesoro,
Y en tus aras le ofrecí.
Ya no tengo para tí

Ni esperanza ni consuelo;
No hay númenes en mi cielo,
No hay en mi mente hermosura;
Tu luz, Amor, es oscura,
Y tu sonrisa de hielo.

Cuando era mi corazón
Joven, en él escribías
Inefables poësías
De altísima perfección;
Hoy es todo confusión,
Que no sabes descifrar.
El desengaño borrar
Logró cuanto tú escribiste.
Huye; que en mi pecho triste
Ya para tí no hay altar.

EL AMOR.

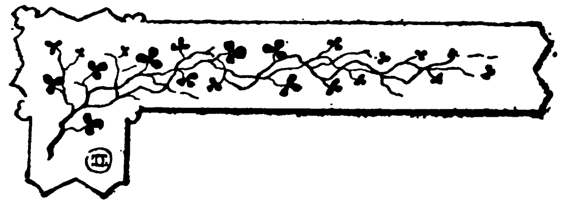
¿Dónde iré? ¿Puedo subir
Á las moradas divinas?
Las esferas cristalinas,
Que antes solías oir
Arrebatadas seguir
Con armonía su giro,
Inertes, rotas las miro,
Y si algo turba el profundo
Mortal silencio del mundo,
No es un canto, es un suspiro.

¿En dónde está la mansión
De perfecta bienandanza,
Que á la luz de la esperanza
Te pinté en el corazón?
Tú agostaste la ilusión
Y tú el encanto rompiste,
Y pues ya el cielo no existe
En tí, será empeño vano
Buscar el bien soberano,
De que renegar quisiste.

¿Dónde reposo hallaré?
¿Ese infinito vacío,
Obscuro, desierto, frío,
Cómo atravesar podré?
De espacio en espacio iré,
Cual la luz, pronto en mi vuelo,
Y eterno será mi anhelo,
Y sin término el camino,
Sin hallar la que imagino
Eterna dicha del cielo.

Madrid, 1854.





SUEÑOS.

Mucho corre la luz, y el pensamiento,
Aunque se junte á la palabra, vuela,
Y sendas de metal sigue sumiso,
Tan rápido cual cruza por el alma.
Va, con todo, más rápido el deseo:
Se pierde en lo infinito, y solo busca
En insondable eternidad reposo.

Atrevida la humana inteligencia
Triunfa del mundo, y los hermosos genios,
Que en el fuego y la luz viven ocultos,
Obrando allí maravillosas obras,
Las ninfas de las aguas y los silfos,
Y los fieros espíritus del Orco
Oyen su voz y cumplen su mandato.
Pero Amor logra más, á más se atreve,
Y combate con Dios, y de Dios triunfa.
¡Dichoso aquél que enamorado gime!
Amor, amor le llevará hasta el cielo.

¡Dichas soñé! Las Náyades estaban
Prisioneras del rígido Vulcano,
Y anhelando romper su cárcel dura,
La llevaban veloz sobre las aguas,
Y yo en la cumbre caminando iba;
Luego el Amor me levantó impaciente,
Abrió sus alas, y voló, y salvando
Muchas tierras y mares, en presencia
Me puso de la hermosa á quien adoro.
Un siglo hacía que á su tersa frente
No tocaban mis labios ni á su boca.
Al fin su voz, su aliento, hasta su vida.
Y el brillo de su ojos, y el encanto
De sus dulces palabras penetraban
En mi pecho otra vez por los sentidos.

¡Cuántos extremos de cariño entonces
Hice al verla de nuevo, tan divina
Como su imagen, que en el alma guardo!
¡Ay! Mas que nunca enamorada ella,
Me estrechaba también contra su seno,
Y de él salían misteriosas llamas,
Consumiendo del alma las escorias,
Y dejándola limpia como el oro.
Mayor felicidad no tuve nunca,
Ni más dolor que al despertar del sueño.

Me encontré, al despertar, en las remotas
Playas de Nicteroy, do calienta

El sol la tierra con fecundos rayos,
Y brotan flores odorantes, ricas,
Y gigantescos árboles pomposos
De perenne verdura; do los montes
Asemejan titanes fulminados
En el momento de escalar las nubes,
Y las islas flotantes paraísos,
Y el mar su claro espejo. Aquí la vida
Rompe, como los ríos, caudalosa
Por los abiertos poros de la tierra,
Y en el aire sereno se dilata:
Oro y diamantes en las rocas cría
Su plástica virtud. Aquí la sangre
Hierve con el calor en nuestras venas.

Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervesciente en chispas vividoras,
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,
Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida.

Avergonzado yo del llanto mío,
Escondí la cabeza entre las ropas,
Y entónces sentí pasos en mi estancia,
Como los pasos de persona muerta,

Que abandona el sepulcro, ya perdida
La costumbre de andar y de moverse.
Conocí, sin embargo, que era ella,
Mas no la ví, ni á verla me atrevía.
Llegóse junto á mí, y en las espaldas
Una mano me puso helada y seca,
Y yo temblé con espantoso frío;
Y pensé que rodaban por el aire,
Y que andaban después sobre mi cama
Multitud de gusanos bulliciosos.
No dijo la visión palabra alguna,
Pero su mano penetraba dentro
De mis entrañas, cual puñal agudo.

Ello es que siento aún en lo más hondo
Del corazón horrible desconsuelo
Y un peso atroz, como si allí llevara
Sepultados mi amor y su cadáver.

Río-Janeiro, 1851.





AMOR DEL CIELO.

¿A DÓNDE te remontas, alma mía?
¿Qué agitación es esta? ¿Qué locura?
¿Es amor por ventura?
No sé si amor será, pero es María.
Y si es María, que es amor recelo,
Y siendo suyo, debe ser del cielo.

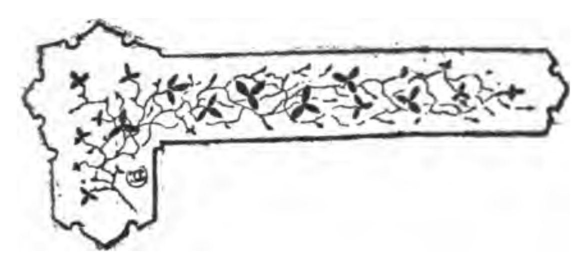
Hay otros mil amores,
De las ninfas nacidos,
Que, del aire y la tierra moradores,
Roban el alma, abrasan los sentidos;
Mas el amor que en el Empíreo habita,
Bellas almas herir tan solo anhela,
Y aunque la dulce libertad les quita,
Con místico deleite las consuela.

Por este amor te quiero,
Y por tu amor me muero,
Y con tan grata muerte
Nunca osaré quejarme de la suerte.

Ni de este amor se queje tu marido,
Aunque en tu alcoba le sorprenda, y mire
Cual pajarillo revolando en torno;
Aunque le halle escondido,
Entre las flores, de tu huerto adorno,
Cuando en tu huerto por la noche gire.
Amor tan pudoroso, tan bonito,
Tan inocente y blando,
Dará á tu esposo más placer que susto.
Á tí también te gustará infinito,
Porque este amor, que sabe amar callando,
Ni pide ni da celos ni disgusto.
Rápidas alas lleva
Sin que á otra parte que hacia tí las mueva.
Mayor delicadeza no atesora
El amor del *Cantar de los Cantares*.
Si mi amor no se inclina en tus altares,
Hasta en el cielo desterrado llora.
Es, por su candidez, como de nieve,
Por su ardor, es de fuego,
Y si en tu seno á reposar se atreve,
Como es tan limpio y leve,
Ni le mancha, ni turba tu sosiego.

Río-Janeiro, 1852.





Á MALVINA.

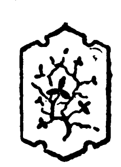
¿Qué te diré, Malvina,
Que igual al númen que me agita sea?
Grande el objeto, y mi canción mezquina,
Y comparada á tu hermosura, fea
Será, por más que remontarme anhele;
Y aunque mi ingenio vuele,
Y logre bosquejar su noble objeto,
Nunca en mi canto vivirá el secreto
Espíritu de amor y de poesía,
Que por todo tu sér su gracia vierte,
Y el corporal conjunto une y convierte
En resplandor y gloria y armonía.
No sólo en tu mirada
Y en el lampo fugaz de tu sonrisa
Ese espíritu oculto se divisa,
Sino en la limpia sangre delicada,
Por las venas azules de tu frente,

De tus frescas mejillas, y garganta
De cándida paloma,
Al través del tejido transparente
Y terso, libre gira;
En tu palabra canta,
En tu casto rubor colores toma,
Y en tus suspiros con amor suspira.
Mi afecto en ese espíritu percibe
Al genio de tu padre, que en tí vive,
Que alma te da, que vida de ti adquiere.
La blanca nube sol estivo hiere,
Y omnímodo, su luz esparce en ella,
Multicolor, aurifulgente y bella.
Así el genio poético te anima,
Y hace que yo te tenga por Kerima,
La que de Abdel-Raman al templo santo
Condujo de las vírgenes el coro,
Y danzó en los pensiles de Zahara;
Luz de Mudarra, de Almanzor encanto,
De Córdoba tesoro,
Joya de la poesía noble y clara.
Á veces imagino
Que eres tú la Leonor amante y pura
Que, abrazada á la cruz, en su amargura
Lamentó de Don Alvaro el destino;
Y en tí veo á veces á la linda Zora,
Fantástica y etérea, vaga y triste,
Cual serafin, que enamorado llora,
Como el sueño gentil de que naciste.

Sí; que emanación rica
Eres del genio, y mora
En tí en esencia el genio. Vivifica
Los versos sólo, y pasa de la mente
De tu padre á los versos virtualmente,
Mientras que en tí, Malvina, está en esencia,
Por lo cual á los versos te prefiero;
Tal bondad y excelencia
Ni en los del Duque hay, ni en los de Homero.
Brillantes son los dones
Con que el genio, Malvina, te engalana;
Estar de ellos ufana
Debes, no atormentar los corazones.
Mejor quiero que imites en tu vida
Á la que amó á Lisardo sin ventura,
Que no á la Zora, que, de Eblis nacida,
Del Eufrates bajando á la llanura,
Fatal y hermosa, y áspid entre flores,
Á Harú y Manú perdió con sus amores.
Dios los echó del cielo,
Y en Babel se quedaron
(¡Cuántos por tí se quedarán en Babia!),
Y allí, por distracción ó por consuelo,
Dicen que el arte mágica enseñaron;
Por eso aquella gente fué tan sabia.
Si ángeles hay aún, hiérelos luego
Con mil dardos de fuego,
Y muéstrales que hay cielos en la tierra,
Ya que tu amor del cielo los destierra.

Y aun la mágica blanca te aseguro
Que puedes enseñar, si es que te agrada;
Cada palabra tuya es un conjuro,
Un encanto eficaz cada mirada;
Y si un suspiro de tu pecho brota,
Volando sube por el éter vago
El alma más pesada, más idiota.
No tan ligero Suleimán el mago
Se levantaba en su flotante trono,
Y el infinito espacio recorría;
Aves del cielo por dosel le daban
Radiantes plumas, y con blando tono,
Amorosas cantaban,
Al compás de la eterna sinfonía.

Madrid, 1854.





Á GLÁFIRA,

DE DOMINÓ NEGRO.

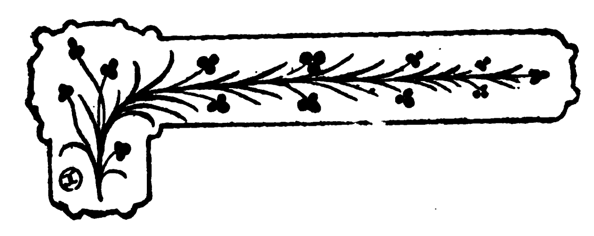
PRESTE el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira.
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara ví un cielo:
Ví la sonrisa con que tú sonríes;
Néctar y aroma, en cáliz de rubíes,
Brindabas á mi anhelo.
Eras, Gláfira, tú. Ví tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada,
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida;
Sentí en todo mi sér, sentí un quebranto,
Inefable y más dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,

Digna de acariciar los querubines,
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.
  Ese espíritu leve,
que por tus venas rápido se agita,
Y colora de púrpura la nieve,
Entró en mi pecho, que de amor palpita;
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores, las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno,
Al aire da las mariposas bellas,
Los perfumes suaves,
El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mía
Juventud y poesía.
Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera;
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Gláfira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Sólo un beso,
Un beso sólo de tus frescos labios
Puede llevar el alma al paraíso,
Darle en un punto, y con mayor exceso,
Cuantas la mente de amorosos sábios
Fingir delicias en el cielo quiso.
Nadie cual tú comprende

La inquietud de mi amor y devaneo:
De tus hermosos ojos se desprende
La luz do vive eterno mi deseo;
Mágica luz, do veo,
Cuando el color de la esperanza toma,
Musas, Gracias divinas,
Y huríes oji–negras de Mahoma
Con las peris danzar y las ondinas.
En tu blando regazo
Tal deliquio mi espíritu gozara,
Gláfira, si tu amor me concedieras,
Que, unido al tuyo por estrecho lazo,
Ver la luz del Tabor imaginara,
Y la música oir de las esferas.
¡Ay! temo que no quieras
Lograr conmigo el singular contento
Que amor promete á quien de amores sabe;
Mas en tu egrégio y claro entendimiento
Entendimiento del amor bien cabe;
Y espero que perdones,
Ya que no les des vida,
Estas enamoradas ilusiones,
Que me tienen el alma derretida.

Madrid, 1854.

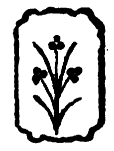




Á CATALINA.

Si la pompa y las galas, que á tus ojos,
El universo ostenta,
Á serenar no bastan tus enojos,
Ni se reposa en él, ni se contenta
Tu inquieto y noble desear, encanto
No busques ni beldad más peregrina
En los dulces favores de las Musas.
Cuanto columbra de perfecto y santo
Mi mente, y adivina
Del empíreo en imágenes confusas,
Si de forma se viste,
Al encarnarse en la palabra humana
Pierde su sér y mancha su pureza.
En sí tan rica la creación subsiste
Como el excelso origen de do emana,
Pero no goza el alma su riqueza.
Trasmitirla no pueden los sentidos,
Ni abarcar de los seres la armonía.

La genial fantasía
Sola guarda tesoros escondidos;
Tesoros son que el alma misma crea
En su interior consorcio con la idea;
Tesoros que, cual yo, no disipaste,
Y en el cándido seno conservaste.
El amor que amó Psiquis allí mora
En toda su hermosura,
Y el corazón te enciende y enamora,
Y sale de su fuente limpia y pura,
Como á la voz de Jámblico evocado.
Si pudiera mi espíritu contigo
Llegar al templo del amor sagrado,
Y de su gloria ser parte ó testigo,
En un cántico nuevo rompería,
Cual si en mí renaciera
La esperanza, esa flor de primavera,
Fresca y lozana, cuando Dios quería.



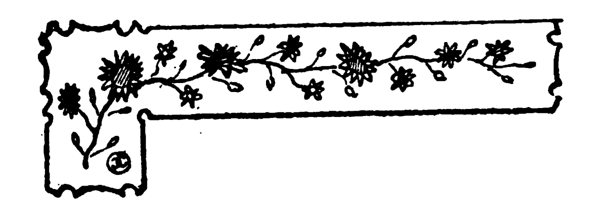


PLEGARIA.

Amor vult esse sursum.
(De imit. Christi.)

RAUDAL de vida, Espíritu divino,
Sustento y luz del alma que te adora,
Y que en tu busca, en medio del camino,
Perdida, ciega, enamorada llora,
¿Cómo podrá saciar en el mezquino
Mundo, la sed de amor que la devora,
Si en la esfera ideal, do su amor vive,
La inmensidad del universo inscribe?
Y aunque atrevida el alma consiguiera,
En progreso infinito dilatada,
Sentir en sí la humanidad entera
Y el espacio abarcar de una mirada,
En su alcázar ingente conociera,
Emperatriz y diosa abandonada,
Que aún carecía de su digno empleo,
Que era mayor que todo su deseo.
Tú das, Señor, del corazón doliente
Un bálsamo eficaz á la amargura,
Y de tu trono la inexhausta fuente

Brota, que satisface sin hartura;
Y sólo hay ciencia en tu profunda mente,
Supremo bien, clarísima hermosura;
Por eso el alma, si de amor suspira,
Gime en la tierra, y á tu gloria aspira.
  De tu gloria olvidada, triste, inquieta,
El alma mía nunca se reposa,
Á los sentidos, sin tu fe, sujeta,
Yace angustiada en cárcel tenebrosa;
Hiera, Señor, el alma del Poeta
Un rayo de tu luz maravillosa,
Para que este deseo, que le abruma,
En su fuego santísimo consuma.
  Sé que el amor te vence, y yo te adoro,
Y tú diste el amor al alma mía;
Ella engañada prodigó el tesoro,
Y en el mundo gozarle no podía,
Ni fuera de él, entre los sueños de oro
De la lozana y joven fantasía,
Ni en la Babel inicua, que levanta
Nuestra razón, cuando tu ley quebranta.
  ¡Ay! Permite, Señor, que el labio mío
Tu dulce nombre á pronunciar se atreva,
Ya que en su centro el corazón impío
Grabado aún, por tu bondad, le lleva:
Perdona ¡oh Dios! perdona el desvarío
De mi razón, concédeme fe nueva,
Y logre en tí mi espíritu reposo,
Saliendo de este mar tempestuoso.



Á CRISTÓBAL COLÓN.

Et vidit Deus quod esset bonum.

Por tí en el alma entusiasmada siento
El estro hervir. Que llene de la fama
La voz, unida con mi voz, el viento,
Cuando en el mundo sin igual te llama:
Con tu fe presta al corazón aliento,
Y con tu ingenio mi palabra inflama;
Dame que arranque al libro de la historia,
Colón, un canto digno de tu gloria.

Mas ¡qué miro! ¡oh dolor! Lágrimas vierte
De profunda aflicción bella matrona:
Ciencia y poder le concedió la suerte,
Rico manto real, áurea corona:
Ora en su rostro el sello de la muerte
Grabado está, sus manos aprisiona
Cadena vil, y su fecundo seno
Cubren heridas que enconó el veneno.

Es Italia: del mundo fué señora,
Y ya postrada por el suelo gime;
Y ¿quién, ingrato, su beldad desdora,
Y su materno corazón oprime?
¿Quién el pasado beneficio ignora?
Como el sol ella alzándose sublime,
Enseñó á las naciones y á los reyes,
Ciencia, virtud y veneradas leyes.
Desde el romano Capitolio fiera
El mundo dominó con sus legiones;
Alta maestra de las gentes era,
De profano saber dando lecciones,
Y presidió triunfante su bandera
El consorcio feliz de las naciones,
Del águila cambiando el signo vano
Por el signo de Cristo soberano.
Si ya postrada en secular combate
La antigua gloria del poder latino,
El trono de los Césares abate
La ruda gente que del Norte vino;
Bajo la sacra enseña del rescate
Venciste, Italia, con valor divino
Á la barbarie, y en su horror profundo
Los restos del saber guardaste al mundo.
¡Ah! ¿por qué glorias ínclitas evoco,
Que el revolver del tiempo ha disipado?
Modernas razas con orgullo loco
La madre insultan que les diera el hadó.
Iba Italia á morir, y ya con poco

Aliento, el cetro y el blasón preciado
Á nuevos pueblos entregar debía,
Á quienes ya su luz sirvió de guía.
Las naciones adultas el tesoro
Quieren verter del alma inteligencia,
Y con sus naves por el mar sonoro
Llevar al Indo, cuna de la ciencia,
De los doctos bramines con desdoro,
Nuevas artes y mística creencia,
Que explica los misterios del Eterno,
Y al monstruo humilla del profundo Averno.
Italia entonces se levanta, y mira
Al mejor de sus hijos; en su frente
Sagrada llama de entusiasmo espira,
Y de ciencia y virtud noble torrente:
Era Colón; ya en torno suyo gira
El genio creador, ya en su valiente
Corazón lleva el estupendo anhelo
Con que rasgó de la creación el velo.
Tú no quieres, Italia, que en mezquino
Círculo ruede la virtud eterna,
Que á los pueblos legaste, y que el destino
Con alto fin de perfección gobierna;
Á su impulso abres ya largo camino,
Y haces que el genio de Colón discierna
Un nuevo mundo, que sustenta ufano
En sus hombros el gran padre Oceano.
Mas ¿qué nación habrá de esfuerzo tanto,
Que la fe tenga que Colón desea,

Que preste auxilio al pensamiento santo,
Y la nueva verdad alcance y crea?
Postrada Italia en mísero quebranto,
¿Cómo pudiera dar cima á su idea?
¿Dónde hallar los enérgicos varones
Á tanta empresa dignos campeones?
¡Cuántos años de afán y de constancia
Gastó en su busca el genovés glorioso!
Mas ¡ay! que hallar no supo la ignorancia
Ojos con que mirar tanto coloso.
Le despreció la vanidosa Francia,
No le creyó el britano codicioso,
Y para realizar su pensamiento,
Quien careció de fe no tuvo aliento.
Y allá en el fondo de su grande alma
El piloto inmortal sintió la fría
Mano del desengaño, que la palma
Iba á robarle que soñado había;
Mas la santa virtud sus penas calma,
Su corazón reviste de energía,
Y la esperanza baja desde el cielo
Á darle con su bálsamo consuelo.
Y de trompas entonces y timbales
Magnífico rumor el mundo llena,
Rasgan el aire cánticos marciales,
Y el rudo choque de las armas suena;
En las tierras de Europa occidentales,
Sobre la orilla del Genil amena,
Tremendo lucha con la gente mora

Pueblo que el nombre de Jesús adora.
El pueblo de Sagunto y de Numancia,
Que, del amor de Cristo poseído,
Por siete siglos con sin par constancia
Su patria y religión ha defendido;
Libia mandó con bárbara arrogancia
Sus fieros hijos en raudal crecido,
Veces mil en su daño, mas valiente
Fué valladar su fe del gran torrente.
Sin la española fe y el heroismo,
Los hijos de la ardiente Mauritania
Penetraran de Francia al centro mismo,
No hallando otro Martel en Septimania;
Y hasta hubiera abrasado el Islamismo
El corazón helado de Germania,
Si no suscita el español coraje
Dios, y salva su ley de tanto ultraje.
Cuando de Iberia la indomable raza
Va á poner fin á la feroz pelea,
Y el vigor con que el árabe rechaza
Ya en nuevos triunfos consumir desea,
Colón la causa de Castilla abraza,
Y por ella combate; que su idea
Secundar debe el gran valor de España,
Sólo capaz de tan egregia hazaña.
Al Señor demos alabanza y gloria,
Pues dotó á España de la fe profunda,
Que hizo tan grande su sangrienta historia,
Y en beneficio de Colón redunda;

Y demos alabanza á la memoria,
Que nunca el tiempo en sus abismos hunda,
De la mujer divina cuya mente
Leyó del genio en la inspirada frente.
Era un genio también. Joyas, aliento,
Vida da al genovés. Ya Colón vuela
Á preparar las naves que su intento
Han de llevar al término que anhela;
Ya se mira en el mar, ya empuja el viento
El lino de su rauda carabela;
Por incógnitos piélagos avanza,
Radiante de entusiasmo y de esperanza.
Señala el rumbo, vence la tormenta,
Domina al viento, y de la mar sañuda
Doma el seno irritado, que sustenta
Por la primera vez la carga ruda
De osadas naves; elocuente alienta
Á quien, temblando, de su suerte duda,
Y á Dios levanta el corazón sublime
Para que de su espíritu le anime.
En sus esfuerzos últimos le guía
Un serafín de la estrellada esfera;
Pero ya nace el venturoso día,
Y el mundo alumbra que Colón espera:
Ya saludan con voces de alegría
Los marinos la mágica ribera,
Y de los montes el perfil colora
Y en el sereno azul pinta la aurora.
Colón entonces en el pecho siente

Dicha mayor que cabe en pecho humano:
Piensa tocar al cielo con la frente,
Ve temblar á sus pies el Oceano;
Y hasta imagina en la orgullosa mente
Ser creación de su ingenio soberano,
Y de su voluntad, la tierra ignota
Que del frío centro de los mares brota.
  Mas rápido, cual cruza por el viento
Brillante aborto de encendida nube,
Se disipó su vano pensamiento,
Que del Averno le inspiró el querube:
Á Dios eleva con sumiso acento
Acción de gracias, que al empíreo sube,
Y de hinojos sus glorias y su ciencia
Humilla ante la sabia Omnipotencia.
  Nunca, desde que al dar forma la mente
Del Eterno á su idea, la hermosura
Admiró de sus obras refulgente,
Tanto el Señor se complació en su hechura;
Vertió á raudales en la noble frente
Del que así le ensalzaba su luz pura;
Dirigió una mirada, de amor lleno,
Dios á Colón, y Dios vió que era bueno.





RECUERDO.

Amor, yo te bendigo;
Y tú, delicia mía,
Que al seno de tu amigo
Aquel anhelo mágico
Diste con tu beldad;
Tú, que mi bien, mi guía,
Tú, que mi gloria fuiste,
Si te olvidé, perdóname,
Que, arrepentido y triste,
Merezco tu piedad.

Cuando viví á tu lado,
Mi altivo pensamiento,
Por el amor guiado,
Á las regiones célicas
Sus alas extendió;
Incógnito concento

Oyó de las esferas,
Moradas hechiceras
De genios y de sílfides
Contigo visitó.

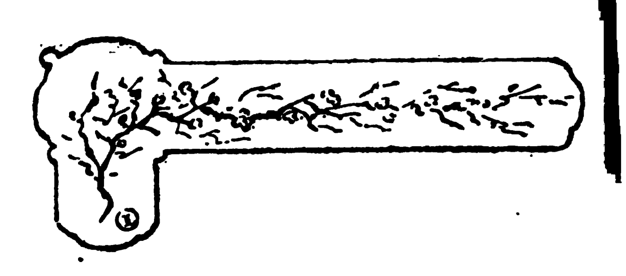
La llama de tus ojos
Borró del pecho mío
Desengaños y enojos,
Y dulces santas lágrimas
Vertió mi corazón;
Mi corazón impío,
Mi corazón de hielo
Ardió en la luz vivísima,
Señora, de ese cielo
Que en tu hermosura vió.

Ya te perdí. La suerte
Infausta así lo quiso;
Y también, al perderte,
De mis penas el bálsamo,
El sumo bien perdí.
Me echó del paraíso
En que mi orgullo abate
Espíritu maléfico,
Y me llamó al combate,
Y en su poder caí.

Busqué nuevos placeres
Para calmar mis penas,

Amor de otras mujeres,
Y el discordante estrépito
Del mundo seductor;
Mas sólo tú serenas
Con tu recuerdo el alma,
Tu hermosa imagen calma
Este combate místico
Que siento en mi interior.





EL FUEGO DIVINO.

De la inclinada fuente
En copioso raudal brotaste pura,
Alma luz refulgente;
Entonces con ternura
Latió fecundo el seno de natura,

Como la casta esposa
En medio de su dulce primavera,
Si en la entraña amorosa
La agitación primera
Del fruto ansiado de su amor sintiera.

Tú eres la luz, la vida,
La inteligencia, el fuego, el movimiento;
Tú la llama escondida
Que da al sol alimento,
Y armonioso vigor al firmamento.

Hijas de tus amores
La hermosura vernal del bosque umbrío,
Y la copia de flores
Que en el ardiente estío
El cáliz abre al líquido rocío.

Con vivífico aliento
Virtud prestaste á la materia inerte,
La fuerza y movimiento,
Que en sus átomos vierte
Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
Misteriosa del hombre creaste luego;
Á su mente sagrada
Diste noble sosiego,
Á sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente,
Hermoso asiento de tu lumbre viva,
Hacia el cielo eminente,
Do á su mirada altiva
Ni de tu ser la oscuridad se esquiva.

Cuanto existe en la tierra,
De oro y fango, de bálsamo y veneno,
Cuanta virtud encierra
En su fecundo seno
El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía,
Breve mundo, del hombre á la existencia;
Como en oriente el día
Brotó la inteligencia,
De su completo ser oculta esencia.

La pompa de los mundos,
Todo ser, toda vida en ella vive;
Los ámbitos profundos
Del cielo en sí recibe,
Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
La flor, el ave canta, el mar resuena;
Cuanto aborrece y ama,
Todo deleite y pena
Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envía,
Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
No acaba su porfía,
No hiere el mortal velo,
Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
Al ser amante en la creación entera?
¿De qué beldad se paga,
Si por alta manera
Todo en el alma está como en su esfera?

¿Á qué este amor intenso?
¿Qué ignoto sér la voluntad adora?
¿Dónde el objeto inmenso,
La fuerza vencedora
Que domine al amor que la devora?

¿Qué bondad, qué hermosura
Hay en el mundo, que gozar no pueda?
¿Qué gloria, qué ventura,
Donde se aquiete y ceda?
Ni ¿qué grandeza que á la suya exceda?

El alma es consonancia
De todo lo creado, y sus amores
Son la luz, la fragancia
De estrellas y de flores.
¿Quién detiene perfumes y fulgores?

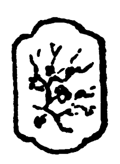
¿Dónde se posa y calma
El corazón, buscando su destino?
¿Do está la paz del alma,
Dónde el centro divino
Que suspenda su curso peregrino?

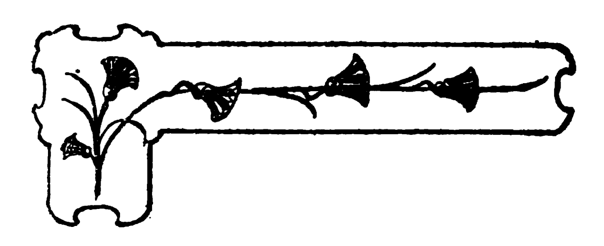
La bien templada lira
De cada cuerda exhala melodiosa
Distinto son, y admira
De la máquina hermosa
Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
Potencias une al mismo fin el hado;
Así de las esferas
El giro arrebatado
Da un concierto sublime y alternado.

La inmortal y sonora
De celeste virtud máquina ardiente,
Que magnífica mora,
Cual antorcha esplendente,
En el sagrado templo de la frente,

Ya no más confundida
Con la materia se verá; ya dura
Eternamente unida;
Ya tan sólo procura
Volar al foco de su lumbre pura.



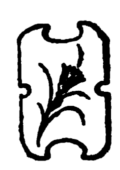


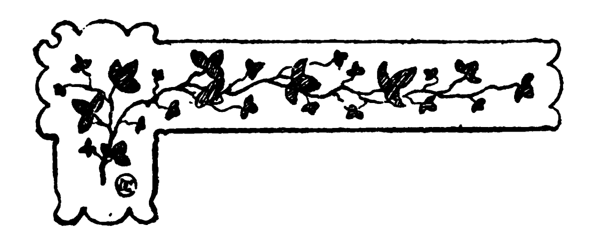
ÚLTIMO ADIOS.

Quien por el hondo mar la patria deja,
Cuando la luz espira,
Desde la nave en que veloz se aleja,
Con lágrimas de amor la patria mira.
Y tal vez en su hogar los ojos para,
Y en el campo y las flores,
Y el campo de que el viento le separa,
En el viento le manda sus olores.
El rojo sol le manda en sus reflejos,
De la patria querida,
Que va desvaneciéndose á lo lejos,
La imagen y la triste despedida.
Y se distinguen árboles y montes,
Casas y prado verde,
Hasta que todo en vagos horizontes
Ó en la confusa lobreguez se pierde.
Y ya en la sombra de la noche hundido

El fértil, patrio suelo,
Se oye de las campanas el sonido,
Y alza la vista el navegante al cielo.
Y la suprema luz de aquella obscura
Melancólica hora,
Y del vario paisaje la hermosura,
Que el esplendor de los recuerdos dora.
Y el aroma fugaz que trae el viento,
Y el sonar de los bronces,
Y toda la impresión de aquel momento,
Recibe y guarda el corazón entonces.
Así mi herido corazón recibe
Tu imagen hechicera,
Hoy que á tu lado el corazón aún vive,
Y palpita de amor por vez postrera.
Pero si el mar del mundo le arrebata
Paz, juventud y amores,
Tú no serás á su cariño ingrata,
Y bálsamo darás á sus dolores.
Del que le hiciste involuntario daño
Sólo al amor se queja:
Lejos de tí le arrastra el desengaño,
Y en tí sus dulces ilusiones deja.
Mi corazón te pide una mirada;
Mírame sin enojos,
Y eternamente quedará grabada
En él la luz de tus divinos ojos.
Será trasunto y celestial idea
De mi soñada gloria;

Gentil cifra de amor que el alma crea
Y que indeleble guarda la memoria.
  Talismán rico do escribió una maga
Benéfico conjuro;
Lámpara de oro que jamás se apaga,
Y arde en el seno de la tierra obscuro.
  Y levantado entre ilusiones muertas
Sublime pensamiento,
Y en llanuras estériles, desiertas,
Solitario y hermoso monumento.





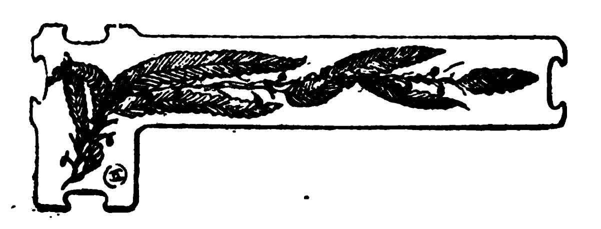
Á GENOVEVA.

Si el sol de primavera
En la pradera posa
La mirada amorosa,
Florece la pradera.
Si tu beldad quisiera
En mí suavemente
Posar la refulgente
Luz de tus ojos bellos,
Infundiera con ellos
La poesía en mi mente.
  Pues si nacen las flores
Del sol al vivo rayo,
Y en las noches de mayo
Vuelven los ruiseñores
Á cantar sus amores,
Bien tu mirar podría

Volverme la poesía
Á su antigua morada,
Desierta y olvidada
Dentro del alma mía.
  Así tan sólo creo
Que tendría mi canto
De tu ser el encanto,
Esfera del deseo;
La que en tus ojos veo
Simpática dulzura,
Los que en tu boca pura
Destila, cuando ríes
En perlas y rubíes
Aromas y frescura.
  Acaso yo lograra
Cifrar en mis canciones
Las bellas ilusiones
Que tu mirar declara;
Y el candor, y la rara
Discreción que revela
Y las dichas que anhela
Tu alma pudorosa,
Y aquella luminosa
Región por donde vuela.
  Diera el ingenio mío
Entonces, Genoveva,
Maravillosa prueba
De su elegancia y brío;
¡Mas yo propio me río

Del imprudente ruego!
¿Quién me asegura luego,
Al sentirme inspirado,
De no morir quemado
En tan hermoso fuego?





EN UN ABANICO.

Qué escribirá en tu abanico
La cansada musa mía?
¿No eres tú de la poesía
Venero inexhausto y rico?
  Bástele, pues, al liviano
Azote del fresco viento,
Que le perfume tu aliento
Y que le estreche tu mano.
  Y que su luz seductora,
Velando en él tu mirada,
Le trueque en nube dorada
Por el fulgor de la aurora.



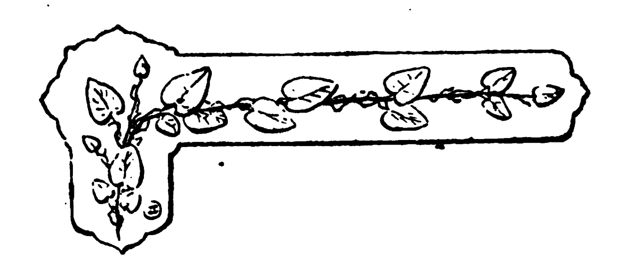


Á BLANCA ROSA.

Por qué mis versos quieres,
Si tú poesía eres,
Blanca Rosa temprana,
Espíritu gentil?
La luz de la mañana
En tu mirada brilla,
Adorna tu mejilla
La gala del abril.
  La flor que te embelesa,
El aire que te besa,
La luz que te circunda,
La noche, el cielo, el mar,
La luna moribunda,
Las pálidas estrellas
Con mil poesías bellas
Te quieren regalar.
  Préstales grato oído,
Y el profundo sentido

Del inefable canto
Vendrás á comprender,
Y en tan sublime encanto
Tu mente embebecida,
Gozará nueva vida
Y mágico placer.
  Y á la vaga armonía
Que amorosa te envía
En la estación amena
La rica creación,
De fe y deleites llena
Responderá tu alma,
Convertida tu calma
En dulce agitación.
  Así cuando la aurora
De rosicler colora
El oriental zafiro,
Los bosques y la mar,
En lánguido suspiro,
Perfumes dan las flores,
Las aves tus amores
Se ponen á cantar.

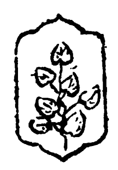


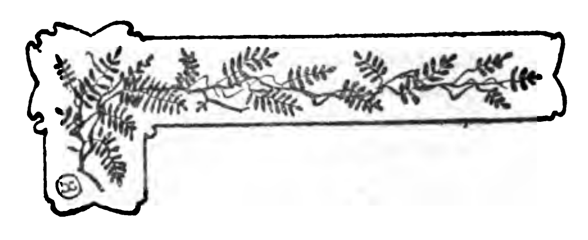


CUMPLEAÑOS DE BLANCA ROSA.

El sol con más viva llama
El aire dora y fecunda,
Y ya sus lazos de hielo
El arroyo desanuda;
Retrata en limpios cristales
Las estrellas y la luna,
Y fértiles prados riega
Por donde corre y murmura.
Ya la golondrina errante
Su antigua morada busca,
Y ya vuelve el ruiseñor
Á cantar en la espesura;
Salpicada con aljófar
Del rocío ó de la lluvia,
Cubre y tapiza los campos
La verde yerba menuda.

Á fresco búcaro huele
La tierra, cuando se enjuga.
Ora nacen, cual primicias
Del amor, la linda y pura
Flor del almendro temprana
Que la primavera anuncia,
Y la púdica violeta
Que entre las hojas se oculta.
Así nació Blanca Rosa,
Como la violeta púdica,
Como la flor del almendro,
Prenda de amor y ventura.



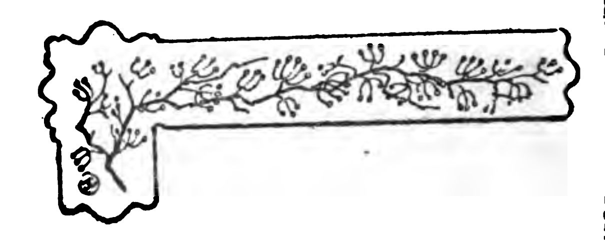


ELISA DE PASEO.

Famosa por su despejo,
Tremenda por sus conquistas,
Del sosiego de los hombres
Irresistible enemiga,
Por la Fuente Castellana
Ayer con su madre iba,
Sal derramando á puñados
Y gracia, la bella Elisa.
La envidiaban las mujeres,
Los hombres la bendecían,
Los pollos alicortados
Se quedaban á su vista;
Las hadas, que la dotaron
De beldad tan peregrina,
Giraban en torno de ella
Con encantada sonrisa.
Un ejército de amores
Invisible la seguía,

Avasallándolo todo
Como Pizarro en las Indias.
Las flores daban su olor
Al pasar la hermosa niña,
Los pajarillos cantaban,
Los árboles florecían;
Y por verla, y por copiarla
En sus ondas cristalinas,
Brincaban de amor las fuentes
Ó murmuraban de envidia.
Ella, como sol que nace,
Llevaba en la frente el día,
Luz en los ojos divinos
Y carmín en las mejillas.
En la boca, entre un tesoro
De coral y perlas finas,
Panalito perfumado
De dulce miel escondía.
Al pasar yo junto á ella,
Fué tanta mi golosina,
Que me hubiera convertido
En zángano ó en avispa.

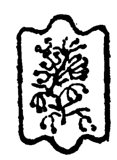


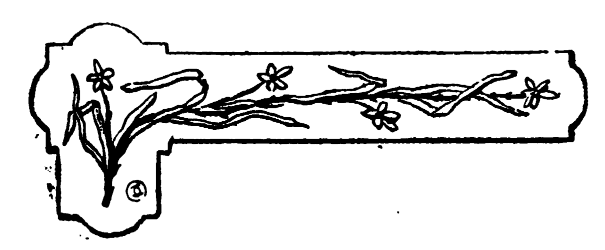


INTERPRETACIÓN DE UN SUEÑO.

AMOR, bella Elisa, es
Quien por tí los cielos deja
Y enamorado se queja,
De hinojos puesto á tus pies.
Tú, que desnudo le ves,
Pudibunda y enojada
Le das una puntillada
Con el lindo borceguí
Por *shocking*, falto *d'esprit*,
Y bestia mal educada.
  Mas aunque el golpe le duela,
Amor reconoce bien
Que merece tu desdén
Su poquísima cautela.
Y como vencerle anhela,
Se viste de caballero,
Con levita, con sombrero,

Con corbatín y otras galas,
Y en vez de flechas y alas
Se proporciona dinero.
Ya su interior hermosura,
Que encubre traje de moda,
Hasta después de la boda
Á mostrar no se aventura;
Y bien vestido figura
En la Fuente Castellana,
Coche haciendo la galana
Conchita de Citerea,
Y que cada pichón sea
Una yeguaza alemana.
Tu sencillo corazón
Sólo así logra vencer,
Porque tú no has menester,
Más bella que una ilusión,
Que te dé su cinturón,
Venus, si Amor te propina
El oro y la perla fina,
La rica seda y la blonda
Y el diamante de Golconda
Y una excelente cocina.





AL MIRAR TUS OJOS.

Sueño, al mirar tus ojos, que suspiro
En dura cárcel. Por estrecha reja
Cielos y montes enriscados miro;
Un limpio lago su beldad refleja.

Flores, menuda yerba y bosque ameno
Forman el cerco del hermoso lago;
Ni ondas riza en su faz ni da á su seno
Inquietud ó rumor el aire vago.

Aquel silencio en soledad arcana,
A contemplar y á comprender incita
Césped, árboles, montes, flor temprana,
Ambiente claro y bóveda infinita.

Con difusos rubíes y con oro
De los cerros el sol ciñe la frente;
Pero su oblicuo resplandor ignoro
Si emana del ocaso ó del oriente.

Tal vez al alba allí guarden cautiva
Benignas hadas entre lindas flores;
Allí tal vez perpetuamente viva
La lozana estación de los amores.

Vuelvo á mirar tus ojos con profundo
Mirar, y el pensamiento se figura
Que el lago en su cristal retrata el mundo
Con más rara beldad, con luz más pura.

Todo mejor en su tranquilo espejo:
Más armónico todo y delicado,
Copia torpe es el mundo. Es el reflejo
De inasequible perfección dechado.





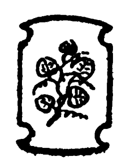
Á MELISA.

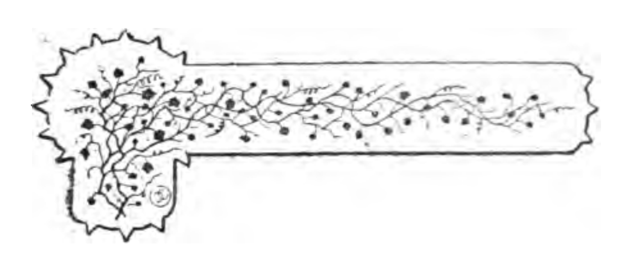
Á las cuatro, mañana
Te espero, vida mía.
Por nuestro amor te pido
Que acudas á la cita.
Imaginar no puedes
Cuánto me martiriza
El esperar en balde
Tu anhelada venida.
Desasosiego extraño
Todo mi sér agita,
Dos ó tres horas antes
De la hora convenida.
No da tantos paseos
En su jaula la ardilla;
No corre más un toro,
Si el tábano le pica.
Inútil es que piense
Sino en lograr la dicha

De recibirte, y luego
Besarte en las mejillas,
Que la emoción y el susto
Con púrpura matizan
Y á las que da frescura
El aura vespertina.
No leo, si te aguardo,
Porque las letras brincan,
Y donde decir deben
Dios ó *filosofía*,
Dicen *amor*, *abrazos*,
Y *besos* y *Melisa*.
No sé escribir tampoco,
Porque la mente mía
El discurso y las frases
Concertadas olvida,
Y tan sólo recuerda
La obscura letanía
Ó la inarticulada
Confusa retahila
De suspiros y ayes
Que la pasión nos dicta:
Rudimentos fecundos
De la lengua divina,
Que más tarde sabremos
En la región empírea,
Al gozar con los ángeles
De la visión beatífica.
En fin, cuando te espero,

La duda me atosiga;
Los celos, si te tardas,
Me matan y la ira;
Y siento, si no vienes,
Honda melancolía.
Pero, si al cabo oigo
Sonar la campanilla,
Me parece que suena
La célica armonía.
Vuelo á la puerta, abro,
Y al verte tan bonita,
Con tu mirar de fuego
Y tu blanda sonrisa,
Enamorada el alma
Á tus plantas se inclina,
Y agradecido beso
Hasta el polvo que pisas,

Abril, 1867.





SAUDADES DE ELISENA.

Souvent femme varie:
Bien fol est qui s'y fie.
(El rey Francisco I.)

I.

En la siempre deseada
Del amor noche sombría,
En aquella estancia tuya,
Tan abrigada y tan linda;
Cuando la cándida nieve
En densos copos caía,
Y daba el hielo á las calles
Alfombra resbaladiza,
¡Cuán apacibles coloquios,
Qué juvenil alegría,
Qué canciones me cantabas,
Qué ternuras te decía!
Yo robaba de tu boca
La canción aún no nacida,

Tú las lisonjas de amante
Sofocabas en la mía,
Nunca con mayor esmero,
Nunca con mayor delicia,
Representaste en los dramas
Amorosas heroínas;
No para fingir amores
Fué tu talento de artista,
Sí para darles la gala
Y encanto de la poesía.
Una palabra, un suspiro,
Una suave caricia
El poema de tu alma
Realizado transmitían.
Tu aliento, tu puro aliento
Era espíritu de vida;
Luz del cielo tu mirada,
Lampo de amor tu sonrisa.
Cuando pasabas tu mano
Por mis cabellos suavísima,
Más que Thalberg y que Listz,
Si en el piano se inspiran,
Despertabas en mi alma
Una celeste armonía,
Como el amor misteriosa,
Inmensa como mi dicha.
Forjaba entonces mi mente
Imágenes tan divinas,
Que dieran gusto y espanto

Si yo acertase á escribirlas.
Allí flores más hermosas
Que la *Victoria regina*,
Allí más gratos aromas
Que en Pancaya y en las Indias,
Y los amores bailando
Con las musas y las ninfas,
Y el Olimpo, y el Walhala,
Y los palacios de Indra,
Y de Aladino la lámpara,
Y los jardines de Armida.
El alma se evaporaba,
Y en el éter se perdía,
Y cruzaba el mundo todo
Como una eléctrica chispa.
En las regiones aéreas,
Do mi alma discurría,
Se bañaba en claros mares,
En ondas tan cristalinas
Cual diamantes, como el oro
Puras, dulces como almíbar,
Y frescas como una rosa,
Y como la plata limpias.
¡Ay! cuando de estos viajes
Tornaba la peregrina,
Sobre tu cándido seno
Me la encontraba dormida.

II.

¿En qué pecó el alma,
Gentil Elisena,
Que del paraíso
Así la destierras?
¿Qué amor tuvo el alma,
Qué objeto, qué idea
Ni qué pensamiento
Que tuyo no fuera?
Lejos de tí el alma,
Es un alma en pena,
Que entrevió la gloria
Sin quedarse en ella.
Cual pasan las flores
De la primavera,
Pasaron mis dichas,
Que en duelo se truecan:
Ricé con los labios
Las ondas serenas,
Hollé venturoso
La rueda tercera,
Herí con la mano
Del cielo las puertas,
No agosté las flores
Y aspiré la esencia;
Mas ya para mí
La fuente se seca,

La flor se marchita,
Se borra la senda,
Se eclipsa de Venus
La nítida estrella.
El alma de amores
Herida se queda,
De cariño ansiosa,
De gloria sedienta.
¿Por qué así la tratas?
¿Por qué así la dejas?
¡Ay! yo adoré en cifra
En tí una caterva
De humildes zagalas
Y nobles princesas.
En cifra adoraba
En tí la modestia,
Hermosura, gala,
Virtud, inocencia,
Que tal vez los cielos
Benignos te dieran,
Que tal vez fingiste
Con arte en la escena.
Amor en que tantos
Amores se enredan,
¿Qué mucho que dure
Y eterno parezca?
Tú para mí fuiste
Siempre varia y nueva;
Yo para tí el mismo

De contino era.
Si fuiste inconstante,
Es porque te cercan
Boyardos de Rusia,
Lores de Inglaterra,
Y grandes de España,
Y mirzas de Persia;
Que tus gracias ríen,
Tu desdén lamentan,
Tu beldad alaban,
Tu ingenio ponderan,
Adulan tu orgullo,
Y tu amor anhelan.
De mí te olvidaste,
Ufana y soberbia;
Mas son infundados
Mi encono y mi queja.
Debió solamente
Causarme sorpresa
Que en medio de tantas
Personas egregias,
Del género humano
Magnífica muestra,
Compendio de toda
La pompa terrena,
Mi obscura persona
Amor te infundiera,
Fugaz como sombra,
Sutil como niebla.

III.

Elisena, ¿fué tu amor
Un veleidoso capricho,
Ó fué bello, noble y grande
Como el amor de tu amigo?
Tú no sabes la amargura
Que, al recordar tus hechizos,
Ora derrama esta duda
En el pensamiento mío.
Si el pensamiento se viese
De esta amarga duda limpio,
Diera el dulce bien pasado
Al desdén presente alivio.
Orgulloso y satisfecho
De que me hubieses querido,
Renovando en mi memoria
La dicha del paraíso,
Tal vez calmara la pena,
La pena que da tu olvido,
De tu efímera ternura
El recuerdo peregrino.
Entonces yo imaginara
Que inflamé tu pecho frío,
Y que logré conmover
Esas entrañas de risco,
Y suscitar en tu alma
Un amoroso delirio;

Amor que si en un momento
Se ha transformado en desvío,
Concentrándose en mi mente
En un deleite infinito,
En un sublime recuerdo,
En un eterno martirio,
Fuera infierno y gloria, fuera
Galardón y sacrificio.
Mas ¿cómo adorarte diosa,
Que en el corazón me finjo,
Cuando de tu sér humano
Me da la memoria aviso?
¿Cómo soñar que, llevado
Sobre las alas de un silfo,
De tu amor y tu hermosura
Subí á gozar al empíreo?
Es cierto que con presentes
No encadené tu albedrío,
Ni me dejaste por pobre
Ni me quisiste por rico;
Es cierto que te ofrecieron
Gargantillas y zarcillos
De diamantes y de perlas,
Esmeraldas y zafiros;
Que te brindaron de seda
Y de encajes con vestidos,
Con chales de cachemira,
Con cebelinas y armiños;
Y es cierto que esos tesoros

Tu orgullo aceptar no quiso,
Y que aceptaste mis flores,
Mis versos y mis suspiros.
Mas mi corazón guardaste
De tu hermosura cautivo,
Diciendo: «Para mi triunfo
Un corazón necesito;
Porque corazón no tienen
Los que me cercan rendidos,
Y de sus joyas y galas
No me envanezco, y me río.»
Y atormentaste mi alma
Y turbaste mis sentidos,
Y con tus besos me diste
Un emponzoñado filtro.
Desde entonces, Elisena,
Es adorarte mi sino,
Y hasta vana y desdeñosa
Te adoro, y no te maldigo.

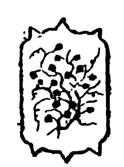
IV.

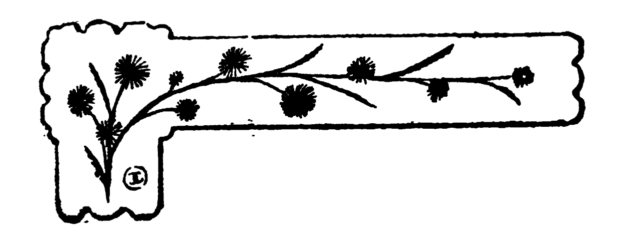
El corazón libre,
Libre el pensamiento,
En busca de amores
Volaban al cielo.
Ternura infinita
Sentía mi pecho
Por un infinito

Misterioso objeto,
Pudorosa ninfa
De gracias modelo,
Fantástica maga,
Divino portento.
Un sér fabuloso,
Un serafín bello
Yo amaba tan sólo,
Y allá en lo secreto
Del alma le daba
Altares y templo;
De amores vulgares
Juzgábame exento.
Mas cuando ya el alma
Remontaba el vuelo,
Otra vez á tierra
Cayó sin aliento,
Presa en la suave
Red de tus cabellos,
Herida de muerte
Por tus ojos negros.
La riqueza entonces
De mi amor inmenso,
Las nobles creaciones
Del fácil ingenio,
La luz que ilumina
Y dora mis sueños,
Del alma profundos
Y vagos misterios,

En tu beldad propia
Su beldad pusieron,
Ciñéndola en torno
Cual cinto de Venus.
Por eso del alma
Tuviste el imperio,
Tu amor me dió gloria,
Tu desdén infierno.
Sin tí yo pensaba
Que el mundo era un yermo,
Los astros obscuros,
Los hombres espectros.
Contigo en verano
Trocaba el invierno,
Las nubes más tristes
En claros luceros,
En vastos jardines
Los mares de hielo,
En flores las nieves,
En lindo lo feo.
No extrañes si ahora,
Al ver que te pierdo,
Perdidos tesoros
Del alma lamento.
Por amor el alma
Dió paz, dió sosiego,
Libertad y vida
Trocó por un beso.
Muerta la esperanza

Y vivo el deseo,
¡Cuán tarde conoce
El alma su yerro!
Mas no, no te jactes
Del daño que has hecho,
Ni temas mi encono
Ni esperes mi ruego.
La que yo en tí amaba
En tí ya no veo;
No eres tú la diosa
Que adoro tan ciego.
La diosa que adoro
No vive en el tiempo;
Sus pies inmortales
No tocan el suelo.

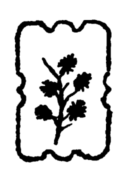


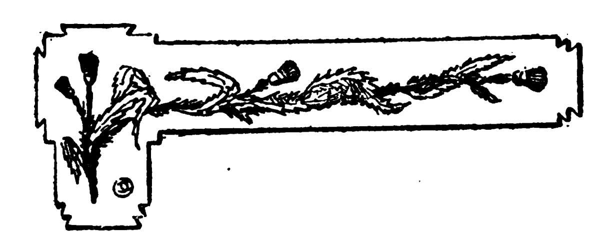


IDILIOS CONTRADICTORIOS.

Si toda lozanía
Con la vejez se pierde,
Como la pompa verde
De la arboleda umbría,
Cuando llega la impía
Estación del invierno,
¿Por qué ha de ser eterno,
Por qué también no acaba
Este fervor interno
De que el alma es esclava?
¿Por qué del alma inquieta,
La edad que el cuerpo inclina,
No ahuyenta la divina
Emoción del poeta?
¿Por qué, por qué germina,
Bajo la nieve ingrata
Que abruma ya mi frente,

La esperanza que miente,
El deseo que mata?
¿Por qué, dulce señora,
Mi corazón te adora?





LA VELADA DE VENUS.

(PARÁFRASIS DE UN HIMNO SAGRADO DE INCIERTO AUTOR LATINO.)

AME mañana el amador; mañana
Ame quien nunca amores ha tenido.
La hermosa primavera
Digna del canto, la estación lozana
En que el mundo ha nacido,
Vuelve, y amor sobre natura impera.
Mañana el bosque de la rama verde
Sacudirá la escarcha fecundante,
Y en dulce lazo se unirán las aves.
Ya vagando se pierde
En la fresca espesura y odorante,
Do entreteje de mirto la enramada,
La tierna madre del amor, Ciprina,
Que mañana dará su ley divina
Sobre el tálamo excelso reclinada.

Ame mañana el amador; amores
Tenga quien nunca amores ha tenido.
Sangre del cielo herido,
Con globos brilladores
Mezcla Oceano de su blanca espuma,
Y nace Venus, hija de los mares,
Y á su belleza suma
Los genios de la mar alzan altares.
Ame mañana el amador; mañana
Quien nunca tuvo amor, arda de amores.
Con púrpura, con perlas de las flores
Venus el año pinta y engalana,
Y á los besos del céfiro, turgente
Muestra el pecho, y extrae
Filtro encantado que al amor incita:
Rocío transparente
Que el aura leve de la noche agita,
Sobre la tierra cae.
Son lágrimas de amor que llora el cielo,
Que trémulas, ligeras
En las verdosas líquidas esferas
Se mecen antes de bañar el suelo.
De púdico carmín tiñe Dione
La rosa, cuando pone
En su cáliz la gota de rocío,
Que en la noche tranquila
De las estrellas fúlgidas destila.
Mañana debe desceñir la diosa
La túnica ajustada

Al pecho de la virgen amorosa,
Que al amor se abrirá como la rosa.
¡Oh rosa delicada
Que de sangre de Venus, llama viva,
Y púrpura del sol, el amor crea
Y hace brotar de un beso!
¡Oh esposa virgen, del amor cautiva,
Rompe el nudo celoso que rodea
Tu talle, y muestra, muestra tu hermosura,
Más que nunca esplendente,
Por el ígneo rubor en que fulgura
Tu despejada frente!
  Mañana el amador de amores arda.
Ame también quien en amor se tarda.
Manda á las grutas de arrayán Dione
Ir á las ninfas; el amor las guía.
Pero ¿cómo las armas no depone
Siendo noche de fiesta y alegría?
Id, ninfas; desarmado
El amor está ya, Venus lo quiere,
Del arco y las saetas con que hiere,
Del fuego abrasador le ha despojado:
Mas contra la belleza del desnudo
Amor inerme prevenid escudo.
  Sientan mañana amor los amadores
Y quien no amó jamás arda de amores.
Cede, virgen de Delos,
Venus púdicas vírgenes te envía,
Oye su voz y cumple sus anhelos.

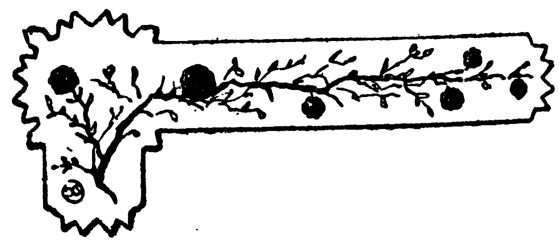
Quede incruenta la floresta umbría;
No persigas las fieras;
Venus á suplicarte acudiría
Que sus misterios vieras,
Si, casta diosa, tú verlos pudieras.
Allí coros errantes,
Y mil alegres turbas circunstantes,
Y Baco y Ceres con el dios del canto,
De guirnaldas las sienes adornadas,
Por tus bosques irán, llenos de encanto,
Bajo ramas de mirto entrelazadas.
Tres noches durarán, si lo otorgares,
¡Oh diosa! la velada y los cantares,
Virgen de Delos, cede:
Ya reinar Venus en las selvas puede.
Mañana el sér desamorado ame,
Y en nuevo amor el amador se inflame.
Rasga el manto florida, Hybla: derrama,
Más pródiga que de Enna la llanura,
Cuantas flores te dió la primavera.
Venus su ley proclama,
Con las gracias está, y ornar espera
De tus flores su trono y hermosura.
Ella venir prescribe
Á cuanta ninfa vive
En el bosque apartado,
Ó bajo la onda tiene
Alcázar cristalino:
Ella á las ninfas cándidas previene

Que desconfíen del rapaz divino,
Aunque le ven desnudo y desarmado.
  Ame mañana el amador, mañana
Quien nunca tuvo amor arda de amores:
Venus va á sonreir á la temprana
Gentil copia de flores.
El éter que primero,
Á la tierra querida
Uniéndose en fecundo estrecho abrazo,
De nubes le ciñó velo ligero,
Y produjo la vida
Y la pompa vernal en su regazo,
Mañana, en luz y en perlas de rocío
Volviendo á unirse á la divina esposa,
Nuevo poder, vivificante brío
Pondrá en su entraña ingente y amorosa,
Y Venus misma infundirá su aliento
Del universo al alma y á las venas,
Por do corra y transpire,
Y nada deje de su fuerza exento,
Ni la tierra, ni el mar, ni el firmamento:
Espíritu vital, que en lo profundo
De la existencia toda oculto gire,
Y abra caminos de nacer al mundo.
  Mañana el sér desamorado ame,
Y en nuevo amor el amador se inflame.
Venus manda que á Troya el Lacio herede,
El hijo por esposo da á Sabinia,
La púdica vestal á Marte cede,

Y une á los fundadores
De la soberbia Roma
Con las nobles doncellas de Sabinia,
De donde origen toma
Su raza prepotente;
Quirites, caballeros, senadores,
Y César su más claro descendiente.
  Mañana el amador de amores arda;
Ame también quien en amar se tarda,
Venus al campo infunde su alegría,
Su vida y sus amores:
Amor nació en el campo, do le cría
Venus con dulces besos de las flores.
  Ame mañana el que jamás ha amado,
Arda de amor el pecho enamorado.
En todo sér impera
El amor con la grata primavera.
Muge el toro de amor, y junto al río
Á la balante grey busca el morueco;
En el bosque sombrío
Oye y repite con deleite el eco,
El incesante trino de las aves;
Con ronca voz aturde la laguna
El cisne, y en el álamo frondoso
Filomena con cánticos suaves,
Olvidando su mísera fortuna,
Enamora al esposo.
Sólo estoy mudo yo. ¿Cuándo el destino
Renovará la primavera mía?

Este silencio, el desamor continuo,
De las eternas Musas me desvía.
  Sientan mañana amor los amadores,
Y quien no amó jamás, arda de amores.





EL PAJARILLO.

DEL PRÍNCIPE DE IPSILANTI.

DIME, pájaro, ¿á dónde
Vas peregrino?
¿Á do vuelas tan solo?
¿No tienes nido?
—¡Ay! no le tengo,
Y sin hallar reposo,
Cansado vuelo.

Vuelo, y voy caminando,
Sin saber dónde
La dicha que he perdido
De mí se esconde;
Cuando pequeño,
Patria tuve y amores
En otro suelo.

Con mi amada vivía
Entre los mirtos;
Nuestra edad era corta,
Grande el cariño;
Cariño tierno,
Que apenas yo nacido,
Nació en mi pecho.

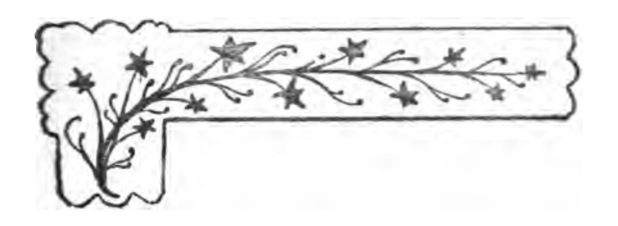
Un gavilán maldito
Me robó el alma,
La dulce luz hermosa,
Que luz me daba;
Mató mi dicha,
Que mató ante mis ojos
La prenda mía.

Ahora seguiré viendo
Tierras extrañas,
El cuerpo fatigado,
Mustias las alas,
Hasta que pare
Donde todas las cosas
Paran y caen.

Caerán allí mis penas
Y mi quebranto,
Donde todas las cosas

Hallan descanso;
Do van unidos
Á parar gavilanes
Y pajarillos.





TU RECUERDO.

DE MANUEL GEIBEL.

Tu dulce recuerdo
Por la noche obscura
Me ilumina el alma
Cual rayo de luna.
Del alma el silencio
Tu recuerdo turba,
Como el son del arpa,
Con grata dulzura.
Entonces me juzgo
Dichoso cual nunca.

Es mi corazón
Oro, y tu hermosura
La perla brillante
Que el oro circunda.

Como perla en oro,
Tal allí deslumbras.
¡Ay! así tuvieras
En el alma pura
Grabada mi imagen,
Cual tengo la tuya.





AL SUEÑO.

DEL MISMO.

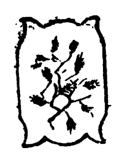
REFRIGERIO del alma,
Don de los cielos,
Alivio de las penas,
Plácido sueño,
Yo te bendigo
Al hundirme de noche
En tus abismos.

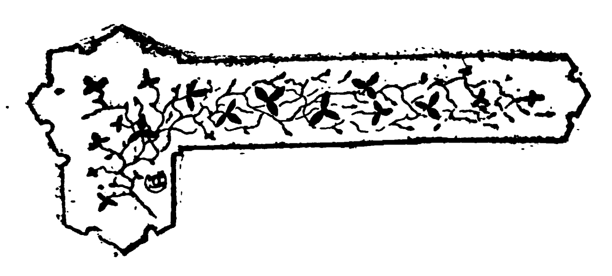
Mar de místicas olas,
Tú me circundas,
Dando al cuerpo y al alma
Dulce frescura;
Lejos, muy lejos
Se quedan en la orilla
Males que siento.

Yo te bendigo siempre
Por la mañana;
De tu seno renace
Jóven el alma,
Fresca, brillante,
Como la hermosa Vénus
Nació en los mares.

Un baño santo eres,
Que el sér renueva,
La mente fortifica
Y el pecho alienta;
El alma pasa
Por tí de vida en vida,
De playa en playa.

Baño es también la muerte,
Baño tranquilo,
Do se pierden cuidados,
Y hay paz y olvido;
La opuesta orilla
Con vestiduras nuevas
Al alma brinda.





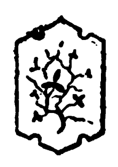
EL HADA MELUSINA.

DEL MISMO.

VIRGEN seductora
En lo más esquivo
De este bosque mora;
Cuanto cn él hay vivo,
Cuanto en él florece
Su voz obedece.
Si al albor primero
Se levanta ella,
Y los campos huella
Con el pie ligero,
La cercan las aves,
Diciéndole amores,
Y dan más suaves
Perfumes las flores.
Al lobezno airado

Su mirar amansa,
Y el corzo, extasiado,.
Á sus pies descansa.
Ella canta y gira.
Su verde camino
De perlas, que orea
El sol matutino,
Alfombra un tesoro.
Celoso la mira
El sol, la rodea
De un manto de oro.
¡Ay, si yo lograra
Ser la limpia fuente
En cuya corriente
Se mira la cara!
Lumbre de sus ojos
La fuente recibe,
De sus labios rojos
La risa allí vive,
Y al cielo da enojos;
Y canta la hermosa
Esta cantilena:
«Es mi pensamiento
Como el viento; el viento,
Que nunca se pòsa,
Que nadie encadena:
Mi corazón puro,
Santuario seguro.
Su llave ¿do está?

Yo bien me lo sé,
Mas no le abriré;
¿Quién más lo sabrá,
Y abrirlo podrá?»





OFRENDAS DE LOS PASTORES.

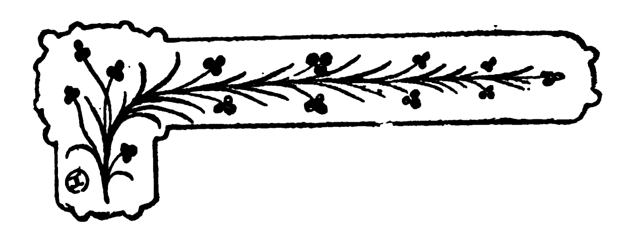
En el portal de Belén
Están adorando al niño
Varios humildes pastores,
Que le circundan rendidos.
Su pobre y rústica ofrenda
Cada pastor ha traído,
Y al presentarla al infante,
Le canta su villancico.
Leña de encina y retama,
Porque se guarde del frío,
Llegó á ofrecer el primero,
Y de esta suerte le dijo:
«Si los labios de Isaías
El angel santificó,
Abrasando su impureza
Con un ardiente carbón,
Tus ojos hermosos
Limpian, sin dolor,

Las manchas del alma
Con fuego de amor.»
Después tres lindas zagalas,
En ligeros canastillos
De sutil mimbre flexible,
Y de varitas de olivo,
Olorosas pomas traen,
Y granadas y membrillos,
Y este dulce canto entonan
Al bello recién nacido:
«Cual llama penetró, cual dueño habita
En el alma tu amor desconocido;
Nadie sino la bella Sulamita
Tan delicado amor ha presentido.
Cercadme de flores
Y pomas de olor;
Los ojos del niño
Me matan de amor.»
Blanco pan ofrece luego
Un gallardo pastorcillo,
Y postrándose de hinojos
Dice al infante divino:
«Si material alimento
Te ofrece pobre pastor,
Tú das á su sér aliento
Y virtud al pensamiento
Para otra vida mejor.
Con tu vida propia
¡Oh niño Jesús!

Darás á la mía
Eterna salud.»
Una niña pequeñuela,
Vestida de blanco lino,
Tempranas violetas trae,
Perpétuos, cándidos lirios,
Y de alhucema y romero
Olorosos manojicos:
Con sus amantes cantares
Penetra el alma del niño:
«Den á tus vestiduras
Sus esencias más puras
Las hierbas y las flores:
Tú, preserva mi infancia,
Préstale la fragancia
De tus santos amores.
Eres haz de mirra,
Niño, para mí:
En mi pecho moras;
El alma te dí.»
Trae, por fin, el rabadán,
Sobre los hombros fornidos,
De piel cerdosa y manchada
Un corpulento cabrito,
Con la robusta cerviz
Herida por el cuchillo.
Tal fué la postrer ofrenda,
Y así cantó quien la hizo:
«Vara de Jessé florida

Que nos presta nueva vida,
Luz del siglo venidero
Que á los hombres guiará;
Si inmaculado cordero
Llevas las culpas del mundo;
Si á la muerte y al profundo
Vences, león de Judá,
Si das paz á toda gente,
Si huella por tí la dura
Cabeza de la serpiente
La planta de una mujer,
Toma esta víctima impura
Que nuestras culpas llevaba:
Ya de tu sangre las lava
El misterioso poder.»





EL ANGEL Y LA PRINCESA.

ROMANCE DE GARRETT.

Oh, qué llantos en palacio!
¡Cuánto luto! ¡Cuánta pena!
Ya se muere, ya se muere
La hermosísima Princesa.
Los médicos no se entienden,
Unos se van, otros llegan;
El mal que la niña tiene
Ninguno á curar acierta.
Último rayo de vida
En sus ojos brilla apenas;
Rezando está negro monje
Del lecho á la cabecera.
¿Si aún á tiempo volverá
De allende el mar, de esas guerras,
El Rey para que á su hija
Aún dar un abrazo pueda?

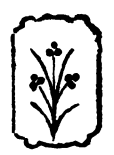
Á su niña tan querida,
De su amor única prenda,
Consuelo de su vejez,
Y de sus ojos lumbrera.
Helo, helo, cómo viene
De allende el mar con sus velas;
Mil victorias ha ganado
Y cautivos y riquezas.
El Rey con su comitiva
Por el palacio ya entra;
Mira á todos lados, nadie
Le aclama ni vitorea.
De la hija, que no ve,
Á ninguno pide nuevas;
Corriendo, no de vagar,
Va al cuarto de la Princesa.
«Hija del alma, hija mía,
¿Qué tienes? ¿Qué te atormenta?»
Y abre la niña los ojos,
Y su mirada está yerta.
«La mitad doy de mi reino
Y de mi real diadema
Á quien acierte su mal,
Á quien salve á la Princesa.»
Á estas palabras del Rey
Movió la linda cabeza,
Como quien dice: Mi mal
Ni se entiende ni remedia.
«No sé qué tiene, decía

El médico de más cuenta;
Si su mal no es mal de amores,
No sé, buen Rey, de qué sea.»
Un rubor desfallecido
Coloró su frente tersa,
Que del sudor de la muerte
Se cubría macilenta.
Los ojos, que en el Rey tuvo
Fijos desde que le viera,
En señal de pena y miedo
Los inclinaba á la tierra.
«Levanta, niña, los ojos,
Hija, recelo no tengas;
Sea quien fuere, será tuyo,
Como á la vida te vuelva;
Ora hidalgo, ora pechero,
Ora pobre ó rico sea,
Para mi yerno le tomo,
Y le doy tu mano bella.»
Como si el último esfuerzo
Con dulce fatiga hiciera,
Llenos de ternura, al padre
Dirigió los ojos ella.
Lento, suave suspiro
Exhaló del pecho, y era
El alma, que sin dolor
Se iba volando á otra esfera.
Á mortajarla van ya,
Cuando en el pecho le encuentran

Signos que nadie leía,
Raras, misteriosas letras.
Siete sabios son venidos
Á descifrar la leyenda;
Cada uno de los sabios
Sabe más de siete lenguas;
Ninguno explica los signos
Del pecho de la Princesa.
Sólo el más viejo de todos,
Que en Palestina viviera,
«Yo he visto en unas ruinas,
Dijo, señales cual éstas,
Junto á los cedros del Líbano,
Do toca el cielo á la tierra.
Ángeles de Dios hablaban
Del mundo en la edad primera
Con las hijas de los hombres...
Pero no entiendo esas letras,
Ni lo que dicen diría
Aunque supiese leerlas.
Secretos son de otro mundo,
Que en éste Dios no tolera.»

Un alto cedro nació
Encima de aquella sierra,
Por los ángeles plantado,
Ó por las aves ligeras.
En una noche tan sólo
Creció el cedro de manera

Que no había en todo el reino
Otro igual en la grandeza.
Fué en la noche en que llevaron
Á enterrar á la Princesa.
Era un sitio muy querido,
Donde solía estar ella;
Do sola, de vez en cuando
Se pasaba horas enteras,
Y se diría que hablaba
Con las brillantes estrellas;
Donde una noche sin luna,
Pero límpida y serena,
Hubo quien viese en el aire
Una blanca forma incierta,
Y descender poco á poco,
Y á los pies de la Princesa
Pararse un bulto, una sombra,
Pero sombra de luz llena.
Desde entonces esa infanta
Ni una vez riyó siquiera.
Era un ángel quien le hablaba,
¿De Dios, ó...? No hay quien lo sepa.





ROMANCE

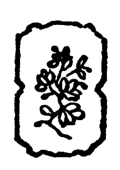
DE LA HERMOSA CATALINA.

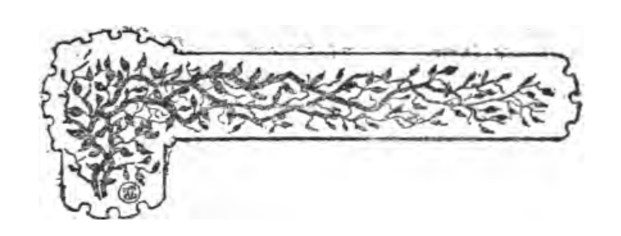
Fué Don Duarte á la guerra
Con el rey Don Sebastián;
Lo que sucedió en la guerra
Mucho nos hizo llorar.
Allí se perdió la gloria,
La gloria de Portugal;
Allí se perdió el buen Rey,
¿Dónde el buen Rey estará?
En una nave encantada,
Dicen que pronto vendrá,
Con todos los caballeros
Que fueron allende el mar.
Será el día nebuloso,
Luego brillante será;
Se fundará el quinto imperio
En bien de la cristiandad.
Los profetas que lo anuncian

Son profetas de verdad.
Don Duarte fué á la guerra,
Pero no volvió jamás.
Le prometió Catalina
Con juramento formal,
Antes que casar con otro,
Con el demonio casar;
Mas Catalina, olvidada,
Se casa con su rival.
Grandes fiestas se disponen
En el palacio ducal;
En candeleros de oro,
En lámparas de cristal,
Tantas candelas ardían,
Que era cosa de espantar.
Las mesas están ya puestas,
Los siervos vienen y van.
El Duque viste un vestido
Que bien vale una ciudad,
El vestido de la novia
Vale siete veces más;
Las randas son de Bruselas,
Y la seda del Catay;
Las perlas que lleva al cuello
Son perlas de Popayán,
Los diamantes de Abexin,
Donde reina el Preste-Juan.
Los convidados no llegan,
Mucho tardan en llegar.

Media noche era por filo,
Y densa la obscuridad.
El Duque se desespera,
Solo no quiere cenar;
No recuerda en su alegría,
Ó no quiere recordar,
Que se marchitó la gloria,
La gloria de Portugal.
Ya por aquellos estrados
Entra con pausa un juglar;
Se ignora de dónde viene,
Y se ignora á dónde va.
Una vihuela traía
De muy rara calidad;
La toca, y sigue sus pasos
Toda criatura mortal.
Una sonrisa tenía
De poder muy singular;
Cada vez que sonreía
Daban ganas de llorar.
Un sayo negro vestía,
Do la luz, al reflejar,
Llamas pintaba y vestiglos
En una danza infernal.
Junto al Duque y Catalina
Va la vihuela á tocar;
Catalina, que le escucha,
Con él se pone á bailar.
Las puertas todas de pronto

Se abrieron de par en par,
Y el Duque cayó por tierra
Con accidente mortal.
Él volvió de su desmayo;
Ella no volvió jamás.
Ya sólo los marineros
En noches de tempestad,
Cuando se encrespan las olas
Las negras olas del mar,
La ven sobre los escollos
Bailando con el juglar.
De los que llegan á verla
Pocos se pueden salvar.





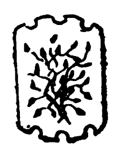
LA IGLESIA PERDIDA.

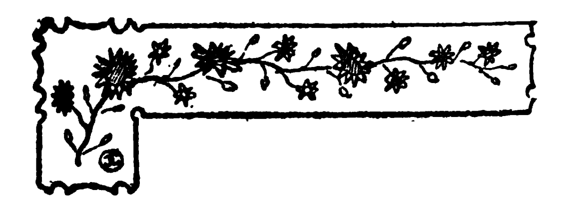
(DE LUIS UHLAND.)

De la remota selva á veces viene
Confuso y vago son:
Del misterio que el son en sí contiene
Nadie da la razón.
Iban antes por senda conocida
Peregrinos sin cuento
Á la iglesia en los bosques escondida,
Cuyo son trae el viento.
Ya nadie atina con la oculta senda
Que á la iglesia llevaba:
Del siglo herido en la feroz contienda,
Yo por el bosque erraba;
Y fatigado de un luchar en vano
Hacia Dios me volvía,
Y de la selva por lo más arcano
Penetraba sin guía.

Llegó de nuevo el son en el profundo
Silencio hasta mi oído:
Aspiró el alma á Dios, olvidó el mundo;
Fué más claro el sonido,
Mi espíritu buscó su propio centro
Por el son excitado;
De un extraño poder que obraba dentro
Sintióse arrebatado:
Y contra la corriente fugitiva
Del tiempo, en raudo vuelo,
Se alzó sobre la niebla, donde viva
Brilla la luz del cielo.
Al cielo puro, al sol resplandeciente
Torre esbelta subía:
Como una flor, en el dorado ambiente,
La catedral se erguía:
Aérea en sus perfiles, esfumada
Como nube de incienso,
Perdiéndose la aguja delicada
En el éter inmenso:
Y sonó la campana con tañido
De paz y beatitud,
No por mano mortal el bronce herido,
Por célica virtud.
De la misma virtud activo fuego
Me agitó el corazón,
Y con dulce temor penetré luego
En la santa mansión.
El bien, la dicha que gocé en sus naves

¿Cómo pintar pudiera?
Simulacros, imágenes suaves
Me alzaron á otra esfera.
Los simulacros, á la luz celeste,
Vida eterna cobraron;
Y de santos y vírgenes la hueste
Mis ojos contemplaron.
De la gloria las altas maravillas
Representaba el techo,
Cuando caí postrado de rodillas,
De amor henchido el pecho;
Mas, al alzar de nuevo la mirada,
La cúpula se abrió,
Y patente y real la gloria ansiada
Mi mente descubrió.
Ni expresar el fulgor y la hermosura
De aquel perenne día,
Ni encarecer su paz y su ventura
Puede la poesía.
Quien anhele gozarle, humilde vuelva
Á Dios el pensamiento,
Y al sonar de la iglesia de la selva,
Preste el oído atento.





LA HIJA DEL JOYERO.

(DE LUIS UHLAND.)

ENTRE perlas y diamantes
Dice el joyero á su hija:
—Elena, entre tantas joyas,
Eres la joya más rica.
Á la tienda del joyero
Vino un galán cierto día:
—Buen joyero, Dios te guarde,
Guárdete Dios, bella niña.
Luego al joyero el galán
Desta manera decía:
—Házme una hermosa diadema
Para mi novia querida.
Terminada la diadema,
Do mil diamantes lucían,
Elena al verla, exclamaba
Con dulce melancolía:

—¡Cuán feliz será la novia
Á quien él la frente ciña!
Una guirnalda de flores,
Don suyo, hiciera mi dicha.
Volvió el galán, y admirando
La diadema, sonreía:
—Haz para mi novia, dijo,
Buen joyero, una sortija.
La sortija terminada,
Elena á solas suspira,
Diciendo:—Feliz aquella
Para quien él la destina;
¡Á mi me bastara un bucle
De su cabellera riza!
Volvió á poco el caballero
Y halló las joyas muy lindas,
Del joyero celebrando
El primor y maestría.
Luego añadió:—Bella Elena,
Te suplico que permitas
Que en tí se prueben los dijes,
Á fin de que yo perciba
Cómo le irán á mi novia,
Á quien eres parecida.
Era aquel día domingo,
Y para salir á misa,
Con mucho esmero y de gala
Elena estaba vestida.
Al caballero acercóse

Toda vergonzosa y tímida,
Como encendidos claveles,
Con el rubor, sus mejillas.
Él le ciñó la diadema,
Él le puso la sortija:
Luego, estrechando su mano,
Le dijo:—Tú eres mi vida,
Mi dulce novia tú eres,
Y aquí la burla termina.
La sortija es para tí
Y la diadema que brilla
Sobre tu cándida frente
Que sus diamantes eclipsa.
Si entre oro y perlas naciste,
Y luciente pedrería,
Agüero fué de la gloria
Á que mi amor te sublima.





EL PALADÍN HARALDO.

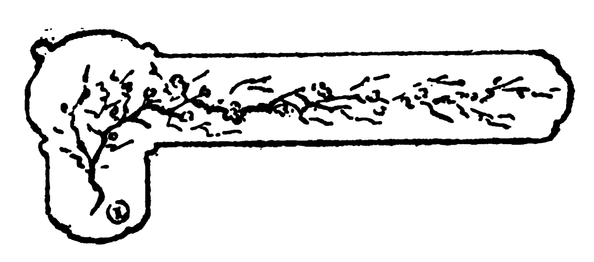
(DE LUIS UHLAND.)

De su hueste á la cabeza
Iba el paladín Haraldo,
Al resplandor de la luna
Una selva atravesando.
Las conquistadas banderas
Ondean al viento manso;
El himno de la victoria
Repite el monte cercano.
Pero, ¿quién susurra y gime
Entre el frondoso arbolado,
Y agita y besa las flores
Y se columpia en los tallos?
¿Quién desciende de las nubes,
Ó surge del río claro,
Y danza entre los guerreros
Y detiene los caballos?

¿Quién canta con tal dulzura?
¿Quién acaricia tan blando?
¿Quién las espadas y lanzas
Arrebata de las manos?
¿Quién los guerreros cautiva
Y anuda con dulce lazo?
¿Quién en pos de sí los lleva
Sin darles tregua y descanso?
De las sílfides ligeras
Es el ejército alado,
Contra quien armas no valen
Y resistirse es en vano.
Hacia el reino de las hadas
Los de la hueste volaron,
De las sílfides cediendo
Al fascinador encanto.
Los corceles sin jinetes
Van por el bosque vagando;
Lanzas y escudos se miran
Por el suelo derribados.
Todo de acero vestido,
De la luna al tibio rayo,
Haraldo triste cabalga
Por el bosque solitario.
Allí fresca y cristalina
Mana el agua de un peñasco,
Y el héroe desmonta y bebe,
Sirviendo el yelmo de vaso.
No bien apaga la sed,

Siente fallecer los brazos:
Las piernas no le sostienen:
En la peña se ha sentado.
Reposa el héroe en la peña,
Hace ya cien y cien años,
Con la cabeza inclinada
Sobre el pecho, y encrespados
Y luengos cabello y barba;
Cuando en la selva relámpagos
Brillan, el trueno retumba,
Brama el viento y cae el rayo,
El paladín que dormita
Su espada empuña soñando.



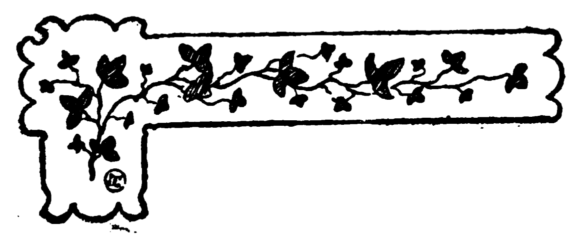


ROMANCE

DEL PASTORCITO Y LA INFANTA.

(DEL ALEMÁN.)

En el balcón del alcázar,
Al romper el nuevo día,
Tan hermosa como triste,
Está la Infanta y suspira;
El Pastorcito del valle
Su pensamiento cautiva.
La Infanta murió de amores,
Sus restos á enterrar iban;
Él lo vió, lo vió, y no supo
Por quién la Infanta moría.
En el valle está el sepulcro,
Y cuando en él se reclina
El Pastor, sueña dulzuras
De una tristeza infinita.



FIRDUSI.

(DE ENRIQUE HEINE.)

I.

HOMBRES hay de oro y de plata.
Si habla un pobre de *tomanes*,
Los *tomanes* son de plata;
Mas en boca de los Schahes
Los *tomanes* son de oro,
Pues las personas reales
Oro solo dan, reciben
Y ofrecen sin denigrarse.
Así lo entiende la gente,
Y así piensa el admirable
Firdusi, poeta querido
De Mahmud de Gasna, el Grande.
Por orden suya compone
Inmensa epopeya el vate,
Y por cada verso el Shah

Un *toman* promete darle.
Del ruiseñor se escucharon
Diez y seis veces los ayes,
Y florecieron las rosas
Y volvieron á secarse.
En tanto estuvo el poeta
En los mágicos telares
Del pensamiento, tramando
Noche y día, con constante
Afán, el maravilloso
Dechado de sus cantares.
En él tejió las leyendas
De su patria, y de los grandes
Antiguos reyes de Persia,
Y aventuras y combates,
Genios, ángeles, demonios,
Y prodigios singulares.
Todo respirando vida,
Con fuego y color brillante,
Cual si la luz del Irán
Desde el cielo lo alumbrase;
Luz increada y divina,
Que, á pesar del Korán, arde,
Como en el último templo,
En el corazón del vate.
Éste, concluído el poema,
Al Schah le manda al instante;
En el rico manuscrito
Doscientos mil versos hay.

En Gasna estaba Firdusi,
Firdusi estaba en los baños,
Cuando á buscarle vinieron
Del schah Mahmud los esclavos.
Cada cual al hombro trae
Para el poeta un gran saco,
Que á sus pies pone, de hinojos,
En premio de lo cantado.
Los sacos abre impaciente
Firdusi, considerando
Que va á recrear la vista
Con el brillo de oro tanto;
Mas ¿qué asombro no fué el suyo
Al mirar que era el regalo
Tomanes doscientos mil,
Pero de vil plata al cabo?
Sonriendo amargamente,
Tres montones ha formado.
Á los negros, que eran dos,
En albricias del recado,
Regaló sendos montones,
Y dió el tercero á un muchacho,
Que al bañarse le servía,
Para que bebiese un trago.
Báculo de peregrino
Tomó, y la ciudad dejando,
Sacudió, al pasar las puertas,
El polvo de los zapatos.

II.

Propio defecto del hombre
Es faltar á sus promesas,
Y faltan los que se ciñen
Á la frente una diadema.
De esto yo no me quejara;
Pero en el alma me pesa
Que me engañase, fiado
En la doble inteligencia
De la palabra *toman*,
Con astucia baja y fea.
En sus modales y porte
En nada el Schah se asemeja
Al vulgo de los humanos.
Este noble rey de Persia
Un millón de reyes vale;
Su mirada digna y bella
Se grabó en mi corazón,
Como el sol, que, si refleja
Su ardiente luz en las nubes,
El íris extiende en ellas.
Mas este egregio monarca
Me engañó.—¿Quién lo creyera?

III.

En almohadón de plumas,
Que cubren perlas y oro,
Después de haber comido,
Y con alegre humor,
Sobre la fresca orilla
Del manantial sonoro,
El Schah se adormecía
Al plácido rumor.
Sus siervos reverentes
En torno de él velaban;
Ansari, el favorito,
Estaba allí con él;
Y en vasos de alabastro
Color y aromas daban,
Azahar, jazmín y rosas,
Y lirios y clavel.
Las palmas, con susurro
Apenas percibido,
Se mecen más esbeltas
Que el talle de una hurí,
Y en los cielos pensando,
Puesto el mundo en olvido,
Cipreses malancólicos
Se alzaban por allí.
Mas de repente música

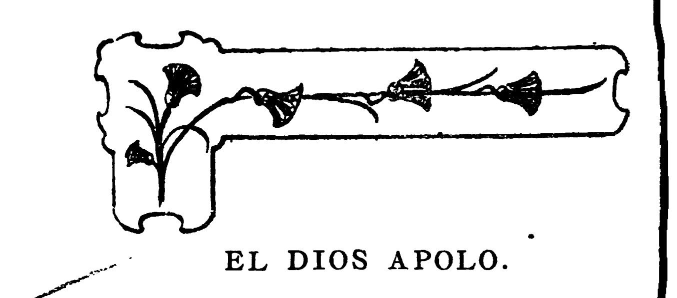
Maravillosa suena,
Despierta el Schah, movido
De grata sensación,
Y una poesía dulce
Y de misterios llena
Escucha y dice:—«Ansari,
¿De quién es la canción?»—
Ansari le responde:
—«Firdusi la ha dictado.—
—¿Firdusi? conmovido
El Príncipe exclamó;
¿Dónde está? ¿Cómo vive
Mi poeta inspirado?—
—Menesteroso vive,
Ansari replicó.
«El gran poeta há tiempo
Que en Thus, su patria habita
En una pobre casa,
Y cuida su jardín.»—
Mahamud escucha atónito;
En silencio medita;
Con Ansari encarándose,
Rompió silencio al fin.
—«Ve sin tardanza, escoge
De mis mulas doscientas,
Y cincuenta camellos,
Que harás luego cargar
Con todos los tesoros,
Primores, vestimentas

Y alhajas, que aun los reyes
Pudieran envidiar.
»Y de marfil y sándalo,
Con cajas de ataujía,
Con esmaltados cálices,
Con oro y con cristal,
Con alfombras y chales,
Brocado y sedería
De cuanto se fabrica
En esta capital.
»Y llevarás contigo
Ricas armas, jaeces,
De tigres y leopardos
La remendada piel,
Y confites y tortas,
Turrón de almendra y nueces,
Y generosos vinos
Y perfumada miel.
»Y quiero que conduzcas
También doce corceles
De árabe raza pura,
De carrera veloz;
Y doce negros ágiles
Y membrudos y fieles,
De bronce en las fatigas
Y prontos á una voz.
»Con tan regio presente
Te pondrás en camino
Para llevarle luego

Á Thus, á esa ciudad,
Donde entregarle debes
Al poeta divino,
Con expresiones mías
De síncera amistad.»
En mulas y camellos
Cargando el gran presente,
Á su señor Ansari
Obedeciendo ya,
Va de la caravana
Á colocarse al frente,
Y con rojo estandarte
Á conducirla va.
Y sale de la corte
Y camina ocho días,
Y llega á Thus, que yace
De una montaña al pie,
Y ya la caravana,
Al son de chirimías,
Albogues y trompetas,
Entrar en Thus se ve.
Los conductores todos
De mulas y camellos
Con voz de trueno cantan:
La ila al Aláh;
La puerta de Occidente
Pasaban todos ellos,
Grande estruendo metían
Y bulla en la ciudad.

La puerta del Oriente
Daba en el mismo punto
Paso, en el otro extremo
De la ciudad de Thus,
Á la fúnebre pompa,
Que llevaba al difunto
Firdusi á la morada
Donde reposa aún.





EL DIOS APOLO.

(DE ENRIQUE HEINE.)

I.

Se alza el claustro en un peñón,
Cuyo cimiento el Rhin besa;
La novicia está mirando
Desde una encumbrada reja.
Encantadora barquilla
Sobre las ondas navega,
Laurel y flores la adornan
Y gallardetes de seda.
Todo á la dorada lumbre
Del sol poniente destella.
De oro y púrpura vestido,
Con rara magnificencia,
Rubio mancebo gentil
Del barco en medio se eleva.
Van á sus piés nueve hermosas

Candidísimas doncellas;
La túnica el talle esbelto
Ciñe, y descubre la pierna:
Toca la lira el mancebo
De la rubia cabellera,
Y canta con tal dulzura,
Que sus cantares penetran
De la novicia en el alma,
Y como fuego la queman.
Santíguase la novicia,
Hace la cruz, pues no ahuyenta
La delectación amarga
Y la dulcísima pena:
—Soy el dios de la poesía,
A quien el mundo venera,
Mi templo está en el Parnaso,
Famoso monte de Grecia;
Mil veces allí he bebido
Inspiración en la fresca
Fuente Castalia á quien sombra
Cipreses gallardos prestan.
Allí sentadas en torno
Cantaban las musas bellas,
Entreverando con risas
Y charla las cantinelas,
Mientras sonaba la trompa
En lo esquivo de la selva,
Donde cazaba mi arisca
Hermana, Artemis severa;

No bien mis labios rizaban
La onda Castalia serena,
Brotaba el canto en mis labios
Por misteriosa manera.
Yo cantaba, y de la lira
Al sonar las dulces cuerdas,
Dafne acudía á mirarme
Por entre lauros y adelfas;
Cantaba yo, y cual difunde
Ricos aromas el néctar,
Mi canto bañaba en gloria
La redondez de la tierra.
Vine de Grecia, arrojado
Mil años há, pero queda
En Grecia siempre mi alma
Y mi corazón en Grecia.—

II.

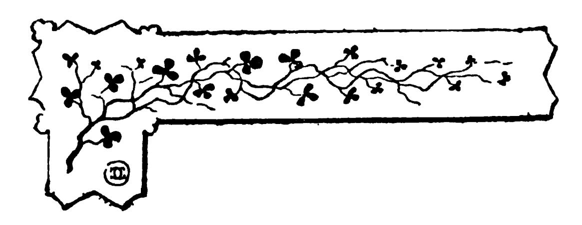
Disfrazada de beata,
De negro sayal vestida,
Con capuchón y con manto
Se ha escapado la novicia;
Del Rhin siguiendo la margen
Hacia Holanda se encamina,
Y con ansiedad pregunta
A cuantos halla en la vía:
—¿No vísteis á Apolo? Lleva
Rojo manto y una lira,

A cuyo son canta el dulce
Ídolo del alma mía.—
Unos con ojos de espanto,
Otros la escuchan con risa,
Otros le vuelven la espalda,
Otros dicen: ¡pobre niña!
Á un vejezuelo que canta
Gangoso, al andar vacila,
Hace cuentas con los dedos,
Y va con una mochila
Y un sombrero de tres picos,
La novicia se aproxima.
Con ojos vivos el viejo
Oye la pregunta misma:
—¿No vísteis á Apolo? Lleva
Rojo manto y una lira,
Á cuyo son canta el dulce
Ídolo del alma mía.—
Sacudiendo la cabeza,
Manoseando la barbilla,
El vejezuelo responde
Con gran socarronería:
—¿Si le he visto? Ya lo creo:
Muchas veces en mi vida;
Siempre que yo en Amsterdám
Á la sinagoga iba.
Como allí de chantre estaba,
Rabí Apolo le apellidan;
Mas no es ídolo de nadie,

Que es mala la idolatría.
Sé también del rojo manto,
Todo de escarlata fina,
De á ocho doblones la vara:
Aún no cobró quien lo fía.
Conozco al padre de Apolo,
Es de mi propia familia,
Portugués circuncidante,
Que doblones circuncida.
Se llama Moisés Pereira,
Y su mujer, que es mi prima,
En pepinos en vinagre
Y en trapos viejos trafica.
Del hijo no están contentos,
Porque mejor que la lira
Sabe manejar los naipes
Y enredar la timbirimba.
Es un libre pensador
Que á todos escandaliza;
Por comer carne de cerdo
Le han quitado la chantría.
Ahora va por esos mundos
Con comediantas perdidas,
Y desempeña papeles
De bufón, con mucha chispa;
Pero cuando más al pueblo
En los mercados cautiva,
Es cuando hace de Holofernes
Ó cuando á David imita,

Cantando devotos salmos
En nuestra lengua castiza.
Hace poco, en un garito
Sonsacó á las nueve ninfas,
Y de Apolo va corriendo
La tuna en su compañía.
Una de ellas, que es muy gorda,
Está que brama de ira,
Porque la gente, al mirarla
Con tanto laurel encima,
La llama por remoquete
La verdeante cochina.—





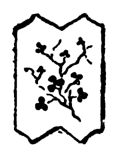
ROMANCE DEL PAJECITO.

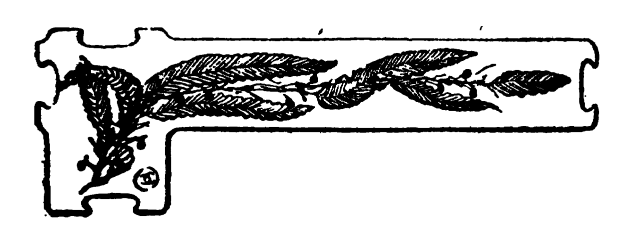
(DE MANUEL GEIBEL.)

Las trompas de caza suenan
Y los caballos relinchan,
Los perros ladran alegres,
Libres ya de la trailla.
El buen Rey está en el bosque,
Hoy tiene gran montería;
El sol al cenit se eleva,
Es hora de medio día.
Entre la densa enramada,
Del Rey la gallarda hija,
Sin saber cómo ni cuándo,
La senda lleva perdida.
Paje de rubios cabellos
Solo á su lado camina;
Á no ser ella la Infanta,
Pareja hermosa sería.
Ya por sitios más frondosos

Juntos cabalgando iban.
El pecho del pajecito
Late, sus ojos la miran,
Y de púrpura se tiñen
Sus juveniles mejillas.
De esta suerte al fin la dice,
Con la color encendida:
—«No puedo callar más tiempo,
Hermosa Princesa mía;
De amor mi pecho se abrasa,
Tuya es el alma y la vida.
Si á darte yo me atreviera
Un beso en la boca linda,
Aunque después me mataran,
Dichosa muerte tendría.»—
Sin decir que sí ni no
Ella recogió la brida,
Y él le sostuvo el estribo
Cuando saltó de la silla.
En lo profundo se internan
De la espesura sombría;
Allí cantan ruiseñores,
Allí gimen tortolillas
Y nacen rosas silvestres,
Que amor y fragancia espiran.
El césped verde á la sombra
Un fresco tálamo brinda;
Paje y Princesa descansan
Sobre la yerba florida.

Sueltos pacen los caballos,
En balde las aves trinan,
En balde suenan distantes
Trompas de caza y bocinas.
¡Hola, buen Rey! no te pares,
Acude, porque tu hija,
En brazos del pajecito,
De tí, del mundo se olvida.





LA OREJA DEL DIABLO.

No por su Don Juan Tenorio
Se ufane tanto Sevilla;
Don Martín el de Jerez
Á Don Juan Tenorio eclipsa.
No bien le apuntaba el bozo,
Aunque ya tenido había
Veinticinco ó treinta duelos
Y mil galantes intrigas,
Dijo impaciente á su padre:
—Este sosiego me irrita;
No quiero ser la tortuga
Con la casa siempre encima:
Quiero ver mundo y gozar,
Y dar razón de mi vida,
Y mostrar cual caballero
Mi esfuerzo y mi valentía.—
Para disuadirle, el padre
Al cigarrón le asimila,

Que brinca sin saber dónde,
Y sabe Dios dónde brinca.
¡Ay, cuán prudentes consejos!
¡Ay de qué poco servían!
Don Martín monta á caballo,
La espada tiene ceñida,
Y llueva, truene ó granice,
Por monte y valle camina.
Junto á un extraño castillo
Viene á parar cierto día,
Cuyas torres en el centro
De obscura selva se empinan.
No hay en el castillo puertas,
Ni ventanas se divisan,
Mas Don Martín quiere entrar,
Y con la daga buída
Abre en el muro ancha brecha
Por la cual se precipita.
Inmensas salas recorre,
Y no ve persona viva:
La soledad y el silencio
El yermo castillo habitan.
Llegó al cabo Don Martín
Á un corral, en donde había
Un dragón desaforado,
Un dragón que pone grima,
Con siete testas cornudas,
Los ojos brotando chispas,
Y con siete enormes fauces

Por do ponzoña vomita.
No se asusta el caballero,
No se arredra y no vacila,
Y alta la espada, en su diestra
Como relámpago brilla.
Tan atinado y brioso
Sabe el andaluz blandirla,
Que al dragón, de un solo tajo,
Las siete cabezas quita.
Mas una de las cabezas
Tal poder tiene en la vista,
Y á Don Martín, con tal fuerza,
Aunque ya cortada, mira,
Que alzándole por el aire,
Le arroja en profunda sima.
Por sus lóbregas entrañas
Don Martín rodando iba,
Y rodó, sin hallar fondo
Lo menos catorce días.
Cuando de pronto ¡oh sorpresa!
Cuando á deshora ¡oh delicia!
De un encantado palacio
Hallóse en alcoba rica.
Allí en un lecho, la dama
Más bella estaba dormida
Que vieron ojos mortales
Ó soñó la fantasía.
La dama despierta al punto,
Y lágrimas sus mejillas

Humedecen, como perlas
Sobre rosas purpurinas.
Dice don Martín:—¿Qué es esto?
¿Por qué lloras, prenda mía?—
Y ella—¡Oh Príncipe! responde,
Llorando estoy mi desdicha:
Del Emperador de Grecia
Soy la idolatrada hija,
Tan hermosa, que el demonio
Por mi hermosura suspira.
Aquí fadada me tiene,
Hasta que sea su amiga,
Ó hasta que en cruda batalla
Un caballero le rinda.—
—¡Yo soy ese caballero!—
Don Martín luego replica.
—Lucifer, acude pronto,
Don Martín te desafía.—
   Poco tarda Lucifer,
En acudir á la cita:
Ya traba con don Martín
La batalla más reñida.
El amor y la presencia
De la preciosa infantina
Prestan denuedo y pujanza
Al héroe de Andalucía.
¡Oh valiente! Ya arrincona
Al rival; ya le acuchilla,
Y ya le corta una oreja,

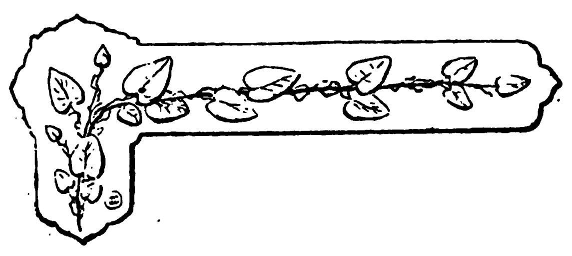
Que guarda como reliquia.
Los dientes de Lucifer
Con la cólera rechinan;
Muge cual toro á quien ponen
Diez pares de banderillas;
Y—¡daca la oreja!—exclama,
Y—¡daca la oreja!—grita
Con ronca voz, como suele
Ser la voz de una bocina.
Don Martín, con gran cachaza,
Le dice:—Calma tu ira;
Tus amenazas no temo;
Por derecho de conquista
La oreja me pertenece,
Y en aguardiente curtida
La guardaré, cual recuerdo
De mi proeza inaudita.
Y el diablo:—¡Daca la oreja!
Y Don Martín:—Aunque es mía,
Te la daré, si me cumples
Tres deseos que conciba.
—Dilos.—El primero es
Que á esta princesa divina
La lleves á su palacio
Del Bósforo en las orillas.—
  No bien pronunció la orden,
Cuando la hizo cumplida;
Y ya de vuelta, el diablo
La oreja otra vez pedía.

—Es mi segundo deseo,
Dijo el héroe, que en seguida
Á la gran Constantinopla
Me lleves, donde me vistas
Las más relucientes galas,
Me adornes con joyas finas,
Y me procures dinero,
Y espléndida comitiva.—
  Dicho y hecho. Ya resuenan
Timbales y chirimías;
Atronando están el aire
Las músicas y los vivas;
Cubren el piso las flores,
Y las campanas repican.
Precedido de diez pajes,
Más dos que tienen la brida,
Y seguido de escuderos,
Y cien negros de Etiopía,
Que en cajas de oro y de nácar
En las espaldas fornidas,
Llevan primorosas telas,
Diamantes y margaritas,
Blancas plumas, raras pieles,
Armas y vasos de China,
Sobre alfana poderosa,
Con entono y bizarría,
La corte imperial de Grecia
El gran Don Martín visita.
Le sigue el pueblo, y le aplaude

Y sus grandezas admira.
En un balcón de palacio
El imperante y su hija
Están aguardando al héroe,
Para hacerle cortesía.
En suma, nuestro andaluz
Logra la más alta dicha,
Y el imperante se allana
Á casarle con la niña.
Ya concertadas las bodas,
El diablo humilde suplica
Que Don Martín dé la oreja
Ó tercer cosa le pida.
—Nada se me ocurre ahora,
Don Martín le respondía;
Soy feliz, mas es prudente
Guardar tu oreja maldita.
En fin, las bodas se hacen
Con la mayor alegría.
¡Cuánto amor! ¡cuánta ventura!
¿Quién, Don Martín, no te envidia?
Mas, pasada una semana,
Don Martín reconocía
Que de la piel del diablo
Está su mujer vestida.
En el tiempo que la tuvo
El diablo en su compañía,
Por tal arte la endiabló,
Que era imposible sufrirla.

Don Martín, desesperado,
Quiere romperse la crisma.
Llama al demonio, éste viene
Y dice:—¿Qué necesitas?
—Toma tu oreja, responde
Don Martín: toma mi vida,
Si la quieres; pero al punto
Llévate, más que de prisa,
Otra vez á los infiernos
Á mi esposa la infantina.



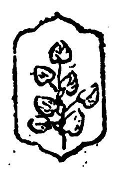


LAS GOTAS DE NÉCTAR.

(DE GOETHE.)

Por complacer al amado,
Al divino Prometeo,
Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró á los hombres
El santo amor de lo bello,
Y puso en sus corazones
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bajaba, y estremeciendo
El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas
Al punto allí concurrieron,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.

Dichosas, pues que libaron
Inspiración y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto don compartieron.





TROZOS DEL FAUSTO.

I.

PRÓLOGO EN EL CIELO.

EL SEÑOR.—LAS FALANGES CELESTES.—DESPUÉS MEFISTÓFELES.

(Aparecen los tres Arcángeles.)

RAFAEL.

En la concorde armonía
Donde concurre á porfía
Toda esfera celestial,
Por el marcado camino,
Lleva con himno divino

El sol su hoguera inmortal;
Su mirada creadora,
Cuyo origen nadie explora,
Fuerza á los ángeles dió,
Y perfecto á maravilla
Hoy el universo brilla
Como el día en que nació.

GABRIEL.

Y con rapidez, que admira
Y no se comprende, gira
De la tierra el esplendor,
Cambiando la luz serena
En profunda noche llena
De tinieblas y terror.
Con montes de espuma asalta
Hasta la roca más alta
Desde su abismo la mar;
Y por su esfera arrastrados
Van mar y roca lanzados
En el eterno girar.

MIGUEL.

Y en mar y tierra se escucha
Bramar en férvida lucha
De la tormenta el furor,

Cuando forja la cadena
Que á ocio ó á muerte condena
La actividad del amor;
Y la destrucción primero
Va señalando el sendero
Por do el rayo debe ir:
Pero ya el ángel augura,
Señor, la paz y ventura
Que en su día ha de venir.

LOS TRES.

Tu mirada creadora,
Cuya esencia nadie explora,
Fuerza á los ángeles dió,
Y perfecto á maravilla
Hoy el universo brilla
Como el día en que nació.

II.

ESPÍRITU.

A tu evocación cedí
Y á tu conjunto potente:
Ansiabas verme de frente,
Y ya me tienes aquí.

¿Por qué te vence el terror?
¿Por qué enmudece tu lengua?
¿Por qué á mi vista se amengua
Tu sobrehumano valor?

¿Dónde está el seno fecundo,
Cuya virtud vencedora
Crea, nutre y atesora
En sus abismos un mundo?

¿Do el corazón que se erguía
Con altivo movimiento,
Y en su orgulloso contento
Igual á mí se creía?

¿Do la voz que me llamaba?
Y tú, Fausto, ¿dónde has ido?
¿Dónde el vigor ha caído
Que hacia mí te levantaba?

Mi aliento con miedo vil
Hasta tus tuétanos hiela:
No eres águila que vuela,
Sino pisado reptil.

ESPÍRITU.

De la acción en la tormenta,
Y de la vida en el mar,

Mi sér flota y se sustenta,
Sube y baja sin cesar.
Eterna corriente,
Nacer y morir,
Cual tejido ardiente
Y vario el vivir,
Que del tiempo en la fábrica sonora
Tramo de Dios la veste vividora.

III.

CORO DE ÁNGELES.

Mortal, bendice tu suerte.
¡Ya Cristo resucitó!
Ya del pecado y la muerte
Las cadenas quebrantó.

CORO DE MUJERES.

Con aromas y bálsamo
Su santo cuerpo ungimos,
Y con cendales cándidos
Su desnudez cubrimos:
Mas ¡ay! que en el sepulcro,
Do reposaba ya,
Le busca nuestro anhelo,
Y Cristo allí no está.

CORO DE ÁNGELES.

Feliz quien de amar entiende:
Ya Cristo resucitó,
Y hasta al cruel que le ofende,
Su sér divino mostró.

CORO DE DISCÍPULOS.

Salió del sepulcro
Con viva hermosura.
Si eterna ventura
Promete su amor,
¿Por qué, al ir al cielo,
Del mundo se aleja,
Y solos nos deja
Y en hondo dolor?

CORO DE ÁNGELES.

Ya venció á la muerte impía;
Ya Cristo resucitó.
Romped, pues, con alegría
La cadena que os ató.
Con obras de caridad
Su doctrina ensalzaréis,
Y por él comulgaréis
En santa fraternidad.

Y si extendéis por do quiera
Su fe y su nombre sagrado,
Aunque en el cielo os espera,
Siempre estará á vuestro lado.

IV.

UN MENDIGO *(canta)*.

Gentiles caballeros, casadas y doncellas,
Que adornáis con mil galas la gracia y la beldad,
Atención compasiva prestad á mis querellas;
Del mísero mendigo los males remediad.
No consintáis que sea mi suplicar en vano:
Dar limosna á los pobres es el mayor placer;
Hoy es día de fiesta para todo cristiano,
¿Dejaréis que de ayuno para mí venga á ser?

SOLDADOS.

Ya torres altivas,
Ya muros y almenas,
Ya niñas esquivas
Conquista el valor.
Si rudas faenas
Costó la victoria,
Mayor es la gloria
Y el premio mayor.

Á próspera suerte
Y dicha colmada,
Ó á bárbara muerte
Nos llama el clarín.
En vida alternada
De amores y riñas,
Castillos y niñas
Se rinden al fin.

Audacia y cuidados
Gran premio tendrán.
Así los soldados
Alegres se van.

CAMPESINOS BAJO LOS TILOS *(cantan y bailan).*

Empieza el baile en el ejido;
El mozo al baile va muy galán;
Ya con mil moños en el vestido
Bajo los tilos todos están.
Desatinados bailan en fin.
¡Alza! ¡Viva!
Amor las almas rinde y cautiva,
Al son de flautas y violín.

No reparando el mozo en nada,
Da con el codo á una beldad.
La niña dice muy enfadada:
«Tenga usté un poco de urbanidad.

¡Qué desvergüenza! ¡Qué galopín!»
¡Alza! ¡Viva!
Amor las almas rinde y cautiva
Al son de flautas y violín.

Ambos, no obstante, entran en rueda,
Y juntos bailan con gran fervor.
Su falda agita la danza leda,
Su rostro enciende bello rubor.
Caderas, codos, tócanse en fin.
¡Alza! ¡Viva!
Ya se reposa la niña esquiva
Asida al brazo del galopín.

«Lisonjas falsas; creerte no debo.
No me seduzcas, hombre sin fe.»
Mas dulcemente logra el mancebo,
Lejos, á donde nadie los ve,
Á la muchacha llevar al fin.
¡Alza! ¡Viva!
Amor las almas rinde y cautiva
Al son de flautas y violín.

V.

ESPÍRITUS *(en el corredor).*

Dentro hay uno preso,
Quedaos aquí.

Como zorra en lazo
Cayó el infeliz.
Revolad en torno;
Bajad y subid,
Hasta que el diablo
Consiga salir.
Si con nuestro auxilio
Escapa por fin,
Tan buen camarada
Nos ha de servir.

ESPÍRITUS.

Negras ojivas,
¡Desvaneceos!
¡Nubes, rompeos!
¡Oh, luces vivas
Del éter puro,
Entrad, lucid!
El aire obscuro
Poblad, estrellas
Y ninfas bellas.
Genios, el vuelo
De amante anhelo
Raudos seguid.
Cubrid el suelo
Y la enramada,
Donde el amante
Habla á su amada,

Con un flotante
Blanco cendal.
Broten las flores,
Haya verdura,
Sombra y olores.
La uva madura
La prensa estruje,
Y que á su empuje
Corra un raudal
De hirviente vino,
Que por los prados
Se abra camino,
Dando á collados
Y á bosque umbroso
Reflejo hermoso
En su cristal.
Canten las aves
Enamoradas;
Tejan las hadas
Danzas suaves;
Vierta un tesoro
De lumbre el sol.
En ondas de oro
Vayan flotando
Islas amenas,
Do el aéreo bando
Mil cantilenas
Diga de amor.
Y ya reunidos,

Los genios giren;
Ya se retiren;
Ya difundidos
Decidan éstos
Al éter vago
Ó á los enhiestos
Montes subir;
Todos alcancen
Cual luz querida
De amante vida
Siempre lucir.

CORO DE ESPÍRITUS INVISIBLES.

¡Ay! Destrozaste el mundo.
¡Ay! ¡Ay! El mundo hermoso
Con brazo poderoso
Un semi-dios rompió.
Sus restos al profundo
Del no-ser arrojamos:
La beldad lamentamos
Que en él resplandeció.
Mas tú debes, gigante
Entre todos los seres,
Un mundo más brillante
En tu pecho crear,
Do entre luz y placeres
Se abra campo la vida
Nueva á que te convida
Nuestro nuevo cantar.

VI.

FROSCH.

Las gargantas están acordes *(canta)*.

Prodigio tan sobrehumano
Me confunde:
¿El Sacro Imperio Romano
No se hunde?

FROSCH *(canta)*.

Tiende el vuelo, Filomena,
Y saluda veces mil
Á mi querida gentil
En su dulce cantilena.

FROSCH *(canta)*.

La puerta, vida mía,
Abre al amor que vela;
Cierra ya con cautela;
Cierra, que viene el día.

BRANDER *(canta)*.

«Un atrevido ratón
En la despensa habitaba,

Y de queso se atracaba,
De tocino y de jamón.
 Con vivir tan placentero,
Entre el queso y el tocino,
Gordo se puso el indino
Como el gran Martín Lutero.
 Mas logró la cocinera
Que comiese rejalgar,
Y dió el ratón en brincar,
Cual si en el cuerpo tuviera
 ¡Oh qué dolor!
 Al propio Amor.

CORO.

Oh qué dolor!
Al propio Amor.

BRANDER.

 Corriendo con furia loca,
En todas partes bebía:
En balde apagar ansía
El ardor que le sofoca.
 Roe cuanto mira en casa;
No hay lugar en que no entre;
Imagina que en el vientre
Lleva un carbón hecho brasa.
 Pero inútil considera
Tanta agitación al cabo,

Y triste se muerde el rabo,
Cual si en el cuerpo tuviera
¡Oh qué dolor!
Al propio Amor.

CORO.

¡Oh qué dolor!
Al propio Amor.

BRANDER.

En su horrible malestar,
Yendo al fin á la cocina,
Moribundo se reclina
El ratón junto al hogar.
Y bufa, y gruñe, y deplora
Tanto su mal el ratón,
Que es de bronce el corazón
De quien le escucha y no llora.
Mas ríe la cocinera,
Y sin compasión le mira,
Y él á sus plantas espira,
Cual si en el cuerpo tuviera
¡Oh qué dolor!
Al propio Amor.

CORO.

¡Oh qué dolor!
Al propio Amor.

MEFISTÓFELES.

Érase un rey que tenía
Una pulga colosal,
Y más que á su hijo quería
Á tan extraño animal.
Hizo que el sastre viniera
Y que al bicho seductor
De terciopelo vistiera
Chupa y calzas con primor.

El bicho bien adornado,
Bandas y cruces lució,
Y del rey encaprichado
Ser el Ministro logró.
Á la corte sus parientes
Todos llegaron á ir,
Y libre ya de sus dientes
Nadie podía vivir.

Medran las pulgas picando
Á cuantas personas ven,
Y hasta á la Reina aquel bando
Chupa la sangre también;
Los cortesanos acuerdan
Regias pulgas aguantar;
Mas nosotros, cuando muerdan,
Las debemos estrujar.

CORO.

Mas nosotros, cuando muerdan,
Las debemos estrujar.

MEFISTÓFELES (*con gestos extraños*).

El cabrón cuernos tiene:
La cepa tiene uvas;
El vino de las cubas
De su jugo proviene.
Si la vid es un palo,
Palo la mesa es:
Vierta la mesa, pues,
El vino que os regalo.
Hondo mirar fijemos
En la naturaleza;
Y con fe y entereza
Este milagro haremos.

MEFISTÓFELES (*con aire severo*).

Que falsos sonidos
Y vana ilusión
Turben sus sentidos,
Roben su razón.

MEFISTÓFELES (*como antes*).

¡Desvanézcase el hechizo!
Caiga del error la venda,

Y que cada cual comprenda
La burla que el Diablo hizo.

VII.

EL MONO (*se aproxima y acaricia á Mefistófeles*).

Echa los dados;
Juega conmigo;
Deja que logre
Hacerme rico;
Pues con dineros
En èl bolsillo,
Tendré talento,
Tendré juicio.

EL MONO.

Ruede la bola;
El mundo ruede;
Suena á cascado
Y va á romperse.
Como de vidrio
Hecho parece,
Y que está hueco
Interiormente.
Mira, hijo mío,
Que no te ciegue

El primoroso
Brillo que tiene.
Va á dar un trueno:
Matarte puede,
Cuando en pedazos
Todo se quiebre.

EL MONO.

De ladrón la condición
La criba al momento aclara
(Corre hacia la mona y la obliga á mirar al través de la criba.)
Mira al través esa cara:
Di su nombre, si es ladrón.

LOS ANIMALES.

Corona aquí tienes:
Sostenla en tus sienes
Con sangre y sudor.
(Saltan desordenadamente con la corona y la rompen en dos pedazos, con los cuales bailan en todas direcciones.)
Mas no: la rompemos:
Y hablamos y vemos,
Y hasta componemos
Versos con valor.

LOS ANIMALES.

Lógrese un intento
Por casualidad,

Y habrá habilidad
Y habrá pensamiento.

LA BRUJA.

¡Maldito mono funesto!
Descuidaste la caldera
Y quemaste á la hechicera.
¡Maldito!

(Viendo á Fausto y á Mefistófeles.)

Pero ¿qué es esto?
¿Quién es? ¿Quién audaz no teme
Entrando hasta aquí mi enojo?
Que este fuego que os arrojo
Hasta los huesos os queme.

MEFISTÓFELES (*volviendo el abanico que tiene en la mano, y dando golpes á derecha é izquierda sobre los vasos y calderas*).

¡Basta! Deja el hervidero.
Caigan vasos y caldero;
Me gocé en acompañar
¡Oh bestia! tu melodía,
Destrozando cuanto había
Alrededor del hogar.

(Mientras la Bruja se retira llena de cólera y de miedo.)

VIII.

MARGARITA (*con una lámpara en la mano*).

(Empieza á cantar mientras se desnuda.)

De amor y lealtad tesoro,
Un rey en Thule reinó,
Á quien una copa de oro
Su amiga, al morir, dejó.

Sin vaciar la copa bella,
No halla en el festín encanto,
Y clava la vista en ella,
Y al beber acude el llanto.

Cuando el cetro y la corona,
Previendo el fin de la vida,
Á su heredero abandona,
Guarda la copa querida.

Á la torre, que se eleva
Y avanza sobre la mar,
Á sus caballeros lleva
Regio festín á gozar.

Último fuego el anciano
Bebe allí de amor fecundo,
Y arroja con firme mano
La santa copa al profundo.

Cubierta por onda vaga
La mira desparecer;
Y su mirada se apaga,
Y nunca vuelve á beber.

(Abre el armario para encerrar sus vestidos, y ve la cajita de las joyas.)

IX.

HABITACIÓN DE MARGARITA.

MARGARITA (*sola, hilando en el torno*).

¡Corazón, cuán hondo
Pesar te atribula!
La paz que perdiste
No volverá nunca.

Donde no le miro
Yo veo la tumba;
Se secan los campos
Y el cielo se anubla.

Hirió mi cabeza
Extraña locura;
Destrozan mi seno
Recelos y angustias.

¡Corazón, cuán hondo
Pesar te atribula!
La paz que perdiste
No volverá nunca.

Mi afán por las calles
Hallarle procura;
Desde la ventana
Mis ojos le buscan.

Su ademán altivo,
Su noble figura,
Su risa, su dulce
Mirar que subyuga;

Su voz que me hechiza,
Su hablar que me turba,
La presión que siente
Mi mano en la suya;

Y ¡ay! su beso... El alma
Vanamente lucha:
La paz ya perdida
No volverá nunca.

Mas la paz no anhelo,
Que anhelo ventura;
Y sólo en tenerle
Cautivo se funda,

Y en darle mil besos
Sin tregua ni hartura;
Si sus besos matan,
Morir no me asusta.

X.

MURALLAS.

(En un hueco del muro, una imagen de la Madre Dolorosa, con vasos llenos de flores delante.)

MARGARITA (*poniendo flores nuevas en los vasos*).

¡Ay Madre Dolorosa!
Tus ojos vuelve á mi dolor piadosa.
El pecho, cuando miras
Morir al Hijo amado,
Por siete espadas llevas traspasado;
Por su pasión y tu pasión suspiras,
Y al padre celestial pides consuelo.
Tal vez no menor duelo
Todo mi sér domina y atormenta;
Tú sabes la esperanza que me alienta,
El mal que me devora,
Por qué mi pobre corazón te implora;
Aguda flecha en él clavada llevo
Por donde quiera que mi planta muevo.
¡Ay! Lloro, lloro sola en mi quebranto

Y se deshace el corazón en llanto;
Con mi llanto regué por la mañana
Las macetas que adornan mi ventana,
Cuando estas flores para tí cogía,
Y dió luz á mi alcoba y alegría
El alba, hasta en mi lecho reluciendo,
Y en él sentada me encontró gimiendo.
¡Virgen de los Dolores! ¡Madre mía!
¡Sálvame de la muerte ignominiosa,
Vuelve tus ojos hacia mí piadosa!

XI.

MEFISTÓFELES *(canta, acompañándose con la cítara).*

Al indeciso fulgor
Con que ya la aurora brilla,
¿Qué intentas, Catalinilla,
Á la puerta de tu amor?
No te fíes, y desdeña
Falso ruego,
Que entrarás doncella, y luego
Saldrás dueña.
Niñas, vivid con recato:
Ya es tarde. ¿Qué se ha de hacer?
Más precauciones tener:
Que nunca al galán ingrato

Diga el corazón sencillo:
Te amo y cedo,
Si antes no os pone en el dedo
El anillo.

XII.

LA CATEDRAL.

Oficios.—Órgano y canto.

(MARGARITA *entre la multitud.*—EL ESPÍRITU DEL MAL *detrás de* MARGARITA.)

ESPÍRITU DEL MAL.

¡Cuán mudada te hallas!
Cuán otra, ¡oh Margarita!
Aquí mismo, inocente,
Doblabas la rodilla,
Rezabas en tu libro,
Y sólo Dios hacía
Su morada en tu alma,
Entre juegos de niña.
¿Qué turba tu cabeza?
¿Qué horror tu pecho agita?
¿Pedir á Dios, acaso,
Por tu madre osarías,
Que murió por tu culpa?
¿Qué sangre es la que miras
De tu casa á la puerta?

Y en tus entrañas mismas,
Su desdicha anunciando
Y tu propia desdicha,
Con vivir ominoso,
¿Qué nuevo sér palpita?

MARGARITA.

De horribles pensamientos,
¡Ay, cielos! ¿quién me libra?

CORO.

Dies irae, dies illa
Solvet soeclum in favilla.

ESPÍRITU DEL MAL.

Ira de Dios te agobia;
Te aguarda su justicia;
Las trompetas resuenan;
Los sepulcros vacilan.
Tu corazón despierta
Del sueño, entre cenizas;
Para tormento y llamas
Recobra nueva vida.

MARGARITA.

¡Ay! ¡Huyamos! El órgano,
Del aliento me priva;

Los cantos en mi pecho
Abren profunda herida.

CORO.

Judex ergo cum sedebit,
Quidquid latet, adparebit,
Nil inultum remanebit.

MARGARITA.

¡Me ahogo! ¡Los pilares
Del templo me cautivan...
Me aprietan... y la bóveda
Se me desploma encima!
¡Aire!

ESPÍRITU DEL MAL.

¡Luz!... No se ocultan
Pecados é ignominia.

CORO.

Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus?
Cum vix justus sit securus.

ESPÍRITU DEL MAL.

Los bienaventurados
De tí apartan la vista,

Y los justos que pasan
Darte la mano evitan.
¡Ay de tí!

MARGARITA.

Yo me muero.
¡Socorredme, vecina!

(Cae desmayada.)

CORO.

Quid sum miser tunc dicturus?





FÁBULA DE EUFORIÓN.

De un manso arroyo en la risueña orilla,
Que en los valles de Arcadia serpentea,
Cuando la aurora majestuosa brilla,
Plácido nuncio de la luz febea;

Entre las rosas que en el prado ameno
Hizo nacer la primavera ufana,
Henchido el cáliz de su crespo seno
De las perlas que vierte la mañana;

Al dulce arrullo de las claras linfas,
Que salpican de aljófares las flores,
Un coro alegre de gallardas ninfas
Danzan y entonan cánticos de amores.

UNA NINFA.

En las alas sutiles del aura
El olor de las flores difundo;

Con el aura veloz me confundo,
Coronada de rayos del sol.
De mis pechos el germen dimana
Que fecunda la mágica flora,
El carmín de la rosa colora
Mis mejillas con limpio arrebol.

La palabra estremece mi seno,
En él nace y se extiende el sonido;
Para herir misterioso el oído
Inefable potencia le dí.
Por mí braman los mares, retumba
Hondo el eco, la tórtola gime;
El cantar de las Musas sublime
Se extinguiera en los labios sin mí.

Cuando siento oprimidas las alas
De armonía, colores y aromas,
Á favor de dos bellas palomas
Me remonto en el aura fugaz;
Y cual Venus en carro de nácar
Va cortando las frescas espumas,
Sobre un lecho de flores y plumas
Por los aires me dejo llevar.

Á mi vista en los valles transciende
Un aroma de nardos suaves,
En los bosques floridos las aves
Dulces trinos exhalan al par;

Y á mis besos de amor delicados
Salta y bulle la fuente sonora,
Y derrama en mi seno la aurora
Ramilletes de blanco azahar.

CORO DE NINFAS.

El aura leve
Da, deliciosa,
Blanca frescura;
Y cuando mueve
La linda rosa,
Fragancia pura.

UNA NINFA.

Escarchando de plata y aljófar
Las mil grutas de pórfido hechas,
En menudos diamantes deshechas,
Claras fuentes anhelan surtir;
Y del agua al tranquilo murmullo,
Yo me duermo en sus frescos cristales,
Me sumerjo en los puros raudales,
Y en su centro me agrada vivir.

Soy la reina del agua, y desnuda
En alcázar recóndito asisto,
Mas tal vez de la niebla me visto,
Y á los cielos me lleva el amor;

En el prado acaricio las flores,
Á la tierra prodigo mis bienes,
La diadema que ciñe mis sienes
Pinta el iris de vario color.

CORO DE NINFAS.

Ya se dilata
De los alcores
Al prado ameno,
Cinta de plata,
Y abren las flores
Sediento el seno.

UNA NINFA.

Yo coloro la tierra y el cielo,
Yo de púrpura tiño la rosa;
La enramada que se alza orgullosa
Bordo yo de diverso matiz.
Me arrebatan mis tintas brillantes,
Para ornarse, la roja amapola,
La fragante y oculta viola,
El agreste encendido carmín.

Yo, impalpable, al través de las rocas
Me sumerjo en profundas cavernas,
Donde obrando mis fuerzas eternas,
Hijas santas del sol inmortal,

Edifico palacios hermosos,
Amasados de oro y diamantes,
Donde bullen en fuentes sonantes
Mil torrentes de hilado cristal.

CORO DE NINFAS.

El ave trina,
La flor se ufana
Y el arroyuelo;
Ya la mañana
De luz divina
Reviste el cielo.

UNA NINFA.

Con un filtro de amor y de vida
Se amamanta á mis pechos natura;
Yo le doy abundancia y ventura
En arroyos de leche y de miel.
Las mil flores que cubren el prado
En mi seno ternísimo crío,
Y reciben del dulce amor mío
Con mi aliento vivífico el sér.

En sus pétalos frescos y olientes
En espíritu leve resido;
Yo sus castos amores presido
Y en sus tallos me agito fugaz;

Del estambre los polvos de oro
Al pistilo transporto fecundo:
Del embate del viento iracundo
Las liberta mi blanco cendal.

CORO DE NINFAS.

La dulce primavera
Esmalta la pradera
De delicadas flores;
La avecilla canora
Saluda la venida de la aurora
En no aprendidos cánticos de amores.

Cantaron, y mostró la vida arcana
Amor del mundo, y su belleza suma
Brotó del aire y de la tierra ufana,
Como Vénus del éter y la espuma.

Semejaba que el cáliz de las flores
Un corazón y un alma contenía,
Y dentro de los pinos cimbradores
Un invisible espíritu vivía.

Mas de pronto relámpago rojizo
Se difundió por la pradera hermosa,
Y una nube, que al viento se deshizo,
Dejó patente una funesta diosa.

En su diestra una antorcha sostenía;
Su frente audaz, de tempestades llena,
Con ominoso resplandor lucía
Al través de la rígida melena.

Suspendió, al verla, el ruiseñor sus trinos,
Se detuvieron las corrientes linfas,
Y cesando en sus cánticos divinos,
Así dijeron las gallardas ninfas.

CORO DE NINFAS.

Diosa fatal del desaliento,
Diosa cruel, huye de aquí,
Y no emponzoñes con tu aliento
Nuestra alegría juvenil.

Tu cabellera está sembrada
De fieras serpientes espantosas,
De tus miradas cavernosas
Vivo relámpago brotó.
Se derramó por nuestras almas
De tus palabras el veneno,
Y tu profundo y negro seno
Gozo fatídico agitó.

No vengas más con tus horrores
Nuestra alegría á perturbar;
En la estación de los amores
Huye de aquí, diosa infernal.

FORQUIAS.

No tembléis ¡oh ninfas! al son de mi voz poderosa,
Ni al tétrico rayo que lanzan mis ojos ardientes,
Ni al triste suspiro que arroja mi cóncavo pecho.
Soy nuncio infelice de sucesos de dulce ventura,
Que la diosa bella, que extiende el arco celeste,
Formado de vívidas tintas y mágica lumbre,
Debiera deciros saliendo del hondo Oceáno.
Helena y su amante son padres de un hijo sublime:
Apenas nacido, anhela subir al Olimpo,
Y el espacio todo no puede saciar su deseo.
Fantástico vuela, de los montes soberbios la cumbre
Ligero traspasa, y en su frente inspirada relucen
La luz del aurora y el fuego del alma divina.
Miradle, que viene salvando las crestas erguidas,
La lira acordada en las manos, el lauro en la frente.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

LAS NINFAS.

Fogoso te lanzas en alas del rápido viento,
Los negros cabellos, en rizos flotando esparcidos,
Y la frente hermosa, ceñida de fúlgidos rayos.

Del manto de púrpura tiria las áureas orlas,
Del sol que refleja luciente al mágico brillo,
De fuego celeste parecen ¡poeta! formadas.
Los dulces sonidos de tu lira de cándido nácar,
El alma deleitan y la entregan á místicos sueños;
Mas no, no á los cielos te eleves, cual Ícaro un día,
Que al sol derretidas, cayeron las débiles alas,
Y el mar agitado se cubrió con sus ondas fugaces.

EUFORIÓN.

Dejadme del alma romper las endebles cadenas,
Alzarme á los cielos, en su lumbre clavar la mirada.

Movido de un esfuerzo misterioso,
Al raudal semejante, que rompiendo
Los fuertes diques, brama impetuoso
Con estrépito horrendo,
Euforión ardiente,
Abandonando el maternal regazo,
Se lanza de la vida en la corriente,
Y con el fuerte brazo
Sosteniendo la lira,
En sed de gloria y libertad suspira.
Hasta que cumpla su fatal destino
No encontrará placer ni tendrá calma;
Un incendio divino
Arde en su frente y le consume el alma.
Anhela ver la ligadura rota

Que en el suelo retiene su existencia;
La voz del huracán, que el monte azota,
No ensordece la voz de su conciencia;
Conciencia de su propio poderío,
Que hasta el cielo levanta el pensamiento,
Y con esfuerzo impío
En el trono de Dios busca su asiento.
¿Dónde vas? ¿dónde vas? Tal vez guiado
Por la inflexible mano de la suerte,
Encontrarás la muerte
Sin cumplir la misión que has empezado.
Detén ¡Euforión! detén el vuelo,
Muéstrate al mundo, alcanza la victoria,
En tí la humanidad cifre su gloria,
Por tí recuerde ser hija del cielo.
Del martirio la fúlgida aureola
En tu pálida frente
Melancólica brilla.
Ora rompiendo la espumante ola
De la mar encrespada, ya la ardiente
Obscura tempestad, y sin mancilla
Las orlas de tu manto,
Que no ajó el soplo de la tierra impura,
Aún resplandeces con celeste encanto,
Inundado de luz y de hermosura.
Las ninfas, al mirar tu gentileza,
Con entusiasmo férvidò te adoran;
Sus pechos arden con fatal terneza,
Y en dulces cantos tu favor imploran.

CORO DE NINFAS.

Hijo sublime de la hermosa Helena,
Amor de Jove, de los hombres gloria,
Oye, poeta, de las ninfas oye
Místico himno.
Tú que del cielo á la región suprema
Quieres alzarte sobre el éter puro,
Del dios que agita tu inspirado seno
Émulo eres.
Homero canta, y á su voz el eco
Repite el nombre del rapaz divino
Hijo de Maya y del Saturnio; suena
Claro su nombre.
Llena los bosques de Celene, llena
Las verdes grutas de terror, y cumple
Amor en ellas, con la ninfa y Jove,
Dulce misterio.
Nace la aurora, y de la linda virgen
Nace en la aurora bienhadado fruto,
Al medio día el venturoso halla
Cítara y gloria.
Forma la lira de carey bruñido,
Retuerce y fija las tendidas cuerdas,
Danle los astros del errante coro
Número y norma.
Las cuerdas pulsa con la diestra mano,

De la garganta cánticos exhala:
Vuela el mancebo, y atrevido, hermoso,
Sube al Olimpo.
Las diosas todas, del amor heridas,
La frente besan del augusto infante,
Blandas le ofrecen el eterno seno,
Gratas le acogen.
Mas sólo el pecho que resiste altivo
El rudo beso de la ardiente boca,
Su amor provoca, y de vencerle siente
Alto deseo.
Y gira, y pasa con volubles ansias
Ora al regazo de Chiprina bella,
Ya á la doncella que le sirve á Jove
Néctar suave:
Ya de Diana las gallardas ninfas
Sigue veloce por el ancho prado,
Ya enamorado de Minerva misma,
Himnos entona.
Los inmortales con deleite y pasmo
Su audacia notan, su precoz ingenio,
Los que derrama la inaudita lira
Mágicos sones;
Mas á deshora singular tumulto
Doquier se escucha en la eternal morada,
Y trastornando la divina pompa,
Rápido crece.
Venus se queja de que el áureo cinto
Hermes le roba, do las gracias viven;

Bistonio Marte le demanda el sacro
Límpido acero.
Busca Neptuno su tridente, buscan
Amor las flechas y el laurel Apolo;
Júpiter sólo los trisulcos rayos
Y égida guarda.
Del labio intonso con gentil sonrisa
Hermes divino burla sus furores:
Guerra y amores sin cesar cantando,
Huye ligero.
En el regazo de las doctas Musas
Logra ampararse, y el alegre niño,
De su cariño delicada muestra,
Dales la lira.

De la elevada cresta se desprende,
Al escuchar Euforión el canto;
De risco en risco rápido desciende,
Y exhala el alma celestial encanto.

Llega á las ninfas con amante anhelo,
Embriagado de amor y de osadía,
Y olvida un punto la región del cielo,
La sed de gloria que en su pecho ardía.

Bello como la luz de la mañana,
Las ninfas al mirarle se embelesan,
Y sus mejillas de jazmín y grana
Con tierno afán enamoradas besan.

Y en tanto mueve la ligera planta
Euforión, y de pasión delira,
Ó nobles versos extasiado canta
Al grato son de la acordada lira.

EUFORIÓN.

Del Orco profundísimo
Subió mi madre amada,
Al conjuro evocada
Del sabio encantador;
Su frente tersa y cándida
Con el rubor lucía,
Su labio despedía
Mil suspiros de amor.

Entre los brazos mágicos
De Fausto enamorado
Miróse aprisionado
Su tierno corazón;
Y de este enlace místico
De ciencia y hermosura,
Es símbolo, es figura,
Es hijo Euforión.

A la región etérea
Dejadme, pues, que vuele,
Y de Mercurio anhele
La alta gloria alcanzar.

Vagar quiero del céfiro
En las alas ligeras,
De las tormentas fieras
En el negro cendal.

FORQUIAS.

Si tu entusiasmo y tu brío
Pueden darte una corona,
La violencia de tu alma,
El fuego que te devora,
De tu corazón las flores
Sin fruto secan y agostan,
Y á tu esperanza infinita
Dan infinita congoja.
La violencia y el poder
Mucho alcanzan, mucho logran;
Con cadenas de diamante
Por ellos gimió, en la roca
Atado, el Titán; por ellos
Bajo el Pelión y el Osa,
Y bajo el Etna convulso
Los hijos del cielo lloran.
Pero más puede la astucia,
Milagros mayores obra,
Y la pertinacia trepa
Do el genio no se remonta.
Mientras sobre duro yunque,
Allá en Lemnos cavernosa

El martillo de los cíclopes
Inútiles rayos forja,
Dragón ingente, Tifeo
Á Júpiter aprisiona,
Y con su cuerpo le ciñe
Y con su fuerza le ahoga.
Al dragón Hermes entonces
Con astucia portentosa
Sus mil enigmas declara
Y la pujanza le roba;
Á Júpiter libra, al monstruo
En los abismos arroja.

LAS NINFAS.

¡Euforión! no remontes el vuelo
De tu genio en las alas hermosas,
Que tejiendo guirnaldas de rosas,
Ceñiremos nosotras tu sien.
Del arroyo las diáfanas ondas
Te adormecen con blando murmullo,
De la tórtola amante el arrullo
Te enajena de amores también.

Aquí el cielo estrellado y sereno
Muestra siempre su fúlgida lumbre,
Y en su eterna y altísima cumbre
Claros brillan la luna y el sol.
Aquí crecen las flores lozanas

Y la vid, de racimos vestida;
Cuanto aquí tiene sér tiene vida,
Y enamora y suspira de amor.

Deja, deja tu empeño terrible,
De las ninfas corona la danza,
El que pinta falaz esperanza
Rico engaño no sigas veloz.
Con amor y placer te brindamos,
Deseamos ceñirte en los brazos,
Y con lánguidos tiernos abrazos
Disipar tu funesto fervor.

EUFORIÓN.

Yo no puedo quedarme en la tierra;
Desechad, desechad los amores,
No ciñáis con guirnaldas de flores
Al que en su corazón lleva la guerra,
Y sólo quiere gloria y libertad.

Pero antes vendréis á mis brazos;
Yo seré el cazador que hace alarde
De la presa que cae en sus lazos,
Y vosotras la víctima cobarde
Que ni halagar podrá mi vanidad.

Así diciendo, Euforión avanza;
Y de impaciencia el corazón palpita;

Como el deseo sigue á la esperanza,
De las ninfas en pos se precipita.

Ya de una besa la desnuda espalda,
Ó el blanco lino que sus formas vela,
Ora de aquélla la flotante falda,
Que al movimiento de la danza vuela.

Pero las ninfas burlan su locura,
Pues convertidas en brillante llama,
De sus brazos escapan con presura,
Después que el alma de pasión se inflama.

Euforión pregunta entusiasmado:
«¿Qué tierra es esta de prodigio tanto?»
Y el coro de las ninfas acordado
Así responde con solemne canto:

LAS NINFAS.

Esta es la noble patria de los helenos bélicos;
Aquí la ciencia tuvo un templo y un altar.
El canto de las Musas, en alas de los céfiros,
Se esparció por la tierra cual mágico raudal.
De la sabia Minerva maravillosa fábrica,
¿Cómo se ha destruído, Atenas, tu poder?
¿Dónde están tus Arístides de virtudes magnánimas?

FORQUIAS.

Brillando entre las sombras de lo que entonces fué.

LAS NINFAS.

Tu fama eterna anuncian altivas las Termópilas,
De Maratón los campos, de Salamina el mar;
El valor de Temístocles, la gloria de Pelópidas,
Y la voz de Demóstenes, gritando libertad.
¿En dónde están tus héroes? ¿Para humillar el bárbaro
Por qué no rompe Aquiles el reino de Plutón?
¿Dónde están sus soldados de corazón impávido?

FORQUIAS.

El canto del poeta tan sólo los guardó.

LAS NINFAS.

¿Por qué de los muslimes los palacios magníficos
Insultan la miseria del hijo de Pelop?
¿Por qué, al son de la trompa, de su sueño pacífico
La gloria de sus padres á nadie despertó?
¿Por qué del alto Píndaro la melodiosa cítara
En los juegos olímpicos no más resonará,
Ni de Tirteo el cántico entre la danza pírrica?

FORQUIAS.

Porque esos tiempos, ninfas, no volverán jamás.

EUFORIÓN.

No. Las cenizas de la patria mía
En su centro conservan todavía
El santo fuego ardiente
Que iluminó la mente
De los excelsos héroes animosos.
Para romper la bárbara coyunda
Que los fieros tiranos orgullosos
Á su cuello ciñeron,
La Grecia toda se alzará iracunda,
Y de los que en un tiempo grandes fueron,
Al escuchar de libertad el grito
Y el son agudo de guerrera trompa,
No faltará quien del sepulcro rompa
La honda prisión, y de la cuenca obscura
Do brilló su mirada
Lágrimas derramando de ternura,
Por hijos reconozca á los que vuelvan
Rojos de sangre de la lid sagrada,
Con el broquel sonoro
En el robusto brazo armipotente,
Ó en él tendidos con marcial decoro,
Ciñendo el lauro la dormida frente.

Súbito entonces se escuchó el sonido
De la trompa, y el aire sacudiendo,
Se esparció el ronco estruendo

Del tronante cañón y el alarido
De los fuertes guerreros; los corceles
Relinchan á lo lejos en el llano.
En ademán ufano
Los héroes marchan á alcanzar laureles,
Sus pechos laten de entusiasmo santo,
El atambor retumba,
Y el viento rasga el belicoso canto
Que amenaza al tirano con la tumba.

CORO DE GUERREROS.

Despertad del letargo, descendientes
De nuestros héroes, acudid, la espada
En la certera mano relumbrando,
De lauros esplendentes
La frente coronada,
Himnos de gloria y libertad cantando.
¿Temeréis al tirano, envanecido
Por el grande poder de sus legiones?
Un tiempo de la cumbre que domina
El mar de Salamina,
Un rey miró, de presunción henchido,
Soldados y bajeles á millones;
Su cetro omnipotente los regía,
Y al despuntar en el oriente el día
Eran fuertes y en número infinito;
Y los llamó á la tarde, y triste y rudo
El eco solo responderle pudo.

¿Dónde estaban entonces los famosos
Que amenazaba dominar la tierra,
Y á Júpiter pensaron mover guerra?
¿Dónde los que azotaron orgullosos
Del hondo mar los lomos encrespados?
¿Dónde? Como trofeo de victoria,
En el profundo abismo sepultados,
Del libre griego refulgente gloria.

EUFORIÓN.

Marchemos á la lid, el grito santo
De libertad en rededor se escucha.
Los tiranos en tanto
Aguardan con terror la fiera lucha.
Grito de libertad el aire llena,
En las viejas Termópilas resuena,
Por el extenso Egeo se dilata;
Con encanto ominoso
La selva de Dodona se conmueve,
Y Olimpo nemoroso,
Mirando que la Grecia se despierta,
Estremece su cúspide, cubierta
De sempiterna endurecida nieve.

LAS NINFAS.

¡Oh joven peregrino!
No vueles á la lid precipitado;

Para ceñirte del laurel divino
Basta que escuche el mundo tu sagrado
Plectro suave y mágica armonía.
Pulsa, joven, la cítara y derrama
Torrentes de poesía
Del corazón, que el entusiasmo inflama.
Nosotras cogeremos
En las florestas bellas y olorosas
Cándidos lirios y encendidas rosas,
Con que guirnaldas mil te ceñiremos.

No cede Euforión; su inmenso anhelo
Debe llevarle al cielo.
Ya entre las nubes gira,
La flamígera espada
En la derecha mano levantada,
Y en la izquierda la lira.
Mas ¡ay! que al raudo empuje
De la ronca tormenta,
Que en el momento atronadora ruge,
Y en estampido horrísono revienta,
Marchitas ya sus juveniles galas,
Euforión cayó, rotas las alas.
Lastimeros gemidos
Los pechos de las vírgenes lanzaron,
Y de dolor transidos,
Los árboles y fuentes suspiraron.
La tempestad impía
Hundió en el mar la destructora planta.

Luego un grito de súbita alegría
Hasta el éter sereno se levanta.

UNA VOZ.

Ninfas, mirad á Euforión profundo,
Riquísimo de gloria;
Ya, cantando victoria,
Estremece los ámbitos del mundo.

De vosotras se aleja,
Rompiendo el éter en dorada nube;
Para memoria, por el suelo os deja
Cítara y manto, y al empíreo sube.

Las vírgenes entonces, conmovidas,
La forma terrenal abandonaron,
Y sus voces suaves se escucharon
Entre los elementos confundidas.

HIMNO.

A los cielos te elevas,
Y luz más viva das á la mañana;
Con vestiduras nuevas
La tierra se engalana;
De haberte dado el sér toda se ufana.

Nosotras de su seno
Hicimos dimanar la fuente pura,

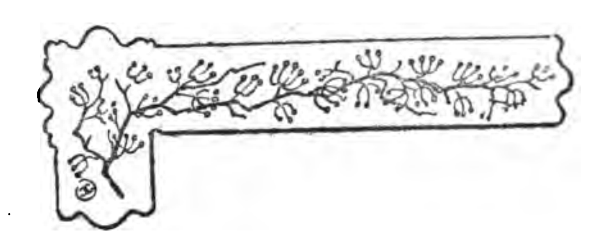
El ancho mar sereno,
La vida y la frescura,
La copia de las flores y hermosura.

Le pusimos en torno
La atmósfera, cual velo transparente
Y virginal adorno.
El espíritu ardiente
Nació de oculta y elevada fuente.

Una ráfaga hermosa
¡Oh Dios! de tu sublime pensamiento,
Purísima y gloriosa,
Bajó del firmamento,
Y en el pecho del hombre tomó asiento.

Y tú, que, desatado
De la materia, remontaste el vuelo,
Poeta entusiasmado,
Á la región del cielo,
Cumple por fin tu misterioso anhelo.

Levanta tu existencia
Hasta el inmenso sér que el mundo adora,
Y tu sér su potencia
Ensalce creadora,
Mientras gira la máquina sonora.



EL PARAÍSO Y LA PERI.

LEYENDA ORIENTAL DE MR. TOMÁS MOORE.

Del Edén á las puertas tristemente
La Peri estaba al despuntar del día;
Y al ver del cielo el resplandor luciente,
Que doraba sus alas inmortales,
Y de la vida oyendo los raudales,
Que allí ruedan con mística armonía,
Lloró el pecado de su raza impura,
Que le robó del cielo la ventura.
Y dijo: «¡Cuán dichosos
Son los santos espíritus que habitan
Los prados olorosos
En donde nacen las eternas flores,
Que nunca se marchitan!
Por aspirar tan sólo los olores
De la menor entre ellas,

Cuantas la tierra en sus entrañas cría,
Debidas á mi amor, y las estrellas,
Flores del ancho espacio, olvidaría.
»Del *Sing-su-hay* la linfa sonorosa,
El oro en sus arenas esparcido,
Y el lago de la fresca Cachemira,
Con sus fuentes de plácido ruído,
Con isla nemorosa,
Que en su seno diáfano se mira,
La claridad perdieran y hermosura
Junto á las aguas de la etérea altura.
»¡Ay! si de un orbe en otro refulgente,
Por el espacio en maravillas rico
Ansiosa tiendo el vuelo,
Y en cantidad ingente
Todos los goces junto,
Y por goces sin fin los multiplico,
Jamás equivaldrán á los del cielo
En un solo momento y en un punto.»
El ángel que las puertas defendía
Del Edén, el quebranto
Al mirar de la Peri, dulce llanto
De compasión vertía,
Que daba á sus mejillas resplandores,
Como rocío en celestiales flores.
Y el ángel dijo: «Hermosa desolada,
Aún te es dado poder en la morada
De los santos entrar, pues del destino
Dice el libro divino:

Redímase la Peri que viniere
Trayendo de la tierra
Lo que más grato á la deidad le fuere.
Vuela, busca el presente deseado,
Que te abra el cielo y limpie tu pecado.»
  Cual cometa violento,
Que hacia el disco del sol su curso guía;
Como la exhalación que en la sombría
Noche rasga el azul del firmamento,
Dardo quizás que envía
Un ángel á los genios que, en su orgullo,
El cielo quieren escalar, la Peri
De la celeste bóveda desciende,
Cuando ya de la tierra se colora
La faz con la mirada que la aurora
De sus ojos flamígeros desprende.
  Mas ¿dónde irá el espíritu del viento
A encontrar el presente? «Yo, decía,
Del alto Chilminar en el cimiento,
Las fulgurantes piras de rubíes
Y las cándidas perlas, que los genios
Escondieron, he visto; yo poseo
La copa, de diamantes guarnecida,
De Janshid, su monarca, toda llena
Del elixir de vida;
Y de la Arabia amena
Más allá, mi deseo
Pueden saciar en escondida playa
Los preciados aromas de Pancaya.

Mas ¿qué las joyas son, si las comparo
Con el trono de Alá, brillante y claro?
¿Qué de la vida el elixir? Cual gota
En el profundo mar, se perdería
Donde la vida del eterno brota.»
  Mientras que así decía,
Ya con sus leves alas conmovía
La Peri el tibio, perfumado ambiente
Del territorio indiano,
Donde descansa el férvido Oceano
Sobre rocas de ámbar y corales;
Do las montañas en el hondo seno,
Que fecundan los rayos celestiales,
Tesoro guardan de diamantes lleno;
De cuyas fuentes, limpias y serenas,
Al murmurar sonoro,
Las ondinas adornan las arenas
Con arenas de oro;
Cuyos bosques de sándalo fragante
Y clavo y cinamomo, el paraíso
Pudieran ser de nuestra hermosa Peri.
Mas ¿por qué sus arroyos de humeante
Sangre humana se tiñen?
Al arrullo del aura lisonjero
Del moribundo el grito lastimero
Se mezcla, y de las flores
Los hermosos colores
Manchan con roja sangre los que riñen.
  ¡Tierra del sol! ¿Quién ora,

Con planta destructora,
Invade tus pagodas, tus jardines,
Tus sagradas cavernas? ¿Quién el trono
De oro y marfil de tus monarcas quiere
Robar, con rudo encono
Los ídolos rompiendo,
En cuyos altos templos los bramines
Están los sacrificios ofreciendo?
Mahmud de Gasna es. Ciego de ira
Se acerca, y de los reyes las coronas
En el vil polvo con desprecio tira;
Adorna sus lebreles
Con esplendentes joyas, arrancadas
De las bellas gargantas profanadas
Á las indias matronas.
En el propio *Zenana* ofende impuro
Á la casta doncella,
Y de los templos sobre el mármol duro
Á los bramines sin piedad degüella.
La Peri con horror, llena de enojos,
Volvió á otra parte los divinos ojos,
Y vió en el campo fiero
De la lucha mortal joven guerrero,
Que defendiendo aún la patria amada,
En la mano derecha
Tiene ya rota la sangrienta espada,
Y en el ancho carcaj la última flecha.
«Vive, guerrero, el vencedor le dijo,
Tú gozarás también de la victoria;

Si eres del indio territorio hijo,
Con él cumpliste, y alcanzaste gloria.»
Por respuesta dispara
La flecha el héroe al invasor tirano;
Mas ¡ay! que parte en vano;
El hado de su pecho la separa.
El invasor aún vive,
Y muerte el héroe con valor recibe.
La Peri, que notó donde, tendido
En brazos de la muerte,
Quedó el guerrero fuerte,
Viendo ya de la guerra
Estar por un momento
Más tranquila la tierra,
Ligera cruzó el viento,
Sosteniéndose ufana
En un rayo del sol de la mañana:
Y recogió en su seno
De la sangre del ínclito soldado
La postrimera gota,
Cuando aún el libre espíritu sereno
No había el velo mortal abandonado,
Su dulce unión con la màteria rota.
Y la Peri exclamó, mientras el vuelo
Á la mansión eterna dirigía:
«Este es el don que me conquista el cielo.
¡Ay! en la lid que la ambición provoca,
Ó la venganza loca,
Es con crimen la sangre derramada;

Mas si se vierte por la patria amada
Y sacrosanta libertad, merece
En el cielo brillar, y resplandece
De Dios ante los ojos
Siempre el valiente corazón que entrega,
Muriendo en la refriega,
Á la patria sus míseros despojos,
Sin doblegar al yugo
La libertad que á Dios darle le plugo.»
«Hermosa, exclamó el ángel cuando viera
El querido presente entre sus manos,
Es del héroe la sangre postrimera,
Digna del cielo, honor de los humanos;
Mas del Edén la puerta cristalina
No resuena con música divina
Ni se abre para tí. Marcha; la tierra
Un presente más santo darte puede;
Aun del cielo la suerte te destierra;
Si le alcanzas, el cielo te concede.»

Con la nueva esperanza,
En el aire el espíritu se lanza,
Y buscando fortuna,
A las *montañas* llega *de la luna.*
De sus alas el cándido plumaje
Peinó en las fuentes del soberbio Nilo,
Cuyo origen tranquilo
En el bosque se pierde solitario,
Donde al rico paisaje

Dan movimiento vario,
Danzas tejiendo del gigante en torno,
Los genios mil, de su cristal adorno.
Y la amorosa ninfa discurriendo,
Vió las palmas de Egipto colosales,
Y multitud de moles sepulcrales,
Que de sus reyes la memoria escuda;
Y deleitóse oyendo
El canto de la tórtola viuda
De Roseta en los huertos encantados,
Do la hiedra lasciva al árbol trepa,
Y en él ciñe sus brazos perfumados
La fructífera cepa.
Y contempló la Peri
De la luna el reflejo
En las inquietas alas
De los blancos pelícanos, que rompen
Del lago Moeris el turgente espejo.
¡Hermosa escena! Mas brillantes galas
Nunca naturaleza
Mostró en la noche obscura.
¡Qué pensára quien viese su hermosura
Y de sus frutos la sin par riqueza!
Los bosques de palmeras que al ameno
Prado inclinan la frente coronada,
Como cándida virgen reclinada
De su madre en el seno;
Las que en el llanto que la aurora vierte
Bañan el cáliz, delicadas flores,

Para que estén más bellos sus colores
Cuando su sol querido se despierte;
Los arruinados templos,-cual inmobles
Sombras que cubren el vergel risueño,
Como reliquias nobles
De un espléndido sueño,
Tierna melancolía
En el alma infundieran. El silencio
Tan sólo turba con su trino ahora
La calandria canora;
Y cuando la sombría
Nube disipa con su luz de plata
La luna, se retrata
En el cristal del lago, y verse deja,
Con alas de zafir vivo y luciente,
La *Sultana*, que exhala dulcemente
Del purpurino pico débil queja.
En tan bella región ¿quién pensaría
Que la peste fatal sacudiría
De sus alas ardientes
El fuego matador, más violento
Que en el desierto el proceloso viento,
Que de arenas candentes
Arrastra un torbellino?
Así como el Simoun por donde pasa
La flor marchita, y el vergel abrasa,
Marcando su camino;
Por donde quiera que la peste vierte
Su emponzoñado aliento, va la muerte.

El sol, que ayer brillaba
En la fresca mejilla
Que de nítidas rosas esmaltaba
La juventud, hoy brilla
Sobre un cadáver frío,
Que ya sentir no puede
Su vivo resplandor. ¡Cuán horroroso
Era mirar, Dios mío,
Los insepultos cuerpos, de la luna
Á la pálida luz! Los buitres fieros,
Los lobos carniceros,
Á pesar de su indómita fiereza,
Llenos de horror huían;
Mas la ciudad las hienas recorrían,
Olvidando del bosque la aspereza.
¡Ay de aquel que sus ojos divisaba,
Brillando entre las sombras cual bermejas
Luces, si enfermo, en lastimeras quejas
Su desgarrado corazón se ahogaba.
«¡Pobres humanos! dijo compasiva
La Peri, ¡qué severa
De la Deidad la mano vengativa
Vuestra caída castigó primera!
Aún guardáis del Edén algunas flores;
Mas el rastro quedó de la serpiente
Sobre ellas todas, y arrancó inclemente
De sus hojas la esencia y los colores.»
Y la Peri lloró, y el aire puro
Y diáfano y brillante en torno de ella

Relució, con el llanto
De sus divinos ojos adornado;
Porque tienen encanto
Las lágrimas que el hombre desgraciado
Á un espíritu tierno verter hace.
Mas un joven que yace,
Pronto á morir, abandonado y triste,
Sin amor ni consuelo,
Postrado vió la Peri por el suelo,
Entre los limoneros que tributo
Al valle daban de olorosa esencia,
Confundidas las flores con el fruto,
Cual suelen en la edad de la inocencia
Los juegos y el amor andar unidos.
¡Cuán amargos gemidos
Exhala, abandonado, el moribundo!
Nadie le vela en su dolor profundo;
Nadie á dar á sus labios se aventura,
Para calmar la fiebre de su seno,
Una gota tan sólo de agua pura
Del lago aquel tan fresco y tan sereno.
Ninguna voz amada
Le viene á dar la dulce despedida
Al alma enamorada
En el punto cruel de su partida;
Voz que aún el alma escucha
De muerte y vida en la suprema lucha,
Y cual distante música recuerda,
Aunque en la ignota eternidad se pierda.

¡Pobre joven! Un solo pensamiento
Su espantoso dolor mitiga ahora:
Que no ha de padecer igual tormento
La linda virgen que su pecho adora.
En el palacio de su padre vive,
En donde el aura saludable y pura
De las flores recibe
Aromas, de las fuentes la frescura.
Mas ¿qué gallarda aparición ligera,
De la luna al fulgor pálido brilla?
De la salud parece mensajera,
Y en la tersa mejilla,
Que trae sus rojos dones se creyera.
Es ella: desde lejos
La conoció su enamorado amigo,
Del astro de la noche á los reflejos;
Ella, que huyendo del paterno abrigo,
Morir allí prefiere,
Y no vivir cuando su amado muere.
Al caro amante la beldad abraza,
Y por calmar su férvida congoja,
La perfumada crencha desenlaza
Y en el agua la moja.
¡Ay! ¡Cuándo el triste imaginar podría
Que horror debieran darle los abrazos
De la beldad en quien su amor ponía,
Cuyos amantes brazos
Más santos los creía
Que allá en el cielo el misterioso nido

Do un tierno querubín yace dormido!
Si antes diera la vida
Por un beso no más de la que adora,
En tan horrible instante
Tiembla al mirarla de su cuello asida,
Lleno de amor el pecho sollozante,
Y las mejillas, que el rubor colora,
De enamorado llanto;
Mientras que así le dice con el santo,
Nunca al amor cedido,
Inmaculado labio, al labio unido:
«Si el aire que respiras yo respiro,
¿Qué me importa que en él venga la muerte?
Cuando morir te miro,
Envidio sólo de morir la suerte.
Recoge tú las lágrimas que lloro.
¡Ay! si la sangre de mi pecho fuera
De la salud tesoro,
Como vierto este llanto, la vertiera;
No separes de mí tu rostro amigo.
¿No soy tuya, tu amante desposada,
Por nuestro amor purísimo obligada
Á vivir ó á morir siempre contigo?
La sola luz de la existencia mía
Eres tú; considera
Si largo tiempo el alma sufriría
La noche que la espera.
¿La vida sin amor quién apetece?
Cuando el tallo no vive,

La flor, que de su amor vida recibe,
Se marchita y perece.
Tu rostro acerca, y si el dolor impío
También me hiere con su espina acerba,
Hoy tu labio, besando el labio mío,
La salud participe que conserva.»
  Así habló, y extinguida
Su voz en un suspiro, más suave
Que la luz de sus ojos adormida,
Muerto al fin su embeleso,
Ella también, con el postrero beso,
Dejó en los labios de su amor la vida.
  La Peri al punto arrebató ligera
De aquel alma, en su amor tan verdadera,
El último suspiro enamorado.
«Dormid, dijo, gentiles amadores;
Dormid en lecho de inmortales flores,
Lleno de luz y gloria y poësía,
Cual la hoguera del fénix encantado,
Que entre perfumes muere y armonía.»
Y remontando el vuelo,
Segunda vez se encaminaba al cielo
Con el nuevo presente
De un suspiro de amor puro y ardiente,
Cuando ya la mañana
Volvió á tender su clámide de grana
Por el zafir del cielo transparente.
Y la Peri fingía,
En su leda esperanza,

Que entre las palmas del Edén volaba,
Y ver y oir pensaba
De las huríes la revuelta danza,
Y aquella incomprensible melodía
Que forma el aura leve,
Que del trono de Alá rápida nace,
Cuando las flores celestiales mueve,
Y su perfume en átomos deshace.
¡Ay! ¡Alentaba su esperanza en vano!
La puerta del Edén aún no se abría,
Y el nuevo don en la radiante mano
Al recibir el ángel, le decía:
«Grato es el don; su historia
Escrita está sobre la frente pura
De Alá con luz de mística hermosura
Y de perenne gloria,
Y vendrán los querubes á leerla,
Sobre la frente del Señor al verla;
Mas del Edén la puerta cristalina
No resuena con música divina
Ni se abre para tí. Marcha; la tierra
Un presente más grato darte puede;
Aún del cielo la suerte te destierra;
Si le alcanzas, el cielo te concede.»

La Peri entonces descendiendo triste,
Llegó á la tierra de la Siria opima,
Que de rosas se viste,
Y donde el sol sobre la calva cima

Vierte su luz del Líbano gigante,
Cuya frente radiante
Ciñe de nieve cándida diadema,
Del invierno aterido
Esplendoroso emblema,
Mientras que está tendido
Á sus pies el verano
De gayas flores en vergel lozano.
Quien en alas del viento
De tan hermosa vista disfrutara,
¡Cuánto la luz, la vida, el movimiento
De sus valles y huertos admirara!
De copiosos raudales
Las amenas riberas el octubre
De dulces frutos cubre,
Dorados con los rayos celestiales.
Al alegre lagarto, por el muro
De la arruinada torre ó por la falda
De la colina rápido cruzando,
Trueca el color obscuro
En fúlgida esmeralda,
El sol sobre su lomo reflejando.
En las eras de aromas
Enamoradas gimen las palomas,
Á cuyas tersas alas
Presta la luz tan diferentes galas,
Como el iris luciente
Que en la región del Peristán se ostenta;
Y del cuadro la paz y el gozo aumenta

El son del caramillo. Dulcemente
Cantan allí sus amorosas quejas
Los sencillos pastores:
Un zumbido ligero
Forman de Palestina las abejas,
Buscando miel en las silvestres flores;
El corcho que prepara el cosechero
La abundancia desdeña,
Y el panal hacen en la hueca peña
Á orillas del Jordán, ó en el añoso
Tronco de un cedro ó corpulenta encina,
En cuya copa trina
Tal vez el ruiseñor melodioso.
Mas nada place de la Peri al alma;
Sus alas la fatiga
Dobló, sólo la calma
Anhela ya del cielo;
Del sol la luz amiga
No le presta consuelo,
Aunque limpia y hermosa reverbera
Del templo de Balbec en las columnas,
Do adoración al sol y gloria diera
La multitud; ahora,
Si, á pesar de la mano destructora
Del tiempo, las columnas se salvaron,
Yertas aún entre el inmenso escombro,
Refieren al presente con asombro
El poder de los siglos que pasaron.
«Quizás pensó la Peri que un secreto

Tesoro guarde el templo en su ruina,
Misterioso amuleto
Ó joya peregrina,
Por los genios que pueblan el abismo
En el fuego volcánico fraguada,
Con raras letras, con el nombre mismo
De Salomón sellada,
Y allí logre leer dónde se encierra
Y se oculta, en los mares ó en la tierra,
El benéfico encanto
Que ha de trocar en gozo mi quebranto.»
Con este pensamiento, que desvela
Su corazón, la Peri suspirando
Sobre la gran Balbec pausada vuela;
Y ve á un niño jugando
En el pensil ameno,
Puro como las flores y sereno.
En torno de jazmines y de rosas
Va en pos de las pintadas mariposas,
Cuya beldad el alma le seduce;
Joyas con alas, voladoras flores,
Que en su manto nupcial céfiro luce
En la rica estación de los amores.
Y no lejos del niño, de repente
Llega un hombre cansado;
Del corcel baja, y en el verde prado
La sed apaga en cristalina fuente;
Y luego allí sentado,
Una mirada dirigió al gracioso

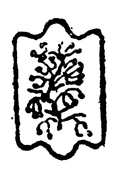
Niño, que sin recelo la recibe,
Aunque nunca mirar más espantoso
Vieron sus ojos. En la frente aquella
Grabó el delito su profunda huella:
La violencia y el falso juramento,
Y el homicidiò bárbaro y cruento,
Que aún sus manos manchaba, todo escrito
De un ángel por la diestra vengativa
Estaba allí con claridad tan viva
Como era horrible y negro su delito.
  Mas sosegado el criminal ahora,
Cual si el ambiente de la tarde suave
Dulcificara el hondo sentimiento
De su alma, mira el niño tan contento,
Con sus alegres juegos en la aurora
De la primera edad embelesado,
Y á cruzar no se atreve el desdichado
Su mirada siniestra
Con la del niño, do el candor se muestra;
Cual antorcha profana,
Si después de alumbrar en noche obscura
Rito espantoso y ceremonia impura,
Se encuentra con la luz de la mañana.
  El sol en tanto, al sepultar la frente,
Perfila los celajes de occidente
De oro y púrpura tiria,
Y la oración por todos los confines
Con voz sonora anuncian los muezines
En los mil alminares de la Siria.

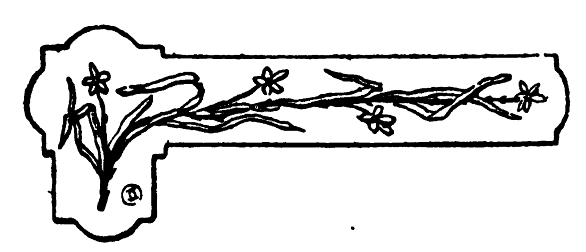
El niño entonces se postró de hinojos,
Y en el cielo clavó los bellos ojos,
Del Señor ensalzando la grandeza
Con tan santa pureza,
Que un ángel desterrado parecía,
Y en el divino amor su pecho ardía.
¡Ay! al ver de aquel alma la luz clara,
Hiriendo su memoria
La paz perdida y la perdida gloria,
El mismo Eblís en su altivez llorara.
También el delincuente, recordando
Los crímenes y horrores de su vida,
No encontró en ella un blando
Recuerdo do fijar su alma afligida
Sino en la edad de la niñez, y dijo
Con voz doliente y tierna:
«Un tiempo fué también en que la eterna
Bondad de Dios mi corazón bendijo.
Joven era yo entonces, feliz era,
Y oraba, como tú, con santo anhelo,
Y en la inocencia de mi edad primera
Pude mirar sin confusión al cielo.»
Y pensando en su pura
Infancia y en las dichas que pasaron,
Lágrimas de ternura
Sus abrumados párpados bañaron.
¡Cuánto el triste lloró! Llanto sublime,
Bien primero que alcanza
El corazón si arrepentido gime,

Y su fe pone en Dios y su esperanza.
«Maravillosa gota de rocío,
Dijo la Peri, el abrasado ambiente
Refresca del Egipto en el estío,
Con virtud tan patente,
Con poder tan salubre,
Que, al descender á la sedienta tierra,
Luego á la peste la salud destierra,
Y el aire puro con sus alas cubre;
Mayor milagro, pecador contrito,
Haciendo el llanto que tu pecho vierte,
Te limpia del contagio del delito,
Y de tu corazón lanza la muerte.»
  Mientras habló la Peri, arrodillado
El criminal, oró del niño al lado,
Y su oración al cielo se elevaba,
Que su perdón con himnos celebraba.
Y de hinojos estaban todavía,
Cuando el sol en el mar hundió su fuego,
Y su manto al tender la noche fría,
Al mundo dió tinieblas y sosiego.
Entonces una luz hermosa y pura
Rasgó las sombras de la noche obscura,
Y fulguró en la lágrima suspensa
Del pecador aún en la mejilla,
Con claridad brillando más intensa
Que la del sol y las estrellas brilla.
Quien con débiles ojos y mortales
Luz mirase tan clara,

Exhalación activa la juzgara
Ó ardientes meteoros boreales.
Pero la ninfa, conociendo en ella
La sonrisa divina
Del ángel que la puerta cristalina
Abre del cielo ya, viva centella
De su alegría santa,
Vió en la lágrima el don apetecido,
Y exhaló con acento conmovido
La dulce voz de la inmortal garganta:
«Cumplido está mi anhelo;
He conquistado el cielo.
Dichosa, santa soy;
Adiós; al Edén voy.
¿Qué valen, comparadas
Con sus praderas plácidas, bañadas
De arroyos sonorosos,
De Amberabad la bóveda fragante
De cedros y de sándalos umbrosos,
De Sahadukian las torres de diamante?
Adiós, aroma terrenal, que roba
Al paso el aura cual suspiro leve;
Que aliento eterno el árbol del Tooba
Me prestará, si el céfiro le mueve.
Adiós, terrenas flores,
Que os marchitáis á la primer mañana;
¿Qué son vuestras esencias y colores?
¡Cuán efímera y vana
Vuestra hermosura es, si la comparo

Con el loto, que crece donde el claro
Trono de Alá su majestad ostenta!
Frescas en él las flores se mantienen,
Y en cada una de sus hojas tienen
Un alma, que contenta,
Dice conmigo: Conseguí mi anhelo;
He conquistado el cielo.
Dichosa, santa soy;
Eternamente en el Edén estoy.»





LAS AVENTURAS DE CIDE YAHYE.

HISTORIA FILOSÓFICA Y VERDADERA.

PRIMERA PARTE.

LA BELLEZA IDEAL.

Io mi son pargoletta bella e nova,
E son venuta per mostrarmi à vui
Delle bellezze e loco dond'io fui.
Io fui del cielo, e tornerovi ancora,
Per dar della mia luce altrui diletto;
E chi mi vede, e non se ne inamora,
D'amor non averà mai, intelletto.
(DANTE ALIGIERI, Ballatta.)

I.

ALLÁ en los tiempos antiguos
Y cuando era la morisma
Dominadora soberbia
De la bella Andalucía;
En un rincón olvidado,
Por pobre, de la codicia
De los hombres, y perdido

En la espesura sombría
De las selvas y los montes
Que en torno de la campiña
De Granada, en ancho cerco,
Alzan las gigantes cimas,
Cide Yahye venturoso
Era señor de una villa;
Y aunque adornada tan sólo
De seculares encinas,
De olivos y de castaños,
Era agradable á la vista
De aquel quebrado paisaje
La rústica perspectiva.
Los sencillos habitantes
En su pobreza vivían,
Sin pensar que más placeres
Brindase al hombre la dicha,
Que los dones que la tierra
De su trabajo solía
Darles en premio, y los goces
De su existencia tranquila.
Virtuoso Cide Yahye,
Y su corta monarquía
Con la vista dominando,
Administraba justicia,
Dando en las varias disputas
Sentencias equitativas,
Bajo de un árbol sentado,
Á la puerta de su quinta.

Á las labores del campo
Iba para presidirlas,
Como rey que en el escudo
De Aquiles Homero pinta;
Y al llegar las gratas fiestas
De la siega y la vendimia,
Con los mismos labradores
Cantar y bailar solía.
Amoroso con la gente,
Y contento de su vida,
Practicaba Cide Yahye
La mejor filosofía.
En sus colorados labios
Siempre brillaba la risa;
En su cuerpo fuerte y sano
Retozaba la alegría.
Tal era el rey, tal el reino,
Donde la virtud sencilla
Moraba con la inocencia
De la gente campesina;
Donde los dorados tiempos
Que fingen en sus dulcísimas
Canciones los favoritos
De las musas de Sicilia,
Con su patriarcal ternura
Realizados se veían.
Cuéntase, pues, que las hadas,
Al ver la maldad impía
De los hombres, de la tierra

Ya para siempre se iban,
Cuando este reino dichoso
Descubrieron, y benignas
Quisieron favorecerle
Con su presencia divina.

II.

Tomaron aquel reino para morada propia
Las hadas y le dieron su santa beatitud,
Y en su seno vertieron el cuerno de la copia,
Henchido de riqueza, de gozo y de salud.

Formaron en el aire conciertos armoniosos,
De eterna primavera dotaron al vergel,
Hicieron de la viña los frutos más sabrosos,
Llenaron las colmenas de perfumada miel.

Pusieron en las fuentes misterioso murmullo,
Vistieron de hermosura las flores del jardín,
De la paloma hicieron más lánguido el arrullo,
Y más sonoro el trino del ágil colorín.

Como menudo aljófar las gotas de rocío
Trémulas en el cáliz de la entreabierta flor,
Un fructífero fuego el calor del estío,
Una llama divina el fuego del amor.

Do quiera que las hadas esparcían su aliento

Crecían frescas rosas de aroma celestial,
Con viva luz en torno resplandecía el viento,
Cuajábanse en el aire palacios de cristal.

Las hadas á las nubes dieron bellos matices,
Á los céfiros blandos suave libertad;
Para hacer á los súbditos de Yahye más felices
Arrullarlos quisieron en dulce ociosidad.

Sin el trabajo humano daba el feraz terreno
Los frutos más opimos con solícito ardor,
Torrentes de riqueza brotaban de su seno,
De las fecundas hadas encanto bienhechor.

Nacía sin cultivo el delicado lino,
El gusano industrioso trabajaba á la vez
La seda, en los arbustos el algodón más fino
Mostraba en áureas rosas su limpia candidez.

En los mismos corderos la fina y blanca lana
De diversos colores se solía pintar;
Ya era azul como el cielo, ya refulgente grana;
Las hadas la tejían con arte singular.

Cuanto al hombre le es grato las hadas reunieron
En aquel feliz reino, su encantada mansión
Los frutos más extraños las hadas produjeron
Que el comercio nos trae de distante región;

La fragante canela, el café de la Moka,
Que destilado forma tan suave licor;
La que en árbol tan grande, con magnitud tan poca,
Crece negra pimienta de agradable sabor:

La yerba del Catay, olorosa y salubre;
Los plátanos, que almíbar dentro del fruto traen;
La palma, que maduros los dátiles encubre
Con las airosas ramas que en verdes arcos caen.

Cuantas aves adornan la alegre primavera
Hacían de aquel reino su estancia habitual;
Recorría los campos la perdiz placentera,
Posábase en la oliva el sabroso zorzal.

Los ánades silvestres con majestad graciosa
Cerníanse en el seno del lago, sin temor,
Y el campo poetizaban la tórtola amorosa
Y el ruiseñor sencillo, de los bosques cantor.

Como nunca de hermosas lucían las doncellas
Que ya el sol ni el trabajo podían marchitar,
Las delicadas manos suavísimas y bellas,
Los talles elegantes, amoroso el mirar.

Cantaban y bailaban, asidos de las manos,
Pastores y zagalas, hablando de su amor;
Sentados á la sombra miraban los ancianos,
Los más dulces recuerdos gozando á su sabor.

Á pesar de Mahoma, aromático vino,
Mejor que los gloriosos de Málaga y Jerez,
Chispeaba en las copas, y su fuego divino
De las hinchadas venas serpeaba al través.

Él vertía en el pecho el amante deseo,
Él ponía en los labios la dulce persuasión,
Y en las negras pupilas, con el furor pimpleo,
Brillaba más hermosa la luz del corazón.

El día se pasaba en danzas y en suaves
Pláticas amorosas, la noche en poseer
Los tesoros del sueño, hasta que al fin las aves
El alba amenizaban con trinos de placer.

Todo en aquella tierra era paz y ventura;
Sobre ella la alegría sus alas extendió,
Y por el ancho espacio de su atmósfera pura
La copa del deleite ufana derramó.

Nunca dicha más grande soñó en su falansterio
De Fourier admirable el ingenio creador,
Ni nunca en el más rico antiguo monasterio
Hubo paz más perfecta ni abundancia mayor.

Esto hicieron las hadas, y en bullicioso coro
Con los mortales mismos se solían mezclar,
Y al compasado estruendo del crótalo sonoro
Cantos dar á los vientos, y ligeras bailar.

III.

El buen rey, de las hadas protegido,
También entre la fiesta se mezclaba,
Y á la música alegre dando oído,
De su vientre á pesar, diestro bailaba;

Que era pequeño y gordo, pero había
Un no sé qué tan penetrante y vivo
En su rostro, que el alma descubría,
Siendo de ella trasunto fugitivo.

No le acosaba el velador cuidado,
Ni placer le faltaba ni riqueza,
Disfrutando de un sueño regalado
En el seno gentil de la pereza.

Guardaba de su harén en el recinto
Mujeres como lindos serafines,
Alhajas mil de género distinto,
Y perfumes y fuentes y jardines;

Y de una quinta, que la fértil vega
Ostentaba en la parte más florida,
De generosos vinos la bodega
Con profusión diversa bien surtida.

Cantos gozaba, bailes seductores,
La tierra en torno sonreía ufana;
Amor le prodigaba sus favores,
Renacía en él la juventud lozana.

Mas en tan grato estado y tan risueño,
Yahye empezó á sentir melancolía;
Buscó la soledad, faltóle el sueño,
Vagó en el seno de la selva umbría.

Ardió su corazón en la sagrada
Llama de lo ideal, que tierna adora,
No satisfecha el alma enamorada
Del placer que en la tierra se atesora.

Buscó en la noche su ilusión querida,
La creyó hallar entre la selva obscura,
En el seno del aura adormecida,
En el cristal de la corriente pura.

Prestó Yahye un amante sentimiento
Al arrullo del céfiro en las hojas,
A las flores amor y pensamiento
De la tórtola amante á las congojas.

Y no pudieron apagar el fuego
Del místico raudal de sus dolores,
Ni de la noche el plácido sosiego,
Ni la tórtola, el céfiro y las flores.

Y por calmar su loco desvarío
Se entregaba otra vez á sus placeres,
Mas sólo hallaba doloroso hastío
En festines, perfumes y mujeres.

Todo á su alma indiferente era;
El poderoso corazón sentía
Taciturno dolor, y una hechicera
Forma ideal fingió la fantasía.

La encadenada inteligencia humana
Muy rara vez tras lo ideal se lanza,
Pero la voluntad recorre ufana
La eterna inmensidad de la esperanza.

Que el Eterno nos dió tan sólo, creo,
Un rayo de su ciencia peregrina;
Pero el alma se eleva en el deseo
Y se baña en la atmósfera divina.

Deseo insaciable, que del pecho brota
Y en un inmenso círculo se extiende,
Cuya circunferencia, siempre ignota,
Al Hacedor y á la creación comprende.

¡Oh amor sublime, celestial anhelo
De los santos, artistas y cantores,
Con una de tus flechas desde el cielo
Pusiste en Yahye místicos amores!

Mirándole las hadas afligido,
Consolarle querían con su canto,
Mas él lanzaba un mísero gemido
Ó derramaba lastimero llanto.

Por fin, un día que elocuente estuvo,
Gracias al rico néctar jerezano,
Ante las hadas, que reunidas tuvo,
Logró explicar su anhelo sobrehumano.

IV.

«Por vuestro benigno influjo,
Dijo el rey Yahye á las hadas,
Nuestras rústicas moradas
En la abundancia se ven;
Y felices mis vasallos
En el ocio y los amores,
Se olvidan de los dolores
Humanos en este edén.

»Aquí más mágico brilla
En el diáfano espacio
Ese disco de topacio
Que á la noche da fulgor;
Palacios hay en el viento,
Maravillas en la tierra,
En nuestros pechos se encierra
Encadenado el amor.

»Aquí un olor más suave
Tienen las gallardas flores,
Son más vivos los colores,
Más pura la luz del sol,
Más melodioso el murmullo
De las auras y las linfas,
Y hacéis más nítido, ninfas,
Del aurora el arrebol.

»Mas de tal dicha orgullosa,
Remontó el alma su vuelo,
Y sentí un gigante anhelo
En mi corazón hervir;
Con este anhelo se eleva
Mi sér de mi sér por cima,
Y desdichado se estima
Sin alcanzarle ó morir.

»¡Hondo afán! ¡Noble delirio!
¡Amor del alma belleza!
No guarda naturaleza
Á mi amor objeto igual;
Mas traspasando sus lindes
En la rauda fantasía,
La enamorada alma mía
Ha encontrado lo ideal.

»Y de aquí nace el hastío
Que de cuanto miro brota,

Y el placer más leve agota
Y marchita el corazón;
Del orgullo de mi alma
Es un magnífico arcano,
Y para el vulgo profano
Una incógnita aflicción.

»Sin esta célica idea,
Por el alma concebida,
De esencia desconocida
Y de substancia inmortal,
Y que me muestra el deseo
Con luz aparente y vaga,
Que los sentidos halaga,
Fingiéndola material;

»Sin la posesión y goce
De esta inexplicable idea,
Que la imaginación crea
Más allá de la creación;
Concebida en el deseo,
Sin comprenderla la mente,
Nacida del vehemente
Impulso de la pasión;

»Nunca juzguéis que mi vida
Pase feliz en el mundo;
El fuego de amor profundo
Pronto la consumirá;

Y entonces de las cadenas
Libre, que me guardan ora,
En la mente crĕadora
Podré abismarme de Alá.

»¡Magas bellas! en los sueños
De mi loca fantasía
La forma yo descubría
De esa idea celestial;
Levantándose en el aire,
Circundada de aureolas,
Columpiándose en las olas
De un piélago de cristal.

»Á las creaciones sublimes
De los poetas divinos
Di cuerpo y sér peregrinos,
Vida, juventud y amor;
Pero en ninguna encontraba
La fantástica señora,
Cuya luz el alma adora,
Sin conocer su valor.

»Que más alta se elevaba,
En lo infinito mecida;
El principio de su vida
Inmediato estaba en Dios.
Comprenderla nunca pudo
El humano pensamiento,

Ni sentirla el sentimiento,
Ni descifrarla la voz.

»Vosotras sólo podéis
Satisfacer tanto anhelo,
Arrebatando del cielo
La llama que alimentó
Mi concepción soberana,
Y dándole forma ahora,
Con la fuerza vencedora
Que el Eterno os concedió.»

V.

Dijo, y los labios de las hadas luego
Una sonrisa plácida mostraron,
Y de sus ojos de amoroso fuego
Mil rayos de esperanza derramaron.

En círculo tejieron una danza
En derredor de Yahye, tan ligera
Como el vuelo fugaz de la esperanza
Que se remonta á la azulada esfera.

Y al céfiro entregando las aéreas
Divinas formas, el espacio hendieron,
Y á las regiones caminando etéreas,
Dulces cantares á los vientos dieron.

¡Cide Yahye! tu amante deseo
Á la eterna beldad te sublima;
Es la llama creadora que anima
En los hombres la luz celestial;
Que da al mártir aliento en la hoguera,
Que á los héroes excita al combate,
Y en las venas enérgicas late,
Inspirando al poeta inmortal.

Á tu ruego las hadas rendidas,
Á los vientos sus formas entregan,
Y el inmenso Océáno navegan
Del espacio y el tiempo sin fin.
Del espíritu ardiente en el mundo,
En un mundo invisible su vuelo
Detendrán, y robada del cielo,
La hermosura será para tí.

Sé feliz si en tu pecho sereno
La esperanza vivífica está;
Si de ingente deseo está lleno,
La divina esperanza en tu seno
Una ingente energía pondrá.

Así cantando alegres, las hadas en el aire,
Como lejana nube, se perdieron por fin,
Y extendidas las alas con gracioso donaire,
De nuestra espesa atmósfera doblaron el confín.

Al sentirse en el éter bañadas por do quiera,
Se desnudaron luego la forma terrenal,
Y ya puros espíritus, como la luz ligera,
Los campos recorrieron del éter celestial.

Y llegaron al mundo do las ideas viven,
Y de la inteligencia habitan en el mar;
Así como los cuerpos y formas se perciben
En el tendido espacio flotando sin cesar.

Y arrebataron luego la concebida idea,
Y una forma perfecta la dieron de mujer,
Esplendente cual rayo de la luna febea,
Que en el dorado viento se baña con placer.

Sacaron de las flores la más suave esencia
Para dar á su aliento perfume sin igual,
De una llama divina de noble inteligencia
Adornaron las hadas su frente virginal.

De la deidad de Chipre la zona encantadora
En torno colocaron de su talle gentil,
Y en sus mejillas puras, cual la luz de la aurora,
Avergonzar quisieron la rosa del abril.

Eran dos luces bellas, del alma noble encanto,
Brillantes de deleite, dormidos de pudor
Sus ojos, y su boca el cáliz limpio y santo
Do puro se guardaba el néctar del amor.

El delicado arrullo del apacible viento,
Si á Flora misterioso enamora tal vez,
No puede ser más blando que el voluptuoso acento
Que exhalaban sus labios, más dulces que la miel.

Diéronle la pureza de las vírgenes flores
Las hadas, de la tórtola el inocente ardor,
Del alba nacarada los púdicos colores,
El melodioso encanto del tierno ruiseñor.

Del corazón sencillo la mágica violencia
Su terso seno cándido hacía palpitar,
Y una vaga sonrisa de amorosa inocencia
Sobre sus frescos labios volaba sin cesar.

Nunca mujer más bella fingió la fantasía
En los mágicos sueños de un genio creador,
Levantada en las alas de la ardiente poesía,
Adormida en el seno del encantado amor.

Ni nunca puro arcángel ni hurí del paraíso
Dieron forma más bella á la esencia inmortal;
Que el poder de las hadas en ella mostrar quiso
La fórmula suprema de lo bello ideal.

Así formada, al mundo trajéronla dormida,
Con el tranquilo sueño que goza la virtud;
Vertieron en su rostro espíritu de vida,
Y ciñeron sus sienes de eterna juventud.

VI.

¿Qué poeta en sus cantos no te evoca?
¿Quién dulces versos en tu honor no canta,
Si á tu grandeza la alabanza es poca,
Si en tu hermosura el corazón se encanta?
Con viva fe la humanidad te invoca,
Y el amor suyo hasta tu amor levanta,
Siempre con varios nombres uno mismo,
De nuestro inmenso amor inmenso abismo.

Sed de deleite, sed de lo futuro,
Del sumo bien inextinguible anhelo,
Éxtasis milagroso de amor puro,
Que nos transporta de la tierra al cielo;
Tú haces bajar del eternal seguro
Al mismo Amor con amoroso vuelo,
Y desde la alta esfera cristalina
Al hombre infundes su ilusión divina.

Fruto de la sagrada inteligencia
Y de la libre voluntad humana,
Pues del alma y del Sér tu etérea esencia
Por un enlace místico dimana;
Raudal de gloria, manantial de ciencia,
Recuerdos dulces, ilusión temprana
Eres, y cuanto al hombre finge y crea,
De la fe causa, fuente de la idea.

Como la anacreóntica paloma
Te meces en las cuerdas de la lira,
El corazón en tí su fuerza toma,
Tu aliento solo el entusiasmo inspira;
Das vida al arte, y encantado aroma
Sobre tu seno el ánima respira,
Cuando, de la materia roto el lazo,
Con ternura descansa en tu regazo.

Así el alma de Yahye, que dormido
Se quedó con el canto de las hadas
(Lo que tal vez os haya sucedido
Con mi historia, lectoras adoradas),
Le dejó en su letargo sumergido,
Y con las raudas alas desplegadas,
Rompiendo el aire y remontando el vuelo,
Se fué á perder en el azul del cielo.

Y se nutrió de luz y de ambrosía,
Se coronó de amor y de contento,
Adquirió nueva vida y energía
Su noble y endiosado pensamiento;
El éter recorrió su fantasía,
Y mecido su espíritu en el viento,
Se volvió al cuerpo, que, en quietud sabrosa,
Soñaba ya con su futura esposa.

Y entonces despertó con nuevo brío,
Sintió en su pecho arder la llama pura

De un amante y suave desvarío;
Brilló en sus ojos sin igual ternura,
Y se encontró del plácido sombrío
Reclinado en la fértil espesura,
Oyendo en torno un cántico sonoro,
Por muchas voces repetido en coro.

Rico canto triunfal, que alzaba el alma
Desde la tierra al cielo en un instante;
Mas la de Yahye oonservó su calma,
Y vió que se acercaba una radiante
Virgen, esbelta como airosa palma
Y vestida de un manto rozagante.
De la virgen en pos, las hadas bellas
Eran del sol de su beldad centellas.

Iban en pos de la beldad divina
Las hadas, cantos entonando suaves,
Cantos que, al ver su forma peregrina,
En la enramada las parleras aves
Repetían; la fuente cristalina
Más dulce murmuraba, y con más graves
Sublimes cantos la creación entera
Saludaba á la virgen hechicera.

Besábanla los céfiros lascivos,
Y al pasar, en su seno derramaban
Pensamientos de amor, que fugitivos
Sobre su frente cándida cruzaban;

Los genios y las gracias con festivos
Bailes en torno de ella se agitaban,
Enredando su talle los amores
Con mil cadenas de olorosas flores.

Las frescas ondas de la clara fuente,
El ruiseñor amigo de la rosa,
La enamorada tórtola doliente,
Del céfiro la amante mariposa,
Su beldad celebraban sorprendente;
Y la Fama á la par, con sonorosa
Trompa, volando sobre el aura pura,
Anunció por el mundo su hermosura.

Y no quedó nación, no quedó tierra
Donde la dulce nueva no llegara,
Ni cuanto en sí naturaleza encierra,
Que por ella de amor no palpitara;
Se estremeció de gozo la alta sierra,
Brincó en su cauce la corriente clara,
Las almas con ternura la adoraron,
Su belleza los cuerpos reflejaron.

Y todo aquel amor que de su seno
Naturaleza derramaba en torno,
Suspiros dando el céfiro sereno,
Y olor las flores, del pensil adorno,
Sintió Yahye en su pecho, de amor lleno,
Al ver el vago y celestial contorno

De la beldad angélica, nacida
Del impulso de su alma enardecida.

Y exhalando un dulcísimo suspiro,
Lleno de amor y de ansiedad dichosa,
Exclamó Yahye: «En realidad te miro
Al fin, divina hermana mía, esposa;
Y en tí mi propio pensamiento admiro,
Que te ideó tan pura y tan hermosa,
En alas levantado del deseo,
Arrullado en su amante devaneo.

»Bendita seas, luz de amor, paloma,
De mi espíritu hija y del divino
Espíritu, en el cual su fuerza toma
Mi corazón, de tu hermosura dino:
¡Oh, cuál esparce delicioso aroma
El aire que circunda tu camino!
¡Cómo las aves cantan! ¡Cuán ardiente
Brilla la luz sobre tu tersa frente!

»¡Cuán hermosa eres tú, paloma mía,
Hija del alma, flor del pensamiento,
Engendrada en mi noble fantasía,
De mi amor llama, de mi sér aliento,
Perfecto tipo de ideal poësía,
Hurí del estrellado firmamento;
Vén á mis brazos, ven, esposa, hermana,
Yo tu esclavo seré, tú mi sultana!»

Dijo, y ciñó con los amantes brazos
De la beldad la virginal cintura;
Y ella, estrechada en tan süaves lazos,
Desfalleció de amor y de ternura:
Y Yahye recibió de sus abrazos
El deslumbrante don de la hermosura,
Mientras que le cercaban los amores,
Himnos cantando y esparciendo flores.

La plenitud del sér y de la vida
Beber creyó de amor en el torrente;
En su luz vió la luz; llama encendida
En noble orgullo iluminó su frente;
Y así Yahye se unió con su querida,
Y realizó los sueños de su mente,
Transfigurado, hermoso, giganteo,
Con el logro gentil de su deseo.

VII.

Al unirse Cide Yahye
Con la ideal hermosura,
Celebrar bodas tan gratas
Dispone con pompa suma.
De la capital las calles
Alfombrar manda con juncia,
Y arcos formar y enramadas
De romero y de gayumba.
Banderas de mil colores

Leves en el aire ondulan;
Se tapizan las paredes
Con alcatifas morunas.
Todo el reino está de gala;
Y al llegar la noche obscura,
De brillantes luminarias
Se coronan las alturas,
La fachada de las casas,
De las mezquitas la cúpula.
Marca la luz los perfiles
De la bella arquitectura,
Y ésta sobre el negro fondo
De los cielos se dibuja.
Vence en brillo á la del día
La luz que todo lo inunda,
Desde el alcázar de Yahye
Á la recóndita gruta.
Crótalos, flautas, tiorbas,
Chirimías y bandurrias,
Y enamorados cantares
Por donde quiera se escuchan.
Danzas hay aquella noche
Como no se han visto nunca,
Desde la que en Creta el docto
Dédalo enseñó á la rubia
Hija del Rey, que á los muertos
Allá en el Tártaro juzga,
Hasta el cancán, el bolero,
El fandango y la mazurka,

Y los walses y las polkas
Que en nuestro siglo se usan.
De leve blonda fantástica
Vistiendo cándidas túnicas,
En sendos hilos de perlas
Enredada la cintura,
Coronadas de diamantes,
Que imitan soles y lunas,
Bailan y cantan las hadas
Con gracia y desenvoltura.
Las más gentiles doncellas
Del reino á la novia adulan;
La novia se alza entre todas,
Como la palma entre murta.
En tanto las avecicas,
Allá en la verde espesura,
Un sublime epitalamio
Con dulces trinos modulan;
Y aunque vuelan y gorjean,
Es su exterior contextura
De esmeraldas y rubíes
Y otras joyas que deslumbran.
Hay en el valle aquel día
Mil tortolillas que arrullan;
Las unas tienen esposo,
Las otras están viudas;
Mas todas están asadas,
Todas rellenas de trufas,
Y no por eso están quietas,

Y no por eso están mudas,
Que están diciendo «comedme,»
Con melodiosa ternura,
Y hasta á la boca se vienen,
Cruzando las auras puras.
El pueblo todo se entrega
Al regocijo y la bulla;
Y almíbar, vinos suaves,
Leche y horchata de chufas
Derraman las fuentes todas
De sus encantadas urnas.
Hay también altas cucañas,
Y el que á la cima se encumbra,
Por haber en el país
De los bienes de fortuna
Tanta abundancia, consigue
Premios de mayor dulzura.
Elixir de amor perfecto
Ponen las hadas en una;
En otra de las cucañas
Los viejos un licor buscan
Que las canas ennegrezca,
Que disipe las arrugas
Y que en las venas heladas
Fuego juvenil infunda.
Hay en otra una substancia,
Invención rara y aguda,
Junto á la cual el *hachich*
No tiene virtud alguna.

Á los cielos se remonta
Quien esta substancia gusta,
Y en un minuto de ensueños
Goza un siglo de ventura;
Las huríes le acarician,
Y los genios con las plumas
Le abanican de sus alas;
Con sus arpas le dan música,
Y con las flores del árbol
Del Tooba le perfuman.
Tales son las diversiones
En que se goza la turba;
Mas damas y caballeros
De rancia é ilustre alcurnia
Acuden luego á Palacio,
Do alegres se congratulan,
Y de la opípara cena
Que les da Yahye disfrutan.
La cena de Baltasar,
Que, á no ser por la escritura
Misteriosa y por la mano
Que tantos males anuncia,
Fuera envidiable; las cenas
Que Semíramis augusta
Daba al príncipe de Armenia,
Prendada de su hermosura;
Y sobre todo, el festín
Que el rey Asuero dió en Susa,
A do sátrapas y magos

Fueron en cebras y mulas,
En caballos y elefantes,
Y en carretelas ebúrneas;
Aquel banquete estupendo,
Do convidados se juntan
Sabios, guerreros y damas
Que el reino de Persia ilustran
Desde el Tanais hasta el Indo,
Desde Bactra hasta Betulia;
Concurridos y famosos
Convites fueron sin duda,
Pero el que da Cide Yahye
En más primores abunda.
Marcial discreto, en su *Xenia*,
Manjares no mentó nunca,
Como los que allí el olfato
Y el paladar estimulan.
Jamás extrajo Carême
Quintas esencias tan puras,
Ni las soñó Savarín,
El gran doctor de la gula.
Confites hay cien mil veces
Más dulces que miel y azúcar,
Y no empalagan ni cansan
Con tan extraña dulzura.
Hay allí vinos más ricos
Que el Tocay y el Siracusa,
Y mantecosos sorbetes
Y sabrosísimas frutas.

Arden en áureos braseros,
Y por el aura circulan
Esencias con que en el cielo
Las huríes se sahuman.
Las hadas entonan versos
Que dan envidia á las musas.
Para que todo al recreo
Y á la amenidad concurra,
Salen los gnomos deformes
De sus negras catacumbas,
Y juegos hacen de manos
Con singular travesura.
Los chistes y discreciones
Y la algazara confusa
Hicieran reir á Orestes
Á despecho de las Furias.
No hay que decir que el buen tono
Reinó en aquella tertulia,
Y que hizo el rey los honores
Con extremada finura.

VIII.

¡Ay, qué pronto se pasan los momentos
De dulce amor y de ilusión querida,
Y nos dejan en cambio, los tormentos
Y el triste desengaño de la vida!

¿Qué flor habrá que el tiempo no marchite,
Por más que preste su fragancia agrado?
¿Qué dicha habrá que el tiempo no nos quite?
¿Á qué placer no seguirá el enfado?

Pensando en tí, jamás cumplido anhelo,
Dijo Espronceda con verdad notoria:
«Ó eres recuerdo de un perdido cielo,
Ó la esperanza de futura gloria.»

Y para recordarnos el destino
Que aspirar debe el alma á más altura,
Del placer nos disgusta de contino,
Ó nos roba el placer si el gusto dura.

Y no hay amor que no consuma el tedio,
Ni amistad en el mundo duradera,
Ni gozo sin disgustos de por medio,
Ni vino que no cause borrachera.

¡Qué terrible es vivir si sus lecciones
El destino nos da tan duramente!
Pero con mis morales reflexiones
Me pongo por demás impertinente;

Y así, dejando aparte mis quebrantos,
Que al fin son los quebrantos generales,
Y extenso asunto dieron á los cantos
De otros poetas buenos y fatales;

Volvamos á la historia del rey moro,
Que se reclina en brazos de su amada,
En un lecho de púrpura y de oro,
Por el amor la frente iluminada;

Que bebe amor en el ardiente beso
De los intactos labios de la bella;
Que respira el suavísimo embeleso
Que derraman los genios sobre ella;

Que su pequeñez cambia y su gordura
En forma esbelta y talle de gigante,
Y que ostenta la mágica hermosura
Que el entusiasmo presta á su semblante.

Entusiasmo que el ánima encendía
Por Fátena (que así llamarla hizo),
En un amor del cual la musa mía
Pintar no sabe el celestial hechizo.

Junto á Fátena, linda, encantadora,
Gozó el buen Yahye aquella noche... Un velo
Echemos á sus goces.—Ya la aurora,
De escarlata y zafir tiñendo el cielo,

Con los dedos de rosa, del oriente
Las áureas puertas á la luz abría,
Y aún Yahye de su bien lánguidamente
Entre los brazos cándidos dormía.

Á turbar vino entonces su sosiego
De las trompas el bélico sonido;
Despierta, y ve á una diosa, que de fuego
Lleva el robusto corazón ceñido.

En pos de ella camina de guerreros
Gran multitud, que anuncia desventura
Y perdición á Yahye; sus aceros
Deslumbran como lampo en noche obscura.

Unos montados van á la jineta,
Y la aljaba, al trotar, suena terrible,
Y es de junco la rápida saeta,
Y es el arco de búfalo flexible.

Otros llevan fortísimos broqueles,
Hachas y agudas lanzas; como espumas
Del mar blancos turbantes y alquiceles,
Y en el yelmo un airón de rojas plumas.

Bravos muslimes son, y los pendones
Siguiendo del monarca granadino,
Caballeros en árabes bridones,
Enderezan al valle su camino.

Ya aquellas altas cumbres se veían
Con los altos turbantes coronando,
Ya en el seno del bosque se perdían,
Cual rápido torrente penetrando.

La Fama los guiaba, y de Granada
Iba en pos el monarca poderoso.
De Fátena su alma enamorada,
Anhelaba robársela á su esposo.

Lo siente Yahye, y con tremenda saña
Arde su pecho y con celosa ira;
Desciende al punto armado á la campaña,
Y al enemigo, que se acerca, mira.

Sus escasos soldados junta luego,
Y camina á buscar los invasores,
Con roncas voces y despecho ciego
Llamándolos infames y traidores.

Estos se acercan ya, que por el llano
Raudos galopan con horrible estruendo,
El duro hierro en la homicida mano,
Con el polvo la luz obscureciendo.

Espesos los cerrados escuadrones
Cual las hojas de otoño, y tan ligeros,
Que el belicoso ardor de los bridones
No pueden refrenar los caballeros.

Y ya corrían con las riendas sueltas,
Formando viva y caprichosa cinta
De las veredas por las muchas vueltas,
Que ornaban flores de color distinta.

Las plumas y el acero refulgente
Parecían del sol á los fulgores,
Un ancho arroyo de metal candente,
Que en pos arrastra pintorescas flores;

Ó sierpe en cuyos lomos plateados
Se dibujaban como claro espejo
Prodigiosos fantasmas agitados,
De la mente de un mágico reflejo.

Y Yahye, colocado en una altura
Con un puñado de vasallos fieles,
Los aguardaba con marcial bravura,
Como acosado lobo á los lebreles.

En aquel punto despertó la hermosa
Del apacible enamorado sueño,
Y al sentir la algarada temerosa,
Buscó en vano los brazos de su dueño.

Al cielo alzó las manos suplicantes,
Y ya en pos de su amor corriendo iba,
Cuando ancianos y vírgenes é infantes
Hallaron á la bella fugitiva.

Y un anciano (Ben-Hud llamado era,
Que en la gente zeneta origen tuvo,
Y en sus canas mostraba y faz severa
La experiencia y los años) la contuvo;

Y ahogado por las lágrimas su acento,
Así la dijo: «¿Dónde vas, Sultana?
Huir no puedes; el bárbaro violento
Nos cerca por do quier con furia insana.

»Detrás de cada roca hay un soldado,
Y sigue de Granada la bandera,
Como los copos del invierno helado,
Hueste que cubre el valle por do quiera.

»Mas que tu esposo vencerá te auguro;
No te aflijas, hurí, porque ya el cielo
Á castigar dispónese al perjuro
Que el Islam vende, y huella nuestro suelo;

»Al perjuro Alhamar, que, de Castilla
Siervo, su alcázar y potencia nueva
Sobre un monte de escombros de Sevilla,
Amasado con lágrimas, eleva.

»Ven, pues, hermosa Fátena, conmigo;
Verás desde la torre que corona
La fértil vega, en un seguro abrigo,
El triunfo con que Alá nos galardona.»

Así, para calmar á la extranjera,
Dijo, y ahogó su llanto el triste anciano,
Enjugando la lágrima postrera
Con el revés de la rugosa mano.

De espanto llena, en la terrible duda,
Luchando entre esperanzas y temores,
Siguió á Ben-Hud, acongojada y muda,
La que nació del cielo y los amores.

Y todos los ancianos la cercaban,
Su gracia celebrando y su belleza,
Y mientras que á la torre caminaban,
Así decían con gentil grandeza:

«Combatir, en verdad que no es extraño,
Por causa de tan mágica hermosura;
¿Qué vale, en parangón de bien tamaño,
De una vida tranquila la dulzura?

»Si la vejez no hubiese destruído
Con su soplo fatal la fuerza nuestra,
Los primeros hubiéramos salido
Á combatir en la marcial palestra.»

Sobre la torre ya, todos los ojos
Fijábanse en la dama, y el aliño
De su beldad trocaba los enojos
En dulces muestras de cordial cariño.

Porque no hay alma, por feroz que sea,
Que amor no inflame al contemplar lo bello,
Y en ese mismo amor, que la recrea,
De su divino sér siente el destello.

La batalla á mirar se disponía
Fátena, de dolor transida el alma;
Ancianos y mujeres allí había,
Pero reinaba aterradora calma.

Cual las matronas de Ilión famosa,
Trémulos esperaban el encuentro,
Y más que todos, la Sultana hermosa,
Puesta de los ancianos en el centro;

Aunque sin culpa, semejante á Elena,
Que, colocada sobre el muro pardo,
Miró luchar en la campiña amena
Al rubio Atrides y al pastor gallardo.

En esto ya del Nazarita altivo
Cerca la hueste, resonó la trompa,
Y aquel raudal de acero, ardiente y vivo,
Se quedó inmóvil con guerrera pompa.

Mas duró poco el lúgubre sosiego;
Demandó el granadino á la Sultana;
Yahye se la negó; las huestes luego
Se encontraron con furia sobrehumana.

Y de los dardos matadora nube
Formaron; Azrael volaba en ella,
Y con sus negras alas el querube
Trajo la muerte á la pradera bella.

En la doblada plancha del escudo
El hacha resonaba; tristes ecos
El clangor bronco del clarín agudo
De los peñascos despertó en los huecos.

Yahye, entre tanto, con valor sublime
La muerte por do quiera difundía.
«¡Oh, con qué acierto destructor esgrime
El fulminante acero en este día!

»¡Oh, qué valiente! Su terrible espada
Se abre camino por la hueste fiera
(Exclamaba Ben-Hud); de esta jornada
Se admirará la gente venidera.»

Y Fátena miraba, y conocía
Entre la turba á Yahye, que en el seno
De la enemiga gente combatía,
De polvo y sangre y de coraje lleno.

Mas ¡oh dolor! que en medio de su gloria
Un dardo á herirle por el aire vino,
Que, para arrebatarle la victoria,
Contra su seno dirigió el destino.

El dardo matador entró en su seno
De peto y espaldar por la juntura,
Y Yahye vino á tierra, como el trueno,
Al caer resonando la armadura.

Fátena, al verle así, perdió sentido,
Y sus divinos ojos se velaron
Con nube de dolor. Hondo alarido
De espanto sus vasallos exhalaron.

Creyeron muerto á Yahye, y á la huída
Cobardes entregándose, la espada
Dividió sus gargantas, y la vida
Perdieron, y la gloria codiciada.

Así de Yahye se eclipsó la estrella,
Así triunfó el monarca granadino,
Cayó en sus manos Fátena la bella,
Se rindió todo á su feliz destino.

Pero no; que de amigos corto bando
¡Tanto puede el esfuerzo del que ama
Seguían de Yahye en torno peleando
Con el ardor de destructora llama.

No dejarle jamás jurado habían,
Y antes mil veces perecer primero,
Y cercándole todos, resistían
Cual firme muro de crujiente acero.

¡Cuán difícil romperle! Ya la tierra
De cadáveres llena se mostraba,
Y en sangre tinta, cual la yerta sierra
Que el volcán cubre de encendida lava;

Mas la muerte cruel sobre ellos vino,
Del amigo valientes defensores,
Y ya hasta Yahye abríanse camino
Para matarle al fin los invasores,

Cuando las hadas, cual ligera flecha,
Rompiendo el aire, á Yahye se acercaron,
Y en una nube, por encanto hecha,
Llevándosele oculto, le salvaron.

Y entonaron un himno misterioso,
Que sólo con el alma oyó el herido;
Himno que nunca el viento vagaroso
Llevó de los mortales al oído.

IX.

«Yahye, tú morir no debes;
En vano la muerte imploras.
¿Por qué débilmente lloras
¡Oh Yahye! por la mujer?
¿Por qué materializaste
Esa beldad peregrina,
Que en tus ensueños creaste
Sin llegarla á comprender?

»¿Por qué nos rogabas tanto
La robáramos del cielo?

¿No pudiste en raudo vuelo
Tú mismo el éter cruzar,
Y abrazándote á la idea
En su pristina hermosura,
Fuera del mundo, en la pura
Región del alma morar?

»Tú, que esa idea sentiste
De tu sér en lo profundo,
¿Cómo quisiste en el mundo
Darle un efímero sér?
El progreso de esa idea
Al tiempo sin fin excede;
El universo no puede
Su grandeza contener.

»Cual de un germen solo acaso
Dimanan las crïaturas,
Cual se cifra en diez figuras
La infinita cantidad;
De la perfección suprema
Y la hermosura increada,
En esa idea, cifrada
Tuviste la inmensidad.

»Y aunque el objeto inefable,
De que la idea es emblema,
Y su perfección suprema
El mundo no guarde en sí,

Siempre por el portentoso
Y fecundo movimiento
De tu propio pensamiento
Pudiera nacer en tí.

»Mas tú la idea creadora
En el pecho ahogaste, cuando
Al nacer la ibas velando
De una forma material.
Pigmalion á su estatua
Dió aliento, vida y sentido;
Mas tú en fango has convertido
La hermosura celestial.

»Indeterminada y vaga,
Pura la idea en tu mente,
Hubiera sido la fuente
De la eterna beatitud:
Desdoblándose en tu pecho,
Mayor que el mundo te hiciera;
Libre de forma, te diera
Toda plasmante virtud.

»Como el escultor pagano,
El mármol animarías;
Como Salomón, sabrías
Los enigmas descifrar
Del lenguaje de las aves
Cuando cantan sus amores,

Del perfume de las flores,
De los bramidos del mar.

»El misterio alcanzarías
Del que en varios caracteres
Unidos forman los seres
Jeroglífico inmortal;
Cábala maravillosa
Que abarca toda la idea;
El que la comprende crea
Un universo ideal.

»¡Ah! tú no puedes crearle;
Desechaste el germen puro,
Interrumpiste el conjuro,
Turbaste la evocación;
Mas el amor que en tí vive
Por la idea no entendida,
Da un alto fin á tu vida
Y una sublime misión.

»Eres semejante al alma
De amor al Amor objeto,
Que en un consorcio secreto
Pudo gozar del Amor,
Y que gozarle tan sólo
Sin conocerle no quiso,
Y perdió su paraíso
Por un acto de valor.

»En un palacio encantado
La venturosa vivía,
Y gozaba y poseía
Toda riqueza y placer.
Á su seno, entre las sombras,
Amor venía rendido;
Mas el bien desconocido
Ella quiso conocer.

»Y le vió hermoso y desnudo
Sobre el tálamo de amores,
Con alas de mil colores
Y el aspecto juvenil;
La cabellera de oro,
La tez de rosas y nieve,
Blanca la mano, el pie breve
Y la estatura gentil.

»Era fuerte cual los dioses;
Como niño, delicado,
Y dormía enamorado
Soñando dichas de amor;
De sus labios entreabiertos
Brotaba aliento divino;
Nardo y claveles tan fino
Jamás exhalan su olor.

»Jamás tan gallardo esposo
Desciñó en la noche obscura

El cinto á la virgen pura
En la cámara nupcial;
Jamás tan raro deleite,
Jamás ventura tan viva
Gozó criatura cautiva
Del sentido corporal.

»Mas el Amor, despertando,
Al mirarse descubierto,
Trocó el palacio en desierto
Y hasta el empíreo voló.
Y ella, el alma, le buscaba,
Y desolada gemía,
Y mil tormentos sufría
Y por mil pruebas pasó.

»Y pura y santa por ellas
Cumplió su noble destino,
Y así del esposo vino
De nuevo á ver la beldad;
Y al verla, conoció que era,
No ya de forma velado,
Ilusión lo que había amado,
Lo que amaba realidad.

»Yahye, vive, alienta; el mundo
Recorre en pos de tu amada,
Pues limpia y transfigurada,
Cual el matutino albor,

Volviendo á verla, con ella
Vivirás eternamente,
Sin agotarse el torrente
De tu amor y de su amor.

»Serán tus penas profundas,
Que no remedie la ciencia,
Enigmas de la existencia
Que resuelva la pasión.
Vive, pues; aliento grande
Da á tu pecho y energía;
Mucho debe todavía
Combatir tu corazón.»

X.

Pienso que así las hadas cantarían,
Pues nadie las oyó, cual llevo dicho;
Y supongo también que volarían
Por donde las llevase su capricho.

Y llegaron á un sitio misterioso,
En el cual sanó Yahye de la herida,
Para continuar su borrascoso
Viaje por la senda de la vida.

Entre tanto el monarca sarraceno,
Vencedor del valiente Yahye, diera
Sobre la torre al céfiro sereno
Por agradable juego su bandera.

Á los que se salvaron de la espada
Súbditos de su cetro los hacía,
Á par que de la tierra conquistada
Lo más pingüe á su gente repartía.

Mas á pesar de tanta desventura,
No perdió su beldad aquella tierra;
Y aun hoy salud, riqueza y galanura
Entre sus peñas áridas encierra.

«El valle de Lecrín» le llamó el moro,
Porque allí alegremente se respira;
Aún conserva este nombre, y un tesoro
De fértil hermosura allí se admira.

Allí crecen la vid y el limonero,
En la enramada canta Filomena,
Á Flora besa el aire lisonjero,
Y la tórtola fiel dice su pena.

Allí las dulces limas, las naranjas
Y el vino y el aceite se producen,
Y en el monte formando verdes franjas,
Robles, castaños y azofaifos lucen.

Su nido en las paredes y en las peñas
Suspende allí la errante golondrina,
Y en los copudos álamos y albeñas
La torcaz gime y la calandria trina.

La mosqueta, el tomillo y la viola
Tienen el fresco ambiente perfumado,
Y el trébol, la verbena y la amapola
De púrpura gentil bordan el prado.

Prometen rico y sazonado fruto
Los manzanos en flor y los nogales,
Y da el arroyo al valle su tributo,
En brazos mil partiendo sus raudales:

Ciñen la margen por do el paso tuerce,
En venas fecundantes, mejorana,
Mastranzo, torongil, fragante alerce,
Mimbres y almendros con su flor temprana.

Y brinca el agua, y la ladera cruza,
Y con grato rumor mueve el molino,
Y en diamantes la rueda desmenuza,
Y difunde el tesoro cristalino.

Vagos iris en fuentes y cascadas
Pone el radiante sol, que las colora;
Invisibles allí tal vez las hadas
Aún tienen su mansión encantadora.

¡Ay, cuántos de deleite y de ventura,
Qne nunca volverán, risueños días,
Pasé vagando á pie por la espesura
De las florestas de Lecrín sombrías!

Y vosotros, queridos compañeros,
Que aquella expedición también hicísteis
Con vihuelas y flautas y panderos,
Decid, decid lo que en el valle vísteis.

¡Qué lindas las muchachas de la aldea!
¡Cómo de nuestro canto se alegraban!
Ninguna era gazmoña ni era fea;
Todas alegremente nos trataban.

De la puerta al umbral ora venían,
De heliótropo y de hiedra coronado;
Ora por vernos al balcón salían,
De oliva ó palma vencedora ornado.

Ya el lindo juvenil rostro moreno,
Á la voz de «estudiantes» asomaban
Al ajimez angosto sarraceno,
Que rosas y albahaca perfumaban.

Pero dejemos ya las digresiones,
Que no tocan ni atañen á esta historia,
La más rara entre cuantas tradiciones
Guarda allí el campesino en la memoria.

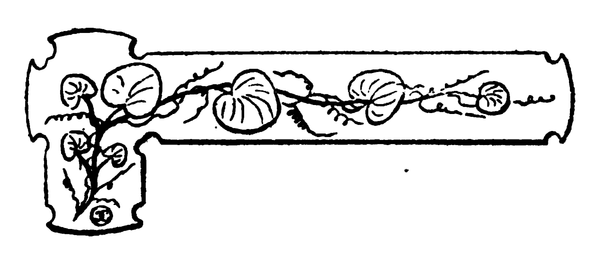
Una noche, sentado en la cocina,
Escuché, de la venta de Tablate,
Á una vieja la historia peregrina
Que narro, aunque parezca disparate.

Y bien recuerdo que añadió la anciana,
Al llegar á este punto de su cuento,
Que en una cueva del lugar cercana
Durmiendo Yahye, se curó al momento.

Dejémosle curarse descansando.
Yo entre tanto, lector, perdón te pido,
Y descanso también, sólo anhelando
Que te parezca el cuento divertido.

Y la primera parte aquí concluyo;
Y si no te disgusta, te prometo
Que, para gloria mía y gusto tuyo,
He de escribir el cuento por completo.





ELEGÍA

DE

ABUL-BEKA DE RONDA,

Á LA PÉRDIDA DE CÓRDOBA, SEVILLA Y VALENCIA.

CUANTO sube hasta la cima,
Desciende pronto abatido
Al profundo;
¡Ay de aquél que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo!
En todo terreno sér
Sólo permanece y dura
El mudar;
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.
Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
Al olvido;

Plazo breve á toda gloria
Tiene el tiempo presuroso
Concedido.
Hasta la fuerte coraza,
Que á los aceros se opone
Poderosa,
Al cabo se despedaza,
O con la herrumbre se pone
Ruginosa.
Con sus cortes tan lucidas,
Del Yemen los claros reyes,
¿Dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
Que dieron tan sabias leyes
Al Irán?
Los tesoros hacinados
Por Karún el orgulloso
¿Dónde han ido?
De Ad y Temud afamados,
El imperio poderoso,
¿Dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina
Ni ceja, cual polvo vano
Los barrió,
Y en espantosa ruina,
Al pueblo y al soberano
Sepultó.
Y los imperios pasaron,
Cual una imagen ligera
En el sueño;

De Cosróes se allanaron
Los alcázares, do era
De Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
Cayó el soberbio Darío
Muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?
Del tiempo el andar impío,
¿Qué no aterra?
De Salomón encumbrado
¿Al fin no acabó el poder
Estupendo?
Siempre del seno del hado
Bien y mal, pena y placer
Van naciendo.
Mucho infortunio y afán
Hay en que caben consuelo
Y esperanza;
Mas no el golpe que el Islam
Hoy recibe en este suelo
Los alcanza.
España tan conmovida
Al golpe rudo se siente
Y al fragor,
Que estremece su caída
Al Arabia y al Oriente
Con temblor.
El decoro y la grandeza
De mi patria, y su fe pura,
Se eclipsaron;

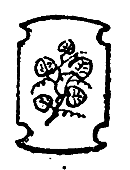
Sus verjeles son malezas,
Y su pompa y hermosura
Desnudaron.
Montes de escombro y desiertos,
No ciudades populosas,
Ya se ven;
¿Qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día,
Donde las ciencias hallaban
Noble asiento,
Do las artes á porfía
Por su gloria se afanaban
Y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
Que el Betis fecundo baña
Tan florida?
Cada ciudad de estas era
Columna en que estaba España
Sostenida.
Sus columnas por el suelo,
¿Cómo España podrá ahora
Firme estar?
Con amante desconsuelo
El Islam por ella llora
Sin cesar.
Y llora al ver sus verjeles
Y al ver sus vegas lozanas
Ya marchitas,

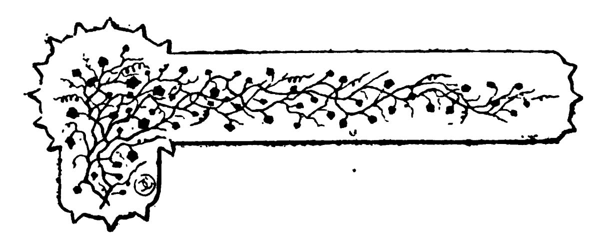
Y que afean los infieles
Con cruces y con campanas
Las mezquitas.
En los mismos almimbares
Suele del leño brotar
Tierno llanto.
Los domésticos altares
Suspiran para mostrar
Su quebranto.
Nadie viva con descuido,
Su infelicidad creyendo
Muy distante;
Pues mientras yace dormido,
Está el destino tremendo
Vigilante.
Es dulce patria querida
La región apellidar
Do nacemos;
Pero, Sevilla perdida,
¿Cuál es la patria, el hogar
Que tenemos?
Este infortunio á ser viene
Cifra de tanta aflicción
Y horror tanto;
Ni fin ni término tiene
El duelo del corazón,
El quebranto.
Y vosotros, caballeros,
Que en los bridones voláis
Tan valientes,

Y cual águilas ligeros,
Y entre las armas brilláis
Refulgentes;
Que ya lanza poderosa
Agitáis en vuestra mano,
Ya en la obscura
Densa nube polvorosa,
Cual rayo, el alfanje indiano
Que fulgura;
Vosotros que allende el mar
Vivís en dulce reposo,
Con riquezas
Que podéis disipar
Y señorío glorioso
Y grandezas;
Decidme: los males fieros
Que sobre España han caído,
¿No os conmueven?
¿Será que los mensajeros
La noticia á vuestro oído
Nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
Hartan con sangre su sed
Los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
Como hermanos!
El mismo Dios adoráis,
De la misma estirpe y planta
Procedéis;

¿Por qué, pues, no despertáis?
¿Por qué á vengar la ley santa
No os movéis?
Los que el imperio feliz
De España, con alta honra
Sustentaron,
Al fin la enhiesta cerviz,
Al peso de la deshonra,
Doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
Que de pompa se rodean,
Y son luego
Los que en bajo menester,
Viles esclavos, se emplean
Sin sosiego.
Llorado hubiérais, sin duda,
Al verlos entre gemidos
Arrastrar
La férrea cadena ruda,
Yendo, para ser vendidos,
Al bazar.
A la madre cariñosa
Allí del hijo apartaban
De su amor;
¡Separación horrorosa,
Con que el alma traspasaban
De dolor!
Allí doncellas gentiles,
Que al andar, perlas y flores
Esparcían,

Para faenas serviles
Los fieros conquistadores
Ofrecían.
Hoy en lejana región
Prueban ellos del esclavo
La amargura,
Que destroza el corazón,
Y hiere la mente al cabo
Con locura.
Tristes lágrimas ahora
Vierta todo fiel creyente
Del Islam,
¿Quién su infortunio no llora
Y roto el pecho no siente
Del afán?





SANTA.

EPISODIO DEL MAHABHARATA.

El rey de Anga, Lomapad glorioso,
Á un brahmán ofendió, no dando en pago
De un sacrificio lo que dar debiera:
Irritados entonces los brahmanes,
Salieron todos de su reino: el humo
Del holocausto al cielo no subía;
Indra negaba la fecunda lluvia,
Y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
El parecer de los varones doctos,
Y los llamó á consejo, y preguntóles
Qué medio hallaban de aplacar la ira
Del Dios que lanza el rayo y amontona
En el cielo del agua los raudales.

Mil sentencias se dieron; mas al cabo
El más prudente de los sabios dijo:
Escucha, ¡oh rey! mientras brahmán no haya

Que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed, abriendo
El líquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
Al sacrificio no se prestan. Oye
Para cumplir el venerando rito,
Cómo hallar sólo sacerdotes puedes.
En la fértil orilla del Kausiki,
En lo esquivo y recóndito del bosque,
Del trato humano lejos, su vivienda
Vifandak tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahmán austero y penitente. Vive
En el yermo con él, su único hijo,
El piadoso mancebo Risyaringa,
No vió á más hombres que á su padre nunca;
Sólo frutas silvestres, hierbas sólo
Y licor sólo que entre rocas mana,
Alimento le dieron y bebida.
Tan inocente y puro es el mancebo,
Que de lo qué es mujer no tiene idea;
Manda, pues, rey, que una doncella hermosa
Vaya al bosque, le hable, y con hechizos
De amor, cautivo á la ciudad le traiga.
No bien sus pies en tus sedientos campos,
La huella estampen, no lo dudes, Indra
Dará propicio el suspirado riego.

Así habló el sabio, y su atinado aviso
Agradó mucho al rey. Dinero y honras

Prometió Lomapad á la doncella
Que hábil trajese al candoroso joven;
Pero todas miraban con espanto
De Vifandak la maldición terrible,
Y exclamaban:—¡Oh, Príncipe! perdona,
No llega á tal extremo nuestra audacia.

En tanto, iban mostrándose tan fieras
La sequía y el hambre, que perdieron
Toda esperanza el rey y sus vasallos;
Cuando Santa, del rey única hija,
Virgen, por su beldad maravillosa,
Modestamente se acercó á su padre,
Y así le habló:—Si quieres, padre mío,
Yo he de intentar que venga á nuestra tierra
El joven que no vió seres humanos.

Con gran contento, el rey escuchó á Santa,
Y al instante dispuso que una nave
Se aprestara, de flores y verdura
Cubierta por do quier, como retiro
Feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,
Fué contra la corriente del Kausiki,
Hasta llegar al prado y á la selva
Mansión de Vifandak el solitario.
Con discretos consejos de su padre,
Para tan ardua empresa apercibida,
Santa desembarcó, y entró en la choza

Do el mancebo por dicha estaba solo.
¿Dime, *múni*, le dijo, si te place
La penitencia aquí? ¿Vives alegre
En esta soledad? ¿Tienes en ella
Abundancia de frutos y raíces?
—Tengo, contestó el joven; mas ¿quién eres
Que como llama refulgente luces?
Bebe del agua mía: te suplico
Que mis flores aceptes y mis frutos.
—Allá en mi soledad, replicó Santa,
Al otro lado de los altos montes,
Nacen flores más bellas y olorosas;
Son los frutos más dulces, y es más clara
Y más salubre el agua de las fuentes.
—¡Oh, huésped celestial! dijo el mancebo;
Algún sér superior eres sin duda:
Yo me postro á tus plantas y te adoro,
Como adorar debemos á los dioses.
—¡Ah, no! tú eres mejor, tú eres perfecto,
Y adorarme no debes: yo rechazo
La no fundada adoración; permite
Que te dé paz como se da en mi patria.

Cediendo en parte entonces al consejo
Discreto de su padre, y al impulso
Del corazón también, Santa la bella,
Al cuello del garzón echó los brazos,
Y le dió un beso, y llena de sonrojo
Huyó á la nave do su padre estaba.

Volvió del bosque Vifandak en esto,
Grave, terrible, penitente, todo
Desde los pies á la cabeza hirsuto.
—¡Hijo! exclamó, ¿por qué has holgado, hijo?
Ni partiste la leña, ni atizaste
El fuego, ni lavaste la vajilla,
Ni la vaca cuidaste, ni el becerro.
Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?
¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?
—Un peregrino, respondió el mancebo,
Estuvo por aquí, de negros ojos
Y sonrosada y blanca faz; en trenzas
Los cabellos caían por su espalda;
En sus labios brillaba la sonrisa;
Gentil, gracioso, esbelto era su talle,
Y en suave curva levantado el pecho;
Como canta el *kokila* en la alborada,
Así su voz sonaba en mis oídos,
Y á su andar un aroma yo sentía
Como el del aura en grata primavera.
No quiso de mis frutos, y no quiso
Agua tampoco de mis fuentes: frutos
Más sazonados me ofreció y bebida
De más rico sabor, cuya promesa
Bastó á embriagarme un tanto. Ciñó luego
Con sus brazos mi cuello el peregrino,
Inclinó hacia la suya mi cabeza,
Tocó en mi boca con su amable boca,
Hizo un susurro pequeñito y blando,

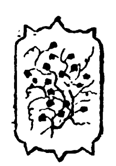
Y por todo mi sér discurrió al punto
Un estremecimiento delicioso.
Por este peregrino en vivas ansias
Me consumo; do vive vivir quiero;
De que se ha ido el corazón me duele,
Y á hacer la misma penitencia aspiro,
Que me enseñó, para endiosar el alma
Más eficaz ¡oh, padre! que las tuyas.
Vifandak contestó:—No te confíes,
Hijo, en belleza material; á veces
Van los gigantes por el bosque entrando
Y toman bellas formas, con intento
De seducir á los varones píos
Y perturbar su penitente vida.

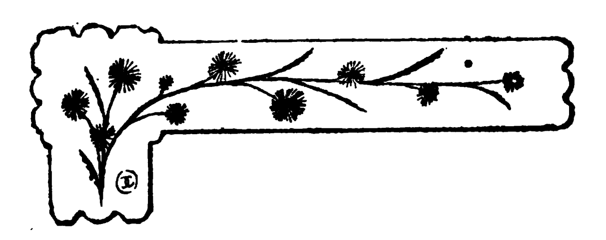
Para buscar á Santa salió entonces
Vifandak, ciego de furor, y apenas
Hubo salido, penetró de nuevo
La linda moza con furtivos pasos;
La vió el mancebo, trémulo de gozo,
Corrió á ella y le dijo:—No te pares;
Huyamos sin tardanza do tú vives,
No nos halle mi padre cuando vuelva.
Así Santa logró que Risyaringa
La siguiese á la nave. Dió á los vientos
La vela entonces Lomapad, y raudo
Bajó por la corriente del Kausiki.
No bien puso la planta el virtuoso
Mancebo en tierra, cuando abierto el cielo,

Vertió torrentes de fecunda lluvia.
El rey, viendo sus votos ya cumplidos,
Á Risyaringa desposó con Santa.

Volvió, entre tanto, Vifandak del bosque
Á la choza, y al hijo fugitivo
Buscó en balde do quier con saña osada;
De Anga á la capital marchó en seguida,
Para lanzar su maldición tremenda.
Con la fatiga á reposar paróse
En medio del camino, y miró en torno,
Y vió praderas de abundantes pastos
Y ovejas mil y lucios corderillos
Y pastores alegres.—¿Quién os hace
Tan dichosos? les dijo; y respondieron:
—El piadoso mancebo Risyaringa.
Siguió su marcha Vifandak, y hallaba
Paz, opulencia, dicha en todas partes;
Y cada vez que de alguien inquiría
De tanto bien la causa, mil encomios
Escuchaba de nuevo de su hijo.
Aduló con son grato las orejas
Del austero varón tanta alabanza,
Y se entibió su cólera fogosa.
Llegó por fin á la ciudad, en donde
Le colmó el rey de honores y mercedes.
Vió feliz como un dios al hijo amado,
Vió tan gozosa á la gallarda nuera,
Que como luz de amor resplandecía;

Y en torno vió rebaños florecientes
Y amenos, verdes sotos, y el hartura,
Y el deleite por huertos y jardines.
No pudo entonces maldecir: las manos
Elevó hacia los cielos, y bendijo.





CONFITEOR DEO [1].

I.

Del año mil cuatrocientos,
En la verde primavera,
Á su castillo de Ruhn,
Sobre la margen del Elba,
El margrave de Gomer,
Dueño de vidas y haciendas,
Y señor de horca y cuchillo,
De pendón y de caldera,
De cazar vuelve una noche;
Ve ahorcar á tres; luego cena,
Y muere de muerte súbita,
Sin agonía violenta.
Del homenaje en la torre
Se iza enlutada bandera;
Mas villanos y burgueses,

(1) Tomado en compendio de un poema de Francisco Coppée.

En vez de duelo, arman fiesta.
Había el margrave sido
Azote de aquella tierra,
Por su insaciable codicia,
Por su iracunda soberbia.
Agobiando á sus vasallos
Con mil pechos y gabelas,
En atroz lagar de sangre
Estrujaba la miseria.
Todo vestido de hierro,
Iba con una caterva
De sayones y de esbirros,
Por el palo y por la cuerda,
Para escarmiento de díscolos,
Dando razon de quién era.
Emigraban los mancebos
Ó gemían en cadenas,
Y los viejos mendigaban,
Llenos de harapos y lepra,
Un mendrugo de pan bazo
Del monasterio á la puerta.
Si con industria y ahorro
Alguien juntaba moneda,
La sepultaba medroso,
Sin lucrar ni gozar de ella.
Así el malestar crecía,
Y cundía la pobreza,
Y los años del margrave
Frisaban en los ochenta,

Conservándole el demonio
En su cabal entereza,
Para llenar el infierno
Con gentes que desesperan.
Cuando corrió de su muerte
La consoladora nueva,
Y el irreverente vulgo
Dió de su júbilo muestras,
Cual bandada de palomas,
Si el halcón que las aterra
Sucumbe de pronto, herido
Por inesperada flecha,
Los villanos en el campo
Al regocijo se entregan:
De las horcas y picotas
Atrevidos hacen leña,
Y fuego encienden, y bailan
Alrededor de la hoguera.
Los guerreros del castillo
Algún insulto recelan,
Y atentamente vigilan
En saetías y entre almenas.
Hay sólo cabe el difunto,
Un pobre fraile que reza.
Sentado está el pobre fraile
En un sillón de vaqueta,
Y la rigidez inmóvil
Del cuerpo muerto contempla,
Que ya la estatua yacente

Que han de erigirle remeda.
Le iluminan con luz roja
Cuatro blandones de cera,
Cuya llama oscila acaso
Ó aviva un aura más fresca,
Que, esfumando los contornos
Del cadáver, en las negras
Colgaduras monstruos finge
Y extrañas sombras proyecta.
Bien calada la capucha,
Que el rostro pálido cela,
Murmura el fraile responsos
Con voz monótona y lenta;
Mas á deshora se calla;
Sus dedos se crispan; tiembla,
Y con espanto imagina
Que un gran prodigio presencia.
Incorporado el margrave,
Sobre el féretro se sienta;
Abiertos tiene los ojos,
Y sin miedo ni sorpresa
Mira el fúnebre aparato,
Y dice con voz entera:
«¿Qué pasa? ¿Estoy muerto ó vivo?
Vivo estoy. Chasco se lleva
Mi sobrino, si es que viene
Para recoger la herencia.
Hola, fraile; tráeme vino,
Que tengo la boca seca.»

Se persigna y se santigua
El fraile; su asiento deja;
Con paso firme y seguro
Al feroz viejo se acerca,
Y de esta suerte desata
Cristianamente la lengua.

II.

«Como ejemplo singular
De soberana clemencia,
Dios para la penitencia
Te quiso resucitar.
Procura, pues, alcanzar,
Con humilde confesión,
De tus culpas el perdón.
No desoigas mis palabras;
Margrave, mira que labras
Tu eterna condenación.
Y no basta que declares
Y lamentes tu delito;
Menester es que, contrito,
El mal que hiciste repares.
Por tí corre el llanto á mares:
Enjúgale con tu mano;
En caridad de cristiano
Trueca tu soberbia ruda,
Y sostén á la viuda,
Al huérfano y al anciano.

Ya que Dios el beneficio
Te otorga de nueva vida,
No á deleites te convida,
Sino á ceñirte el cilicio.
Desecha regalo y vicio,
Reviste burdo sayal,
Azota el cuerpo mortal
Y hazle de tu alma esclavo,
Á fin de que Dios al cabo
Te libre de todo mal.»

«Frailecillo impertinente,
El margrave le contesta,
Tu predicación molesta
Me prueba que estás demente.
Si en su gloria no consiente
Dios á un noble caballero,
Sin que se humille primero
Con extravagancias mil,
Disciplina y llanto vil,
Ir al infierno prefiero.»

«No blasfemes, desdichado,
Replica el fraile con calma;
Dios, para salvar tu alma,
Breve plazo te ha otorgado.
Si á desertar tu pecado
Mi voz no llega á moverte,
De tus súbditos advierte
La acusadora alegría
Con que todos á porfía

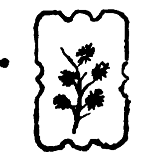
Celebran ora tu muerte.»
  Calla el fraile y oye el viejo,
En el féretro sentado,
El rumor inusitado
Del universal festejo;
Ve en la pared el reflejo
De grande hoguera cercana,
Y mira por la ventana
Cuanto en su muerte se goza,
Y cómo trisca y retoza
La muchedumbre villana.
  Amenazante el furor
Del viejo, entonces estalla,
Diciendo: «¡Oh, torpe canalla,
Te he de pagar tanto amor!
Y á tí, fraile, tu fervor
Premiaré, y plática amena,
Colgándote de una almena
Al punto, para que des
Bendiciones con los pies
Al viento, á los grajos cena.»

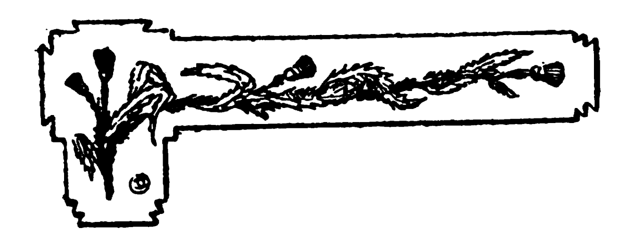
III.

  Esto dice, y sin cesar
Sus amenazas y fieros,
De un brinco intenta el margrave
Bajar del túmulo al suelo.
La espada lleva en el cinto,

La cota cubre su pecho,
Y espera cruda venganza
Del frailecillo y del pueblo.
Ya tiene las piernas fuera,
Y aún exclama con afecto
Piadoso el fraile: «¡Perdón
Pide á Dios! ¡te queda tiempo!»
Pero el margrave no escucha,
Y á saltar va, cuando presto,
La capucha derribada,
Mostrando su rostro enérgico,
Su nariz que hincha la cólera,
Su mirar que arroja fuego,
El fraile se le abalanza,
Manos echándole al cuello.
Entre la gola y la carne
Logra meterle los dedos,
Que eran nudosos y enjutos,
Pero más fuertes que hierro.
Con aquel dogal no puede
Llamar á su gente el viejo,
Y lucha sin esperanza
En horroroso silencio.
Cárdeno el rostro, la boca
Y los ojos muy abiertos,
Enseñando la blasfema
Lengua, y erizado el pelo,
Al fin sin bullir reposa,
Y ya para siempre muerto.

El fraile entonces le alisa
Las canas; le empuja dentro
La lengua y cierra la boca;
Le extiende bien sobre el féretro;
Sus ojos cierra asimismo;
Endereza un candelero
Que derribó con la brega;
Recata el rostro de nuevo,
Calándose la capucha;
De hinojos se postra luego;
Abre los brazos en cruz,
Y reza: *Confiteor Deo*.





RECO.

MANDA el cielo á las gentes enseñanza
En toda edad y clima, y la acomoda
Al ingenio, al sentir y á la cultura
De cada lengua y tribu. De esta suerte
De la verdad en el glorioso reino
Nunca impera egoista un pueblo solo.
Así toda creencia, que á los hombres
Muestra el recto camino de la vida,
Y que en la fe les da llave y conjuro
Con que las puertas del saber se abren,
Fecundo germen de bondad contiene.
La mente humana, con certero instinto,
De las divinas fábulas que forja,
Su fe legitimando en la hermosura,
Místico don en las entrañas cela.
Y este místico don hace patentes,
Cual vara de virtud en diestra mano,

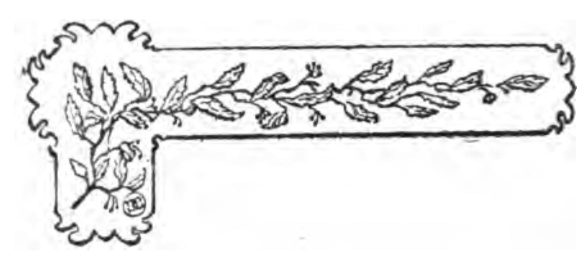
De la verdad oculta los veneros.
Nada creó naturaleza en balde.
Bajo el uso vulgar de cada cosa
Recóndito saber habla y descubre
Misterios del espíritu al oído.
Los sueños que tejió la fantasía
Así también si el ánimo deleitan,
De natura las obras emulando,
Hondo sentido á la razón ofrecen.
Oidme leyenda, pues, del pueblo heleno.
Lozana y fresca aún, con la perenne
Juventud de las gracias, como friso,
Que en pario mármol esculpió el artista
Por virtud de los siglos vencedora.
Reco, gallardo mozo, por el bosque
Vagaba, y vió una encina, cuyo tronco,
Del rayo herido, iba á doblarse: entonces
Tuvo piedad de tan hermoso árbol
Y le dió firme apoyo con esmero.
Sin más pensar y con incierta planta
Ya se alejaba, cuando oyó, cual suelen
Las hojas susurrar que el viento agita,
Blanda voz que le nombra. Se detuvo
Y atónito escuchó que nuevamente
¡Reco! la voz suavísima decía.
Volvió la cara y contempló con pasmo,
Imagen tenue de dichoso sueño,
Bañando en grato resplandor la sombra
Que formaba la encina, la figura

De una mujer, pero de tal belleza
Que lo humano excedía; con tan dulces
Ojos que sér divino revelaban;
Y en limpia desnudez, sin la vergüenza
Que del pecado y la malicia nace.
Con palabras tan leves y tan claras
Como el aljófar que la aurora vierte,
«Soy la driada de este árbol,—dijo,—
Y á su vida ligada está mi vida,
Cuya sencilla beatitud sustentan
Rayos de sol y gotas de rocío.
Pídeme un don y le tendrás, si puedo,
Pues gusto de mostrarme agradecida.»
«Mi corazón vacila temeroso,
Pero me anima la gentil oferta,
—Reco le respondió:—tan sólo logra
Amor satisfacer la ansia infinita
Del alma: dame amor ó la esperanza
De tu amor que ha de ser mi afán eterno.»
Ella replica tras de pausa breve
Y triste dejo en sus palabras pone:
«Te concedo mi amor; pero conozco
Los peligros del don: un hora antes
Vuelve en mi busca de que el sol se oculte.»
Y Reco no vió más sino la verde
Obscura pompa de la hojosa encina,
Y sólo pudo percibir su anhelo
El murmullo del aura en la enramada,
Y allá á lo lejos, en alcor florido,

El rústico sonar que del albogue
Arranca un zagalillo que reposa.
Cándida luz la fe daba á los hombres
De aquella edad; y el éxito espantable
Y el prodigio feliz nunca bastaban
Las lindes á salvar que á lo posible
Imperfecto saber más tarde puso.
Nada por bello y noble parecía
Al corazón audaz premio sobrado.
Reco no dudó, pues, de su ventura.
Bajo sus pies, á la ciudad volviendo,
Pensó que ufano el suelo florecía,
Que era más clara la amplitud del éter,
Que alas para cruzarla le brotaban,
Y que del sol los rayos, en sus venas
Infundidos, prestaban á la sangre
Calor salubre y levedad celeste.
Aunque tierno y leal, los verdes años
Hacían voluble el ánimo de Reco,
Y cuanto al paso le brindaba goces
Cautivo le tenía, trascordando
Por placer corto egregias esperanzas.
Encontró, pues, de amigos una turba,
Que jugaba á los dados, y en el juego
Un instante su dicha dió al olvido.
Contraria, al empezar, le fué la suerte;
Mas ya Reco triunfante se engreía,
Cuando en la estancia penetró una abeja
Y llegó susurrando hasta su oído.

Él la ahuyentó con impaciente mano.
La abeja pertinaz tornó tres veces:
Y él con enojo y descompuesta furia
La rechazó cruel; y herida ella
Huyó por la ventana al libre viento.
Reco con mirar torvo la seguía,
Cuando notó que el luminoso disco
Iba á esconder el sol tras de la cumbre
De los más altos montes de Tesalia.
El corazón entonces le dió un vuelco,
Y sin decir palabra, como loco,
Recorrió la ciudad, salvó las puertas,
La llanura cruzó y entró en el bosque,
Do la tarde sus sombras ya tendía.
Cansado y sin aliento llegó al árbol,
Y escuchó con temor y oyó de nuevo
La voz delgada que en sumiso tono
¡Reco! cerca decía: pero inútil
Mirar do quier: ni luz, ni bella forma:
Sólo vió obscuridad bajo la encina.
Y prosiguió la voz: «¡Ay! Nunca, nunca
Me volverás á ver; á mí que quise
Con puro amor glorificar tu vida
Y en tu boca mortal verter el néctar.
Pero volvió con alas quebrantadas
Mi desdeñada mensajera humilde,
Y espíritus cual yo sólo se muestran
De seres compasivos á los ojos.
Exclusiva terneza no pedimos,

Antes al que desprecia de natura
La obra más baja rechazar debemos,
Despareciendo de su torpe vista.
Adiós, adiós; ya nunca podrás verme.»
Con palpitante corazón al punto
Reco exclamó: «¡Piedad, perdón te pido!
No reincidir te juro en tanta culpa.»
«¡Ay!—la voz replicó.—Yo soy piadosa.
Ciego estás tú. Yo, Reco, te perdono:
Pero carezco de virtud que alcance
Á sanar de tu espíritu los ojos.
El alma misma sana sólo al alma.»
Y Reco no oyó más sino el susurro
Del aura en el follaje, parecido
Al resonar remoto de las olas,
Que mueven piedrezuelas en la playa.
La noche, en tanto, la envolvió en su velo;
Y en el llano, á lo lejos, relucía
La ciudad con mil luces; y el ruído
De músicas y fiestas hasta Reco
Cual maldición fatídica llegaba.
El cielo desplegó sobre su frente
La brillantez sublime de los astros;
Acarició la brisa sus mejillas,
Y vió en torno placer y vió deleite,
Y soledad sin fin sintió en el alma.



LAS HOJAS QUE CANTAN.

I.

Á LAS tres Infantas,
Cuando fué á la feria,
Preguntaba el Rey:
«¿Qué os traigo á la vuelta?»
Gentil la mayor,
Aunque harto soberbia,
Respondió: «Yo quiero
Diamantes y perlas.»
Rubia como el trigo
La segunda era;
Sus mejillas, rosas;
Su frente, azucenas.
Y dijo: «Yo gusto
De rica diadema,
De anillos de oro
Y trajes de seda.»

Así su deseo
Mostró la tercera,
En quien competían
Talento y belleza:
«Con el alba siempre,
En la madreselva
Que de mi ventana
Tapiza la reja,
No sé si dormida,
No sé si despierta,
Oigo á un pajarillo,
Cuya cantinela
Á pedir las hojas
Que cantan me enseña.»
Por desdén y enojo,
Frunciendo las cejas,
El Rey replicaba:
«Su clara nobleza
Al pedirme joyas
Tus hermanas prueban:
Mas yo juzgaría
Lo que tú deseas
Humilde y villano,
Si absurdo no fuera.»
Luego de hito en hito
Miró á la Princesa:
En su hermosa cara
Recordó á la Reina,
Y exclamó, trocando

Su enojo en terneza:
«Si hay hojas que cantan,
Yo juro traerlas.»

II.

Cabalgando el Rey
Durante tres días,
La feria ver pudo
De todo provista.
Las joyas y sedas
Mercó sin fatiga,
Mas nadie las hojas
Que cantan vendía.
De nuevo á caballo,
Por la senda esquiva
El Rey se internaba
Y en balde decía:
«Pomposa arboleda
Que mil hojas crías,
Las hojas que cantan
Concede á mi niña.»
Como mar remoto
El viento gemía
En las altas copas
De verdes encinas.
Mas en todo el bosque
Ni un árbol había
Que de hojas que cantan

Tuviese noticia.
El Rey dijo entonces:
«Si no son por dicha
Las hojas que cantan
Ensueño y mentira,
Á quien lo demuestre
Daréle en albricias
Mis regios favores
Por toda la vida.»
El doncel del Rey,
Que á su lado iba,
Oyó la promesa
Y dijo en seguida:
«Empeña tu regia
Palabra, y afirma
Darme lo primero
Que al llegar percibas
Hoy de tu palacio
En la puerta misma,
Y que tu verdugo
Mi cuello divida
Si de hojas que cantan
No goza tu hija.»
El Rey largo tiempo,
Callado, medita:
Al cabo, resuelto,
Al doncel replica:
«Mi palabra empeño.
En ella confía.»

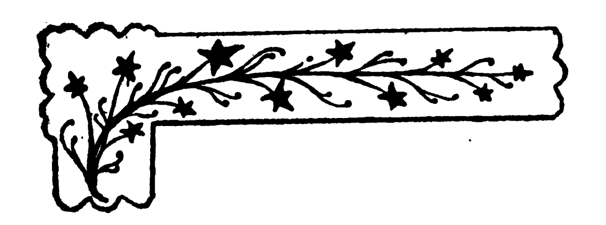
El doncel al punto,
Con mano atrevida,
Puso en las del Rey
Algo que escondía
Sobre el corazón
Cual santa reliquia;
Y añadió: «Te entrego
Las hojas que ansías.»

III.

El Rey á las puertas
Llegó del Alcázar,
Y salió á su encuentro
La señora Infanta;
Y alegró su vista
Con sonrisa blanda,
Y aduló su oído
Con dulces palabras.
Dijo el Rey: «Te traigo
Las hojas que cantan;
Mas harto recelo
Que cuesten muy caras.»
Puso un paquetillo
En su mano blanca,
Y le tomó ella,
Llorosa y turbada:
Mas en aquel lloro
Su gozo brillaba,

Cual sol en el leve
Rocío del alba.
Bajo sello había
Tres hojas guardadas.
La primera hoja
Se vió que cantaba:
«El doncel yo soy,
Que tierno te ama
Y en la piedad tuya
Cifra su esperanza.
Son mi única hacienda
Las enamoradas
Canciones que escuchas
Desde tu ventana.»
La segunda hoja
Así se expresaba:
«Pero de los genios
En región arcana,
Imperio glorioso
Mi voz avasalla,
Do el laúd es cetro
Y el vate monarca.»
La tercera hoja
Cantó con audacia
Amante: «Sé mía,
Que es tuya mi alma.»
Al leer la primera,
La niña temblaba;
Al leer la segunda,

Se puso algo pálida:
Mas su corazón,
Con ondas de grana,
Al leer la tercera,
Le bañó la cara.
«¡Cuán sabio consejo,
Exclamó la dama,
Me dió el pajarillo,
Allá en la enramada:
Pues truecan las hojas
En placer mis ansias,
Y en dicha perpetua
Inundan mi alma!»
Para más regalo
Y más bienandanza,
Si ella trajo en dote
Su amor y sus gracias,
Y todos los juros,
Rentas y adehalas,
De diez Baronías
Y de cuatro Marcas,
Él, más generoso,
Le dió, como en arras,
La inmortal corona
Del Reino que abarca,
Cuanto el genio crea
Y el arte abrillanta.



EL DESTRUCTOR DE LOS ÍDOLOS.

En nombre del Dios único
Los ídolos rompía,
Y el Islam difundía
El severo Mahamud.
Flaqueza momentánea
Tuvo en antiguo templo;
Mas la venció, y dió ejemplo
De entereza y virtud.

En el santuario obscuro
Erguíase un coloso,
Simbólico, espantoso,
Sobre marmóreo altar.
Pavor daban su duro
Rostro y mirada yerta,
A la luz vaga, incierta,
Del sagrado lugar.

Vacilando se para
Mahamud por un momento:
Cobran atrevimiento
Su turbación al ver
Los bramines, y espléndido,
Magnífico rescate,
Si el ídolo no abate,
Le llegan á ofrecer.

Mahamud desprecia el oro,
Cual barro vil le mira,
Y aunque tal vez aspira
Con todo el que darán
Á dilatar su imperio,
Á sostener la guerra
Y á extender por la tierra
La gloria del Islam;

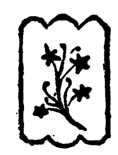
Al fin resuelto exclama:
«Ceder á vuestro ruego
Quisiera, pues no niego
De la oferta el valor:
Para salvar el ídolo
Dais más de lo que importa:
Mas es la suma corta
Para comprar mi honor.

»Ata el poder Fortuna
Á su voluble rueda,
Y sólo firme queda

La no violada fe:
Podré ganar de nuevo
La riqueza perdida;
Pero de vil caída
Alzarme no podré.»

La férrea clava entonces
Blandió Mahamud con brío,
Al simulacro impío
Terrible golpe dió;
Y, con estruendo, al ímpetu
De sus robustos brazos,
Deshecho en mil pedazos
El ídolo cayó.

Premiada fué la hazaña:
Del Dios la rota entraña,
Cual diluvio, en el suelo
Derramó veces cien
Más perlas y más oro
Que el inmenso tesoro,
Que de Mahamud el celo
Rechazó con desdén.





EL MAYORAL DEL REY ADMETO.

Hace siglos que á la tierra
Vino un mancebo lozano,
Cuya delicada mano
No empuñaba el azadón:
Pero, tocando unas cuerdas
Y entonando unos cantares,
Disipaba los pesares
Y ensanchaba el corazón.

Era Admeto del buen gusto
Rey por derecho divino,
Y al ver que daban al vino,
En el banquete real,
Grato sabor los cantares,
Se aficionó al arte extraño,
Y de todo su rebaño
Nombró al mozo mayoral.

La palabra de aquel mozo
Vulgar y sencilla era,
Mas por tan linda manera
Él la solía decir,
Que su musical hechizo
Causaba pura alegría
Y á los párpados hacía
Las lágrimas acudir.

Todos hallaban inútil,
Holgazán y distraído,
Del soberano al valido
Y mayoral de la grey;
Mas de su boca ponían,
Con plácido acatamiento,
Un mandato en cada acento
Y en cada frase una ley.

Nadie explicaba el origen
Del saber de que era dueño,
Porque ocioso y como en sueño
Perdía el tiempo el cantor,
Ya de las hojas caídas
Mirando el giro suave,
Ya el manso volar de un ave
Y ya el cáliz de una flor.

Tal vez, con bondad ingénita,
Cada sér, cada criatura,

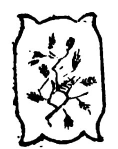
Mostrándole su hermosura,
Le infundía la virtud,
Que, oculta en plantas y rocas,
Fuentes y hierbas, existe,
Para dar consuelo al triste
Y á los enfermos salud.

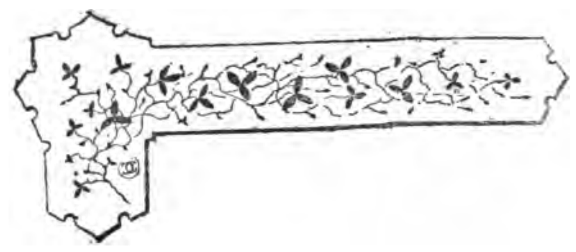
Aunque de su hablar discreto
Todos prendados quedaban,
En harto poco estimaban
Sus obras y su valer,
En aquella edad tan ruda,
Al verle barbilampiño,
Con candideces de niño
Y ternuras de mujer.

Mas no bien huyó del mundo,
Anublándose su historia,
Doró el hombre su memoria
Con refulgente arrebol;
Y, como su vida hizo
Más llena de amor la vida
Y la tierra más florida,
Imaginó que era el sol.

Santos fueron los lugares
Donde él estampó su huella,
Y fué la región más bella
Do él vertió su claridad;

Y todo cantor y vate,
Sintiendo en el alma luego
De su inspiración el fuego,
Le adoró como deidad.





PRAXÍTELES Y FRYNE.

Con leve, obscuro velo,
La tarde, há dos mil años, encubría
La púrpura y el oro que en el cielo
El sol difunde al espirar el día.

Su obra terminaba
El artista, y, dejando su cincel,
Con un suspiro á la mujer hablaba
Que estaba en la penumbra junto á él.

«Vencedor del destino,
Salvé de alteración algo de tí,
Porque fiel de tu rostro peregrino
Los rasgos en el mármol esculpí.

Fryne, tus labios rojos
Su aroma perderán y su frescura;
Se apagará la llama de tus ojos;
Amor no sostendrá tanta hermosura.

Mas, aunque Amor no pueda,
Puede el arte fijar lo fugitivo:
Por él en mármol, para siglos, queda
De tu sonrisa el resplandor cautivo.

Mi cerebro y mi mano
Cenizas ya serán y polvo inerte,
Y tu beldad, por arte soberano,
Brillará vencedora de la muerte.

Esperanzas, temores,
En nuestros pechos no tendrán cabida:
Huirán cual vago son nuestros amores;
Será olvidado cuento nuestra vida.

Pero, en la piedra helada,
Que Amor no anima con su dulce fuego,
Persistirán tu forma y tu mirada
Con raro hechizo, en plácido sosiego.

Ni veladora pena,
Ni atroz cuidado que la paz nos quita,
Perturbarán la majestad serena
Con que esta imagen tu beldad imita.

Y todo el que la vea,
Al ver del arte el inmortal destello,
Su inmarcesible flor, su limpia idea
Y de las gracias el perenne sello,

Tal vez triste se incline
Á suspirar; tal vez diga extasiado:
Así sonríe encantadora Fryne
Á Praxíteles de ella enamorado.»





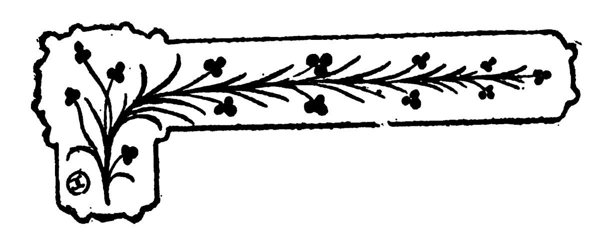
LUZ Y TINIEBLAS.

Los siglos pasan sin que nadie pueda
El misterio entender:
Hoy la pregunta sin respuesta queda,
Y hoy urge más que ayer.
Ningún signo exterior nos da consuelo:
Mientras la fe batalla,
Sin esperar, contra la duda, el cielo
Indiferente calla.
Para siempre del mal sigue escondida
La razón á los sabios:
La esfinge está en la puerta de la vida,
Y el enigma en sus labios.
Delito y miedo invaden el camino:
Halaga la hermosura
De los frutos, y prueba el peregrino
Cenizas y amargura.
Aunque sin claridad, odia la mente
Lo que el sentido ama:

Á través de la urdimbre reluciente
Se ve la negra trama.
¿Y por qué dolor tanto? Dios lo sabe.
Yo sólo sé que es bueno,
Y que trueca lo áspero en suave
Y en bálsamo el veneno.
Si con terrible majestad fulgura,
Ante su altar me postro,
Y, cual Moisés, la paternal dulzura
Contemplo de su rostro.
Lo que se oculta al pensamiento impío
Con viva fe discierno,
Y en la misericordia me confío
Y bondad del Eterno.
Que la salud en la dolencia acuda
De Él espera mi alma;
En los combates paz, luz en la duda,
Y en las tormentas calma.
No nace el padecer de que se ofenda
Dios contra el débil sér,
Cuando vacila en la escabrosa senda
Ó la llega á perder.
Porque siempre entre zarzas y entre abrojos,
Al que errado camina,
Perdón promete con piadosos ojos
La caridad divina.
Ella transforma la cadena en flores,
Y rasga el denso velo
Del error y el pecado, y los fulgores

Nos deja ver del cielo.
Quien infringe las leyes de la vida,
No ha de extrañar la pena
Á que en su rebelión y en su caída
El mismo se condena.
Cuando vuelve la espalda á la hermosura
Del claro sol divino,
Del propio cuerpo con la sombra obscura
Tropieza en el camino.
Y ya carece del vigor que eleva
Hacia la luz la cara,
Si la gracia de Dios no le renueva
Y su amor no le ampara.
La fuerza del pecado nos desvía
De Dios; pero más fuerte
Amor, que el astro errante hacia el sol guía,
Hacia Dios nos convierte.
¡Oh, Amor divino! De tu puro rayo
Nos enardece el fuego,
Reanima nuestra mente en su desmayo
Y da la vista al ciego.
Tu voz, potente como nunca hoy,
Á esperar nos convida:
En los sepulcros suena y dice: «Soy
Resurrección y vida.»
Tú das brío al que aspira, ama y trabaja,
Y, como lengua ardiente,
Tu espíritu creador del cielo baja
Y se posa en su frente.

Por cuantos son los climas y regiones
Tu resplandor asoma:
Tú extiendes sobre todas las naciones
Tus alas de paloma.
Tú eres fuente inexhausta de poesía
Do la sed apagamos,
De las raudas esferas la armonía
Que oyó el sabio de Samos.
La verdad eres con afán buscada
En balde por el mundo,
Porque tienes tu asiento y tu morada
Del alma en lo profundo.
Allí logran los buenos conocerte
¡Oh excelsa ley de amor!
¡Oh torrente de vida en que la muerte
Se anega y el dolor!
Tú eres beldad antigua, siempre nueva;
Voz interna que clama;
Y verbo de Platón, y aura que lleva
De caridad la llama.
Aclara y rompe el tenebroso arcano;
Danos tu luz por guía:
Vierte en la noche el fúlgido Oceano
De tu perpetuo día.
Penetra el corazón del que te niega;
Socorre al que te implora,
Y más allá de la esperanza llega
Del justo que te adora.



CONSUELO EN LA POESÍA.

VANAMENTE ¡oh vejez! con peso grave
Mis espaldas inclinas:
Como en lecho de amor, grato y suave,
Reposo en el de espinas.

No en esta soledad pierdas el brío,
Ni al dolor te doblegues:
Brilla sereno, entendimiento mío,
Y todo bien no niegues.

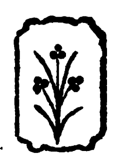
Mi invencible bondad, mi honda ternura,
Que fué tan mal pagada,
Prueban la elevación y la hermosura
Del alma enamorada.

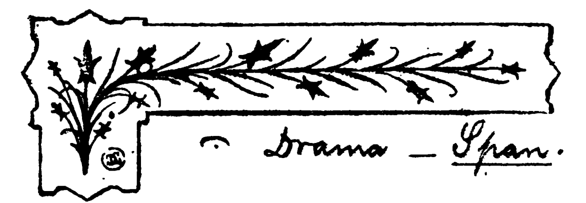
Aunque la adusta edad sólo te deja
Dolencias y fatigas,
Alma, desecha la cobarde queja;
No del vivir maldigas.

Si todo sér amado te desdeña
Ó te aborrece ahora,
Con las creaciones inmortales sueña
Que tu centro atesora.

¡Cuán fecundo venero todavía!
Basten á tu contento
Los hijos que en tu fértil poesía
Nazcan del pensamiento.

Vístelos en el seno de tu idea
De la forma que anhelen;
Y, cuando su beldad el mundo vea,
Con gloria te consuelen.





LO MEJOR DEL TESORO,

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ACTO PRIMERO.

Magnífico salón del palacio de Zeyn, en la gran ciudad de Bactra.

El *Príncipe*, rodeado de jóvenes y alegres cortesanos y de hermosas damas, aparece presidiendo una espléndida cena. A su lado se sienta en la mesa la *Reina Mantara*, cuya actitud y ademanes han de manifestar desde luego su pasión por *Zeyn*, el cual se muestra frío con ella á pesar de sus coqueterías.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, MANTARA, MOBAREC, cortesanos, comparsas de cortesanos, damas, esclavos que sirven á la mesa, músicos y bailarinas.

MÚSICA.

CORO.

PRODIGA su tesoro,
Como los rayos de oro
El sol desde el Oriente,
Espléndido Zeyn.

Su trono refulgente
Brilla con ricas galas;
Los genios con sus alas
Le forman baldaquín.
Al enemigo espanta;
Le vence en guerra santa,
Y cautiva y aterra
A la caterva infiel;
A par que en dulce guerra
Inunda su hermosura
De plácida ternura
El pecho más cruel.

UNOS.

¡Atención!

OTROS.

¡Escuchad!

TODOS.

La reina Mantara
Prepárase á brindar.

UNOS.

¡Atención!... ¡Atención!

OTROS.

¡Escuchad!... ¡Escuchad!

BRINDIS.

MANTARA.

Yo brindo á que sea
Fecunda tu gloria.
Mi alma desea
Tu triunfo mayor.
Tan sólo el vencido
Completa victoria
Lograr ha podido
En lides de amor.

CORO.

Dichoso el vencido
Que triunfa en amor.

ZEYN.

Permitan los cielos
¡Oh, linda viuda!
Que alivie tus duelos
Gallardo doncel;
Abeja industriosa
Al cáliz acuda
Y libe la rosa
Sacando la miel.

CORO.

Abeja industriosa, etc.

MANTARA.

¡Á brindar por Zeyn!

ZEYN.

¡Por Mantara á brindar!

CORO.

Porque dichas sin fin
Ella logre alcanzar.

Con loca alegría
Prosiga el festín.

BAILE.

CORO.

Prodiga su tesoro,
Como los rayos de oro, etc.

HABLADO.

ZEYN.

Cesad ya: que me molesta
Oir mi propia alabanza.
¿Quién de esa letra, decidme,
Fué inventor? ¿Quién la acompaña
Con tan dulce melodía
Y tan docta consonancia?

MANTARA.

Yo, señor.

ZEYN.

¿Tú? No sabía
Que una habilidad tan rara
Poseyeses.

MANTARA.

Más que el arte
El entusiasmo en mi alma
De música y poesía
Hizo que el raudal brotara.

ZEYN.

Por poderoso que sea
El entusiasmo no basta:
¿Dónde el arte has aprendido
Que crea belleza tanta?

MANTARA.

Mi origen, señor, no ignoras
Ni el lustre de mi prosapia:
Con el rey de Cachemira
Me casé en edad temprana;
Muerto el rey heredé el trono,
Y mi soberbia las armas
Me hizo tomar contra tí,
Hasta que en rudas batallas

Yugo á mi cuello pusiste
Con el rigor de la espada;
Mas tu noble proceder
Cautivó luego mi alma.
La gratitud y el afecto,
Como ya te he dicho, bastan
Á explicar de esos cantares
Que celebraste la causa.

MOBAREC.

Señor, aunque yo no soy
Como la hermosa Mantara,
Ni viudo, ni rey, ni tuve
Jamás la fiera arrogancia
De declararte la guerra,
Ni me vencieron tus armas,
Te debo muchos favores
Y siento hervir en el alma
Gratitud é inspiración.
Deja que ensalce tu fama
Á mi vez en unos versos,
Y que en tu prenda más alta
Celebre y dé testimonio
De tu riqueza extremada.

MANTARA.

Este bufón va á decir
Alguna botaratada.

ZEYN.

(A Mobarec, que está temeroso aún y sin acabar de hablar, aunque ha tomado un vaso en la mano.)

¿Qué es eso? ¿Qué te detiene?
¡Dí lo que quieras: despacha!

MOBAREC.

De Zeyn la virtud soberana
Que es la heróica paciencia, yo pienso,
Con que aguanta el pestífero incienso
De la vana lisonja falaz;
Y en sus ricos tesoros, sin duda,
Quedará tanta perla y moneda
Como vino veréis ahora queda
De mi vaso en el fondo capaz.

(Mobarec apura una gran copa hasta el fondo y suelta una carcajada.)

MÚSICA.

UNOS.

¿Qué dice el mentecato?

OTROS.

Dislates suyos son.

UNOS.

Se burla sin recato.

TODOS.

Repórtese el bufón.

MOBAREC.

Palabras verdaderas
Salieron de mi boca,
Y vuestra saña loca
Desprecia mi razón.

CORO.

Del príncipe y de todos
Se burla sin recato.
¡Silencio el mentecato!
¡Repórtese el bufón!

(Durante el alboroto desaparecen las mujeres.)

HABLADO.

ZEYN.

Basta ya de esa disputa:
Ya basta, que estoy cansado.
Idos y dejadme en paz.
(Á Mobarec y á los cortesanos 1.° y 2.°)
Vosotros sólo quedaos.

(Vanse todos menos Mobarec, Zeyn y los cortesanos 1.° y 2.°)

ESCENA II.

ZEYN, MOBAREC, y cortesanos 1.° y 2.°

ZEYN.

Nadie ignora que mi padre
Era un portentoso sabio,

Que llegó á tener influjo,
Familiaridad y trato,
Con los ocultos poderes
Que bajo el velo diáfano
Viven del mar proceloso;
Con los espíritus vagos,
Sutiles é imperceptibles,
Que en los elementos varios
Moran, y la vida crean
Organizando sus átomos,
Y con las inteligencias
Que mueven cielos y astros.
Así tuvo mil noticias
Mi padre de los pasados
Sucesos, y alcanzó mucho
De los venideros casos.
De la tierra columbraba
Los tesoros subterráneos,
Y de duendes y de gnomos
Los recónditos palacios.
Penetraba al mismo tiempo
En el corazón humano,
Y el pensamiento más hondo
Escudriñaba en los ánimos.
En suma, mi padre era
Un pozo de ciencia, un mago,
Y no exigía tributos
De sus felices vasallos,
Pues los genios le traían

Oro y plata por encanto.
Descollaba entre los genios
Uno como soberano
Llamado Zacubulú,
Al cual era tan simpático
Mi padre, que en cuanto ansiaba
Le complacía en el acto.
El día en que yo nací,
El horoscopio formaron.
Supieron que yo sería
Generoso y denodado,
Mas que tendría un defecto
Que me llevaría al cabo
A una espantosa ruina:
El ser muy despilfarrado.
Cuantos tesoros mi padre
Había reunido cauto
Yo había de disipar
En deportes y en regalos.
Ya se cumplió el horoscopio.

CORTESANO 1.°

¡Luego Mobarec ha hablado
Verdad!

ZEYN.

Verdad como un *templo.*

CORTESANO 2.°

¿Estás pobre?

MOBAREC.

Sin un cuarto.

ZEYN.

Aún tengo cetro y corona.
Mas ¡ay! que un deber más alto,
Mas ¡ay! que un gran juramento,
Que al empezar mi reinado
Hice, me obligan por siempre...

CORTESANO 1.°

¿Á qué?

MOBAREC.

¡Juramentos vanos!

ZEYN.

No lo son, sino muy firmes
Y pertinentes y válidos;
Y por ellos á ser rey
De balde estoy obligado.

CORTESANO 1.°

¿Y el esplendor de tu trono?

CORTESANO 2.°

¿Y de la corte el boato?

ZEYN.

Todo ha desaparecido:

Con todo mi despilfarro
Dió fin.

MOBAREC.

Vas á ser entonces
Medio rey, medio ermitaño.

ZEYN.

Por fortuna no es posible
Que llegue nunca ese caso.

MOBAREC.

¿Cómo, señor, te burlabas?

CORTESANO 1.º

¿Es tu tesoro inexhausto?

CORTESANO 2.º

Sin duda Zacubulú
Nuevos tesoros te ha dado.

ZEYN.

Nada de eso: mas sabed
Que de la vida estoy harto.
(Con gran solemnidad y misterio.)
Mi deseo de vivir
Con mi riqueza ha acabado.
No pienso más que en morirme.

MOBAREC.

Sólo á corazones bajos

Da la inopia de la muerte
El pensamiento nefando.
Y aun así, si se murieran
Todos los que están tronados,
Un cementerio sería
El mundo de cabo á rabo.

ZEYN.

No es solamente la inopia
La causa de mi quebranto,
Ni el movil que á darme muerte
Tal vez impulse mi brazo.

MOBAREC.

¿Qué otra razón puede haber?

ZEYN.

Todo voy á revelarlo.
El cansancio de la vida,
Que el corazón me devora,
No proviene de que ahora
Miro mi hacienda perdida:
Razón más noble y subida
Me induce y mueve á tener
Por aborrecible el sér
Con que vivo en este mundo;
Es un anhelo infecundo
Y un fantástico querer.
Aun cuando yo poseyera
La ciencia de Salomón,

Y á mi pródiga ambición
Tributo en oro rindiera
Tibar, y dueño yo fuera
De las perlas de Abejín,
Con el ámbar de Darín
Y de Pancaya el perfume,
El afán que me consume
No llegara á tener fin.
Es objeto de mi amor
Un bello sér que percibo
Cual recuerdo fugitivo
De otra existencia mejor.
Me ciega su resplandor
Y su beldad me enamora,
Y aunque no sé dónde mora,
Sé que existe en realidad:
No es vano sueño; es verdad
Lo que el corazón adora.
Pues nunca hubiera logrado
Producir mi fantasía
La soberana poesía
De que está mi amor dotado.
Tal vez, en alas llevado
De un genio, yo pude ver
A una divina mujer
Cuyo recuerdo en mí vive:
Recordada se concibe;
Soñada no puede ser.
Su beldad y perfección

Me aseguran su existencia:
No forjó la inteligencia
Lo que adora el corazón.
Mas si ella no es ilusión,
Ilusorio es mi deseo:
Inasequible la creo:
Bajo sol más luminoso,
En un mundo más dichoso,
Lejos vive y no la veo.
Por esto quiero morir;
Quiero volar do está ella;
En una remota estrella
Debe sin duda vivir.

MOBAREC.

No te aventures á ir,
Señor, porque yo imagino
Que fuera gran desatino
Emprender esta jornada,
Y luego no encontrar nada
Al terminar el camino.

ZEYN.

Será desatino extraño;
Pero á desechar no acierto
Ni el cansancio de la vida
Ni el amoroso deseo.
(Dirigiéndose á los dos cortesanos.)
Idos y dejadme solo
Con mis tristes pensamientos.

De mis amigos mejores
La sociedad me da tedio.

(Los cortesanos 1.° y 2.° hacen una profunda reverencia, y cuando van ya á salir, *Zeyn* les dice:)

ZEYN.

¡Ah! Notad que lo que oísteis
Esta noche, es un secreto
Que á vuestra amistad confío
Por desahogo y consuelo.
¡Cuenta con que se divulgue!

CORTESANO 1.°

Selladas con siete sellos
Quedan todas tus palabras
En lo profundo del pecho.
En inexpugnable alcázar
Mi prudencia las ha puesto,
Do las custodia con llaves
Y cerrojos el respeto.

CORTESANO 2.°

Un abismo en mi memoria
Á tus palabras he abierto,
Y del temor que me inspiras
Las sepulté bajo el peso.

(Vanse los dos cortesanos.

ESCENA III.

ZEYN Y MOBAREC.

MÚSICA.

ZEYN.

Romanza.

De sueños que el alma extasían
Quizá la divina creación
Tan sólo en el centro del alma
Objeto adecuado logró.
En vano la busca mi oído
Del aire en el soplo fugaz,
Si blando el arroyo murmura,
Si gimen las olas del mar.
En vano mis ojos la espían
En trémulos rayos de luz,
Del bosque en la verde espesura,
Del cielo en la bóveda azul.
En balde mi mente la lleva
Al astro que apenas se ve,
Del mar infinito del éter
Perdido en el seno tal vez.
En balde memorias evoco
De tiempo pasado feliz,
Ó en áureas edades la finjo,
En siglos que están por venir.

HABLADO.

MOBAREC.

Ya que solos estamos,
Tu pensamiento, ¡oh, príncipe! declara.
Dime si lo soñamos,
Ó si es real esa pasión tan rara,
Que así te lleva á despreciar la vida,
Buscando á tu fantástica querida
De la muerte en el seno.

ZEYN.

Á suicidarme estoy determinado.
¿Qué medio juzgas tú más acertado,
Puñal, cuerda ó veneno?

MOBAREC.

Vulgar é indecoroso
El medio de la cuerda me parece,
Y el del puñal bastante doloroso.
Lo que menor dificultad ofrece
Es un filtro, que blando sueño infunda,
Desde el cual, por un tránsito suave
La existencia se hunda
En la morada vaga é infinita,
Do todo sér antes de ser habita,
Donde después de ser todo sér cabe.
En tal morada, creo
Que uno mismo serás con tu deseo;
Con todo lo que admiras;

Con la bella mujer por quien suspiras.
Allí está confundido
Lo que será, lo que es y lo que ha sido.
Mas yo, señor, prefiero
Ser Mobarec y ver la luz del día
Á descender á esa mansión sombría.
Si alguna vez me muero
Será contra mi gusto.
No te mates, señor: vive en la tierra
Valeroso y robusto,
Y ese pesar del corazón destierra.
Considera, además, que si te matas,
La reina madre ha de llorarte mucho.

ZEYN.

¡Con el cariño que la tengo lucho!

MOBAREC.

De un imposible amor tan sólo tratas,
¿Y así olvidas los fáciles amores
Que te brinda un jardín de bellas flores?
Te persiguen viuditas y doncellas,
De montaraz y arisco te zahieren;
Todas, todas te quieren,
Y sobre todas la sin par Mantara;
Consuélate y olvídate con ellas
De tu beldad inasequible y rara.

ZEYN.

Esos amores fáciles desdeño.

Harto sé que Mantara tiene empeño
En rendir mi albedrío,
Pero de las coquetas no me fío.
Es vana y ambiciosa,
Y anhela ser mi esposa
Con el afán de compartir mi trono.

MOBAREC.

Decir puedo en su abono,
Que si anhela el poder, también te ama.

ZEYN.

Ambición y no amor eso se llama.
No quiero amor mezclado, sino puro.

MOBAREC.

Pues, señor, yo te auguro
Que ese amor no hallarás en esta vida.

ZEYN.

De que ya debo darla por perdida,
Tú corroboras mi opinión, amigo.
Voy á ver á mi madre. Ven conmigo.
Á despedirme voy, cual si pensara
En hacer un larguísimo viaje.

MOBAREC.

(Aparte.) Ó el príncipe está loco,
Ó el príncipe es un bárbaro salvaje.

ZEYN.

¿Qué dices?

MOBAREC.

Nada digo: á Dios invoco,
Y le ruego te quite la locura.

ZEYN.

Mi mal ¡oh Mobarec! no tiene cura.

MUTACIÓN.

Jardín lleno de árboles y flores. La luz de la luna ilumina la escena. Una fuente y asientos. Sale por un lado MANTARA. BARABAR después.

(En el mismo momento del mutis de Zeyn y Mobarec, debe principiar la orquesta el preludio de la romanza siguiente:)

MÚSICA.

Romanza.

MANTARA.

Las mariposas
Aman las flores:
Todas las cosas
Tienen amores.
El sol á la tierra ama
Y en ella infunde su llama;
En el mar la luna brilla
Porque el mar es su amador.
Tan sólo la tortolilla
Está viuda y sin amor.

Enamorada
Siempre te miro:
Loca, extasiada,
Por tí suspiro.
Como el alba á su lucero,
Como el imán al acero,
Te busca el alma sencilla
Y no halla en tí su amador.
Porque soy la tortolilla
Que está viuda y sin amor.

HABLADO.

En la soledad amena
De esta sombría enramada,
Amorosa y desdeñada,
Voy á desahogar mi pena.
Al negro alquimista espero
Que de remediar presume
Este mal que me consume,
Alcanzando lo que quiero.
Amo á Zeyn, mas también
Siento que agita mi pecho,
Si no el encono, el despecho
Que me causa su desdén.
Que es necio ó no tiene ojos
Á veces se me figura,
Cuando al mirar mi hermosura
No siente amor sino enojos.
Morir, Mantara, debieras

Y no ser reina en el nombre,
Ó enamorar á este hombre
Para ser reina de veras.
Mas conseguirlo por arte
Mágica no me ilusiona.

(Mientras va diciendo Mantara los anteriores últimos versos, entra el negro Barabar, vestido de mago oriental, de un modo fantástico y simbólico. Llega junto á Mantara, oye sus últimas palabras y dice:)

BARABAR.

Él amará tu persona;
No debe el medio importarte.

MANTARA.

¿Qué es esto? ¿Estabas aquí?

BARABAR.

En este momento llego.
Ya, vencido de tu ruego,
Cuanto deseas cumplí.
Cuando al contemplar el cielo,
Miré el instante propicio,
Y á Venus en conjunción
Con los astros de tu signo,
Estando yo por mi ciencia
De lo que importa provisto,
En alquitara de oro,
Do ya había ardiente vino,
Eché zumo de mil hierbas,
Dos sapos y un basilisco,

Y con diez onzas de sangre
Que extraje de un hombre vivo,
Picado como jigote
Puse el corazón de un mico.
En tan tremendo potaje
Hice conjuros y hechizos,
De un infernal sacramento
Cumpliendo blasfemos ritos.
La quinta esencia que al cabo
Logré sacar de aquel mixto,
Destilando en la alquitara
Su más volátil espíritu,
Encerrada en este pomo
En tus manos deposito.
Es un precioso elixir
De tan raro poderío,
Que sólo con pocas gotas
Que viertas en cualquier líquido,
Infundirás al que beba
Un amoroso delirio.
Así de Zeyn al punto
Podrás vencer el desvío.

MANTARA.

Ardientemente deseo
Que se rinda amante y fino
Á mis plantas, mas quisiera
Que obrase el dulce prodigio,
No este bodrio abominable,

No este diabólico filtro,
Sino la luz de mis ojos,
Mi talle y mi rostro lindo.

BARABAR.

Si Zeyn fuese, señora,
Como los demás nacidos,
Enamorado estaría
De tu celeste atractivo;
Quien te mira y no te adora
Tiene el corazón de risco.
Mas Zeyn, á lo que entiendo,
Entreveo y averiguo,
Ya inspeccionando los astros,
Ya consultando los libros,
Vive de Zacubulú
Bajo el influjo maligno,
Y este genio le ha criado
Desamorado y arisco.

MANTARA.

¿Y quién es Zacubulú?

BARABAR.

Es el genio favorito
De su padre: es el monarca
De los genios del abismo.

MANTARA.

Y el desamor de Zeyn,

¿Sabes tú con qué designio
Zacubulú le dispone?

BARABAR.

Lo ignoro: mas sé de fijo
Que ha de vencer á su encanto
El encanto de mi filtro,
Cuyo poder es supremo
Al de tu beldad unido.

MANTARA.

Bien está: contra un encanto
Otro encanto me permito;
Contra magia de desdenes
Magia del amor aplico:
Mi orgullo está satisfecho
Y mi corazón tranquilo.
Guarda en premio de tu obra
El diamante de este anillo.

(Se le da.)

BARABAR.

Gracias, y que goce el mundo
Tu presencia largos siglos.

(Vase Barabar.)

ESCENA V.

Coro de mujeres de la servidumbre de la Reina Budí. *Al son de laúdes y otros instrumentos que ellas mismas tocan*, y precedidas de algunos eunucos negros ricamente vestidos y armados, entran cantando las mujeres en dos filas, y se colocan á ambos lados del foro. La Reina Budí entra la última y se reclina en un sitial que está en medio del teatro. A ambos lados del sitial permanecerán de pie dos jóvenes esclavas con abanicos de plumas. Mantara no ha de abandonar la escena. Música caprichosa. Flautines, panderetas, platillos, arpas, etc.

MÚSICA.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena
¡Oh reina Budí!
La fuente que suena,
El aura y el ave
Á sueño suave
Convidan aquí.

(Las dos esclavas, que estarán á ambos lados del sitial, recitarán al son de la música lánguidamente y con cierta cadencia y énfasis las estrofas siguientes:)

ESCLAVA 1.ª

Bordado de estrellas y hermosos luceros
Espléndida luce su manto la noche;
Por claros senderos
Dirige la luna su fúlgido coche.
Derrama en las flores su luz argentina,

En lagos riela y en fuente sonora;
La alondra que trina
Anuncia que viene rayando la aurora.

CORO.

Consuela tu pena
La noche serena, etc.

ESCLAVA 2.ª

Los silfos se mecen en hilos de oro
Que luna y estrellas esparcen do quier:
Fragante tesoro
En cáliz de flores anhelan beber.
Nocturno reposo, silencio profundo
Tus párpados quieren ¡oh reina! cerrar:
Penetra en el mundo
Dichoso do el sueño te va á transportar.

CORO.

Consuela tu pena
La noche serena, etc.

HABLADO.

BUDÍ.

No es fácil que halle consuelo
Mi negra melancolía.

MANTARA. (Adelantándose.)

¿Cómo has dejado tu estancia?

¿Qué enfermedad, qué desdicha
Te desvela?

BUDÍ.

No he podido
Dormir un punto tranquila.
Harta de mi doloroso
Insomnio, puse la vista,
Desde un balcón de mi estancia,
En la esfera cristalina:
Lo apacible de la noche,
El susurrar de las tibias
Auras y el blando murmullo
De las fuentes, me convidan
Entonces á descender
Á esta enramada florida:
Á mis esclavas despierto,
Con ellas bajo, y el día
Aguardo aquí desvelada.

MANTARA.

Muy pronto su luz divina
Teñirá en púrpura el cielo:
Siento que el pesar te aflija.
Bien quisiera remediarlo
Aun á costa de mi vida.
Pero aquí viene tu hijo.

ESCENA VI.

DICHOS, ZEYN Y MOBAREC.

ZEYN.

Hablarte á solas quería,
Madre y señora. La reina
Mantara, que es tan amiga
Nuestra, y el fiel Mobarec
Oir podrán lo que te diga.
Pueden oirlo también
Tus dos siervas favoritas.
Di á los demás que despejen.

BUDÍ.

Despejad.

(Vanse los de la servidumbre.)

Apercibida
Me tienes para escuchar
Cuanto referirme ansías.

ESCENA VII.

ZEYN, BUDÍ, MANTARA, MOBAREC y esclavas 1.ª y 2.ª

ZEYN.

Ya sabes, madre amada,
La causa principal de mi tormento.
Mi prodigalidad desatinada
Disipó en un momento

De mi padre el magnífico tesoro,
Y sin embargo necesito oro.
Me aflige la miseria
Y me duele la inopia;
Pero padezco enfermedad más seria
Y de reyes y príncipes más propia.
El perturbar la paz de mis Estados
No ha de ser obra mía.
Vivan en paz mis súbditos amados
En esta dilatada monarquía;
Aunque conozco que la paz, la calma,
Embota la razón y seca el alma.
Para mí quiero guerra,
Y cansado de idílicas dulzuras,
Pienso marcharme á recorrer la tierra
En busca de aventuras.
La bendición te pido,
Pues á partir estoy tan decidido,
Que no bien luzca el sol en el Oriente,
De la corte saldré con gran secreto,
Sólo de Mobarec acompañado.
Tú, señora, te quedas de regente.
Aquí tienes mi anillo y el decreto
Por mi firma real autorizado.

(Le da el anillo y un pergamino.)

BUDÍ.

Aunque mucho me aflijo,
Tu plan no me sorprende, augusto hijo;

Tu padre, columbrando lo futuro,
Me lo anunció, años hace, por seguro;
Y me mandó te diera,
Cuando su vaticinio se cumpliera,
Y tú, en efecto, de cumplirle acabas,
Lo que van á traer estas esclavas.

(Budí, que ha permanecido sentada en el sitial, habla al oído á las dos esclavas que tiene al lado, las cuales salen al son de una música solemne y se van por el fondo. Momentos de pausa. La música sigue sonando mientras vuelven las esclavas, y los versos que se recitan todo el tiempo que la música dura, van al compás de ella.)

MANTARA.

Sin duda tu padre querido
Tus nobles impulsos previó,
Y yelmo de acero bruñido,
Y espada con puño de oro,
Y escudo brillante y sonoro,
Oh príncipe ilustre, guardó.

MOBAREC.

Previendo tu padre discreto
Tu anhelo feroz de gastar,
Cabalístico, extraño amuleto,
Que en perlas convierta el rocío,
Y en oro las chinas del río,
Sin duda te va á regalar.

BUDÍ.

Tu padre un tratado profundo
De higiene del alma escribió,

Que al desprecio del pícaro mundo
Y al retiro pacífico inclina:
Para tí, como gran medicina,
El tratado tal vez destinó.

(Aparecen de nuevo todas las esclavas. Las esclavas 1.ª y 2.ª vienen con pausa con un precioso cofre, que traen por las asas entre las dos.)

MÚSICA.

CORO.

¿Qué guarda en su seno
El cofre escondido?
¿Qué alfanje buído,
Qué yelmo será?
Quizás esté lleno
De hermosos joyeles.
Quizá cuanto anheles
El cofre tendrá.

BUDÍ.

La llave te entrego:
(Da la llave á *Zeyn*.)
Abrirle tú debes.

MOBAREC.

Que un chasco te lleves
Me temo, señor.
(*Zeyn* va á abrir el cofre y vacila y se turba.)

MANTARA.

Ten calma y sosiego.

ZEYN.

Del padre me asusta
La imagen adusta;
Me falta valor.

TODOS.

¿Qué guarda en su seno, etc.

(Zeyn abre por último el cofre y saca de él un azadón.)

MOBAREC.

¡Regalo curioso!

BUDÍ.

¡Simbólica alhaja!

ZEYN.

Mi padre me ultraja.

MANTARA.

Te da un azadón.

TODOS.

Vivir afanoso
Y rudas faenas
Aumentan las penas
Con nueva aflicción.

BUDÍ.

¿Ningún documento
El cofre guardaba?

(Mete la mano en el cofre y saca un pergamino enrollado.)

ZEYN.

En el fondo estaba.
Tenías razón.
Mi padre su intento
Sin duda nos fía.

BUDÍ, MANTARA Y MOBAREC.

Saberlo quería.

ZEYN.

Prestad atención. (Lee.)
¡Hijo! En virtud de mi saber fatídico,
He previsto que á poco de mi muerte,
Por tu carácter y tu adversa suerte,
En triste situación te vas á ver.
No será la carencia de metálico
Lo que mayor pesar cause á tu alma,
Sino un afán que robará tu calma
Y te emponzoñará todo placer.
De tu padre velando está el espíritu
Por tu bien desde el cielo cristalino,
Y á abrirte va fantástico camino,
Por donde ha de llevarte el corazón
Ó á conseguir un porvenir magnífico
Ó á innoble muerte y criminal desdoro;
Cava, Zeyn, al pie del sicomoro
Grande con ese rústico azadón.

BUDÍ.

Obscuro está el escrito.

ZEYN.

No está sino muy claro.
Lo que mandó mi padre voy al punto á cumplir.
Aquí del sicomoro la verde pompa luce:
Cavemos, y veamos qué oculta el porvenir.

(Zeyn se pone á cavar. Los golpes del azadón han de sonar como si diesen contra una piedra. Pocos instantes después de estar Zeyn cavando, empezarán á brotar chispas luminosas á cada golpe. Las chispas irán aumentándose hasta que formen hermosos penachos de luz que corren con rapidez. Mientras cava Zeyn, cantan en coro los presentes.)

TODOS.

Tus brazos robustos la azada impulsaron;
Un golpe tremendo hirió el pedernal;
Sus duras entrañas abiertas lanzaron
De vivas centellas fulgente raudal.

(Al terminar el canto, se oye un trueno subterráneo y se abre la tierra donde cava Zeyn, saliendo por la abertura un resplandor que deslumbra.)

ZEYN.

Buen fin tuvo mi faena.
¡Qué prodigio! Madre, mira
Esta escalera que gira
En elegante espiral.
Sin duda al centro profundo
De riquísimas mansiones

Conducen sus escalones
De pórfido y de cristal.
Seguidme, y á ver lleguemos
Este palacio encantado.

TODOS.

¡Oh príncipe afortunado!
¡Oh palacio sin igual!

(Todos bajan por escotillón, dejando la escena vacía.)

(Cambio rápido de decoración. Gran sala llena de inmensos tesoros: perlas y diamantes en vasos de cristal; monedas de oro á montones; armas riquísimas, etc. En el fondo del foro habrá nueve hornacinas, cuatro á cada lado y una mayor en el centro. Las hornacinas de los lados tendrán ídolos indios de extrañas cataduras, todos de oro, ornados de pedrería: el gran nicho del centro estará vacío, y habrá por bajo una inscripción en caracteres peregrinos, que se leerá á su tiempo. Salen Zeyn, Mantara, Budi, Mobarec y esclavas cantando.)

TODOS.

El Dios de la riqueza
Aquí sin duda mora,
Y próvido atesora
Cuanto hay que desear.
¡Qué lujo! ¡qué belleza!
La luz en los diamantes
Refleja, y mil cambiantes
Produce sin cesar.

¡Qué fuente, qué venero,—con golpe soberano,
Movido por tu mano—ha abierto el azadón!
De joyas y dinero,—que amontonó la ciencia;
De todo la opulencia—te ha dado posesión.

HABLADO.

ZEYN.

En efecto, mi buen padre
Noblemente me regala;
Perlas, diamantes y oro
Aquí tengo en abundancia.

MANTARA.

Con esto, señor, bien puedes,
Si es que el reposo te enfada,
Levantar inmenso ejército
Y conquistar toda el Asia.

MOBAREC.

Mejor es vivir en paz,
Entre músicas y danzas,
Títeres y simulacros,
Y hermosear á tu patria
Con monumentos soberbios,
Y alimentar una cáfila
De poetas que en sus himnos
Hagan eterna tu fama.

BUDÍ.

Crear puedes una academia
De gente estudiosa y sabia,
Que el origen de las cosas

Y el fin á que son creadas,
Y el cómo, el por qué y el cuándo
Dilucide con su charla.

ZEYN.

Todo eso y más he de hacer.
Estos tesoros me bastan
Para festines, palacios
Y hombres de letras y armas.
Mas inquieto el corazón
Me dice que algo me falta.

MANTARA.

¡Los ídolos son aquestos
De las ideas preclaras,
Que adoramos en la tierra
Que el Indo y el Ganges bañan!

MOBAREC.

¿Qué Dios de más campanillas,
De más fuste é importancia,
Tendrá este nicho en reserva
Para su imagen sagrada?
(Señalando al nicho del medio.)

MANTARA.

Puede ser para Vischnú,
Para Siva ó para Brahma.

ZEYN.

¿Qué me importa? Lo que importa

Es que una imagen me falta,
Y el tesoro está incompleto.

MANTARA.

Tal vez aquellas palabras,
Que en caracteres de oro
Bajo el nicho están grabadas,
Expliquen todo el enigma.

MOBAREC.

Léelas, señor.

ZEYN.

Leámoslas.

(Acercándose á la inscripción y leyendo.)

«El ídolo que falta tiene más valor que todos los otros juntos. Si quieres poseerle, debes atravesar muchos países, montañas y ríos, pasar por horribles desiertos, y llegar, por último, á la península de Bacú. En la orilla izquierda del istmo, en soledad selvática, hallarás modo de penetrar hasta el alcázar submarino del rey de los genios, quien te dirá qué has de hacer para conseguir el ídolo que falta.»

MANTARA.

Ruda empresa te proponen.

BUDÍ.

¡Empresa disparatada!

MOBAREC.

Quédate sin ese ídolo:
Ya con los otros te basta.
¿Qué más hay que desear?

BUDÍ.

Estate quieto en tu casa.

ESCLAVA 1.ª

Haz de tus fieles vasallos
La dicha.

ESCLAVA 2.ª

¡Zeyn, no te vayas!

ZEYN.

Fuera yo ruín y cobarde
Si el compromiso rehusara;
Hoy mismo quiero partir.

MANTARA.

Grandes peligros te aguardan;
Pero la gloria infinita
Será, si el ídolo alcanzas.
Aunque soy débil mujer,
Acompañarte me agrada.
Resisto bien las fatigas
Y sé manejar las armas.
Flecha que silbando arroja

Mi arco de búfalo y plata,
En lo más alto del aire
Hiere de muerte las águilas.
Al potro indómito, al fiero
Onagro mi diestra amansa:
Del elefante y del grifo
No temo oprimir la espalda.
Llévame, señor; permite
Que mi amistad acendrada
Tome parte en tus trabajos
Y presencie tus hazañas.

ZEYN.

Alto honor, reina, sería
El que tú me acompañaras;
Pero no debo exponerte.
Durante mi ausencia larga
Consolarás á mi madre.

BUDÍ.

¿Quién entonces te acompaña?

ZEYN.

Mobarec vendrá conmigo.
Mobarec, pronto prepara
Los dos mejores caballos.
Apenas se muestre el alba
En los balcones de Oriente,
Empezará nuestra marcha.

MANTARA. (Aparte.)

Yo he de seguirte, Zeyn,
Por donde quiera que vayas.
Te buscaré aunque te hundas
De la tierra en las entrañas.

MÚSICA.

BUDÍ.

¿Estás decidido?
¿No escuchas mi ruego?

ZEYN.

Ni paz ni sosiego,
Si quedo tendré.

MOBAREC.

Estoy elegido.
Venzamos el susto.

ZEYN.

Viajar es mi gusto;
Mil tierras veré.

MANTARA.

¡Se va y no me lleva!
¡Ingrato adorado!

BUDÍ.

Tú vas, hijo amado,
La vida á exponer.

TODOS.

Magnífica prueba
Darás de tu gloria.
Tu nombre en la historia
Eterno ha de ser.

ACTO SEGUNDO.

Espacio despejado en medio de una selva virgen, sombría y espesísima. Barabar y Mantara detrás de mucha maleza; plantas parásitas y gigantescas y tupidas enredaderas, por donde vienen abriendo camino con las anchas y cortantes espadas.

ESCENA PRIMERA.

MÚSICA.

MANTARA Y BARABAR.

(A duo.)

Han de abrir las espadas camino
Hasta el centro del bosque llegar:
El misterio que oculta en su centro
Nuestros ojos al cabo verán.
Asombrados despiertan los ecos,

Que tal vez no escucharon jamás,
Ni los golpes del hierro, ni el paso,
Ni la voz de persona mortal.
Ya los pájaros huyen al vernos;
Ya silbando las sierpes se van.
¿Qué hallaremos al fin en el bosque?
¿En su centro escondido qué habrá?

(Rompiendo las ramas y enredaderas parásitas, más cercanas al proscenio, Mantara y Barabar aparecen del todo. Mantara vestida muy bizarramente con traje guerrero y varonil. Barabar siempre con traje de mago, pero menos rozagante y talar y más propio de camino que en el primer acto.)

HABLADO.

BARABAR.

Aquí formando un claro,
Ya rota la espesura,
¡Cuánto cambia de aspecto
Esta selva profunda!
Lo menos veinte horas
De fatigosa lucha
Con jaras, con espinos
Y montes de verdura,
Gastamos en abrirnos
Camino.

MANTARA.

Pero triunfa
Al cabo mi constancia.
Llegamos ya sin duda,

Donde vive Casyapa
En penitencia dura.

BARABAR.

Pues ni choza ni albergue
Ni hombre ó mujer columbran
Mis ojos, aunque tengo
La vista muy aguda.

MANTARA.

Aún estará distante:
Quizás en una gruta
Vivirá el penitente,
Porque ya sendas muchas
Se ven, y la presencia
Del sér humano anuncian
Flores que da el cultivo,
Mil árboles de fruta
Plantados en buen orden,
Y la huella fecunda
Con que el arado corvo
La faz del suelo surca.

BARABAR.

Es cierto, y sin embargo
Ni hombres veo ni yuntas.
¿No habrá quien compasivo
Á nosotros acuda
Con comida caliente
Y morada segura?

Van ya para dos años
Que me llevas en busca
De Zeyn, sin que logres
Saber dónde se oculta.
Buscarle en las ciudades
En nada me perturba;
Mas buscarle en las selvas
Me cansa y atribula.

MANTARA.

Ten paciencia y aguarda.

BARABAR.

Ya veo que una turba
De penitentes llega.

MANTARA.

Pasmados nos circundan.

(Los penitentes salen de improviso por ambos lados. Miran con asombro y rodean á los viajeros. Mobarec saldrá también vestido de penitente.)

ESCENA II.

DICHOS, MOBAREC Y PENITENTES.

CANTADO.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldición de Casyapa recelad!

MANTARA.

¡Penitentes varones!
¡No mostréis contra mí tanto furor!
Quiero mis devociones
Hacer entre vosotros con fervor.
Piadosa peregrina
Al inmortal Casyapa quiero ver.
Por su santa doctrina
Quiero la paz del alma merecer.

BARABAR.

Yo, que sigo á mi dueño,
Responsable no soy de estar aquí.
No forme, pues, empeño
El buen Casyapa en maldecirme á mí.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldición de Casyapa recelad!

HABLADO.

MOBAREC.

¡Hermanos! Estos viajeros
Me parecen gente buena.
Sin duda se extraviaron
En la espesísima selva,

Y abriendo con sus espadas
Camino por entre breñas,
Han llegado hasta nosotros
Sin intenciones aviesas.
Yo los conozco hace tiempo,
Y hablar á solas quisiera
Con ellos.

UN PENITENTE.

Si los conoces
Habla lo que te convenga;
Pero cuida no se escapen
Sin cumplir la penitencia
Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,
Alimentarse con yerbas
Un mes: para tí, que tienes
Crespo el pelo y la piel negra,
Igual ayuno, y por postres
De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.
¡Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca
La ley es dulce con ella;
Mas contigo, que eres negro,
No puede haber indulgencia.
Casyapa además es fino
Con las señoras, y á ésta
Tal vez la excuse de ayuno
Y del pecado la absuelva;
Pero tus azotes dudo
Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás.
¡Asidle, tomadle á cuestas!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco, á mi criado
No ha de hacer nadie violencia.
Idos en paz y dejadle.
De Casyapa á la presencia
Iré pronto, y ya veremos
Cómo las cosas se arreglan

Sin que él lleve los azotes
Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes por un lado, y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(A Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

MOBAREC.

¿No me conoces, oh reina?
¿Tan mudado estoy? ¿Tan flaco
Me tiene la penitencia?

(Mobarec se baja el capuchón y Mantara le reconoce.)

MANTARA.

¡Oh dicha! ¿Eres tú? ¿Y tu amo?

MOBAREC.

Aquí vive.

MANTARA.

Verle anhela
Mi corazón. Llévame
Donde está.

MOBAREC.

Señora, espera.

Ahora está *Zeyn* encerrado
En impenetrable celda
Con Casyapa, y no es posible
Ir á decirle que venga.
Tratando está de un asunto
Que es de gravedad inmensa.
De él depende que consiga
Ó no la estatua novena.

MANTARA.

¿Cómo es eso?

MOBAREC.

Escucha el caso.

MANTARA.

Habla, que te escucho atenta.

(Mantara y Mobarec se sientan en un peñasco.)

MOBAREC.

No he de pecar de prolijo:
Permite que no refiera
De mis peregrinaciones
La extraña y larga novela.
Bástete saber que fuimos,
Para empezar nuestra empresa,
A ver á Zacubulú,
Que en los genios de la tierra
Como absoluto monarca
Hace mucho tiempo reina.

En el submarino alcázar
Zeyn entró sin resistencia,
Dejándome detenido
Por los guardias á la puerta.
Supe después por Zeyn
Que en aquella conferencia
Le impuso Zacubulú
La más difícil tarea.
Buscar debía Zeyn
Por el mundo una doncella,
Inocente sin ser tonta,
Y cándida sin ser necia;
Cuyo corazón el germen
Del amor, cuya cabeza
Del más supremo deleite
Y de lo bello la idea
Tuviese, sin que jamás
Su mente empañado hubiera
Un pensamiento enemigo
De la virginal pureza.
A fin de no equivocarse,
Zacubulú dió, cual piedra
De toque y cual fiel contraste
Para estimar inocencias,
Un espejito á Zeyn,
En el cual, si á verse llega
La mujer que peca en obras
Ó que en pensamientos peca,
La bruñida superficie

Se cubre de manchas negras;
Porque el espejo tan sólo
Inmaculada refleja
La imagen de una mujer,
Si es inmaculada ella.
Con este espejo hemos ido
Por ciudades, por aldeas,
Por montañas y por valles,
Por campiñas y por selvas,
Y hemos visto lindas mozas,
Ya pastoras, ya princesas;
Pero todas han salido
Malamente de la prueba,
Embadurnando el espejo
Con hollín de chimeneas.

MANTARA.

Ni pudo ser de otro modo.
¿Quién comprende y no desea?
¿Quién de amor y de hermosura
Sabe y gozarlos no anhela?
Mujer inocente y lista
No cabe en naturaleza.

MOBAREC.

Ha cabido, sin embargo.

MANTARA.

¿Te burlas?

MOBAREC.

Hablo de veras.
Ya Zeyn desesperaba
De hallar cándida y discreta
A la vez mujer alguna,
Cuando le dieron la nueva
De que el ilustre Casyapa,
Dechado de penitencia,
Cuya santidad al seno
Del mismo Brahma le eleva,
Tiene una hija admirable
Por su talento y belleza.
De Sita, que así se llama,
Dice la fama parlera
Que, educada por su padre
Entre venerables dueñas,
Sin amar sabe de amores,
Une el candor á la ciencia,
Y el concepto de lo hermoso,
Que hasta su mente penetra,
Ni el bajo apetito aguza
Ni los sentidos subleva.
Á pescar hemos venido
Tan rara preciosa perla,
A este asilo penitente
Que se esconde entre malezas.
Ya Zeyn habló con Sita,
Ya puso delante de ella

El espejo pavoroso,
Cuya faz pulida y tersa,
Resplandeciendo más clara,
Su noble imagen ostenta.
Consiguióse el primer triunfo;
Pero lo más arduo queda.

MANTARA.

¿Qué es lo más arduo?

MOBAREC.

Del padre
Impetrada la licencia,
Llevar á Sita do el Genio
Como á su esposa la espera.
Zeyn ha de llevarla solo,
Sin amparo ni defensa
De dueñas y de escuderos,
Y ha de hacer luego la entrega
Sin el menor menoscabo
En su virtud y entereza.

MANTARA.

Eso es atroz. ¿Quién ha visto
Que el lobo guarde la oveja
Y el milano la paloma?

MOBAREC.

Pues ello ha de ser, so pena
De no conseguir jamás

Lo que el tesoro completa,
Y de padecer del Genio
Una venganza tremenda.

MANTARA.

Y Zeyn ¿dónde está ahora?

MOBAREC.

¿No te he dicho que en la celda?

MANTARA.

¿Podré verle?

MOBAREC.

En breve tiempo
Es probable que aquí venga.

(Se oyen voces confusas entre bastidores, al parecer muy lejos.)

BARABAR.

(Desde dentro.)

¡Socorro!

VOCES.

¡Calla, profano!

BARABAR.

¡Socorro, que me desuellan!

MANTARA.

¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!

MOBAREC.

A Barabar...

MANTARA.

¡Qué insolencia!

MOBAREC.

Ya le azotan.

MANTARA.

Pues muy cara
De los azotes la cuenta
Les va á salir.

(Saca la espada y echa á correr del lado de las voces.)

BARABAR.

¡Compasión!

MOBAREC.

(Corriendo detrás de Mantara.)

¡Señora! Calma, prudencia...

(Asiendo á Mantara y tratando de detenerla.)

¡Deja que se cumpla el rito!
Tal vez al negro convenga...

MANTARA.

¡Suéltame!

MOBAREC.

Ve lo que haces.

(Pugna Mobarec por detener á Mantara; pero ella forcejea y se desprende al fin, dejando entre sus manos un cordón, del cual va pendiente el objeto que en los versos se expresará.)

MANTARA.

¡Traidor!

MOBAREC.

¿Yo?

MANTARA.

No me detengas.

MOBAREC.

Corriendo va desalada...
Imposible detenerla.
Pero de un cordón pendiente
¿Qué es esto que aquí me deja?

(Examinándolo.)

¡Diantre! Es un frasco muy lindo.

(Volviendo á mirar por donde se fué Mantara.)

Ya nuestra heroina llega
Donde están los penitentes,
Que cogieron por sorpresa
Al negro, cuyas espaldas
Están poniendo más negras.
Ya huyendo van de su furia
Tan determinada al verla.
Á Barabar dejan libre.
Mantara á toda carrera
Los sigue.

(Destapa el frasco y huele.)

¡Exquisito aroma!

(Vuelve á mirar.)

Ya ha desistido la reina
De seguir á los que huyen,
Y hacia aquí vuelve contenta
Y despacio.

(Huele de nuevo el frasco.)

¡Qué fragancia!
¡Vino generoso encierra!
Entre aquestos abstinentes
Y sobrios anacoretas,
Hace ya doce semanas
Que mis labios no le prueban.
¿Por qué no he de echar un trago?

(Bebe.)

¡Qué bien sabe! Jugo, esencia
De mil celestiales flores
Parece el sabroso néctar.
¡Otro traguito!...

(Vuelve á beber.)

¡Ay qué rico!

(Entra Mantara con Barabar, quien muy mohino y contrito se queda en un rincón.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Fortuna adversa!
Un elixir has bebido
Que al tormento te condena
De amarme sin ser amado.

MOBAREC.

¿Qué dices? Hermosa reina,

No es el mágico licor,
Son tus inauditas prendas
Las que me tienen transido
De amor. ¿Por qué me desdeñas?
¡Yo te adoro!

MANTARA.

Yo á Zeyn
He dado ya mi existencia.

MOBAREC.

Pero Zeyn no te quiere.

MANTARA.

Déjalo que no me quiera.
Me querrá.

MOBAREC.

No te querrá.
Yo haré que el vino no beba.
En mil pedazos tu frasco
Romperé contra las peñas.

(Mobarec tira el frasco con fuerza.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Malvado!
El frasco has quebrado.
La tierra ha tragado
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera
Antes que bebiera,
Sin que enamorado
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.
¡Tu muerte prefiero!

(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos
Con rayo de enojos.
¡De amores me muero!
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!
¡Necio! ¿tan sólo consiste
En el filtro que bebiste
El que te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mía
Por tu beldad y tu gracia.
El filtro dió sólo audacia
Para decírtelo aquí.

MANTARA.

Ya que le has bebido,—Ya que la has tenido,
Por rudo y grosero—Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos—Con rayo de enojos.
En sangre tu acero—No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO.

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

Su amor este bellaco me declara.

ZEYN.

Si por eso te ofendes
Mal haces, que no es falta de respeto

Adorar de rodillas á un sujeto
Por excelso que sea.
¿Qué mujer, siendo joven y no fea,
Librarse puede de inspirar pasiones?
¿Y qué galán, con ella y sin testigo,
En palabras no muestra y en acciones
Lo que mayor castigo
No merece que duros sofiones?
Gozando Mobarec de mi privanza,
No es además tan mísera persona
Que concebir no pueda la esperanza
De enamorar á quien ciñó corona.

MANTARA.

¡Cielos, lanzad sobre mi frente un rayo!
Así paga el cruel mi rendimiento.
Tal vez piensa que basta á mi contento
Recibir por marido á su lacayo.
Pero disimular ora conviene.
Mobarec, no te amo;
Tu amor, no obstante, á agradecer me inclino;
Ya mi perdón tu desvergüenza tiene;
Que intercede por tí tu augusto amo,
Y complacerle en todo es mi destino.

(Al paño.)

Nada á Zeyn del elixir declares,
Cuyo misterio reveló mi labio
Movido por la ira.

MOBAREC.

Callaré: mas alivia mis pesares.
De tu pasión por él venga el agravio,
Amando al fin á quien por tí suspira.

ZEYN. (A Mantara.)

Ora, bella Mantara, al contemplarte,
Mi gratitud no acierto á ponderarte.
Ha sido gran proeza
Atravesar del bosque la maleza,
Llena de tigres, monos y serpientes,
Y llegar donde están los penitentes.
Ya que hasta aquí has llegado,
Vas á ver la gran fiesta de la diosa
Nari, que hoy se celebra en aquel prado,
(Señalando al lado derecho fuera de la escena.)
Con procesión y danza estrepitosa
De faquires y lindas devadasis;
También verás á la divina Sita,
Pronta á dejar el paternal oasis
Para acudir al genio que la invita
Señora á ser del subterráneo mundo.

MANTARA.

Con respeto profundo
Las santas ceremonias ver espero.

MOBAREC.

Ya se escuchan las flautas y el pandero:

Ya llegan los santísimos varones
Bailando y entonando sus canciones.

(Mobarec, *Zeyn* y Mantara se van por el lado derecho del proscenio. Mutación de escena.—Lugar más ancho en una gran pradera. Vuelven á entrar Mobarec, Zeyn y Mantara por el lado izquierdo. Entran después por el opuesto muchos faquires; unos cantan, otros bailan con extrañas contorsiones, otros tocan panderos, flautas, caracoles, bocinas y retorcidas trompas; otros encantan y fascinan serpientes enormes que se enroscan al cuerpo, y otros fingen herirse con puñales y alfanjes.)

MÚSICA.

CORO DE FAQUIRES.

Beso amoroso
Nara te dió,
Y el universo
Luego nació.
¡Oh Nari bella!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

(Entra un coro de vírgenes devadasis con amplias, largas y cándidas estolas. Traen muchas flores en tirsos, corimbos, canastillos y guirnaldas.)

DEVADASIS.

Dieron tus labios
Al campo olor,
Y luz tus ojos
Dieron al sol.
¡Oh Nari, oh Diosa!

Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

(Aparecen en larga fila los penitentes. En pos vienen más devadasis con dos aras portátiles. En la una va ardiendo el fuego sagrado; en la otra mana agua como de una fuente y cae en una taza.)

PENITENTES.

Nari es frescura,—Luz y calor.
De Nari el fuego—Y el agua son.
¡Oh, Nari bella,—Virgen de amor,
Tú eres la madre—De la creación!

(Entra por último nuevo coro de devadasis con palmas y ramos de laurel y de mirto. Algunas traen antorchas, otras turíbulos, con los cuales echan humo de incienso á la diosa Nari, cuya estatua llevan en andas. La bella *Sita* se mostrará en la procesión al frente de la estatua de la diosa. *Sita* estará vestida de blanco con suma sencillez patriarcal. La falda, abierta por los lados para que deje libre y descubierta la pierna, y el cuerpo mismo más defendido por la inocencia del alma que por la vestidura. Casi es inútil advertir que la actriz que represente á *Sita* ha de aparecer lo más bonita, joven y candorosa que ella pueda y sepa.)

SITA.

Una emoción dulcísima
Incítame á querer
La pompa y la hermosura
Que miro por do quier.
Amo la aurora fúlgida,
La delicada flor,
De estrellas, sol y luna
El vivo resplandor.

Mas tú, Nari, creaste
Cuanta hermosura ví:
Los suspiros del alma
Deben posarse en tí.

CORO Y SITA.

¡Oh Nari! ¡Oh diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

(Mientras cantan Sita y el coro, las devadasis ofrecerán las flores y los ramos y palmas á la imagen, harán genuflexiones y reverencias, agitarán los turíbulos y echarán incienso. Podrán introducirse, á par de estas devadasis de largas ropas, cuya danza será reposada y solemne, algunas bayaderas con trajes cortos que bailen con animación más profana. Durante el baile habrán llegado también varios brahmines con túnicas amplias y rozagantes. Entre ellos, como jefe, el sabio Casyapa, de luenga y blanca barba y con vara de marfil en la mano. Cesa la música.)

CASYAPA.

Sabed ¡oh muy amados!
Que acerca del destino de mi Sita
Los oráculos tengo consultados;
Y la diosa me excita
Á que Zeyn la lleve á la morada
Donde, por sus virtudes celestiales,
Á ser está llamada
Emperatriz de genios inmortales.
Y aunque el joven Zeyn, que se la lleva,
Con ella está sujeto
Á una terrible prueba,

Yo que saldrán airosos me prometo.
Por el favor divino todo es llano,
Y á fin de que se alcance
Este favor divino,
Daré á Zeyn, con arte sobrehumano,
La virtud que le libre de un percance
Mientras vaya con Sita de camino.

(Vuelven la música y el baile. Una de las principales devadasis se llega al ara en que está el agua: llena un vaso en la fuente, y va luego á *Zeyn*; hace tres círculos y otras tantas genuflexiones en torno de él, llevando el vaso levantado y vertiendo agua sobre su cabeza. Canta:)

DEVADASI 1.ª

Que en virtud del agua clara
Lave Nari y limpie Nara
De todo anhelo violento
Tu vehemente corazón.

CORO.

Que le llene el sentimiento
De una pura devoción.

(Otra devadasi principal va al ara donde está el fuego sagrado: enciende en él una antorcha; hace las tres genuflexiones y círculos en torno de *Zeyn*, y pasándole en seguida el fuego cerca de los labios, como si se los quemase, canta:)

DEVADASI 2.ª

Que purifique tu boca
Este fuego que la toca,
Para que nunca profiera
Amante declaración.

CORO.

Que mejor la muerte quiera
Que tan gran profanación.

(Casyapa se acerca á *Zeyn*. Hace los círculos y genuflexiones con gran prosopopeya. Moja el extremo de la varita que lleva en la diestra en un tarro de pomada que lleva en la siniestra, unta á *Zeyn* los párpados y canta:)

Que este sacro linimento
Impida que en tu mirada
Destelle la llamarada
De una terrena pasión.

CORO.

Muestre sólo el sentimiento
De la pura devoción.

(Se adelanta Sita, por último. Hace también sus tres círculos y genuflexiones, y ciñendo á la cintura de *Zeyn* un misterioso cíngulo, canta:)

SITA.

Que pureza columbina,
Y toda virtud celeste,
Ceñido al talle te preste
El bendito cinturón.

ZEYN.

La ceremonia divina
Da fuerza á mi corazón.
La inocencia y la hermosura
Que en tu seno veo lucir,

Sólo amistosa ternura
Deben al alma infundir.

CORO.

El rito augusto
Ya se cumplió,
Y al noble príncipe
Santificó.

(Termina la ceremonia.)

HABLADO.

ZEYN.

Con tan altas virtudes pertrechado,
Ya me siento mayor.
Fácil juzgo la empresa que he empezado.

MANTARA.

¡Admiro tu valor!

ZEYN.

(Á Mobarec.)

Tú á Bactra irás con la sin par Mantara;
Yo á Sita llevaré,
Según lo exige el genio y lo declara,
Solos ambos y á pie.
Toma, Sita, el espejo que tu pura
Cándida imagen copia:
Mírate en él, y cuida su hermosura
Que es de tu alma propia.

(Da á Sita el espejo.)

SITA.

Para seguirte estoy apercibida.
Señor, en tí confío.
Al destino sométese mi vida,
Al cielo mi albedrío.

CASYAPA.

Mis bendiciones recibid ahora.
(Extiende las manos sobre ambos peregrinos.)

ZEYN.

Gracias, santo varón.

MANTARA.

(Acercándose.)
¡Oh Casyapa!

CASYAPA.

¿Qué quiere esta señora?

MANTARA.

También tu bendición.
(Se la da imponiendo sus manos.)

MANTARA.

Con Mobarec y Barabar me voy.
Adiós, noble Zeyn.
Arduo es tu empeño, y temerosa estoy
De que tenga mal fin.

(Sita y Zeyn se van por un lado, y Mobarec, Mantara y Barabar por otro.)

MÚSICA.

CORO.

¡Oh, Nari! ¡Oh, diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creación.

ACTO TERCERO.

Bosque amenísimo. Es la hora del medio día, pero apenas penetran los rayos del sol por entre la frondosa enramada. Cantan los pájaros, suenan fuentes, cascadas y arroyuelos. Se oye música suave y amorosa. Sita duerme sobre un lecho de césped florido. Zeyn vela contemplándola. Se oyen voces de seres invisibles.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, SITA y voces de seres invisibles.

CORO.

Céfiro y flores
Hablan de amores.
El agua suena
Y dice: amad,
En esta amena
Esquividad.

VOZ Á LA DERECHA.

Los pájaros cantan con dulce gorjeo;
Perfuma el ambiente la flor;
La bóveda espesa de fresca verdura
Mitiga la lumbre del sol.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

Murmura la fuente durmiendo la niña:
¿Qué sabe la niña de amor,
Si hiere á mansalva su púdico seno,
Si toca en el alma su voz?

VOZ Á LA DERECHA.

Ya brota en el alma la célica llama,
Esencia ignorada del Dios;
Y el Dios, cual la aurora despierta las aves,
Despierta sencilla pasión.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

¡Ah, Sita! Tú duermes y forjas ahora
Soñada, divina ilusión:
Despierta, despierta, que el mundo te ofrece
Delicias, ventura mayor.

ZEYN.

Invisibles cantores,
Bien conocéis vosotros mi deseo.
Sita me inspira amores.
Imposible ya creo
Cumplir lo prometido.

Mi corazón la ama.
Si ella siente por mí la misma llama,
El lance está perdido:
Mas prefiero perder y ser amado
Á ganar desdeñado.
Cuán linda estás en tu tranquilo sueño,
¡Dulce bien, luz de amor, hermoso dueño!

La beldad que soñé
Al cabo miro en tí.
Tú eres la que yo amé
Con ciego frenesí.
Antes de verte
Yo te adoraba:
Por tí en la muerte
Sólo pensaba.

Ora que te veo,
Sita celestial,
De amante deseo
Objeto real,
Despierta, despierta:
Mi tierna pasión
Hoy llama á la puerta
De tu corazón.

HABLADO.

SITA. (Despertando.)

¿Me llamabas, amigo?

ZEYN.

No, Sita.

SITA.

Pues soñé que me llamabas.

ZEYN.

En el repuesto abrigo
De esta verde floresta
Reposo al cuerpo fatigado dabas
En las ardientes horas de la siesta;
Y yo en silencio tu dormir veía,
Que las aguas y el viento susurrando
Y las aves cantando
Arrullaban con mansa melodía.

SITA. (Con tristeza.)

El despertar me roba de la mente
Multitud de quimeras.

ZEYN.

¿Tan mala es la realidad presente
Que tú soñar prefieras?

SITA.

¡Ah! no, Zeyn. Ya sabes que me agrada
Peregrinar, vivir bajo tu amparo:
Mas pronto del preclaro
Zacubulú veremos la morada...

ZEYN.

Y tú reina de genios inmortales
Serás, y yo, infelice,
He de dejar de verte... (Pausa.)
Pues vengan sobre mí todos los males.
La promesa que hice
No he de cumplir, aunque me den la muerte.

SITA.

¿Qué está diciendo? ¡Cielos!

ZEYN.

Digo que yo me imaginé más fuerte,
De corazón más frío:
El amor y los celos
Los tiranos son ya del pecho mío.

SITA.

Tal vez un numen que tu mal desea,
Para hacerte caer en el pecado,
El sentimiento te infundió y la idea
Que tu labio ha expresado:
Flaqueza fugitiva
Que vencerá tu voluntad altiva.

ZEYN.

No fugitivo, sino eterno fuego
Mi corazón devora;

No hay más numen que turbe mi sosiego
Que la beldad de Sita encantadora.

SITA.

Considera que al Genio soberano
Que en tu lealtad confía
Faltando estás. ¿No temes de su mano
Una venganza impía?

ZEYN.

Yo sólo temo ya que me desdeñes
Y que no diga un sí tu fresca boca.

SITA.

Desvelado no sueñes
Con la esperanza loca
De ser rival y vencedor del numen.

ZEYN.

Ya lo entiendo. Á un mortal tú le prefieres.
¡Ay de los que presumen
Capaz el corazón de las mujeres
De amar como nosotros las amamos!

SITA.

Engáñaste, Zeyn. De nuestra vida
La esencia es el amor, y por él damos
Todo el bien á que el mundo nos convida
Ó que fuera del mundo imaginamos.

ZEYN.

Pues entonces será que no te inspiro
Ese amor... ¿No es verdad?

SITA.

Fingir no puedo
Ya, ni disimular... por tí suspiro...
Te amo: mas por tí mismo tengo miedo.

ZEYN.

Ya ni á los dioses en audacia cedo.
Vencidos tus desdenes,
Confesando tu boca purpurina
El amor que me tienes,
Mi humana condición haces divina.

MÚSICA.

ZEYN.

Deja que admire extático
Tu cándida hermosura.
Jamás mayor ventura
Los dioses pueden dar.

SITA.

Irresistible, enérgico
Brotó en el pecho mío
Amor que en vano ansío
Y lucho por callar.

LOS DOS.

Pronuncie el labio trémulo
De nuevo el sí anhelado,
Y luego al Genio airado
Sabré desafiar.

(Zeyn cae de rodillas á los pies de Sita, le toma las manos y se las besa. Un instante después se levanta y la estrecha entre sus brazos fervorosamente. En el momento se obscurece el aire como en la más profunda noche. Relámpagos deslumbradores. La selva parece que arde por todos cuatro costados. Truenos prolongadísimos y horribles.)

SITA.

Como Damayanti
Al príncipe Nal,
Zeyn, yo te amo
Del Genio á pesar.
Como Damayanti
Sabrá desdeñar
Á los dioses Sita,
Y á tí te amará.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,
Morir en tus brazos
Mi gloria será.

ZEYN.

No temo del Genio
La rabia infernal:
Con cielos y abismos
Me atrevo á luchar.

SITA.

Te amo.

ZEYN.

Te adoro.
Valor sin igual
Me prestas: de todo
Me siento capaz.

LOS DOS.

Como Damayanti
Y el príncipe Nal,
Mi alma y la tuya
Amándose están.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,
Morir en tus brazos
Mi gloria será.

(Se oye un ruido temeroso de armas. Aparecen de repente extraños y fantásticos bandidos, que se precipitan furiosos sobre *Zeyn* y su amada. *Zeyn* desnuda el acero y riñe valerosamente contra todos, defendiendo á Sita que guarda á sus espaldas. Durante el combate sigue la tempestad. Por último, cae herido *Zeyn*. Los bandidos se apoderan entonces de Sita y se la llevan con rapidez.)

ESCENA II.

Largo momento de calma y silencio. *Zeyn* solo y postrado en tierra.

ZEYN.

¡Genio desapiadado!
Pues me robas mi bien, morir anhelo.

Herido y afrentado
Y sin ella la muerte es mi consuelo.

(Dichas estas palabras, cae *Zeyn* como en un letargo. Se abre la tierra y baja por escotillón.)

ESCENA III.

La misma decoración de la sala del Tesoro en el acto segundo, salvo que el nicho grande, que antes estaba descubierto, está cubierto ahora con un velo muy tupido. Entran la Reina Budí, sus dos esclavas favoritas, Mobarec, Barabar y Mantara.

HABLADO.

BUDÍ.

Os he traído á este sitio,
Porque sé que en breve rato
Á Zeyn Zacubulú
Hará llegar á mis brazos.
Según el Genio me dice,
En sus últimos despachos,
No salió Zeyn airoso
Del empeño que contrajo;
Pero el Genio le perdona,
Que al fin es de genio blando,
Y con la novena estatua
Se allana á hacerle un regalo.
Ya debe de estar oculta
Detrás de ese velo mágico,
Que tan sólo de mi hijo
Puede descorrer la mano.

MANTARA. (Á Mobarec.)

Comprendo que en su propósito
Zeyn quedase burlado.
La continua convivencia
Y el constante íntimo trato,
Que facilita y promueve
Entre dos un viaje largo,
Á las más firmes y austeras...

MOBAREC.

¿Te arrepientes?

MANTARA.

Nada gano
Con arrepentirme ya;
Pero pensaré despacio
Si mi frustrada ambición
Y si mi afecto burlado,
Á falta de un rey, consuelo
Hallarán en un vasallo.

(Se oye un ruido subterráneo. Simultáneamente se estremecen los muros de la estancia, vacilan las estatuas en sus pedestales y parece que todo se va á hundir como en un gran terremoto.)

BARABAR.

¡Dioses, piedad! Nos hundimos.

MANTARA.

¡Qué horror!

BUDÍ.

¡Qué asombro!

MOBAREC.

¡Qué pasmo!

(*Zeyn* aparece filtrándose á través del muro. Todo vuelve á la serenidad y al reposo.)

ESCENA IV.

DICHOS y *ZEYN*.

MANTARA.

Aquí está *Zeyn*.

MOBAREC.

¡Señor!

BUDÍ.

¡Hijo! ¿Por dónde has entrado?

(*Zeyn* abraza á su madre y saluda tristemente á los demás.)

ZEYN.

Aquí los gnomos me traen
Por caminos subterráneos,
Con la rapidez eléctrica
Del terremoto y del rayo.
Mis heridas materiales
Ellos al punto curaron:
Mas la herida de mi alma
Me matará en breve plazo.

¡Ay, madre! El rey de los Genios
Fieramente se ha vengado.
Á la mujer de mis sueños
Me hizo buscar sin descanso:
La hallé, la amé, y el maldito
Mi dulce amor ha robado.

BUDÍ.

¡Hijo! Tal vez te consuele
Lo que el Genio te dé en cambio.

ZEYN.

Deme la muerte, y así
Me dejará consolado.

BUDÍ.

Te da la estatua novena
En cumplimiento del pacto.

ZEYN.

¿Me da la estatua? Pues voy
Al punto á hacerla pedazos.
La muerte luego yo mismo
Me daré.

(Ármase Zeyn de una clava ponderosa que habrá en un montón de armas. Se lanza hacia el nicho grande. Tira del velo y le descorre con la mano izquierda, mientras va á dar el golpe con la clava que lleva en la derecha. La bella Sita aparecerá en el nicho ya descubierto con el traje blanco de siempre, pero coronada de azahar, con velo de desposada y muchos diamantes, esmeraldas y rubíes. En la mano tendrá el espejo mágico.)

SITA.

¡Detente, ingrato!

(El nicho bajará lo bastante para que Sita pueda descender sin brinco y con la majestad debida. *Zeyn* tira al suelo la clava y estrecha á Sita entre sus brazos.)

ZEYN.

¡Prenda del alma!

SITA.

¡Rey mío!

SITA Y ZEYN.

¡Gracias, gracias, cielos santos!

BUDÍ.

Á tu excesiva soberbia,
Á tu orgullo sobrehumano
Zacubulú por castigo
Momentos dió muy amargos:
Mas ya el amor de tu alma
Quiere premiar, realizando
El ideal de hermosura,
Constante objeto, fin alto,
Á donde el vuelo encumbrabas,
Lo vulgar menospreciando.

ZEYN.

Mi ambición, mi bien, mi gloria,
Todo en Sita está cifrado.

MOBAREC.

¡Que viva Zacubulú!

MANTARA.

¡Vivan los enamorados
Esposos!

BUDÍ.

(Abrazando á Sita y á Zeyn.)

¡Vivan mis hijos
Felices y largos años!

(Zeyn, Sita, Mobarec y Mantara se dan las manos y cantan:)

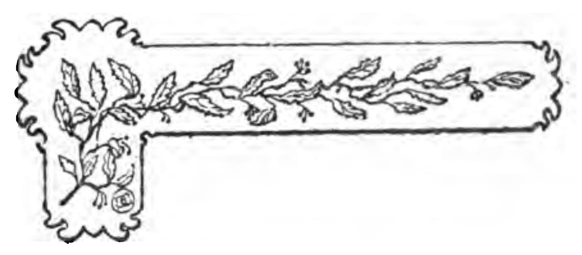
MÚSICA.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.

(Aparecen los gnomos, que son unos enanillos con luengas barbas, mandiles y martillos de herreros. Los gnomos deben estar representados por niños. Acuden las salamandras y las ondinas, espíritus elementales del fuego y del agua, y tejen una danza con los gnomos.)

CORO GENERAL.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.



NOTAS.

Quiere mi amigo D. Juan Valera que yo comente ó ilustre sus poesías, poniendo de manifiesto el sentido interno de algunas de ellas, y apuntando de paso el origen de los versos traducidos ó imitados, que en el presente libro se encuentran. La empresa tiene para mí tanto de grata como de dificultosa. La especial calidad de estos versos, que el docto prologuista de la primera edición calificó muy atinadamente de *poesía sabia*; la variedad de sus orígenes, derivada de la rarísima cultura del autor; el jugo de ideas y de doctrina que muchas de estas composiciones encierran; las alusiones históricas, mitológicas y geográficas que en otras abundan, harían el comentario de ellas, si con rigor se hiciese, no menos voluminoso que el de Herrera á Garcilaso, y exigirían en el comentador tanta copia de erudición, por lo menos, como la que mostraron Faría y Sousa anotando á Camöens, ó Salcedo Coronel á D. Luis de Góngora, ó Clemencín á Miguel de Cervantes. Para lo segundo me siento sin caudal y sin

fuerzas, y lo primero quiero evitarlo á todo trance, por no incurrir en el vicio de intolerable prolijidad, abultando un volumen ya harto grueso, en el cual es seguro que los lectores han de buscar los versos del Sr. Valera y dejar á un lado, con sobra de justicia, mis notas que, aun no siendo mías, tendrían forzosamente algo de la impertinencia que acompaña á todas las glosas y comentarios del mundo; trabajos estériles para el común de los doctos, y poco gratos al paladar de los ignorantes.

Por otro lado, el comentario mejor, el más profundo, el más sincero, el más elocuente, le ha hecho el autor mismo en la carta-dedicatoria que va al frente del libro, y que seguramente ha de ser leída con deleite y con asombro por los muchos apasionados de la prosa del Sr. Valera. En este documento, á mi entender admirable (y creo que la gratitud no me ciega en esto), el Sr. Valera nos expone sus ideas sobre el arte, nos declara cuál ha sido su ideal poético, nos confiesa con rara franqueza sus temores y desfallecimientos, y las razones que tiene, no obstante, para considerarse poeta, y hasta nos dice algo sobre el pensamiento y la traza del poema que en sus juveniles años meditó llevar á cabo, y cuyo primer canto es una de las joyas de esta colección con el título de *Aventuras de Cide-Yahye.*

Si á esta carta se agrega el prólogo que Don Antonio Alcalá Galiano puso á la primera edición de estos versos, en el cual prólogo, con toques magistrales, como de quien son, se interpretan algunas de estas poesías, y se ponen de realce sus peculiares excelencias, y se dis-

curre con alto sentido crítico sobre el género á que pertenecen y aun sobre los modelos predilectos del poeta, resultará hecho lo mejor del comentario, en el cual, por otra parte, se me veda toda alabanza, y también, por consecuencia forzosa, toda crítica, puesto que crítica laudatoria había de ser casi siempre la mía, siendo, como soy, discípulo del Sr. Valera, admirador ferviente de su estilo y secuaz de su manera y escuela poética, aunque con fuerzas muy desiguales é inferiores á las suyas.

Quizá estas mismas circunstancias, y el conocimiento que tengo de la índole y genialidad del autor, á quien estoy unido por tantos lazos de gratitud y de amistad, me hagan menos inepto que otro cualquiera para sentir y conocer ciertos primores de idea y de forma que se hallan en estos versos, y que quizá no resalten tanto á los ojos del vulgo como resaltan á los míos, después de haber leído repetidas veces las poesías del Sr. Valera, y conservarlas, años hace, en lugar muy privilegiado de la memoria. Por eso me lisonjeo de que yo acertaría con pequeño esfuerzo á quilatar y poner en su punto las bellezas de la poesía del Sr. Valera, que, por no ser de las que á primera vista deslumbran más los ojos, no han sido tasadas hasta el presente en su justo valor, aunque esperamos que han de serlo ahora, gracias al progreso que en España han hecho las ideas críticas, tan remotas hoy del punto en que se hallaban en 1856, fecha de la primera edición de este libro.

El Sr. Valera tuvo como poeta la desgracia de llegar demasiado pronto, de adelantarse á

la época en que comenzó á florecer; por lo cual, si es verdad que agradó á algunos pocos y selectos jueces (1) que supieron entender y gustar las novedades que el libro traía, halló, en cambio, cierta frialdad en la masa del público, que aún seguía las corrientes románticas, y también en el ánimo de los críticos, enamorados con exceso de las formas oratorias de la oda académica.

Desde entonces el gusto ha ido cambiando, hasta ser hoy de todo punto diverso. La poesía romántica está tan muerta y olvidada como el clasicismo del siglo pasado. No hay escuelas poéticas, ni nada que se parezca á disciplina tradicional ó á rigidez dogmática. El genio individual ha conquistado su autonomía en el campo de la poesía lírica, que ofrece hoy en España, como en todas partes, la variedad más rica y amena, reflejando todos los matices de la idea y del sentimiento. Los modelos más heterogéneos obran simultánea ó alternativamente en la educación de nuestros poetas. Ninguno es desdeñado, ni los del Norte ni los del Mediodía, pero ninguno alcanza tampoco perdurable y absoluto dominio. Hoy Heine ó Alfredo de Musset, ayer Byrón ó Víctor Hugo; un día los neo-clásicos italianos, otro los parnasistas franceses. Unos hacen gala de llevar á la lírica algo de los procedimientos del

(1) Entre ellos hay que contar á los Sres. Cánovas del Castillo y Fernández-Guerra (D. Aureliano), que publicaron juicios encomiásticos de la primera edición, y también al poeta sevillano D. Narciso Campillo, que felicitó á nuestro autor con una brillante epístola inserta en sus *Nuevas Poesías*.

moderno *naturalismo*, y escriben con llaneza no superior á la de la prosa; otros conservan el culto del lenguaje poético, y procuran enriquecerle más y más con felices innovaciones y adaptaciones. En tal discordia y contrariedad de pareceres, de aficiones, de gustos, de teorías estéticas y hasta de teorías de estilo, justo es que se alce también la voz del Sr. Valera, á quien, como poeta, muy pocos españoles conocen, y que, sin embargo, tiene su nota lírica, propia, original y característica, y ofrece, además, en su libro una copiosa y variada antología de poesías insignes y famosas de grandes ingenios extranjeros, con la mayor parte de los cuales no había tenido hasta ahora la Musa castellana trato ni comunicación de ninguna especie.

Bastaría la singularidad del contenido de este libro, para que en él se fijase la atención de todo lector curioso y amante de la belleza artística, puesto que en él aparecen, mezcladas en agradable confusión, joyas peregrinas de las dos lenguas clásicas, y de la alemana, y de la inglesa, y hasta de la arábiga y de la indostánica, traídas todas á nuestro idioma con el más exquisito primor y elegancia. Por otra parte, aunque el autor, en su modestia, afirme que si bien «ha consultado á los filósofos y leído lo que dicen, y meditado y pensado por sí, nada ha sacado muy en claro, y se encuentra á estas horas *sin Metafísica,*» es lo cierto, y debemos decirlo los demás, que pocos, muy pocos merecen en España con tanta razón como él el noble calificativo de pensadores, y que pocos, ó ninguno, tienen y alcanzan por fuerzas

propias tan gran número de ideas metafísicas como las que él ha alcanzado y madurado en su entendimiento, sin necesidad de dogmatizar á obscuras, ni de presentarse como *hierofante* y revelador, ó como personaje de especie más sublime que la del resto de los mortales, sino filosofando al aire libre, con una amenidad comunicativa y un halago que de ningún modo dañan á la transcendencia del pensamiento, el cual fluye limpio y sereno, sin tristes cavilosidades ni espinas y arideces propias de los que creen que la ciencia está irrevocablemente reñida con la delectación. Si el Sr. Valera publicase juntos en un volumen, como yo de todo corazón se lo suplico, los artículos que tiene escritos bajo el rótulo de *Metafísica á la ligera*, no sé yo cuántos españoles de este siglo podrían pasar por más filósofos que el Sr. Valera, en aquella filosofía que se saca de las reconditeces del espíritu propio, no en la que se elabora zurciendo trozos de Kant, Hegel ó Krause, de Santo Tomás, Sanseverino ó Prisco.

Siendo, pues, el Sr. Valera erudito y pensador, y siendo una y otra cosa en grado eminente y rarísimo, tan eminente y tan raro que quizá tenga el defecto de corresponder á un estado de cultura más adelantado que el nuestro, es forzoso que estas cualidades hayan transcendido á su poesía, *informándola* (como decían hermosamente los filósofos escolásticos), esto es, dándole alma y vida y muy original carácter. Hay, por consiguiente, en los versos del Sr. Valera, aunque en cifra y de un modo indirecto y simbólico, como conviene al arte, una verdadera doctrina filosófica, ó por

lo menos los principios y fundamentos de ésta, mediante los cuales el autor razona sus propios afectos é interpreta el espectáculo de las cosas creadas. Es, pues, la poesía del Sr. Valera poesía *reflexiva*, erudita, sabia y llena de intenciones, todo lo cual dificulta ó alarga la tarea del comentario. Y como el tiempo apremia, y no es cosa de detener más este tomo, que debiera estar en la calle hace muchos meses, el comentario se quedará por esta vez sin hacer (lo cual no es pérdida grande), y habrán de contentarse los lectores con unas breves y menguadas notas, bastantes á probar que en esta colección de versos hay más jugo y substancia de lo que parece, porque su autor sabe lo que se dice, y canta lo que siente y lo que piensa, al revés de la mayor parte de los que hacen ó hacemos versos en España.

EN EL ÁLBUM DE MARÍA.

En la tercera estrofa de esta linda y juvenil composición, hay una evidente reminiscencia de Góngora:

El dedo colocado
Sobre la dulce boca, adormeciendo
El velador cuidado
....

trae, en seguida, á la memoria aquella hermosa canción:

Dormid, copia gentil de amantes bellos...
....
Dormid, que el Dios alado,

De nuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca
Os vela el sueño...

Es quizá el único remedo de los versos del antiguo poeta de Córdoba, en los versos de este otro poeta cordobés, tan desemejante de él en todo, como no sea en la lozanía del lenguaje.

LA MAGA DE MIS SUEÑOS.

En esta composición, de fecha tan lejana (1842), comienza á descubrirse el singular parentesco que existe entre la inspiración lírica de nuestro autor y la de Leopardi, á quien de seguro no había leído entonces. Compárese (por no citar otras) la canción *Alla sua donna* con la presente, y saltará á los ojos un aire de familia, que no nace de imitación directa, sino de identidad de sentimientos:

Cara beltá che amore
Lunge m' inspiri o nascondendo il viso,
Fuor se nel sonno il core
Ombra diva mi scuoti,
O ne' campi ove splenda
Più vago il giorno e di natura il riso;
Forse tu l' innocente,
Secol beasti che dall oro ha nome,
Or leve intra la gente
Anima voli ¿o te la sorte avara
Ch' a noi t' asconde, agli avvenir prepara?
. . . .
Se dell' eterne idee
L' una sei tu, cui di sensibil forma
Sdegni l' eterno senno esser vestita,
E fra caduche spoglie
Provar gli afanni di funerea vita;

O s' altra terra ne' superni giri
Fra' mondi innumerabili t' accoglie,
E più vaga del sol prossima stella
T' irraggia, e più benigno etere spiri,
Di qua dove son gli anni infausti e brevi,
Questo d' ignoto amante inno ricevi.

Por estas y otras semejanzas evidentes, afirmó con razón D. Antonio Alcalá Galiano, en el prólogo de estas poesías, que el autor podía llamarse condiscípulo, aunque no copista, de Leopardi, cuyas obras dió á conocer en España el Sr. Valera bastantes años después, mostrando al juzgarlas profundísima penetración del espíritu del poeta y del encadenamiento de sus ideas filosóficas; todo lo cual ha sido letra muerta para la mayor parte de los críticos de España y de otras partes, los cuales no han sabido pasar de las primeras páginas del libro, es decir, de las canciones *A Italia* ó *Al monumento de Dante*, que son, en medio de sus pompas y esplendores de dicción, lo más académico, lo menos íntimo, lo menos profundo y lo menos *leopardesco* de todo Leopardi.

EN LA ÉGLOGA IV DE VIRGILIO.

Esta composición, como su título mismo lo indica, está tejida de imitaciones del *Sicelides Musae:*

Ultima Cumaei venit jam carminis aetas,
Magnus ab integro saeclorum nascitur ordo.
Iam redit et virgo: redeunt saturnia regna...
At tibi prima, puer, nullo munuscula cultu...
Molli paulatim flavescet campus arista,

Incultisque rubens pendebit sentibus uva
Et durae quercus sudabunt roscida mella,

. . . .

Ipsae lacte domum referent distenta capellae
Ubera; nec magnos metuent armenta leones.

El poeta á quien comentamos ha admitido la idea dominante en los apologistas cristianos desde los primeros siglos, apuntada ya por Lactancio en sus *Instituciones Divinas*, de considerar esta égloga IV virgiliana, no como una mera composición gratulatoria por el nacimiento del hijo de Polión (para lo cual parece demasiado hiperbólica y pomposa), sino como un vaticinio de la próxima venida del Redentor del mundo, anunciado en las profecías de las Sibilas. Es indudable que en los años que precedieron al mayor acontecimiento de la historia, había en todos los espíritus generosos y excelsos un vago presentimiento de alguna grande y transcendental renovación, que había de purificar y regenerar el mundo. La *ocasión* de la égloga virgiliana pudo ser el regocijo doméstico de la casa de Polión; pero en el fondo del alma del poeta palpitaba mayor sentimiento, y le hacía, de una manera casi inconsciente, intérprete de las grandes esperanzas humanas en aquella ocasión crítica y solemne. No tuvo Virgilio espíritu profético, en el sentido que la teología da á esta frase, pero por algo llamó la antigüedad *vates* á sus poetas, y tenía, además, el mantuano una tradición obscura, pero respetada, que le dió materiales para su horóscopo, documento sublime de la expectación que sobrecogió al mundo pacificado por Roma, en los días inmediatos al

cumplimiento de las profecías de los *videntes* hebreos. *Todas las miradas se volvían hacia Oriente*, dice José de Maistre.

Sobre el uso que la Edad Media hizo de esta égloga, nos remitimos al libro de Domingo Comparetti, *Virgilio nel medioevo*, uno de los trabajos más monumentales de la erudición moderna.

Á LUCÍA.

En esta serie de composiciones eróticas, que deben contarse, sin duda, entre las más bellas del autor, desarrolla y expone éste por modo poético su concepción del amor y de la hermosura, idéntica en el fondo á la de la escuela platónica, ya se la considere en el *Fedro* y en el *Symposio*, del maestro; ya en las *Eneadas*, de Plotino; ya en el *Convite*, de Marsilio Ficino; ya en los *Diálogos de amor*, de León Hebreo. Esta doctrina ha tenido la virtud, no sólo de inspirar sistemas de metafísica y de estética, sino de inflamar y despertar el estro de muchos poetas de la Edad Media y del Renacimiento y aun de tiempos más modernos, comenzando por Dante y Petrarca, continuando por Ausias March, Camõens y Herrera y terminando por Leopardi, el cual ha dado á la concepción platónica un sentido más alto, enlazándola con sus ideas acerca del dolor y del mal, las cuales vienen á constituir una filosofía pesimista de la voluntad, generalizada y objetivada en términos análogos á los de Schopenauer.

El platonismo erótico es el alma de los versos amatorios del Sr. Valera, especialmente de

estas canciones *A Lucía*, compuestas en Nápoles bajo la influencia evidente de los grandes maestros italianos. El soneto

Del tierno pecho aquel amor nacido,

no disonaría entre los mejores del *Cancionero* del Petrarca, y aquella *cuarta esfera* es como la marca ó el cuño de fábrica. Las dos canciones también son petrarquescas, pero no en el sentido de imitación servil, que no cabe en la índole del poeta, sino en el sentido en que lo son las de Leopardi, es decir, moviéndose en una esfera de luz ideal, semejante á la del Petrarca, por más que esta luz emane de otro foco que la del antiguo poeta. El fondo de las ideas pertenece evidentemente á la filosofía platónica, aunque vaya mezclado con algo más mundano. El amor que el poeta siente es «sed de un deleite del cielo,»

Que el alma acaso percibió en su vuelo,
Antes que forma terrenal vistiera.

Así se explica la generación del amor en el *Fedro*. El alma, mediante la *reminiscencia*, al contemplar la hermosura terrena, recuerda aquella soberana é inmaculada hermosura que antes percibió en otros mundos. Y al contemplarla, le nacen al espíritu alas, como enseña Platón y nuestro poeta repite:

.... y de ligera
Luz á mi corazón brotaron alas,
Para que en pos de su ilusión corriera.

Este amor es deseo de hermosura, la cual

se manifiesta en la admirable ordenación de las cosas creadas,

Símbolo y forma del pensar divino,

trasunto de la belleza suprema é incógnita, y escala por la cual el espíritu va elevándose á la contemplación de la increada belleza, procediendo por grados, de los hermosos cuerpos á las hermosas almas, de éstas á las ideas puras, hasta llegar á la idea simplicísima de belleza, que es eterna, inmutable, absoluta, no sujeta á decrecimiento ni á mudanza. Pero antes de llegar á esta idea pura, inmóvil y bienaventurada, peregrina el espíritu largamente por las cosas perecederas y caducas, deteniéndose y absorbiéndose á veces demasiadamente en ellas, de donde resulta el amor profano, que se distingue del amor místico por razón de su objeto, pero no por razón de la tendencia ó impulso inicial, que en uno y en otro caso guía al alma enamorada. Lo que sucede es que el alma suele detenerse ó distraerse en el camino, como acontece á la mayor parte de los platónicos de afición, y le aconteció también á nuestro poeta, según testifican estas dos canciones suyas, tan tersas y tan gentiles, que, en su género, no temen la competencia con otras algunas de nuestro Parnaso, ni por lo delicado y exquisito de los conceptos, que jamás degeneran en pueril y enfadoso metafisiqueo, ni por el primor aristocrático de la forma.

La idea de la *reminiscencia* reaparece con frecuencia en estas canciones:

Un recuerdo lejano
De otra esfera quizás ó de otra vida.

....

Te reconocí, exclama el poeta en otra ocasión, y aun no duda en añadir como el más fervoroso discípulo de Plotino:

En un mundo mejor ambas se amaron.

Todo lo cual debe tomarse por mera fantasía poética ó por un modo sutil é ingenioso de insinuarse en el ánimo de la dama á quien los versos se dirigen, puesto que, aun siendo bella y poética la doctrina de la reminiscencia, riñe de todo en todo con los principios de la sólida filosofía. Sin duda nuestro autor tendría puestos los ojos y la afición en aquel hermoso pasaje del *Fedro*, en que el más grande de los discípulos de Sócrates nos enseña que sólo el conocimiento de la filosofía restituye al hombre sus alas y le hace recordar las ideas *que en otro tiempo vió*, y despreciar las cosas que decimos *que son*, y volver los ojos á las que *realmente son*. Toda alma de hombre (añade Platón) ha contemplado en otro tiempo la verdad; pero el recordarla no es para todos, ó porque la vieron breve tiempo, ó porque al descender á la tierra tuvieron la desdicha de perder la memoria de las cosas sagradas. Pocos quedan que las recuerden; pero estos pocos, cuando ven algún simulacro de ellas en este bajo mundo, salen de su seso, y ellos mismos no se dan cuenta de la razón, acertando solamente á vislumbrar entre obscuras nubes aquella nítida hermosura que en otro tiempo vieron resplan-

decer al lado de Jove y de los otros dioses. El que no está iniciado en estos misterios, váse como un cuadrúpedo tras del deleite; pero quien está iniciado y ha contemplado en otro tiempo las ideas, en viendo un cuerpo hermoso siente al principio una especie de terror sagrado; luego le contempla más y le venera como á un dios, y, si no temiera ser tenido por loco, levantaría á su amor una estatua. Experimenta un ardor insólito, y, bebiendo por los ojos el influjo de la belleza, comienzan á brotarle las alas y siente extraño prurito y dolor, como los niños en las encías cuando empiezan á brotarles los dientes.

Todo esto, hasta lo de las alas, se repite en los versos amatorios del Sr. Valera. El cual reproduce también aquella idea, eminentemente plotiniana, de considerar la naturaleza como el espejo de la propia fórmula ó idea de hermosura que lleva innata el alma:

Mas cual en terso espejo cristalino
Me mostraba do quier naturaleza
Mi propio corazón, tierno y ufano,
. . . .
Y *de mi propio amor y su hermosura*
Enamoréme, enamorado de ellas.

Es idea que el gran maestro de la escuela de Alejandría desarrolla de un modo profundo y admirable en el libro VI de su primera *Eneada*. Según Plotino, la belleza se funda en semejanza, y por participación de nuestra belleza decimos que las otras cosas son bellas. Como el alma es cosa excelentísima, se alegra cada vez que encuentra algún vestigio de sí propia,

y mediante la fórmula de hermosura que ella posee, reconoce en los cuerpos la hermosura, que sería la *idea* misma si se la abstrajese de la materia. El alma, pues, contemplando la forma que en los cuerpos vence y subyuga á la informe materia, y congregando la belleza dispersa en el mundo, la refiere á sí misma y á la forma individual que posee, y la hace consonante, y amistosa, y armónica con esta forma íntima. Las armonías de la voz son producidas por otras armonías latentes en el alma, y hacen que ésta perciba su propia naturaleza reflejada en las cosas. El Sr. Valera, abundando en las mismas ideas de Plotino, repite al fin de su primera canción, dirigiéndose á la señora de su voluntad:

De tu misma hermosura te enamora,
Que aquí en el alma retratada llevo.

Ausias March, uno de los más grandes entre los amadores platónicos y petrarquistas, había vislumbrado la misma verdad sin conocer á Plotino. Daba por razón de su amor el encontrar en su propia alma gran parte del alma de su señora:

Per molta part de vos qui trob *en mi*;

y enseñaba que el amor vale cuanto vale el amador, así como el sonido es según el órgano que le produce.

En los últimos versos de la canción segunda del Sr. Valera, parece sentirse como un eco lejano de Leopardi en su estupenda elegía *Aspasia*:

.... Non cape in quelle
Anguste fronti ugual concetto...
.... Che se più molli
E più tenui le membra, essa la mente
Men capace e men forte anco riceve.

EL AMOR.

Variaciones sobre el mismo tema platónico. La mayor parte de las ideas de este fragmento proceden del *Convite* ó *Symposio*, en aquel divino pasaje en que Sócrates expone á los comensales del poeta trágico Agathón la enseñanza que recibió de una forastera de Mantinea llamada Diótima, gran maestra en purificaciones y exorcismos. Pero también otras ideas de las expuestas por los convidados de Agathón encuentran eco en la poesía del Sr. Valera, el cual, siguiendo á Pausanias, establece la distinción de la Venus Urania ó celeste y de la popular ó *demótica*, á cuya distinción responde la de dos distintos géneros de amores.

EL POETA Y EL AMOR.

En este diálogo hay ideas de Plotino: «Quien no abrace más que las formas corporales, vivirá siempre entre tinieblas y fantasmas. Busquemos nuestra dulce patria, la fuente de donde procedemos. No habemos menester ni caballos ni naves para este viaje, sino cerrar los ojos corporales y abrir aquéllos otros que todos los hombres poseen, aunque muy pocos los usen.»

SUEÑOS.

Composición bellísima, llena de fantasía y de pasión reconcentrada, bastante por sí sola para dar fama á un poeta. La idea contenida en estos versos:

> Pero Amor logra más, á más se atreve,
> Y combate con Dios, y de Dios triunfa,

es frecuente en los platónicos cristianos, especialmente en los místicos, y la expone con gran vigor de frase el P. Cristóbal de Fonseca en su *Tratado del amor de Dios*: «El Amor entróse por esos cielos, y cogiendo á Dios, no flaco, sino fuerte; no en el trono de la Cruz, sino de su Majestad y gloria, luchó con él hasta baxarle del cielo, hasta quitarle la vida... Porque nadie es tan fuerte como el Amor, ni aun la muerte, porque puso el Amor la bandera en lo más alto de los homenajes de Dios.»

Es casi inútil advertir que en aquellos versos

> Y las antes recónditas estrellas
> ....

se refiere el poeta á aquel pasaje del *Purgatorio*, en que Dante, por una de esas adivinaciones propias del genio poético en su más alta esfera, coloca sobre el rostro de Catón la luz de una constelación incógnita aun cuando el gran poeta escribía, y conocida hoy con el nombre de *Cruz Austral* ó *Cruz del Sur*.

> Io mi posi a man destra, e posi mente
> All' altro polo, e vidi quattro stelle
> Non viste mai fuor che alle prime genti.

Goder pareva il ciel di lor fiammelle.
¡O settentrïonal vedovo sito,
Poichè privato sei di mirar quelle!
Com' io dal loro sguardo fui partito,
Un poco me volgendo all' altro polo,
Là onde il carro già era sparito,
Vidi presso di me un veglio solo
Degno di tanta reverenza in vista
Che più non dee á padre alcun figliuolo.
Lunga la barba e di pel bianco mista
Portava a' suoi capegli simigliante,
De' quai cadeva al petto doppia lista.
Li raggi delle quattro luci sante
Fregiavan si la sua faccia di lume,
Ch' io il vedea come il sol fosse davante.
. . . .
Or ti piacia gradir la sua venuta:
Libertá vá cercando, che é si cara
Come sa chi per lei vita rifiuta.
Tu il sai, che non ti fu per lei amara
In Utica la morte...

AMOR DEL CIELO.

Nuevas reminiscencias de Platón y de Plotino. «La Venus celeste, nacida de Saturno, esto es, del entendimiento, es tan pura, inviolable y permanente como él, y ni quiere ni puede bajar á este mundo, porque es de tal naturaleza, que jamás se mueve hacia lo inferior: substancia separada y esencia que en ningún modo participa de la materia.» (Libro V de la tercera *Eneada*.) La picaresca composición de nuestro vate, puede pasar por parodia ó por maligno comentario de esta doctrina.

Á MALVINA.

En estos versos, dedicados (como de su contexto se infiere) á una de las hijas del Duque de Rivas, hay alusiones á varios poemas de su padre. Sucesivamente se la compara con la Kerima de *El Moro Expósito*, con la Leonor del *Don Alvaro*, con la Zora de *El Desengaño en un sueño*. La historia de Harú y Manú, á que se alude después, es un mito persa, contenido en el *Shah Nameh* de Firdussi. Y el mago *Suleimán*, que más abajo se menciona, no es otro que el sabio rey Salomón, á quien los orientales, especialmente los árabes, atribuyen mil conocimientos peregrinos, además de los que la Escritura le concede, suponiendo, entre otras cosas, que tenía á sus órdenes los vientos, y podía ser trasladado por ellos en breve espacio de un lugar á otro; que entendía el canto de las aves, el susurro de los insectos y el rugir de las fieras; que veía á enormes distancias; que le obedecían sumisos los leones y las águilas; que poseía incalculables tesoros, y un sello, mediante el cual conocía lo pasado y lo porvenir, y dictaba sus órdenes á los genios, para que le construyesen templos y alcázares, etc., etc. Verdad es que de poco le sirvió tanta prosperidad y tanta ciencia, porque, habiéndose dejado arrastrar del orgullo, le reprobó Allah, y tuvo Salomón que peregrinar cuarenta días, demandando su sustento de puerta en puerta, mientras que los genios, libres ya de la servidumbre en que los tenía, se apoderaron de su sello, y, penetrando en su palacio,

forzaron á todas sus esclavas. Esto y otras mil cosas estupendas se refieren en varios libros árabes y aljamiados, v. gr., en el *Recontamiento de Suleimán*, que ha impreso é ilustrado con su habitual erudición el Sr. Guillén Robles en el primer tomo de sus *Leyendas Moriscas*.

EL FUEGO DIVINO.

Esta composición es, á mi entender, la más perfecta del Sr. Valera. Por la limpieza y serenidad del estilo, y hasta por el corte métrico, pertenece á la escuela de Fr. Luis de León; pero el fondo de las ideas es enteramente moderno, si bien con cierto tinte místico. Parécenos que el autor se ha inspirado muy de cerca en el famoso y elocuente libro de Herder, *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*. Sostiene Herder que la superioridad de unas formas de existencia sobre otras depende de la posesión más ó menos completa de aquellas propiedades, por medio de las cuales se expresa algo que luego con mayor perfección ha de mostrarse en el hombre, centro de la creación terrestre, que él domina en virtud del *principio divino* que posee y que le hace apto para el razonamiento, para el ejercicio del arte, para ser libre, para dilatarse sobre la superficie de la tierra, para la humanidad, para la religión, para la inmortalidad. Herder concibe el espíritu como un poder orgánico, pero no le identifica con el organismo ni con la función. La concepción de nuestro poeta es idéntica á la de Herder. Para uno y otro, ese llamado *fuego divino* es el principio que fecunda y anima la materia

orgánica; es una fuerza originalmente análoga (según Herder) á las fuerzas de la materia, á las propiedades de la irritabilidad, del movimiento, de la vida, pero muy superior á ellas porque obra en esfera más alta, en organizaciones más complejas y delicadas. «De las profundidades del sér (escribe el pensador germánico) nace un elemento inexcrutable en su esencia, activo en sus manifestaciones, imperfectamente llamado luz, éter, calor vital, y que es probablemente el *sensorium* del Creador: esta corriente de *fuego divino* circula á través de millones y millones de órganos, depurándose cada vez más, hasta que alcanza en la naturaleza humana el grado de pureza más alto á que puede aspirar un «idealismo terrestre.»

No es del caso impugnar esta concepción semi-panteística. Por el momento basta que sea poética, y que nuestro autor haya sabido encontrar y expresar hermosamente esta poesía.

ÚLTIMO ADIÓS.

Los primeros versos de esta elegía (verdadera joya de sentimiento y delicadeza), traen en seguida á la memoria el principio del canto VIII del *Purgatorio* dantesco:

Era giá l' ora che volge il desio
Ai naviganti, e intenerisce il core
Lo di ch' han detto ai dolci amici addio.
E che lo novo peregrin d' amore
Punge, se ode squilla di lontano,
Che paia il giorno pianger che si muore.

LA VELADA DE VENUS.

Valentísima imitación parafrástica del *Pervigilium Veneris*, obra de incierto autor latino, y aun de época incierta, si bien no parece posterior al siglo tercero. Está compuesta en un ritmo trocáico de carácter popular:

Cras amet qui nunquam amavit
Quique amavit, cras amet:
Vere novo jam canendum:
Ver renatus nobis est.
. . . .

El *Pervigilium* ha sido atribuído, con poco fundamento á algunos de los más famosos poetas de la antigüedad, entre ellos al mismo Virgilio. Otros se inclinan á suponerle composición de la época de Adriano, y le dan por autor al poeta Floro, autor de una improvisación en metro análogo al del *Pervigilium:*

Ego nolo Caesar esse,
Ambulare per britannos.
. . . .

Otros aún le traen á época más moderna, y realmente la latinidad no es del siglo de oro. Tampoco, en cuanto al destino primitivo de esta poesía, hay conformidad en los humanistas, puesto que mientras unos le suponen compuesto para ser cantado en una fiesta religiosa (la velada de Venus), y le asignan, por consiguiente, un carácter sagrado y popular, otros le suponen inspiración individual y caprichosa de

un poeta que quizá haya aprovechado fragmentos de verdaderos himnos sacros, pero que los ha modificado profundamente, dándoles un carácter más subjetivo ó personal, lo cual se ve principalmente en los últimos versos, que por ningún concepto parece que cuadran en una poesía escrita para ser cantada en público.

Por otra parte, abundan en el *Pervigilium* imitaciones de Lucrecio, Catulo, etc., que denuncian más bien la mano de un retórico hábil que la de un verdadero poeta popular. De todos modos, el *Pervigilium*, además de ser muy curioso por el metro, es positivamente muy lindo, y la traducción (ó más bien paráfrasis) del Sr. Valera puede decirse que aventaja al original latino en grandeza y amplitud de formas y en arranque y potencia lírica.

EL PAJARILLO

(*Del Príncipe de Ipsilanti*).

Esta composición está traducida del griego moderno. De la misma lengua proceden las dos siguientes, que no se han insertado en el lugar que les correspondía, porque ni el traductor ni el comentador las tenían entonces á mano:

EL AMANTE HECHIZADO

(*Autor anónimo*).

Volad, pajarillos;
Id con Dios; partid;
Llevad mi recuerdo
Al bien que perdí.

Volad hacia Atenas,
Y, al llegar allí,
Entrad en su casa
Y lindo jardín,
Y del manzanico,
Florido y gentil,
Cantad en las ramas,
Que ella os pueda oir.
Diréis que á un perjuro
No debe sufrir;
No invoque mi nombre,
No llore por mí.
Esclavo de hechizos,
Esclavo caí,
Y esposa ya tengo
En este país.
Por una hechicera
Hechizado fuí.
Los ríos hechiza,
Y dejan de ir
A la mar sus ondas:
No pueden surgir
Las fuentes que sellan
Sus conjuros mil.
¿Cómo en mi barqu
Podré yo partir,
Si la mar se hiela
En torno de mí?
Renovó el encanto
Cuando quise huir,
Y de niebla obscura
Cercado me ví;
Ya nieve caía,
Ya lluvia sin fin.
El sol, si la deja,
Deja de lucir,
Y si vuelvo á ell
Brilla en el zenit

EL HUERTO DE LAS ROSAS

(*Autor anónimo*).

En el huerto al entrar de las rosas
¡Oh amada, oh bellísima Haideé!
Vine á ver donde tú te reposas,
Y en tí á Flora y al alba adoré.
Yo te imploro, mi bien, yo te amo;
Y al decirte tan dulce verdad,
Tu ira temo; temblando reclamo
Para mí tu amorosa piedad.
Si á la rama del árbol, natura
Le da frutos, aroma y calor,
En tus ojos el alma fulgura,
En tu cuerpo derrama esplendor,

Mas si amor me abandona, y no presta
Sus encantos al yermo pensil,
Dame luego cicuta funesta
Más fragante que rosa de abril.
Exprimiendo su horrible veneno,
Su amargura en la copa pondré;
Pero dulce ha de ser en mi seno,
Porque libre de tí moriré.
¡Cuán en balde pretendo, enemiga,
Que me salves de tanto dolor!
En tus brazos mi pena mitiga;
Dame, ingrata, la muerte ó tu amor.

Amazona que armada caminas,
Para tí combatir es vencer;
Con saetas me heriste divinas;
Á tus plantas me hiciste caer.
Moriré si en mi herida no empleas
Tu sonrisa, que sabe curar.
Esperanzas me distes... ¿deseas
Esperanzas en duelo trocar?

En el huerto entraré de las rosas,
¡Oh amada, oh falsísima Haideé!
Y tú ausente, y las flores hermosas
Ya marchitas, mi mal lloraré.

Esta última poesía ha sido puesta en verso inglés por lord Byrón.

TU RECUERDO.—AL SUEÑO.—EL HADA MELUSINA.

Entre los poetas alemanes de segundo orden, Manuel Gèibel es uno de los más beneméritos de nuestra literatura, como traductor felicísimo de muchos de nuestros romances. El Sr. Valera ha querido pagarle esta deuda, poniendo en verso castellano tres composiciones suyas.

EL ÁNGEL Y LA PRINCESA.

Juan Bautista de Almeida-Garrett, el más ilustre de los poetas portugueses de nuestro siglo, publicó en tres volúmenes un *Romancero*, recogido en parte de la tradición oral, aunque no con el rigor y la severidad científica que hoy se exige en este linaje de colecciones. El segundo y tercer tomo de la de Garrett contienen verdaderos romances populares más ó menos retocados por el colector; pero el primer volumen es todo de composición suya, tomando unas veces argumentos de las leyendas y cantos populares, y acudiendo otras á fuentes eruditas y extranjeras. Tal acontece con el presente romance, cuyo dato jamás ha sido popular en la Península ibérica ni en otra parte al-

guna que sepamos. El mismo Garrett confiesa ingenuamente que tomó su asunto de dos poemas, inglés el uno y francés el otro: *Los amores de los ángeles*, de Tomás Moore, y *La caída de un ángel*, de Lamartine. Uno y otro se habían inspirado en la antigua y errónea interpretación que algunas sectas judías y cristianas de los primeros siglos dieron á aquel pasaje del *Génesis* en que se habla de los amores de los *hijos de Dios* con las *hijas de los hombres*. De esta interpretación hay ya vestigios en el libro apócrifo de *Henoch*, y consiste en suponer que los *hijos de Dios* no eran los hijos ó descendientes de Seth, sino los propios ángeles que bajaron á la tierra, vencidos y avasallados por la hermosura de las hijas de los hombres, y prevaricaron con ellas.

ROMANCE DE LA HERMOSA CATALINA.

En la primera edición tuvo el Sr. Valera la humorada de llamar á este romance *traducción del portugués*. Es original, sin embargo, y demuestra la singular aptitud de su autor para asimilarse el gusto y estilo de las poesías más diversas. La presente puede rivalizar con las más ingeniosas falsificaciones de la poesía popular hechas por Garrett ó por Durán.

LA IGLESIA PERDIDA (*De Luis Uhland*).
LA HIJA DEL JOYERO.—EL PALADÍN HARALDO.

El autor de estas tres composiciones es harto conocido, para que parezca superfluo advertir que están traducidas del alemán, en cuya literatura romántica ocupa Uhland uno de

los primeros lugares, prefiriéndole algunos al mismo Tieck. Uhland es, por excelencia, el poeta legendario de Alemania; el cantor, á un tiempo brillante y melancólico, de los recuerdos de la Edad Media. Su poesía ofrece el contraste más profundo con la de Enrique Heine, que, sin embargo, habla de él con mucho elogio en su libro de la *Alemania*.

FIRDUSI.

Esta composición pertenece al *Romancero* de Enrique Heine, colección mucho menos conocida entre nosotros que su *Buch der Lieder* ó *Cancionero*, del cual poseemos dos tan apreciables traducciones debidas á los Sres. Llorente y Pérez Bonalde.

El hecho que sirve de base al poemita tan lindamente naturalizado por el Sr. Valera, parece histórico. El mismo Firdusi (autor del gran poema *Shah-Nameh* ó *Libro de los reyes*) se queja amargamente del malo y fraudulento pago que le dió el sultán Mahmud, de la dinastía de los Ghaznavidas. Los versos en que exhala sus quejas el poeta burlado, pueden leerse traducidos (probablemente de una versión inglesa) en el tomo de *Poesías árabes, persas y turcas* del conde de Noroña (París, 1833).

Firdusi es uno de los mayores poetas del mundo, no ya sólo de Persia. Su poema no tiene la poderosa unidad del *Ramayana* ó de la *Iliada*, ni pertenece tampoco á la poesía épica genuinamente popular y espontánea, como esas dos grandes epopeyas. Más bien que poema, el *Shah-Nameh* es una serie ó ciclo de

poemas que comprenden toda la vida histórica y fabulosa de la monarquía persa; una interminable crónica rimada, que esmaltan por donde quiera rasgos de genio. Firdusi había abrazado el mahometismo, pero en él, lo mismo que en otros poetas del Irán, esta religión no pasó más allá de la corteza. En el fondo de su alma se mantuvieron fieles, si no á las antiguas creencias, por lo menos al espíritu tradicional de su raza, el cual, próximo á apagarse, se manifestó en ellos con singular esplendidez y fuerza. De aquí los elementos genuinamente épicos que en tanta abundancia contiene el inmenso poema de Firdusi, á pesar de ser obra de erudición en gran parte, nacida después del triunfo del islamismo y de la extinción del culto de los adoradores del fuego. Enrique Heine caracteriza admirablemente el poema de Firdusi al principio de esta leyenda suya, cuya traducción es uno de los mayores triunfos del Sr. Valera.

LA OREJA DEL DIABLO.

El conocido hispanófilo Dr. Juan Fastenrath, de quien es el original alemán de este cuento estrambótico, hubo de tomar su asunto de un relato novelesco, en prosa, que los ciegos venden por las plazas. Su título es el mismo que el de la leyenda de Fastenrath, y la edición que tenemos á la vista es del año pasado de 1885. Hay otras muy anteriores, lo cual prueba la popularidad del cuento entre las gentes de condición humilde, que consumen este género de papeles desdeñados de los doc-

tos, por más que muchas veces se encierre en tan plebeya literatura la revelación de altos arcanos etnográficos é históricos. El presente cuento, aunque groseramente alterado y modernizado en la pésima versión que los ciegos expenden, parece ser de origen antiguo. El Dr. Fastenrath le ha mejorado mucho al ponerle en verso, suprimiendo más de las dos terceras partes de las ridículas peripecias contenidas en la relación vulgar á que aludimos, y á la cual no sería difícil encontrar similares en nuestras colecciones de cuentos y en las de otros países.

TROZOS DEL FAUSTO.

El Sr. Valera ha tenido siempre especial admiración por el gran poema de Goethe. En su juventud imitó el *Segundo Fausto*, cuando casi nadie le conocía entre nosotros. En su edad madura ha puesto en verso los trozos más líricos de la primera parte, trozos que van intercalados en la exacta versión en prosa publicada por los Sres. English y Gras. Aquí aparecen estos trozos sueltos y desligados del conjunto del poema, lo cual podría dificultar algo su inteligencia, á no ser tan conocida de todo linaje de lectores cultos la obra maestra de Goethe, obra maestra también del genio alemán, y aun de toda la poesía moderna. Ofrécense aquí, pues, el *Prólogo en el cielo*, la respuesta del espíritu á la evocación de Fausto, el coro de la Resurrección, el de los soldados y los campesinos bajo los tilos, el canto de los espíritus en el corredor, la escena de la taberna de Auerbach, los preparativos del remozamiento,

la balada del *Rey de Thule*, los versos que dice Margarita hilando al torno, la serenata de Mefistófeles y la solemne escena de la catedral y del *Dies irae*. Los trozos que el Sr. Valera traduce, á pesar de ser los de índole más lírica y menos dramática (exceptuando el último), forman juntos una especie de compendio del poema, que puede refrescar agradablemente la memoria de quien ya le conozca en su integridad. Si prescindimos de la balada del Rey de Thule (de la cual había varias traducciones, entre las cuales sobresale la de nuestro llorado maestro D. Manuel Milá y Fontanals), el presente ensayo de traducción poética del *Fausto* es el primero que recordamos haber visto impreso en nuestra lengua. Con alguna posterioridad, el insigne escritor valenciano, D. Teodoro Llorente, ha publicado una versión poética íntegra de la primera parte del *Fausto*, trabajo que tenía comenzado muchos años hace, y que ahora ha completado y retocado mucho.

FÁBULA DE EUFORIÓN.

No es traducción ni paráfrasis, sino imitación muy libre y remota del más bello episodio de la segunda parte del *Fausto*, mucho menos leída que la primera y tenida generalmente por inextricable y confusa en fuerza de su excesivo simbolismo. No lo juzga así el Sr. Valera, el cual hace muy ingeniosa defensa é interpretación de esta segunda parte en su estudio sobre el *Fausto*, que ha de aparecer en uno de los volúmenes sucesivos de esta colección de sus obras. Convenimos con nuestro

autor en que la segunda parte sólo puede parecer un logogrifo á espíritus ignorantes, perezosos y distraídos, ajenos del todo al mundo de ideas metafísicas, estéticas y científicas en que el espíritu de Goethe se movía. Pero también se nos concederá que el símbolo y la alegoría, por transparentes que sean, y por muy altas y transcendentales que parezcan las ideas á las cuales sirven de envoltura, traen siempre consigo un no sé qué de frialdad que es muy dañoso al arte, y que, limitándonos al caso presente, hará siempre que la segunda parte, no obstante las bellezas líricas y las profundidades metafísicas que contiene, parezca siempre inferior á la primera, y menos humana, y simpática, y deleitable que ella.

Por fortuna, el episodio de *Euforión* es quizá el trozo del segundo *Fausto* que más libre se halla de estos inconvenientes. El símbolo es claro y está al alcance de cualquier lector, y la ejecución artística es de una belleza insuperable. Del consorcio del genio de las razas germánicas, representado por el Doctor Fausto, y del genio de la raza griega, personificado en la hermosa aparición de Helena, á quien con mágicos conjuros atrae Fausto del reino de las sombras, nace el genio de la poesía moderna encarnado en *Euforión*, y sus rasgos concuerdan en general con los de Lord Byrón, cuya gloriosa muerte estaba muy fresca cuando Goethe escribía esta parte de su poema.

La idea de la evocación de Helena no pertenece originalmente á Goethe: estaba ya en el *Fausto* inglés de Marlowe; pero este poeta del Renacimiento no había acertado á sacar parti-

do de tan hermosa idea que compendiaba el espíritu del Renacimiento mismo. Sólo Goethe le dió el alcance y la transcendencia simbólica que ahora tiene, produciendo una creación tan filosófica y tan poética á un tiempo, que ya no se borrará de la memoria de los hombres, y será como el tipo y el ideal eterno y armónico de la nueva poesía.

Hay en el *Euforión* muchos rasgos, y no los peores, que pertenecen en toda propiedad al Sr. Valera, como puede ver el curioso que coteje esta *Fábula* con el episodio correspondiente de Goethe. Hay, también, imitaciones y reminiscencias de otros varios poetas, hábilmente fundidas con el tono general y dominante de la obra. Así, el bello coro en versos sáficos

Hijo sublime de la hermosa Helena...

no niega su parentesco con el himno de Hermes, que anda entre los atribuídos por la antigüedad á Homero, y que hoy mismo se imprimen al fin de sus poemas. Tengo para mí que no hay en castellano versos sáficos de carácter tan verdaderamente clásico como éstos del señor Valera.

Más adelante, en aquellos versos

Un tiempo de la cumbre que domina
El mar de Salamina,
Un rey miró, de presunción henchido...

reconocerá todo lector curioso una imitación manifiesta del famoso canto de las islas de Grecia en el *Don Juan* de Byrón, canto que yo mismo he parafraseado en otro tiempo.

EL PARAÍSO Y LA PERI.

Esperamos que el Sr. Valera llevará á término su antiguo proyecto de poner en lengua castellana todo el *Lalla Rook*, colección de cuentos orientales de Thomas Moore, ingenio maravilloso, todo color, brillantez y halago mundano, que transportó á las nieblas del Norte las pompas, aromas y misterios del Oriente, como si en él hubiese retoñado el espíritu de Hafiz, de Sadi ó de Firdussi. Cuatro son los cuentos en verso que forman el collar de perlas llamado *Lalla Rook*: *El Velado profeta del Khorassan*, *El Paraíso y la Peri*, *Los adoradores del fuego* y *La luz del Haram*.

Hasta ahora el Sr. Valera no ha traducido más que el segundo, menos épico que los restantes, pero lleno de gracia y de hermosura líricas. Para facilitar la inteligencia de este trozo de poesía, un tanto extraño á nuestras costumbres y habituales lecturas, nos ha parecido conveniente añadir algunas notas tomadas de las que acompañan al original inglés de Moore, á quien yo tengo por el tercero de los poetas británicos de su tiempo, después de Byrón y de Shelley.

I. En el lago de Cachemira existen muchas islas. La isla por excelencia á que el poeta alude, parece ser la conocida con el nombre de Char Chenaur.

II. Al lago de *Sing-suhay* va á parar el Altan-Kol ó *río de oro* del Thibet, así llamado por el que arrastra en sus arenas.

III. Suponen los mahometanos que los co-

metas son los dardos que los ángeles buenos disparan contra los malos cuando quieren escalar el empíreo.

IV. Los cimientos del Chilminar son las ruinas de Persépolis. Suponen los persas que el palacio y los edificios de Balbeck fueron edificados por los genios con el propósito de enterrar en sus subterráneos innumerables tesoros que permanecen allí todavía.

V. Mahmud de Gasna, ó más bien el *Gaznavida*, conquistó parte de la India á principios del siglo XI de nuestra Era, y persiguió de la manera más cruenta los antiguos cultos, arrebatado por el fanatismo musulmán. Hacía gala de adornar á sus perros con los collares sagrados.

VI. En las *montañas de la luna* se ha supuesto que nacía el Nilo, á quien los abisinios designan con el nombre de «El Gigante.»

VII. Con el nombre de *país de las rosas* (*Suristan*) designan los orientales á la *Siria* (de *suri*), por las bellas y delicadas especies de rosas que hicieron célebre á aquel país en otros tiempos. Tal es á lo menos la opinión de algunos viajeros, seguida por Thomas Moore.

VIII. Alude á la *lluvia milagrosa* que cae en Egipto precisamente en el día de San Juan, y se supone que tiene la virtud de ahuyentar la peste.

IX. *Shadukiam*, la de las torres de diamantes, es una ciudad, capital de región en el reino de Jennistán. También se la apellida *ciudad de las joyas*. *Amerabad* es otra de las ciudades del Jennistán.

LAS AVENTURAS DE CIDE-YAHYE.

Sobre este poema, que desgraciadamente no ha sido terminado, basta referirnos á la carta-prólogo del Sr. Valera. ¿Qué interpretación más autorizada? El pensamiento filosófico que en el poema domina pertenece, como casi todos los del autor, á la filosofía neo-platónica ó alejandrina. Ni ha de parecer impropio poner tales sutilezas en la mente de un príncipe árabe-andaluz, puesto que precisamente tuvieron muchos secuaces y egregios intérpretes en los filósofos mahometanos y judíos de nuestra raza, tales como Avempace, Tofail y Ben-Gabirol.

Este, en su famoso libro *Makor Hayin* ó *Fuente de la vida*, nos enseña que *la forma* (concepto análogo en su sistema al de la *idea*), es luz perfecta; pero que conforme se difunde en la materia y va concretándose y adquiriendo sucesivas determinaciones, pierde mucho de su integridad y de su pureza, y se empaña, y se contamina, y se hace más espesa.

Por el contrario (añade el poético filósofo zaragozano ó malagueño), «si quieres imaginar las substancias simples y el modo como tu esencia las penetra y contiene, es necesario que eleves tu pensamiento hasta el último sér inteligible; que te limpies y purifiques de la inmundicia de las cosas sensibles; que te desates de los lazos de la naturaleza, y que llegues, por la fuerza de tu inteligencia, al límite extremo de lo que te es posible alcanzar de la realidad de la substancia inteligible, hasta que te despojes, por decirlo así, de la substancia

sensible, como si nunca la hubieras conocido. Entonces tu sér abrazará todo el mundo corpóreo, y le colocarás en uno de los rincones de tu alma, entendiendo cuán pequeña cosa es el mundo sensible al lado del mundo inteligible. Entonces las formas espirituales se revelarán á tus ojos, y las verás alrededor de tí y bajo tí, y te parecerá que son tu propia esencia... Y si asciendes á los últimos grados de la substancia inteligible, te parecerán los cuerpos pequeños é insignificantes, y verás el mundo entero corpóreo nadando en ellos, como los peces en el mar ó los pájaros en el aire.»

Por no haber ascendido á esta sublime Metafísica; por haberse empeñado en materializar y hacer corpórea la idea inmaculada que vivía en su mente; por haber tratado, nuevo é infeliz Pigmalión, de hacer respirar y moverse á la Galatea de su pensamiento, tuvo que pasar el pobre rey de las Alpujarras, héroe de este cuento, todas las tribulaciones que el señor Valera se proponía relatar en los cantos sucesivos de su poema. Hay aquí un problema metafísico punto menos que insoluble. La materia (y el mismo Ben-Gabirol lo reconoce) no puede existir desnuda de forma: la existencia de una cosa sólo por la forma se determina ó se realiza. Todo sér es ó inteligible ó sensible, y el sentido y el entendimiento humanos únicamente se aplican á formas sensibles ó inteligibles. De aquí que la esencia ó la idea jamás lleguen, en este bajo mundo, á realizarse en su integridad y pureza, ni se pronuncie nunca del todo en los oídos humanos aquella palabra inefable que el Altísimo imprimió en la materia.

Sólo en una esfera superior á la de la ciencia humana pueden hallar satisfacción estos místicos y suprasensibles anhelos.

Del cuento de Boccacio que el Sr. Valera pensó tomar como armazón de su poema, mucho pudiera decirse, con sólo copiar lo que escriben los comentadores del *Decamerone*, especialmente Manni en su *Historia* de aquel famoso libro; Du-Méril en su estudio sobre las fuentes de los cuentos de Boccacio, inserto en sus *Prolegómenos á la historia de la poesía escandinava*, y otros muchos eruditos que fuera prolijo enumerar, y que dan amplia noticia de todos los viajes, transmigraciones y extraordinarias vicisitudes de la fábula de Alaciel, novia del rey de Garba ó más bien del Algarbe. Pero como quiera que nuestro autor no llegó á hacer uso del cuento de Boccacio, prescindimos aquí de erudición tan fácil, limitándonos ahora á recordar que no es el Sr. Valera el único que ha creído encontrar un sentido melancólico y profundo en el cuento, á primera vista ligero y picaresco, del alegre novelador florentino. Lo mismo opina Emilio Montégut en un reciente estudio inserto en su libro *Poetas y artistas de Italia*.

En la estrofa que comienza

> Eres semejante al alma
> De amor al Amor objeto...

se alude de una manera bien clara á la fábula de *Psiquis y el Amor*, referida de un modo tan poético é interesante en el *Asno de oro*, de Apuleyo, é interpretada por los gnósticos y neoplatónicos en un sentido idealista análogo al que predomina en la leyenda de nuestro autor.

ELEGÍA DE ABUL-BEKA DE RONDA
Á LA PÉRDIDA DE CÓRDOBA, SEVILLA Y VALENCIA.

El Sr. Valera ha traducido del alemán la excelente obra del barón Adolfo Federico de Schack acerca de la *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Los versos de poetas árabes-hispanos que Schack traduce al alemán y que forman la mayor parte de su libro, los pone igualmente el Sr. Valera en verso castellano. Pero como quiera que la traducción de Schack ha de formar parte de esta colección, y que la mayor parte de las poesías dadas á conocer por aquel orientalista reclaman forzosamente el auxilio del comentario en prosa, sólo ha querido el Sr. Valera insertar en esta colección una muestra, eligiendo, con buen acuerdo, la famosa elegía del rondeño Abul-Beka, encaminada á deplorar las calamidades que cayeron sobre el Islam con motivo de las gloriosas conquistas llevadas á término por San Fernando y por Jaime I de Aragón. De estas elegías á la pérdida de ciudades, hay en la literatura arábiga de la Península muchos ejemplares, insertos generalmente en los libros de historia (véase, pongo por caso, la elegía del moro de Valencia en la *Crónica general*); pero quizá esta composición de Abul-Beka sea el tipo más perfecto y más puro de tal género de lamentaciones. Nuestro traductor la ha puesto en coplas de pie quebrado semejantes á las de Jorge Manrique, lo cual, unido á ciertos solemnes giros oratorios acerca de la instabilidad de las grandezas humanas, parece darle

un remoto aire de analogía con los inolvidables versos de aquel ingenio castellano á la muerte de su padre. Pero si se lee traducida literalmente en prosa esta elegía, la semejanza no resulta tan clara ni con mucho. Y por otra parte, prescindiendo de la dificultad casi insuperable de que una poesía árabe de índole tan culta y literaria hubiera podido nunca ser popular ni conocida en Castilla (fenómeno que sería único, y por tanto inexplicable, en la historia de nuestras letras), no cabe duda que la semejanza es en pensamientos comunes, los cuales se hallan en poetas de todas naciones y edades y aun en los mismos libros de la Sagrada Escritura, y que, sin salir de su propia casa y familia, encontró Jorge Manrique cuantos materiales necesitaba para su elegía, en las coplas de su tío Gómez Manrique *al contador Diego Arias de Avila*, que fueron, sin duda, su verdadero modelo:

En esta mar alterada
Por do todos navegamos,
Los deportes que pasamos,
Si bien lo consideramos,
No duran más que rociada.
¡Oh, pues, tú, hombre mortal,
Mira, mira,
Cuán presto la rueda gira
Mundanal!
Si desto quieres enxiemplos,
Mira la grand Babilonia,
Tebas y Lacedemonia,
El grand pueblo de Sydonia,
Cuyas murallas y templos
Son en grandes valladares
Transformados,

E' sus triunfos tornados
En solares.
Pues si passas las historias
De los varones romanos,
De los griegos y troyanos,
De los godos y persianos,
Dignos de grandes memorias,
No fallarás al presente
Sino fama,
Transitoria como flama
D' aguardiente, etc., etc., etc.

RECO.—LAS HOJAS QUE CANTAN.
EL DESTRUCTOR DE LOS ÍDOLOS.—EL MAYORAL DEL REY ADMETO.

Estas cuatro composiciones están imitadas, ó más bien parafraseadas, de otras del poeta norte-americano James Russell Lowell. El señor Valera prepara un trabajo extenso acerca de la poesía inglesa de los Estados-Unidos, de la cual entre nosotros sólo han sido conocidos hasta ahora los nombres de Longfellow, de Cullen Bryant y de Edgar Poe, y aun este último más bien en concepto de narrador excéntrico que de poeta lírico. Como muestras y primicias de este trabajo, nos ofrece en la presente colección el Sr. Valera algunas composiciones de Lowell, de Whittier y de Story.

Russell Lowell, lo mismo que Whittier, pertenecen por su nacimiento á los Estados de la Nueva Inglaterra, que parecen ser ó haber sido el foco intelectual de la América del Norte. Por sus aficiones clásicas; por su vasta cultura; por el primor de la forma, Russell Lowell ha sido considerado por muchos como el

verdadero tipo del *literato* americano, tanto ó más que el mismo Longfellow. Y, sin embargo, Russell Lowell debe su mayor popularidad á una serie de versos políticos, *The Biglow Papers*, en los cuales, para asegurar el efecto inmediato, no temió el autor recurrir á los vulgarismos y *yankismos* más enérgicos de las provincias en que había nacido, olvidados unos y no admitidos nunca otros en la lengua inglesa clásica. Hasta la ortografía es rara é insólita en este poema, que exige y lleva un índice y un glosario.

Pero prescindiendo de estas composiciones, cuyo interés es un tanto local y transitorio, aunque arguyen despejado ingenio y grande audacia filológica, lo que con más agrado puede leer un extranjero en la colección de Russell Lowell son, sin duda, las composiciones inspiradas por aquella serena intuición clásica, que él ha sabido comprender y expresar tan lindamente en la oda que comienza:

In the old days of awe and keen-eyed wonder,
The poet's song with blood-warm truth was rife.
He saw the mysteries which circle under
The out ward shell and skin of daily life.
Nothing to him were fleeting time and fashion,
His soul was led by the eternal law.
There was in him no hope of fame, no passion,
But with calm, godlike eyes he only saw.

A este género corresponden *Reco* y *El Mayoral del rey Admeto* (*The Sheperd of king Admetus*). En esta última hace Russell Lowell, con extraordinaria y profunda sencillez, la apoteosis de la primitiva cultura humana, labrada por

las artes del espíritu, en aquel período rudimentario en que la naturaleza hablaba de un modo tan directo y eficaz á los mortales:

> It seemed the loveliness of things
> Did teach him all their use,
> For, in mere weeds, and stones, and springs,
> He found a healing power profuse.

Pero el idilio de *Rhoecus* es el más acabado *specimen* del nuevo género de leyenda clásica que Russell Lowell ha puesto en boga. Compuesto este idilio en versos sueltos, y traduciéndole el Sr. Valera en el mismo metro, ha podido trasladar á su versión todas las gracias íntimas y delicadas del original. Un sentido ético muy puro y elevado viene en esta leyenda á depurar y engrandecer el antiguo mito, dándole valor de poesía eterna y universal, de aquella poesía que tiene lágrimas y flores para todas las cosas creadas, especialmente para las que son ternezuelas, débiles y humildes. Hay un profundo espíritu de caridad en el fondo de la fábula de *Reco*, y él constituye la mayor originalidad de este poemita tan limpio y sosegado, fusión perfecta del aliento *plasmador* y estético de la teogonía clásica con la ardiente aspiración moral, propia y característica de las razas del Norte.

La balada *The Singing Leaves*, y la que se titula *Mahmood the image-breaker*, pertenecen á distinto género, y acaban de probar que el *cosmopolitismo* es la nota característica de la poesía *yankee*, así en Russell Lowell, como en Longfellow y en Story, hábiles todos en remedar las inspiraciones de los pueblos más diversos,

haciéndose por breve espacio solidarios de su modo de sentir y de sus concepciones poéticas ó religiosas. En este concepto, más que en otro alguno, ha dicho Edmundo Clarence Stedman, en su reciente libro *Poets of America*, que Russell Lowell es, por excelencia, el hombre de letras americano, *our representative man of letters*, considerándole además como un *fine exemplar of culture*, y añadiendo que algunos le han llamado *ciudadano del mundo*. Stedman, sin embargo, reclama vigorosamente los derechos de *americanismo* á favor de la poesía de Lowell, estimándole como el tipo más perfecto de la cultura en los Estados del Este.

Russell Lowell nació cerca de Cambridge el 22 de Febrero de 1819, y vive aún. Stedman compara la leyenda de *Rheco* con la más bella de las *Helénicas* de Landor, la *Hamadryada*.

PRAXITELES Y FRYNE.

Traducida libremente de unos versos de Wiliam Wetinore Story, hombre de muy varios talentos y aptitudes, literato, pintor, escultor, medio italiano en sus gustos, muy refinado en su dicción, y lo menos americano posible en el carácter habitual de sus producciones. Como poeta es secuaz de Browning. De todas las poesías de Story, las que alcanzan mayor estimación son *Praxiteles y Fryne*, y *Cleopatra*.

LUZ Y TINIEBLAS.

El original de esta poesía es de John Greenleaf Whittier, poeta norte-americano, en nada semejante á los anteriores, y de especie

más alta que ellos. Whittier es un poeta casi místico, una especie de cuákero fervoroso, un apóstol de la filantropía y de los sentimientos humanitarios. Durante la guerra llamada de *secessión*, los cantos de Whittier (el cual, por la secta á que pertenece, no podía empuñar las armas) contribuyeron, tanto como las armas mismas, á la emancipación de millones de esclavos y al triunfo del derecho y de la justicia. La colección titulada *Voices of Freedom* es el principal monumento de esta lucha. Como poeta religioso (prescindiendo de sus errores de secta, de los cuales, por otra parte, no hace mucha ostentación) es, sin duda, uno de los más fervorosos é ingenuos de nuestro siglo, menos reflexivo y perfecto que Manzoni, pero lleno de ternura y devoción y de amor sin límites á la humanidad redimida, y aquejado sin cesar por la nostalgia de lo infinito. En muchos de sus versos ha tenido la suerte de expresar conceptos elevadísimos y de eterna verdad, que pueden y deben ser admitidos por todas las comuniones cristianas, inclusa la que tiene la excelencia de conservar el depósito sagrado y venerando de la tradición católica. Así por ejemplo, en los versos *The Shadow and the light*, que el Sr. Valera ha imitado (mejorándolos no poco, á mi entender), Whittier ha acudido á mojar sus labios en una fuente purísima, en el libro 7.° de los *Soliloquios* de San Agustín. El mismo pone al frente de su composición el pasaje del Doctor de Hipona, y le alude al principio en términos claros:

The fourteen centuries fall away
Between us and the Afric Saint,

And at his side we urge to day,
The inmmemorial quest and old complaint.

....

Whittier no se ha inspirado sólo en el libro séptimo de los *Soliloquios* (que tenemos tan hermosamente traducidos á nuestra lengua por el P. Rivadeneyra), sino también en el décimo: «Dentro estabas, y yo fuera, y allí te buscaba... Conmigo estabas, y yo no estaba contigo, porque me apartaban de tí aquellas cosas, que si no existieran en tí, no tendrían existencia. Tarde te he amado, hermosura siempre antigua y siempre nueva...» (*Serò te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova*, etc., etc.) La idea del infinito Océano de luz y de amor, que se vierte y derrama sobre el Océano de la noche y de la muerte, pertenece á Jorge Fox, padre de la secta de los Cuákeros, ó á lo menos Whittier la ha tomado de él.

Al contrario de Russell Lowell y de Longfellow, Whittier es uno de los tipos más puros y más acentuados de la primitiva raza colonizadora de la América inglesa. Tiene el mismo entusiasmo, la misma virilidad y la misma unción que los primeros emigrantes de su secta. Guillermo Penn le reconocería por uno de los suyos. Sin embargo, el cuakerismo de Whittier es un tanto disidente y heterodoxo, aun dentro de su secta, y aparece influído por nuevas ideas filosóficas.

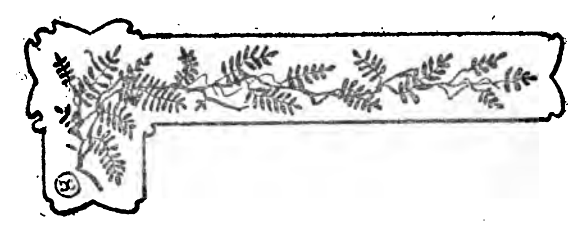
LO MEJOR DEL TESORO.

Esta zarzuela, cuyo asunto parece tomado de un cuento de las *Mil y una noches*, perte-

nece al género fantástico-ideal de las piezas llamadas por los franceses *feéries* y por los italianos *fiabbe*, género fundado, por lo común, en cuentos populares, y del cual dió las más notables muestras el veneciano Carlos Gozzi en *Turandot*, *El príncipe serpiente* y otras creaciones de su rica imaginativa, tan apreciadas por los críticos alemanes.

Con ser tan copiosa esta colección de poesías del Sr. Valera, aún no figuran en ella todas las que ha escrito y dado á luz. Faltan, no sólo las traducciones de poetas árabes publicadas en el Schack (entre las cuales descuella la Kasida de Aben-Hamdis sobre el vino de las monjas de Siracusa), sino también los dos idilios que van insertos en la novela de *El Comendador Mendoza*. Como el primero de estos idilios es una de las mejores inspiraciones de nuestro poeta, se nota y advierte aquí la falta, para que el lector de buen gusto vaya á buscarlos en la novela de que forman parte, y con cuya acción están enlazados. Falta, por último, el picaresco poema *Arcacosúa*, que por razones de varia índole, entre las cuales no es la menos fuerte la de no conservarle su autor, ni haber podido nosotros dar con él en nuestras investigaciones, se quedará por ahora en la sombra, á pesar de su gracia y desenfado, el cual, por otra parte, no traspasa los términos de la razonable libertad que siempre se concedió á nuestros ingenios.

M. Menéndez y Pelayo.



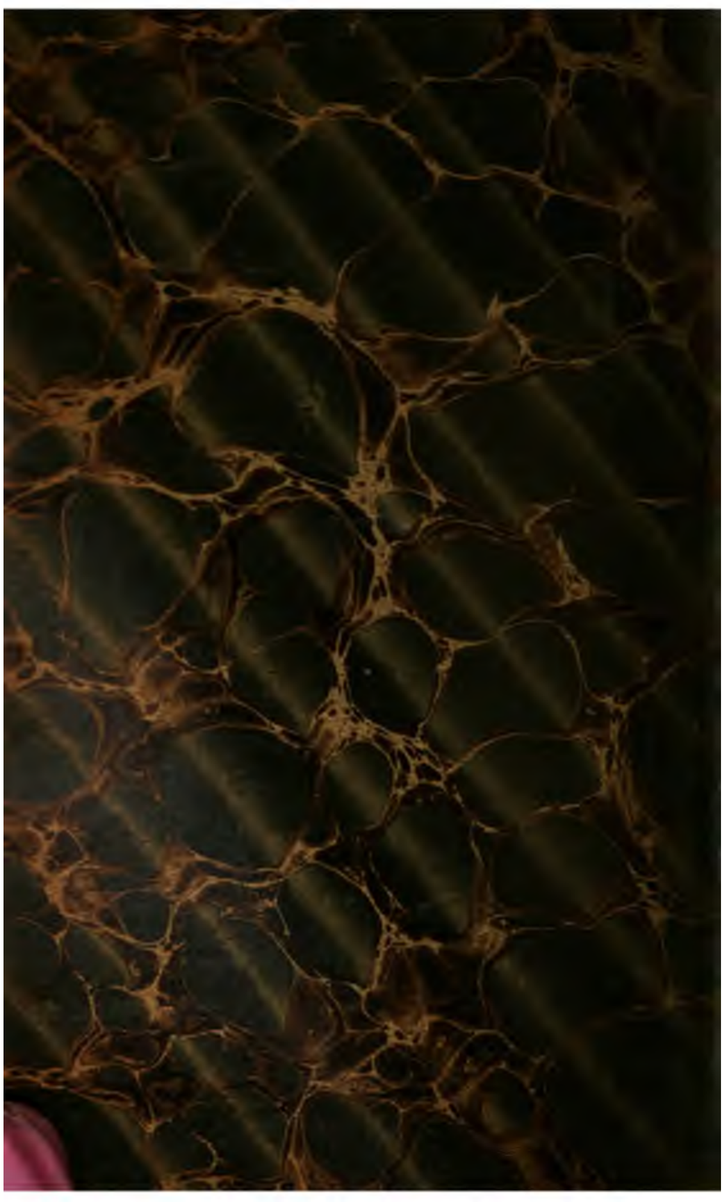
ÍNDICE.

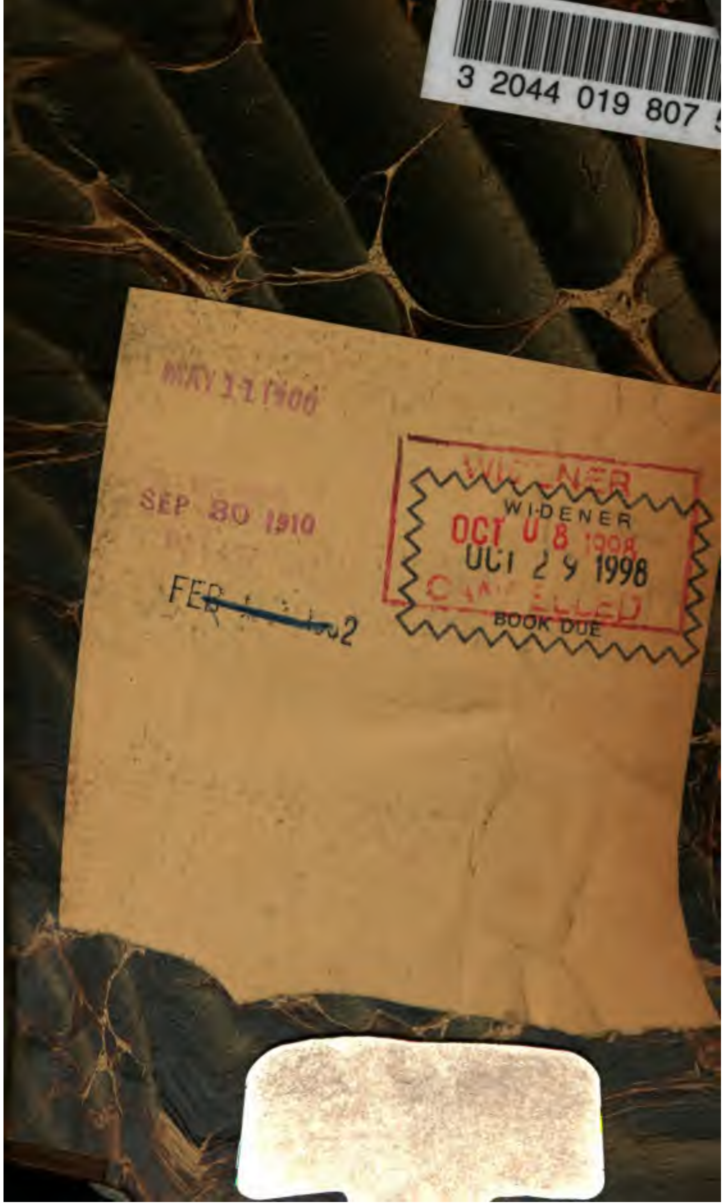
Páginas.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
31 *de Mayo del*
año de
1886.






3 2044 019 807 5
MAY 11 1900
SEP 30 1910
WIDENER
OCT 08 1998
WIDENER
OCT 29 1998
BOOK DUE

